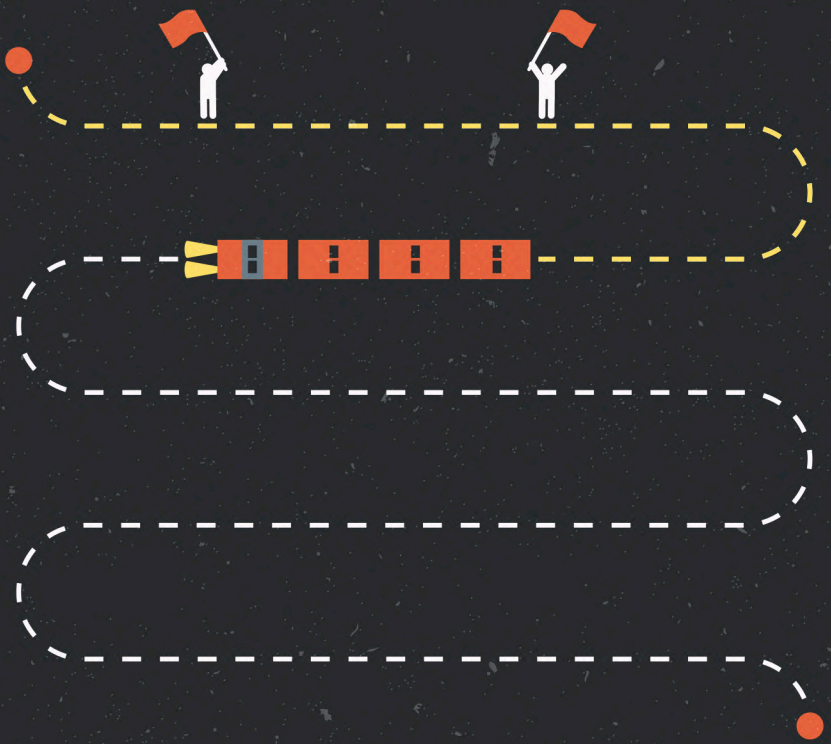
Javier Maestro

LA TRAYECTORIA DEL MARXISMO REVOLUCIONARIO: EL PLANO INTERNACIONAL (1880–1920)



Sylone
viento sur

LA TRAYECTORIA DEL MARXISMO REVOLUCIONARIO TOMO I

EL PLANO INTERNACIONAL (1880-1920)

JAVIER MAESTRO

Mil y un Marxismos

Título original: *La trayectoria del marxismo revolucionario. Tomo I. El plano internacional (1880-1920)*
© Editorial SYLONE en coedición con ***viento*** **sur**
Colección: Mil y un marxismos
1.ª edición, 2024
C/ Comte Borrell, 98 2.º 1.ª 08015 Barcelona
www.sylone.net
sylone.info@gmail.com
facebook.com/editorialsylone/
Tw: @SyloneEditorial
Ig: sylone_editorial

Maquetación y diseño cubierta: Sònia Llena Hurtado
Edición a cargo de: Toni García
ISBN: 978-84-126603-9-5
Depósito Legal: B-3908-2024
Impresión: Artes Gráficas COFÁS

ÍNDICE

Agradecimientos 9
Introducción 11

Capítulo 1
La disyuntiva entre reforma o revolución en la fase girondina del movimiento obrero internacional (1889-1917) 19
Capítulo 2
Guerra y revolución 67
Capítulo 3
La crisis revolucionaria: La revolución rusa 115
Capítulo 4
La fase jacobina: La oleada revolucionaria (1918-1921) 191

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar aquí mi especial agradecimiento a Martin Fahlgren, a cuyo cargo está la magnífica documentación sobre el movimiento obrero (marxistarkiv.se), por su apoyo y ayuda en todo momento. Mis agradecimientos van lógicamente dirigidos a ***viento*** **sur** y a su equipo editorial por su disposición, siempre positiva, por publicar este libro. A lo largo de un dilatado periodo de tiempo he contado con la ayuda inapreciable de numerosas personas que no puedo nombrar en su totalidad, si bien no puedo dejar de citar a algunas de las más conocidas, como Carlos Seco Serrano, Alberto Gil Novales, Pelai Pagés, Pierre Broué, Ernest Mandel, Juan Andrade, Burnett Bolloten y un largo etcétera.

INTRODUCCIÓN

> Si hiciéramos un estudio acerca del influjo de la Revolución francesa sobre Marx y sus epígonos podríamos descubrir, entre los lejanos orígenes de la fórmula de la dictadura del proletariado, la dictadura de la Convención filtrada a través de la interpretación de Babeuf. Y entre las fuentes de inspiración del centralismo de Marx, y más aún de Lenin, encontraríamos tal vez el centralismo jacobino opuesto al federalismo girondino. La fórmula de la *revolución en permanencia*, usada por Marx y por Engels en la famosa circular de 1850, se deriva de la mencionada interpretación de la Revolución francesa como una serie de oleadas sucesivas. También la imagen que se formaron de la revolución socialista como una alianza de obreros y pequeñoburgueses, que Engels repetía todavía en su vejez, está calcada sobre la experiencia de la París revolucionaria.
>
> Lelio Basso, *Socialismo y revolución*, p. 191.

El enfoque inicial de este trabajo, iniciado en 1975, era abarcar la trayectoria seguida por el marxismo revolucionario en España hasta la Segunda Guerra Mundial arrancando desde la crisis económica de 1929. Pero apenas finalizada la primera labor de acumulación de fuentes primarias, Francesc Bonamusa publicó su tesis doctoral sobre *Andreu Nin* y, poco después, Pelai Pagès publicó su tesis doctoral sobre *El movimiento trotskista en España*. Desde luego, cabía reutilizar fuentes similares para aportar un nuevo enfoque a la trayectoria política seguida por el movimiento obrero en España, sobre todo, a la luz de la nueva documentación que apareció sobre el tema al quedar abierta en 1980 la sección reservada de los archivos León Trotsky que se encuentran en la

Houghton Library de la Universidad de Harvard[1]. Después, tras la corta apertura de los archivos de la URSS al calor de la *Glasnost* de Gorbachov, todo pareció adquirir nuevos horizontes para los investigadores y para el conocimiento del pasado reciente. Sin embargo, fueron unas expectativas frustradas tras el cierre a cal y canto de los archivos soviéticos.

Así pues, lo que antes podía haberse considerado como *tierra virgen* en el caso español, a partir de 1978 ya estaba lo suficientemente parcelada como para que el autor tuviera que desistir de proseguir dicha línea de investigación.

Por otra parte, no era cuestión de abandonar el tema del movimiento obrero en España, sino de intentar responder a un cúmulo de interrogantes ancladas en el pasado reciente de ese movimiento obrero. El núcleo de tales interrogantes giraba en torno a la disyuntiva reforma o revolución y la forma en que tal disyuntiva se desplegaba históricamente. Cada vez resultaba más evidente que las polémicas al respecto suscitadas antes de 1914 en el seno de la II Internacional Socialista, constituían un punto de arranque apropiado para conocer el itinerario del marxismo revolucionario y su alineamiento ante hechos históricos concretos y cambiantes.

Esta opción no sólo obedecía a la necesidad de encontrar respuestas en el pasado, sino también a la propia exigencia de poder fundamentar una posible reinterpretación histórica del movimiento obrero en España. Sobre todo, a través de un mayor conocimiento de las coordenadas que guiaban a su vertiente internacional. Esta determinación generó, a su vez, una nueva hipótesis de trabajo, que era la de aquilatar el grado de interconexión que guardaba el movimiento obrero europeo con el español. Lo sustantivo de semejante hipótesis de trabajo no era constatar la obviedad, sino precisamente calibrar el grado de interconexión. Con arreglo a esta consideración, la dilatada trayectoria política de León Trotsky, así como sus penetrantes análisis sobre todo el

1 Los llamados *documentos del exilio* pertenecientes a la sección reservada ascienden a 17500, casi todos relacionados con la época 1929-1940. A este material hay que añadir los restantes 22500 documentos de la Houghton Library de Harvard, de acceso público desde 1945.

período histórico objeto de estudio, facilitaba sobremanera la caracterización de las diferentes fases del movimiento obrero en general. En este caso no era cuestión de reproducir acríticamente los enfoques de Trotsky, pero sí de aprovecharlos en la medida en que suministraban veracidad histórica.

Aun así, el punto de partida era sumamente ambicioso: interpretar la trayectoria seguida por el movimiento obrero europeo y español desde 1889 hasta el umbral de la Segunda Guerra Mundial. Ya no se trataba de un ámbito de investigación razonablemente delimitado, sino de una empresa casi ciclópea y de la que el autor era entonces relativamente inconsciente. Lógicamente, la sobrevaloración propia nunca llegó a imponerse al alud bibliográfico y documental. Era necesario elaborar un método –diferente al convencional sistema de recopilar datos de forma más o menos indiscriminada–, en el sentido de derrochar esfuerzos, con el fin de seleccionar y ordenar los datos dentro de una estructura histórica que facilitara extraer una síntesis interpretativa.

Una primera aproximación metodológica consistía en verificar la aplicabilidad histórica de lo que León Trotsky denominó la *ley del desarrollo desigual y combinado*[2], o lo que el materialismo dialéctico llamó *interpenetración de los contrarios*. Tal ley permitía desentrañar la naturaleza del sistema capitalista finisecular, así como el marco institucional y las relaciones sociales que derivaban de esa misma naturaleza del sistema global. El constatar que el desarrollo económico, político y social del sistema, jalonado por la creciente interconexión del mundo, había ido desdibujando los supuestos del liberalismo clásico para dar primacía a otros valores y a otro sistema global, la llamada era del imperialismo bajo la égida del capital financiero, significaba dar crédito a la existencia de estructuras globales y dominantes que sobredeterminaban a las diversas particularidades nacionales. La misma ley del desarrollo

2 Véase en particular la obra de Löwy, Michael (1987) *The Politics of Combined and Uneven Development*, Londres: Verso, así como de Sennet, Alan (2015) *Revolutionary Marxism in Spain 1930-1937*, Chicago: Haymarket, pp. 9 y ss. También, el capítulo que Knei-Paz, Baruch (1980) dedica en su obra *The Social and Political Thought of León Trotsky*, Oxford: Oxford University Press.

desigual y combinado permitía verificar que lo que con arreglo al marxismo clásico podía resultar ser una paradoja histórica, no era tal. El ejemplo de la Revolución rusa de octubre o las diversas tentativas de emprender una revolución social en países que difícilmente podían tipificarse de desarrollados bastan para respaldar tal aseveración. En consecuencia, el planteamiento de que el sistema global se rompe en el *eslabón débil* de la cadena adquiere así verosimilitud.

Esta segunda aproximación metodológica hacía necesario dividir los capítulos del libro de forma tal que la naturaleza del sistema global se analizara por separado, con entidad propia, y precediendo a los capítulos dedicados a la trayectoria histórica seguida por el movimiento obrero español. De ese modo, resultaba más fácil comprobar el alcance de las peculiaridades nacionales y, por consiguiente, conocer la forma en que la creciente interconexión del sistema global con un país como España magnificaba o, por el contrario, modificaba y reducía esas mismas singularidades nacionales. Precisamente, el método comparativo permitía aquilatar el grado de interconexión entre España y Europa en lo referente a las estructuras políticas, sociales, económicas y mentales, aunque no fuera cuestión de alcanzar una precisión cuantificable, tarea imposible por otra parte, pero sí lo que resultaba tendencial.

Semejante estructura comparativa cumplía otro objetivo bien definido: encuadrar la historia del movimiento obrero español en el contexto europeo. Una tarea tanto más apremiante por cuanto la historiografía española ha venido realizando enormes esfuerzos por incorporar nuevos métodos y técnicas de investigación, de modo que el anterior apego a las *particularidades nacionales* ha quedado bastante erosionado. No obstante, todavía puede percibirse la fragilidad con la que, en particular, se ha engarzado la historia contemporánea de España a la de Europa: acaso pueda interpretarse como un reflejo condicionado de la situación de relativo –y en ocasiones no tan relativo– aislamiento que ha experimentado el país durante un dilatado período histórico. El esfuerzo orientado a *desnacionalizar* los enfoques sobre la historia contemporánea de España ha sido notablemente compartido por historiadores extranjeros y, salvo error, pocos países, con la excepción de Portugal

y Grecia, han conocido idéntica *colonización* historiográfica. Es un dato que cuando menos invita a una reflexión sobre el estado de la historiografía española[3], aunque no puede decirse que sea una circunstancia extensible, en la misma medida que antes, a su estado presente. Esta ha ido adoptando métodos y técnicas de investigación que poco o nada, salvo en medios, tienen que envidiar a las de los países avanzados. Se trata de una constatación reconfortante, pero, a pesar de ello, todavía queda bastante por hacer en el campo de fijar las interconexiones históricas. Sirva esta apreciación para indicar una de las intencionalidades del autor al configurar el presente trabajo.

Una tercera aproximación metodológica, sin duda la más importante, consistía en establecer una periodización de la época objeto de análisis. Seguir la periodización convencional, circunscrita a las líneas de demarcación fijadas por las dos contiendas mundiales, implicaba reincidir en la relativa asistematización de la historia universal del siglo XX, siguiendo la línea de menor resistencia.

Así pues, si la Revolución francesa había dejado su impronta en todo el siglo XIX, de la misma manera cabía entender el siglo XX como la época marcada por la Revolución socialista rusa de octubre de 1917. Partir de este supuesto significaba interpretar el siglo XX de otra manera. Si se acepta este supuesto –contingencia poco probable, porque, parafraseando a Foucault, ciencia y saber es "la ordenación de lo que una época puede decir y ver"– resulta igualmente necesario partir de un análisis endógeno de la Revolución rusa antes de enmarcar su significado histórico y describir su onda expansiva.

Ronald Grigor Suny nos proporciona, en *The Cambridge History of Rusia* (Cambridge Univ. Press, 2006), las distintas

3 Existen pocos estudios relacionados con el estado actual de la historiografía española. Sobre la historiografía española y el siglo XIX, puede consultarse la obra colectiva a cargo de Jover Zamora, José María (1974) *El siglo XIX en España; doce estudios*, Barcelona: Planeta, pp. 9-15. También aparecen referencias relacionadas con la historia social y el siglo XX en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4, 1983; concretamente, Piqueras, José Antonio, *Treinta años de una llamada a la historia social*, y Morales Mayor, Antonio, *Sobre la historiografía actual*.

líneas historiográficas aparecidas desde 1917 hasta nuestros días y que, generalmente, han desfigurado, enturbiado y/o demonizado la historia de Rusia con arreglo a los vaivenes de la Guerra Fría.

Tras la creación del primer Estado obrero en Rusia, la apertura de una situación revolucionaria en casi todos los países europeos hacía inexcusable una referencia a la teoría de las revoluciones. En este caso, una vez más, las reflexiones del marxismo revolucionario al respecto han servido de valioso soporte.

En efecto, la analogía histórica que, entre otras, estableció Trotsky entre la Revolución francesa y la rusa fue, por ejemplo, determinante. Así, mientras que la Revolución de Febrero en Rusia equivalía a la fase girondina de la Revolución francesa, la Revolución de octubre y el período del *comunismo de guerra* puede emparentarse a la fase jacobina. Tras la muerte de Lenin, la lucha por el poder en el naciente Estado obrero tuvo como resultado el paulatino ascenso de Stalin. Lo que se denominaría Termidor soviético supuso la gradual usurpación del poder soviético por una burocracia político-militar y el abandono del internacionalismo proletario a cambio de entronizar la noción de la defensa de la patria socialista en peligro. Las semejanzas que guardaba esta etapa con la correspondiente fase de la Revolución francesa son notorias, si bien en el caso de la URSS se trata de un período termidoriano más prolongado. La introducción de la Nueva Política Económica en 1921 puede considerarse como el prólogo a una fase termidoriana que cristalizaría en 1924 con el bandazo derechista pocos años después, que fue reemplazado en 1928 por otro bandazo, esta vez de carácter ultraizquierdista. Para Trotsky, el Termidor soviético, como el de la Francia revolucionaria, implicaba una verdadera contrarrevolución política dentro de la revolución. Finalmente, el Termidor soviético daría paso en 1929 al bonapartismo que despojó de forma definitiva a la democracia obrera de todo contenido, de la misma manera que Napoleón procedió a la expropiación política de la burguesía y a la liquidación

de sus instituciones políticas[4]. El culto a la personalidad desdibujaría definitivamente los contornos del primer Estado obrero.

Estas analogías históricas, parciales por cuanto sólo están referidas a la trayectoria seguida por la URSS, a pesar de que Trotsky empleara en ocasiones el término *bonapartismo* al referirse al fascismo, o cuando hacía alusión a la política del partido Radical francés, sirvieron para dar a los términos un tratamiento general.

En consecuencia, con arreglo a estas consideraciones, el esquema de este trabajo se configuró de acuerdo con estas analogías históricas, de modo que la etapa girondina, jacobina, termidoriana y bonapartista[5] se incorpora a la historia del movimiento obrero europeo hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, pero también a la historia universal del siglo XX en la que se encuadra dicho movimiento obrero, ya en un mundo crecientemente globalizado.

Vaya por delante que el autor no cultiva concepciones cíclicas, como tampoco determinismos mecánicos aplicados a la historia, puesto que la historia nunca se repite de la misma manera. Sin embargo, al hacer esta afirmación, desecha igualmente concepciones relativistas que impiden sistematizar el conocimiento histórico. Ciertamente, no es este el lugar para abordar cuestiones de metodología histórica, pero sí para dejar constancia de cuál es la disposición del autor al abordar las analogías históricas.

Por último, la magnitud del inicial período objeto de estudio, así como el apremio que ha supuesto el factor tiempo y las diversas vicisitudes que han acompañado a la elaboración de este trabajo a lo largo de un dilatado periodo de tiempo, ha obligado al autor

4 Traverso, Enzo (2022) en *Revolución. Una historia intelectual*, Madrid: Akal, pp.171 y ss., aporta interesantes reflexiones sobre conceptos, símbolos y memorias relacionadas con la teoría de las revoluciones.

5 Sobre el uso de los términos Termidor y Bonapartismo por León Trotsky, véase su obra de 1936, *La revolución traicionada*, Fundación Federico Engels, Madrid 1991; así como los artículos, *On the Question of Thermidor and Bonapartism* (noviembre 1930) y *Thermidor and Bonapartism* (26 noviembre 1930), publicados en *Writings of Leon Trotsky (1930-31)*, New York, 1973. Trotsky utiliza también el concepto de bonapartismo al referirse a Europa occidental; p. ej., cuando hace alusión a Francia en *Whither France?*, New York, 1968, pp. 7 y ss.

a recortar el ámbito cronológico al período 1889-1920; esto es, a lo que hemos venido consignando como fases girondina y jacobina, si bien aparecen referencias a la transición del jacobinismo al Termidor en la URSS. Las alusiones a la época jacobina en Europa occidental son meramente indicativas. Y ello es así porque juzgamos que si el marxismo revolucionario se desplazó geográficamente de occidente al este europeo durante la fase girondina, el trayecto de vuelta, del recién creado Estado obrero a Europa occidental, abría una nueva etapa a escala global.

CAPÍTULO 1
LA DISYUNTIVA ENTRE REFORMA O REVOLUCIÓN EN LA FASE GIRONDINA DEL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL (1889-1917)

Hasta el final del siglo XIX la Internacional siguió viviendo con la esperanza de ver triunfar la revolución en un tiempo cercano, con la esperanza de un próximo advenimiento del colectivismo. Todas las tendencias que se apoyaban en el socialismo convergían en ese pronóstico. Con motivo de su proceso, Kropotkin declaró en 1883: "La revolución social estallará antes de diez años"; mientras que el marxista Lafargue escribía a Engels en 1896: "Marchamos hacia una revolución, sobre esto no cabe ninguna duda". Bebel la profetizaba para 1893 y Engels, más prudente, sostenía en varias entrevistas concedidas en los últimos años de su vida que "se acerca el tiempo en el que nuestro partido será llamado a tomar en sus manos el gobierno. Hacia el final del siglo veréis tal vez cumplirse este acontecimiento". Todo concurría a darle al socialismo un estilo mesiánico y a alimentar la esperanza de los militantes de un próximo trastocamiento colectivo.

La denuncia del carácter irracional de la sociedad contemporánea, de la producción capitalista, como de un sistema de organización económica y social superado, anacrónico, domina los trabajos de los congresos entre 1889 y 1896. No se trata sólo de un radicalismo verbal; el espectáculo del caos de la producción, la aspereza de las crisis, sugerían la imagen de una

producción capitalista desordenada y al borde de la disolución.
Los días del capitalismo parecían contados.
G. Haupt, *La II Internationale*

1.1. Introducción

Este capítulo abordará la doble crisis que atenazó al movimiento socialista finisecular. Se trataba, por un lado, de una crisis de crecimiento que acompañó a la aparición de las nuevas organizaciones obreras de *masas,* cuyo desarrollo en general se encauzaría respetando los diversos marcos legales, de forma que su propia existencia dependería cada vez más de cómo lograran coexistir con la vigente estructura socioeconómica en manos de una burguesía en pleno apogeo y conservadora. Ello suponía congelar los iniciales supuestos revolucionarios –que hasta entonces habían animado al socialismo mundial– a través de su escalonada permutación por objetivos sustancialmente reformistas. En segundo lugar, se dio una crisis simultánea de identidad ideológica, en parte derivada de la mencionada crisis de crecimiento, pero, en rigor, directamente inducida por la nueva realidad y estructura del capitalismo internacional, cualitativa y cuantitativamente muy diferente del capitalismo de libre competencia que tan minuciosamente analizara Carlos Marx en *El Capital* y bajo cuya óptica sentara las bases para la transformación revolucionaria de la sociedad burguesa de su tiempo en el *Manifiesto Comunista*.

En efecto, hacia 1890 la situación había cambiado mucho. Los embates del imperialismo, la creciente hegemonía del capital financiero y el reto que supuso la aplicación y generalización de la segunda revolución tecnológica fueron, entre otros, diversos fenómenos que combinadamente fueron desplegándose antes de 1914 con ritmo inexorable y cubriendo zonas cada vez más extensas del globo. Por ello, no resulta extraño que los planteamientos derivados de una interpretación estática del marxismo, como en tiempos de Marx, requirieran una actualización en el umbral del siglo XX.

Fruto de las diversas tentativas de actualización del marxismo, y de superación de la crisis de crecimiento del movimiento obrero

internacional, fue la configuración de una corriente socialdemócrata mayoritaria, de carácter reformista en sus objetivos inmediatos y fatalista respecto a sus objetivos finales.

Por ello, resulta tentador trazar un paralelismo entre la socialdemocracia reformista anterior a 1917 y la fracción girondina de la burguesía revolucionaria francesa de 1789. No sólo por las similitudes históricas, sino también porque confiere perspectiva histórica a la interpretación que se haga del movimiento socialista internacional de 1889-1920.

A semejanza de los girondinos, la socialdemocracia reformista se conformó con desplazar las estructuras políticas, sociales, económicas e institucionales más obsoletas que, además, impedían el libre desarrollo; como ellos, invocó verbalmente su fidelidad a la revolución y su alianza inquebrantable con el pueblo explotado y oprimido, pero, de hecho, se despegó de todo movimiento y de toda alianza popular que pusiera en entredicho una comedida política de reformas; como ellos, combatió encarnizadamente toda amenaza de acción revolucionaria inspirada, como el jacobinismo, en la centralización organizativa, en el cosmopolitismo, en la violencia revolucionaria, si fuera precisa, y en la democracia directa. En definitiva, se trataba de una premonición de la escisión y enfrentamiento total entre reformistas y revolucionarios a partir de 1914 y, sobre todo, tras la Revolución de Octubre de 1917. Al estallar la Gran Guerra, la socialdemocracia reformista, como los girondinos, adoptó una actitud belicista y patriótica, desechó su transformación en guerra social y, en su lugar, la interpretó como una cruzada de la democracia interclasista frente a la reacción autoritaria. En cambio, la izquierda del socialismo, al igual que los jacobinos, adoptó una posición revolucionaria aprovechando la guerra como exacerbación de todas las contradicciones sociales para propiciar, en la medida que favorecía sus objetivos, la revolución social y la profundización de la democracia social; socavó las bases de sustento social de las fuerzas hegemónicas a través de prácticas intervencionistas, de la centralización estatal, la alianza con los sectores más explotados y oprimidos de la sociedad, y combatió –mediante la violencia revolucionaria de masas, si ello fuera preciso– toda tentativa de restablecer el orden de cosas anterior.

Este paralelismo podría extenderse a muchos otros planos con todo tipo de detalles. En la exposición del movimiento socialista que hacemos en este capítulo esperamos haber sido capaces de realizar ese cometido. Sirva de introducción la célebre y profética invectiva que el *frenético* Jacques Roux lanzara el 25 de junio de 1793 a los girondinos desde la tribuna de la Convención:

> La libertad no es sino un vano fantasma cuando una clase de hombres puede dominar por el hambre a la otra impunemente. La igualdad no es más que un vano fantasma cuando el rico, por el monopolio, ejerce el derecho de vida y muerte sobre su semejante (…). ¡Decidid! Los desarrapados con sus picas harán que se ejecuten vuestros decretos[1].

1.2. La Segunda Internacional Socialista

1.2.1. El Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) como partido-modelo

En la Alemania bismarckiana las leyes antisocialistas (1878-1890) no sólo contribuyeron a la progresiva expansión del Partido Socialdemócrata alemán, sino también a que sus iniciales planteamientos democrático-radicales quedaran eclipsados por el marxismo; por diversos motivos, en el resto de los países europeos los partidos socialistas adolecieron de la misma cohesión política y organizativa.

Según Franz Mehring, las leyes antisocialistas infligieron serias pérdidas al SPD. A lo largo de los doce años de vigencia de estas leyes, el saldo fue la disolución de 332 organizaciones obreras, la supresión de 1300 periódicos y revistas, la expulsión de sus domicilios de 900 militantes del SPD y la condena a un total de mil años de cárcel a otros 1500 miembros de ese mismo partido. En Alemania, la clase dirigente siempre reaccionó con violencia ante la creciente fuerza del SPD. Es más, en 1894, abolidas ya las leyes

1 Soboul, Albert (1988) *La Revolución francesa*, Barcelona: Tecnos, p. 195.

antisocialistas, se proyectó renovarlas en nombre de *la lucha contra la subversión*. En 1897, el parlamento de Sajonia abolió el sufragio universal y dos años más tarde el general von Boguslavsky, un dirigente de los junkers y del cuerpo de oficiales prusianos, sugirió un golpe de Estado con el fin de asegurar la deportación de los dirigentes socialdemócratas. Y, finalmente, en 1898, un año antes de que se celebrara el Congreso de Hannover del SPD, el emperador Guillermo propuso la entrada en vigor de una nueva ley penal que transformara en acto criminal cualquier incitación a la huelga. Como se desprende de lo anterior, el SPD vivió sujeto a una constante y real amenaza de represión. Desde luego, a ello contribuyó la propia mentalidad del emperador alemán. Así, al producirse el conflicto de Marruecos en 1905 y cuando el gobierno alemán se vio obligado a considerar la eventualidad de una guerra, Guillermo II escribió el 31/XII/1905 al canciller von Bülow:

> No puedo prescindir de un sólo hombre en el momento en que la socialdemocracia predica la insurrección. Primero tenemos que disparar y descabezar a los socialistas para hacerles inofensivos mediante una masacre, si ello fuera preciso, y después ¡que venga la guerra! ¡Pero no antes y no a tempo![2].

A pesar de ello, el SPD siguió creciendo vertiginosamente, pero, como veremos, a costa de una "integración negativa" como la califica D. Groh.

No obstante, la generalización que hemos hecho acerca del arraigo y solidez del marxismo en el seno del SPD debe matizarse. Recogemos así la correcta puntualización de Bo Gustafsson, en su obra *Marxismo y revisionismo* (Grijalbo, 1975), donde afirma que "el marxismo no había impregnado realmente de ningún modo la socialdemocracia de la época. En Inglaterra, el marxismo no constituía ni la base de una secta, en Italia era frecuentemente una moda y en Francia tenía que luchar contra fuertes corrientes socialistas no marxistas". También se pronunció de forma similar Jean Jaurès –el más prestigioso socialista francés– cuando, refiriéndose

2 Anders, Karl (1963) *Die ersten hundert Jahre*, Hannover, p. 27.

concretamente al SPD, dijo que existía una clara contradicción entre el poder político aparente y el real. A su juicio, esto se debía a la falta de una tradición revolucionaria en Alemania y al hecho de que el partido y la clase obrera no hubieran conquistado el sufragio universal en las barricadas, sino que lo hubieran recibido desde arriba. Pero, comoquiera que entonces nadie percibiera las deficiencias del marxismo en el SPD, fue lógico que este partido –que, a partir de 1891, en el Congreso de Erfurt, adoptaría el nombre de Partido Socialdemócrata de Alemania– dejara una fuerte impronta en la historia y debates de la II Internacional, fundada en 1889. Como señala Juan Andrade en *La burocracia reformista en el movimiento obrero*:

> (…) el movimiento socialdemócrata y sindical alemán gozaba de una máxima autoridad entre los trabajadores de todos los países, y esto explica el alcance y difusión que la polémica en torno al revisionismo logró en toda Europa[3].

También León Trotsky resalta esa misma importancia del SPD en *El bolchevismo ante la guerra y la paz del mundo*:

> Todos hemos pasado por la escuela socialista alemana y aprendido lecciones, tanto de sus éxitos como de sus equivocaciones. La socialdemocracia alemana fue para nosotros no sólo un partido de la Internacional, fue el partido por excelencia[4].

Esta autoridad del socialismo alemán permite también comprender que Federico Engels se apoyara en la organización alemana para cimentar a la nueva Internacional con supuestos marxistas, dada la endeblez de los mismos en el dividido campo socialista

3 Sassoon, Donald (2001) *Cien años de Socialismo*, Barcelona: Edhasa, pp. 33 y ss.; Andrade, Juan (1935) *La burocracia reformista en el movimiento obrero*, Madrid: Gleba, p. 66.

4 Trotsky, León (1919) *El bolchevismo ante la guerra y la paz del mundo*, Valencia: Cervantes, p. LIX.

francés y la práctica inexistencia del marxismo en las filas del laborismo británico.

De esta manera, a semejanza de un Estado dentro de un Estado, el SPD mediatizó la configuración del programa y resoluciones adoptadas tanto en el Congreso fundacional de la II Internacional, celebrado en París en 1889, como en los sucesivos congresos de Bruselas (1891), Zúrich (1893) y Londres (1896). Y a imagen y semejanza del SPD se estructuró, entre otros, el PS austriaco, mientras que el socialismo de Jules Guesde, con el respaldo alemán, logró vencer a sus rivales posibilistas.

El papel hegemónico del SPD fue tanto más importante por cuanto el movimiento socialista cobró el carácter de un movimiento de masas. Y, a diferencia de la I Internacional, que en la mayoría de los países estaba integrada por grupos de individuos aislados, de los cuales ninguno podía considerarse estable, la II Internacional estuvo formada por partidos obreros de masas a los pocos años de su fundación. Además, la concepción que ahora animaba a la II Internacional era marxista, aunque el marxismo en modo alguno fuera la única corriente de peso. Incluso después de la expulsión de los anarquistas, la II Internacional incubaba a revisionistas, reformistas y obreristas radicales que, en conjunto, formaban potentes tendencias en conflicto. A pesar de ello, el marxismo representaba la doctrina dominante, de forma que la mayoría de los partidos socialistas no vacilaron en considerarse afectos a la misma.

1.2.2. El final de la Gran Depresión y la fundación de la II Internacional

Aun cuando la fundación de la II Internacional expresara el final de la calma social que había reinado en Europa desde la experiencia de la Comuna de París de 1871, también coincidió con el final de la denominada *Gran Depresión* de 1874-1895 que dio

paso a la onda larga expansiva de 1895-1913[5]. En cualquier caso, desde su fundación, la Segunda Internacional fue unánimemente reconocida como la organización legitima del movimiento obrero internacional, incluso al precio de la exclusión, anatemización y consiguiente desaparición del anarquismo del escenario político de la mayoría de los países. El anarquismo, fuera de España, había quedado reducido a pequeños grupos aislados. Sólo en los Países Bajos, en Italia y en los sindicatos franceses disponían aún de una influencia perceptible. Se trataba de países con vestigios precapitalistas que, además, contaban con la existencia de una vasta intelectualidad desclasada.

A pesar del reconocimiento casi unánime de la II Internacional, ésta nunca llegaría a ser más que una confederación de partidos socialistas eminentemente nacionales y, por consiguiente, incapaz de cumplimentar la mayoría de sus resoluciones. A este respecto, conviene recordar que así como la I Internacional se dotó desde su fundación de órganos directores como el Consejo General y de una estructura centralizada, con la II Internacional no sucedió lo mismo. Durante los primeros once años, esta careció de una estructura organizativa formal. Fue el 4º Congreso, celebrado en Londres en 1896, el que autorizó que una comisión investigara la posibilidad de crear una comisión central, y no fue hasta el Congreso de París de 1900 cuando se decidió crear una organización permanente; una especie de federación de partidos nacionales junto con un Buró Socialista Internacional y un Comité Interparlamentario. Por ello, hasta ese año no existió ningún órgano coordinador que mantuviera contactos con los diversos partidos entre un congreso y otro.

La incapacidad de la II Internacional para llevar adelante sus propias resoluciones se explica tanto por las diversas condiciones políticas y sociales de cada país y la diversa participación de las y los trabajadores, como por las desigualdades que se registraban

5 Mandel, Ernest (1986) *Las ondas largas del desarrollo capitalista*, Madrid: Siglo XXI, p. 16. Sassoon, Donald (2019) matiza la Gran Depresión en *The Anxious Truth. A Global History of Capitalism 1860-1914*, Nueva York: Penguin Random House, pp. 478 y ss.

en la conciencia y acción política de la clase obrera. Charles Rappoport tenía razón cuando afirmaba en 1910, después del Congreso de Copenhague:

> Las fuerzas que componen la Internacional son de orígenes muy diversos. Las naciones que la componen viven en condiciones políticas, económicas, intelectuales y morales enteramente variadas. Y hay que dar a esta variedad infinita una sola dirección, la dirección socialista. De ahí las dificultades innumerables[6].

No había nada sorprendente en el hecho de que los diversos partidos socialistas incorporaran y defendieran tácticas sumamente diferenciadas, si bien la utilización de la legalidad y la vía parlamentaria para la conquista, defensa y ampliación de las libertades democráticas fuera el común denominador de todos ellos en su actividad política. Por motivos obvios, Rusia –la cárcel de pueblos– constituía una gran excepción. El movimiento obrero ruso tenía un carácter particular, producto de la ausencia casi completa de organizaciones sindicales y de un marco de actuación legal. De hecho, ningún otro partido de la II Internacional estuvo intelectual y organizativamente preparado para la revolución. Y ninguno, salvo la socialdemocracia rusa, entendió la revolución –en el sentido de un levantamiento de masas para la conquista del poder– como una preocupación inmediata.

Mayor importancia que la heterogeneidad de los partidos socialistas, y las diversas actitudes de sus dirigentes, tenía el nuevo marco introducido por la segunda revolución tecnológica en los países europeos avanzados. Los cambios operados en un período relativamente corto supusieron un reto para los análisis marxistas. De ahí que, en muchos casos, el desarrollo de la teoría y praxis tuviera como resultado posiciones cada vez menos afines con el marxismo, de forma que lo que para unos exigía una mera adaptación táctica de los supuestos marxistas iniciales, para otros suponía

6 Droz, Jacques (1984) *Historia General del socialismo*, Barcelona: Destino, pp. 143-144.

una revisión total de esos mismos principios. Federico Engels, en su *testamento político* de 1895, reconocía que:

> (…) era, pues, lógico e inevitable que nuestra manera de representarnos el carácter y la marcha de la revolución *social* proclamada en París en febrero de 1848, de la revolución del proletariado, estuviese fuertemente teñida por el recuerdo de los modelos de 1789 y de 1830 (…), la forma común de todas esas revoluciones consistía en el hecho de que todas ellas eran revoluciones de minorías (...). La historia ha revelado que nuestra concepción de entonces era una ilusión (...). La historia ha ido incluso más lejos: no sólo ha demolido nuestro error de entonces, sino que ha cambiado radicalmente las condiciones en que ha de luchar el proletariado. El modo de combatir de 1848 es hoy anticuado en todos los aspectos.

Estas consideraciones generales darían paso a un prolongado debate en la II Internacional. Antes de abordar ese plano, veamos como Karl Kautsky, en su correspondencia con Engels a finales del siglo XIX, relaciona la crisis del marxismo con la nueva realidad social:

> (...) a decir verdad, nosotros esperábamos más de la crisis de entonces [se refiere a la Gran Depresión]. No sólo el reforzamiento del movimiento socialista en Inglaterra, sino el hundimiento del capitalismo en el mundo entero. Esta espera fue vana. El capitalismo sobrevivió a la crisis a pesar de la enorme extensión de ésta en el espacio y en el tiempo y a su creciente intensidad. Se inició una nueva era de prosperidad capitalista. Pero lo que vino entonces fue un capitalismo enteramente cambiado. El viejo se había ido a paseo[7].

La circunstancia de que los partidos socialistas de la II Internacional no eran revolucionarios fue, como apunta Arthur Rosenberg, un factor decisivo que hizo que se sumieran en una contradicción

7 Colletti, Lucio (1975) *Ideología y sociedad*, Barcelona: Fontanella, pp. 71-72 y 174-175.

interna y cuya salida era doble: o bien admitían que las nuevas condiciones objetivas exigían una revisión de los supuestos tradicionales del marxismo, o bien –y éste fue el caso de los *radicales* que ostentaban la dirección de la II Internacional– seguían hablando de revolución sin admitir reformas ni compromisos con los partidos y gobiernos burgueses (aunque una política de reformas fuera de hecho su praxis cotidiana). Ante esta disyuntiva, las tesis revisionistas eran mucho más sinceras y coherentes, puesto que los *radicales* quedaban paralizados ante cualquier crisis política sin poder lanzarse a la revolución –porque nunca había dejado de ser un proyecto teórico y propagandístico– y sin aceptar teóricamente la táctica reformista; esta corriente siempre quedaba atenazada por sus propias contradicciones. Además, ante un eventual aislamiento político, los revisionistas siempre podían recurrir a salidas de emergencia ampliando el espectro de las alianzas para abarcar a las clases medias. No obstante, como apunta Julius Braunthal, esta perspectiva, en el caso de Alemania, también resultaba poco factible, ya que la clase media alemana se encontraba segura bajo la monarquía militar guillermina y en modo alguno estaba dispuesta a coaligarse con la clase trabajadora para desmantelar los diques de contención a la riada socialista: el sistema electoral prusiano *de las tres clases* y las prerrogativas del monarca. Como señalaba Kautsky en 1904, la perspectiva iba más bien en sentido contrario:

> No creo que vayan a permitir que la socialdemocracia crezca indefinidamente dentro de la legalidad (…). Cuanto mayor es su poder político, mayor es su certeza de que sus adversarios eliminen la Constitución para sustituirla por un régimen donde los trabajadores se vean violentamente oprimidos, sus organizaciones disueltas por la fuerza por un régimen basado en la fuerza bruta que exigirá la puesta en práctica de las contramedidas más enérgicas.

Dadas estas circunstancias, la inicial *paz ideológica* en el seno de la II Internacional no duraría mucho, a pesar de que esta organización se preocupara en todo momento de no forzar divergencias ideológicas que pudieran provocar una ruptura en la unidad del

socialismo internacional. El resultado de esta actitud apaciguadora –sustentada sobre todo por August Bebel– no pudo ser más desastrosa, ya que al estallar la Primera Guerra Mundial la mayoría de las secciones se vieron arrastradas por la vorágine del patriotismo y del militarismo, rompiendo así con el principio del internacionalismo proletario y, en consecuencia, con la razón misma de existencia de la II Internacional. Trotsky daba la siguiente explicación a este fenómeno:

> La guerra presente señala el derrumbamiento de los Estados nacionales. Los partidos socialistas de la época que ahora concluye fueron partidos nacionales. Ellos fueron cogidos en el engranaje de los Estados nacionales, con todas sus actividades y con su psicología. Frente a las declaraciones solemnes de sus Congresos se levantaron en defensa del Estado conservador, cuando el imperialismo, crecido en el suelo nacional, empezó a demoler las barreras nacionales anticuadas. Y en su histórico derrumbamiento, los Estados nacionales también han arrastrado a los partidos socialistas nacionales[8].

1.2.3. El debate sobre reforma o revolución, exponente de las tentativas de superar la crisis de identidad ideológica

La larga y ardua batalla que se libró en torno a la disyuntiva reforma o revolución en la II Internacional con anterioridad a 1914 requiere cierta atención, porque en dicha polémica se encuentran los orígenes del tema que nos ocupa, sobre todo en lo que respecta a la naturaleza y posiciones políticas del marxismo revolucionario.

Si genéricamente se puede afirmar que durante el período que concluyó en 1870 se dirimió la lucha por sentar las bases teóricas del socialismo, en adelante, el desarrollo de la teoría y la praxis avanzarían paralelamente, aunque se registrara una creciente autonomización entre ambas. Así, la lucha ideológica entre

8 Trotsky, León., *op. cit.*, pp. LXI-LXII.

revisionismo y marxismo, por un lado, y la lucha política en torno a la disyuntiva reforma o revolución, por otro, estaba entrelazada, aunque experimentó ritmos desacompasados hasta la configuración de posiciones relativamente acabadas. Perry Anderson, en *Consideraciones sobre el marxismo occidental*[9], concreta estas afirmaciones con la siguiente explicación:

> Marx dejó una teoría económica coherente y elaborada del modo capitalista de producción, expuesta en *El Capital*, pero no dejó una teoría política semejante de las estructuras del Estado burgués o de la estrategia y táctica de lucha socialista revolucionaria apropiada para que un partido obrero lo derrocara. A lo sumo, dejó unas pocas previsiones crípticas en el decenio 1840-1850 y algunos principios lacónicos en el decenio 1870-1880 –*la dictadura del proletariado*–, además de los famosos análisis coyunturales del Segundo Imperio (…). Al mismo tiempo, y esta era una laguna más obvia para sus contemporáneos, Marx nunca elaboró una exposición general extensa del materialismo histórico (...). Los herederos inmediatos de Marx y Engels se habían formado en un período de relativa calma. La generación siguiente de marxistas llegó a la madurez en un ambiente mucho más turbulento, cuando el capitalismo europeo comenzó la carrera tempestuosa hacia la Primera Guerra Mundial.

La polémica ideológica estalló con toda virulencia en Alemania una vez que la abolición de las leyes antisocialistas y los cambios estructurales introducidos por la rápida industrialización trastocaron el originario, y hasta entonces inexpugnable, vínculo de la lucha política por la revolución socialista con las reformas parciales que mejoraban la suerte de la clase trabajadora. Tal vez fuera así porque, como apunta George D. H. Cole, ninguna sección de la II Internacional consideraba posible transformar la naturaleza de clase del Estado a través de la participación electoral, ni siquiera

9 Anderson, Perry (2012) *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid: Siglo XXI, pp. 10-20.

en el hipotético caso de alcanzar una mayoría parlamentaria. El Estado era considerado como un elemento hostil que había que destruir para sustituirlo por un Estado socialista. Tanto fue así, que incluso las reformas en materia de legislación laboral eran consideradas como una conquista que sólo podía arrancarse mediante movilizaciones extraparlamentarias a un Estado no susceptible de democratizarse, una apreciación que desechó el Congreso de Zúrich de 1893 al iniciarse la controversia sobre si el reconocimiento de la "acción política" debía quedar en adelante estipulada como condición de pertenencia a la Internacional. Bebel, Adler, Kautsky y Otto Lang propusieron que se incluyera una cláusula explicativa a tal resolución. Significativamente, esta rezaba así:

> Por acción política entendemos que los partidos obreros deben hacer pleno uso de los derechos políticos y legales a fin de hacerse con la maquinaria legislativa y utilizarla a favor de los intereses de la clase obrera y para la conquista del poder político.

La aprobación de esta resolución con catorce votos a favor, dos en contra (anarquistas alemanes) y la abstención de Francia y Polonia, significó un cambio de actitud del socialismo respecto a la posibilidad de democratizar el Estado burgués. Erik Hobsbawm explica este cambio de actitud socialista relacionándolo con el fin de la fase de depresión del sistema capitalista y con el fin de la idea acerca del inminente desplome del capitalismo. Así, la consolidación del capitalismo a finales del siglo XIX no sólo supuso el advenimiento de nuevas relaciones económicas, sino también una nueva forma de concebir las relaciones sociales, políticas, ideológicas y culturales, así como la aparición de nuevas instituciones. El capitalismo, aparte de ensanchar el mercado mundial a través de la expansión colonial, también introdujo cambios profundos en el interior de los Estados, de forma que fue forjándose un nuevo modelo capitalista más difícil de demoler que antes. En definitiva, el capitalismo en ascenso no sólo fue capaz de desplegar nuevas energías, sino también de integrar las demandas sociales de las voces discordantes, alcanzando así un nuevo equilibrio social.

1.2.4. Supuestos del reformismo en el paso del fatalismo revolucionario al socialismo gradualista

Para numerosos socialistas, el nuevo capitalismo europeo que iría cristalizándose a partir de 1896, dotado de fuertes rasgos monopolistas y de mayor capacidad integradora mediante la aplicación de reformas sociales, aparecía como la antesala a la sociedad socialista, puesto que de proseguir la tendencia de concentración de capital mantenida hasta entonces y siguiendo un esquema evolucionista, la *parusía* del socialismo se concebía poco menos que axiomática.

La socialdemocracia, sometida al embrujo que producía el vertiginoso avance de sus resultados electorales, también se vio obligada a enfrentarse directamente a la elaboración de una política de reformas inmediatas y a ganarse la confianza de nuevas capas sociales. Semejante dinámica aceleró la elaboración de nuevos enfoques durante la primera mitad de los años noventa del siglo XIX, al tiempo que la creciente práctica reformista hacía cada vez más perentoria su justificación teórica.

Es evidente que sin la nueva prosperidad no hubiera sido posible este reforzamiento de las tendencias reformistas. Y las nuevas posibilidades democratizadoras iban acompañadas de un consenso, explícito o implícito, que entrañaba la aceptación de unas reglas de juego a cambio del ofrecimiento de unas expectativas de *igualdad de oportunidades* y de continuas mejoras sociales. Así se iría convirtiendo la socialdemocracia y sus representantes en lo que León Blum denominó "administradores leales de la sociedad burguesa".

En una carta dirigida el 23 de noviembre de 1871 a Bolte, Marx afirmaba que el movimiento político de la clase obrera tiene como fin la conquista del poder político, pero, entretanto, su cometido es arrancar leyes capaces de "imponer sus intereses en forma general, de manera tal que posean una fuerza social de compulsión general". Una de las condiciones es que tal política de reformas esté subordinada a la conquista revolucionaria del poder. De esta manera, alentó la participación de la clase obrera en las elecciones

con candidatos propios, porque, como dijo en una de sus intervenciones en la Conferencia de Londres de 1871:

> La tribuna es el mejor instrumento de publicidad [y] no es necesario creer que tiene poca importancia contar con obreros en los parlamentos (…), de un modo u otro es una gran publicidad para nuestros principios.

Marx rectificó su anterior opinión sobre el sufragio universal –francamente adversa al equipararlo al "engaño universal"– y la participación electoral, pero aun así consideró que la participación electoral y la actividad parlamentaria de los partidos obreros no venía a ser sino *un* aspecto de la lucha de clases. El "cretinismo parlamentario", según Marx, se basaba en el espejismo de considerar la actividad parlamentaria como la fundamental o única vía para la conquista del poder.

La socialdemocracia de la época iba cifrando sus esperanzas emancipadoras en la participación electoral y en la actividad parlamentaria. Por consiguiente, lo que primero se cuestionó por parte de los reformistas fue la afirmación de Marx de que el Estado fuera, por su propia naturaleza, una institución de clase. El Estado, a juicio de los reformistas, debía considerarse *neutral* en esencia, como una instancia sujeta al control de cualquier clase. De aquí partía también la idea de que una vez conquistada la mayoría parlamentaria, el Estado capitalista se transformaría, sin violencia, en un Estado al servicio del pueblo y del socialismo. De esta manera, los reformistas no negaban que el Estado no se hubiera identificado hasta entonces con la clase dominante. Lo que negaban era que esto tuviera siempre y *necesariamente* que ser así. El corolario de este razonamiento fue que la conquista revolucionaria del poder por los trabajadores y trabajadoras quedó desdibujada y, en su lugar, ganó terreno la creencia en el paso automático y pacífico del capitalismo al socialismo. A juicio de los reformistas, los términos *dictadura del proletariado*, *revolución social* y *extinción del Estado* no representaban más que una fraseología revolucionaria que sólo se conservaba a efectos de agitación política. Se trataba de conjugar el pasado con el presente; todavía se

quemaba incienso al viejo dios de la revolución, pero en los altares del nuevo dios de la democracia parlamentaria.

Esta creencia en la neutralidad del Estado encontraba un fuerte respaldo en una serie de factores que llegaron a determinar el cambio de signo del movimiento obrero hacia el Estado burgués. Pero antes de enumerarlos, parece necesario reiterar que el cambio de coyuntura a partir de 1896, con un retroceso del paro y un relanzamiento de los negocios, hizo menos verosímil el anuncio de un próximo hundimiento del capitalismo, lo que contribuyó a que las esperanzas se depositaran paulatinamente en elevar y mejorar las condiciones de vida de las y los trabajadores "en el terreno del ordenamiento social burgués", en los éxitos electorales y en la actividad parlamentaria. Este fue el origen del deslizamiento hacia el reformismo y el subsiguiente abandono del anterior fatalismo revolucionario. Así lo expone Lelio Basso en su obra *Socialismo y revolución* (Basso, 1983: 230):

> De este modo va adquiriendo poco a poco crédito, incluso en el seno de ciertos estratos del movimiento obrero, una figura de Estado paterno, pretendidamente tutor del interés general, por encima de las clases; pero dotado, precisamente por esto, de una mayor autonomía burocrática y de una mayor autoridad: un Estado con dos frentes, al mismo tiempo capaz de despertar esperanzas en las capas populares (y no por casualidad fueron dos conservadores Bismarck y Disraeli los que concedieron el sufragio universal o lo ampliaron, contando con un voto conservador de las masas) y de consolidar el espíritu de autoridad, y un aparato de poder capaz de garantizar las fortunas crecientes de las clases dominantes. Con estas directrices de intervención estatal fue como se desarrolló, en la segunda mitad del siglo, la acción demiúrgica del Estado –desde el proteccionismo hasta el militarismo y el imperialismo–, primero para ayudar al desarrollo industrial y luego para darle nuevo aliento y vigor al capitalismo postrado por la gran depresión, y para rescatar con providencias políticas y sociales a la clase obrera. Seguía existiendo ciertamente, como vimos, una gran diferencia entre el liberalismo inglés, que integró también

> políticamente a la clase obrera, y el autoritarismo germano-prusiano, que rechazó la integración política y el parlamentarismo (el sufragio universal tenía un carácter más cesarista que democrático), pero a pesar de todo también en Alemania quedó siempre con vida el filón lassalliano filoestatal.

Los factores más sobresalientes que alimentaron la práctica reformista fueron básicamente tres. En primer lugar, los enormes avances electorales y la creciente representación parlamentaria de la socialdemocracia alemana ofrecían un panorama risueño. Entre los diversos comentaristas socialistas, Karl Kautsky en su obra *La doctrina socialista. Réplica al libro de Eduardo Bernstein, Socialismo teórico y socialismo práctico*, pone de manifiesto ese optimismo al constatar que:

> Cuando el SPD dirige una mirada sobre los resultados obtenidos en las elecciones, no tiene el menor motivo para considerar las cosas con pesimismo. Un partido que hace treinta años era absolutamente nulo es hoy el más fuerte del Imperio (…), un partido que no necesitando estar sostenido más que por una sola gran clase, posee una homogeneidad y una unidad de que no es capaz ningún otro partido (…). Este partido, que en el transcurso de treinta años se ha hecho el más fuerte de los partidos políticos, puede en el transcurso de otros treinta años conseguir el poder si no lo consigue antes[10].

Sin embargo, en 1914, el historiador conservador Hans Delbrück intentó explicar al SPD que "hasta donde la mente humana permite ver" no existía ninguna posibilidad de que Alemania "se deslizara hacia los abismos de una democracia parlamentaria". En cambio, los resultados electorales del SPD parecían desmentir semejante pronóstico:

10 Kautsky, Karl (2012) *La doctrina socialista*, Valladolid: Maxtor, p. 348.

1881	310 000	votos
1884	550 000	”
1887	763 000	”
1890	1 427 000	”

Engels, por ejemplo, barajando estas estadísticas electorales, vaticinó la llegada del SPD al poder en 1898.

En segundo lugar, la creciente burocratización de un partido de masas[11], confería al SPD un tinte tanto más conservador cuanto mayor fuera su influencia. Y esta inclinación conservadora de la burocracia provenía de su necesidad de perpetuarse dentro del marco que permitía tal avance organizativo, lo que, en definitiva, venía a significar la defensa de la sociedad establecida dado que la burocracia del SPD ya no sólo vivía *para*, sino fundamentalmente también *del* movimiento obrero. Wolfgang Abendroth retrata la psicología del burócrata de forma magistral. Nos dice:

> (…) a este tipo de gente, cualquier actividad de las masas le resultaba sospechosa, rebasaba el marco *legal* y podía poner en peligro la legalidad del movimiento o bien en duda la acreditada rutina. Con todo, los burócratas tuvieron que aceptar y tolerar que el partido hablara aún durante algún tiempo que el capitalismo se hundiría algún día y el movimiento obrero sería su heredero. Pues tal modo de hablar constituía un medio importante para atraer hacia el partido a nuevas capas de la clase obrera (…). En opinión de sus dirigentes, el partido habría de ser sólo heredero, pero no el causante, de tal hundimiento. Estos problemas eran aún más complicados en los sindicatos, puesto que cada huelga colocaba a la burocracia ante decisiones para las cuales no se hallaba en condiciones[12].

11 Zinóviev, Gregory, *La guerra y la crisis del socialismo*, folleto, p. 419.

12 Abendroth, Wolfgang (1980) *Historia social del movimiento obrero europeo*, Barcelona: Laia, p. 69.

En tercer lugar, la creciente influencia de los sindicatos sobre el partido inclinaba de forma casi invariable la balanza a favor de una política de reformas. Los sindicatos, más aún que el partido, fueron a lo largo de los años noventa del siglo XIX un campo abonado para el revisionismo: se mostraron reticentes frente a las exigencias ideológicas del partido, persiguieron de forma casi sistemática el compromiso con los poderes públicos y rechazaron todo lo que para ellos constituía *romanticismo revolucionario*.

Por último, estos tres factores quedarían reforzados con el peso específico que ejerció la intelectualidad que en esa década se acercó en gran número a las filas del movimiento socialista, impregnándolo de concepciones humanitarias que contribuyeron a que fructificara la revisión del marxismo y se legitimara el marchamo reformista. Tales concepciones ya no se movían en la línea de la filosofía dialéctica hegeliana, sino en la del retorno al idealismo kantiano al son de los acordes de la escuela neokantiana de Marburgo. El fundador de dicha escuela, Cohen, sostenía que el socialismo sólo es válido cuando está fundado en el idealismo ético. Los seguidores de Cohen trataron de reconciliar a Marx con Kant, haciendo de Marx, naturalmente, un idealista[13].

A pesar de que estos factores confirieran al SPD connotaciones conservadoras, éstas fueron más bien consecuencia que causa del reformismo. Y contrariamente al análisis sociológico de Max Weber y Robert Michels, que veían en estos factores la fuerza motriz del revisionismo y del creciente conservadurismo del SPD, no resulta ocioso reiterar que las raíces se encuentran más bien en una coyuntura política y económica que ofrecía un sustento real para que proliferara una visión optimista sobre el progreso continuo y pacífico del capitalismo[14].

13 Vranicki, Predrag (1977) *Historia del marxismo*, Salamanca: Sígueme, p. 243.

14 La excepcional coyuntura económica del período contradecía el pronóstico de Marx según el cual el proceso de transformación capitalista conducía a una creciente proletarización de la sociedad y, finalmente, a la expropiación de los expropiadores. Véase lo señalado al respecto por Karl Marx en *El Capital*, tomo 1, pp. 648-649. Fue precisamente este error de cálculo lo que indujo a Bernstein a reformular la teoría marxista sobre el proceso revolucionario. Lucio Colletti, en *Ideología y sociedad*, pp. 81-86, puntualiza que, según Kautsky, "Marx y Engels no han elaborado nunca una teoría del hundimien-

La ambigüedad programática del SPD contribuyó a que los partidarios del reformismo evitaran enfrentarse directamente en un plano ideológico, seguramente convencidos de que, a la larga, sucesivos triunfos en el terreno táctico redundarían en futuras victorias ideológicas. Antes de que se llegara a tal guerra de posiciones, en el SPD ya se habían producido las principales escaramuzas ideológicas que vaticinaban los derroteros que habría de seguir la socialdemocracia. Fueron escaramuzas porque todavía pesaban demasiado los principios recogidos en el *Programa de Erfurt*. En él se rechazaba toda identificación de los trabajadores con el Estado nacional, antes considerada casi axiomática por Ferdinand Lasalle. En Erfurt se convino fijar como principio doctrinal el antagonismo irreconciliable entre la clase trabajadora y el aparato estatal reinante y, en términos inequívocos, se subrayó la lucha de clases internacional del proletariado, todo ello basado en el supuesto de una revolución inminente que haría desaparecer el Estado capitalista y el orden social burgués.

---

to particular, y que esta expresión procede de Bernstein, de la misma manera que la expresión teoría de la pauperización procede de los adversarios del marxismo". El autor agrega que es evidente que Bernstein disentía de la expresión "tendencia histórica de la acumulación capitalista" de Marx por cuanto la consideraba una "anticipación especulativa". Al respecto, Colletti dice textualmente que "y, no por casualidad, el esfuerzo principal de todo su libro va dirigido a negar o limitar fuertemente lo que hoy es considerado, incluso por los economistas no marxistas, como la parte más verificada de las previsiones de Marx: el pronóstico de la concentración y la centralización capitalista. En este sentido Rosa Luxemburg tenía razón al decir que "lo que Bernstein ha puesto en cuestión no es la rapidez del desarrollo, sino el curso mismo de la evolución de la sociedad capitalista y, en relación con esto, el paso al ordenamiento socialista'. Bernstein, en realidad, 'no rechaza solamente una determinada forma de hundimiento del capitalismo, sino que niega el hecho mismo del hundimiento'. O, por decirlo mejor, no niega solamente el 'hundimiento' (que, como veremos, no es idea de Marx), sino que –prescindiendo de cualquier 'hundimiento' automático, y así, por ejemplo, de la tesis luxemburguista según la cual se afirma que el sistema 'se prepare espontáneamente a deshacerse y a reducirse es una pura y simple imposibilidad'– niega también lo que, en cambio, es el núcleo vital del marxismo: la idea de que el ordenamiento capitalista es un fenómeno histórico, un ordenamiento transitorio y no natural, y que, a causa de sus contradicciones internas y objetivas, maduran inevitablemente en su seno fuerzas que empujan hacia otra forma de organización de la sociedad".

1.2.5. La teorización del revisionismo

Georg von Vollmar, jefe del SPD bávaro, abrió el fuego de la batalla ideológica en julio de 1891, al exponer, en el mismo Congreso de Erfurt, "Los objetivos inmediatos de la socialdemocracia". En su intervención preconizó una política reformista de lentas y graduales *conquistas parciales*, cuya consecución no excluía alianzas ocasionales con los partidos burgueses. Esta posición, tildada de oportunista por el SPD con arreglo a las tesis marxistas del Programa de Erfurt[15], aparecería de forma recurrente y bajo diversas modalidades en casi todas las cuestiones debatidas por la II Internacional. Aun cuando fuera todavía minoritaria –al menos en su manifestación pública–, daba pie a pensar que las fuerzas motrices de la historia, en este caso el vertiginoso desarrollo del capitalismo alemán, eran capaces de deshilachar la supuesta solidez del marxismo.

León Trotsky explicaría este despegue de los revisionistas de la ortodoxia marxista de la siguiente manera:

> Los revisionistas alemanes fueron impresionados en su conducta por la contradicción entre la práctica reformista del partido y sus teorías revolucionarias. No comprendieron que esta contradicción estaba condicionada por unas circunstancias temporales, aunque largas, y que sólo podían ser vencidas por un ulterior desarrollo social[16].

Unos años más tarde, la participación del jefe del socialismo francés, Alexander Millerand, en el gobierno radical-burgués de Waldeck-Rousseau de 1899, se realizó bajo el imperativo de combatir la amenaza clerical y monárquica, así como bajo el prisma de la superación paulatina del capitalismo a través de la constante ampliación de las funciones económicas y sociales del Estado. El

15 Broué, Pierre (1973) en *El partido bolchevique*, Madrid: Ed. Ayuso, p. 28, relativiza la coherencia marxista del *Programa de Erfurt*, pues establece una dicotomía entre programa máximo y mínimo que tradicionalmente, desde entonces, perpetúan los partidos socialdemócratas.

16 Trotsky, León., *op.cit.*, pp. 153-154.

propio Millerand lo expresaría con toda claridad con las siguientes palabras:

> Si juzgamos la violencia tan condenable como inútil, si las reformas legales nos parecen a la vez el objetivo inmediato y el único procedimiento práctico para acercarnos a un fin lejano, tengamos el coraje, por otra parte fácil, de llamarnos por nuestro nombre y de decirnos reformistas, tanto más cuanto que lo somos. Impulsemos el coraje hasta el límite y, habiéndonos pronunciado por el método reformista, osemos aceptar sus condiciones y consecuencias[17].

Millerand ya se había pronunciado en términos similares tras las elecciones municipales de 1896. En el célebre *Programa de Saint-Mandé* –por medio del cual se esperaba que proporcionara una base para la unificación del dividido socialismo francés–, tras recordar que todos estaban de acuerdo en suplantar el régimen capitalista por el socialismo, Millerand no opinaba que el capitalismo pudiera abolirse de golpe mediante la acción revolucionaria. El capitalismo, agregaba, sólo podría abolirse por medio de un proceso gradual, a través de la nacionalización y municipalización de la gran industria, la continua expansión de las actividades económico-sociales del sector público y un proceso permanente de reforma social.

La decisión de la participación ministerial de Millerand levantó el grito clamoroso de *traición* entre los partidarios de Jules Guesde y, en cambio, el aplauso de los seguidores de Jean Jaurès. En el Congreso de París de 1900, el caso Millerand –el ministerialismo– fue considerado como una excepción a la política socialista de independencia de clase, sin que por ello se descartara la colaboración gubernamental socialista en situaciones de excepcionalidad política, coyuntura que cada sección era libre de ponderar. Es conocida la exclamación de Jules Guesde en 1899 sobre el caso

17 Lefranc, Georges (1972) *El socialismo reformista*, Barcelona: Oikos-Tau, p. 15.

Millerand, aunque él mismo, paradójicamente, fuera víctima de su propia profecía. Guesde decía:

> ¿Os imagináis un Millerand inglés, un Millerand italiano, un Millerand alemán sumándose al Millerand francés y comprometiendo a los proletarios unos contra otros, en actos de bandolerismo capitalista? El día en que el caso Millerand llegara a ser un hecho general, habría que despedirse de todo internacionalismo y convertirse en nacionalistas. Algo que vosotros ni yo consentiremos que ocurra.

La mencionada resolución sobre el caso Millerand dejaba la puerta entreabierta a la política de colaboración de clases. Por esas fechas ya se practicó una política de alianzas electorales con los partidos burgueses. Fue el caso de los socialistas italianos en su lucha contra el gobierno reaccionario de Crispi, el de los socialistas belgas para conseguir el sufragio universal y el de los socialistas alemanes para combatir la *lex Heinze*.

Como se ha señalado reiteradamente, a estos cambios tácticos encaminados a la colaboración de clases contribuyó el hecho de que el marxismo no penetrara profundamente ni siquiera en el SPD. Si a ello unimos la confusión que introdujo el controvertido *testamento* de Engels de 1895 en el que –aplicando una dialéctica darwinista– no se descartaba, dadas ciertas condiciones, la posibilidad de una transición pacífica del capitalismo al socialismo[18], tendremos una idea cabal de las diversas interpretacio-

18 Colleti, Lucio, en *op. cit.*, pp. 71-75, resume las conclusiones y consecuencias inmediatas del llamado testamento político de Engels que aparece en su prólogo a la primera reedición de *La lucha de clases en Francia* de marzo de 1895. Las conclusiones de Engels al finalizar el siglo son las siguientes: 1) era errónea la consideración suya y de Marx de 1848 según la cual las condiciones en Europa ya estaban maduras para la transformación socialista; 2) era igualmente errónea la concepción política sobre la revolución como hecho "de minorías". Por ello, reconoce la necesidad de un trabajo largo y paciente –"un lento trabajo de propaganda y actividad parlamentaria"– que equivalía respaldar la táctica de la conquista de mayorías parlamentarias. Engels circunscribe aquí la estrategia obrera a la utilización del sufragio universal y la utilización de la legalidad que, según él, desesperaba entonces a la burguesía. Contemplaba, por consiguiente, la posibilidad de la conquista pacífica del poder por el pro-

nes que se podían dar al marxismo. La interpretación del marxismo de Engels supuso una amalgama de la gerencia hegeliana con la ciencia positivista que preparó el siguiente paso, consistente, según Ian Fetcher, en que "en los epígonos se perdiera muy pronto y de manera completa el elemento hegeliano". Según la caracterización de Andrew Arato, el revisionismo de Engels poseía tres características principales: el triunfo del sistema especulativo y metafísico, el triunfo de la Naturaleza sobre la historia y el triunfo del objeto sobre el sujeto. A este respecto, lo que puede reprochársele a Engels no es el abandono justificado de una concepción ya superada del proceso revolucionario, sino en haber sustituido el proceso revolucionario dialéctico descrito por Marx por un movimiento lineal y fatal hacia el socialismo. La relación que guarda esta posición política con la filosofía tuvo importantes repercusiones prácticas. Por un lado, la separación del sujeto del objeto en el proceso revolucionario anuló el concepto mismo de praxis tal como lo había entendido Marx: una relación dialéctica, inseparable, de objeto y sujeto. Por otro lado, la identificación de Naturaleza con historia, de marxismo con darwinismo, abrió la puerta para que la causalidad interna atribuible a la acción humana fuera reemplazada por una causalidad externa, similar a aquella que determina la evolución de las especies.

El revisionismo de Engels no expresaba sino el hecho de que el capitalismo finisecular demostraba poseer enormes posibilidades de desarrollarse, así como la facultad de superar las crisis cíclicas

---

letariado mediante la constitución de sólidas mayorías parlamentarias. Los supuestos de este testamento político serian retomados por Edouard Bernstein en 1899, si bien éste no lo concebía meramente como una revisión *táctica*, sino *estratégica*. Conviene recordar que el testamento político de Engels no venía a ser sino una reiteración del muy comentado discurso que Marx pronunciara en Ámsterdam el 8 de septiembre de 1872 al clausurarse el Congreso de La Haya. En ese mensaje venía a decir que en algunos países la clase trabajadora podría alcanzar sus objetivos pacíficamente. Y añadía: "nunca hemos afirmado que las vías para alcanzar nuestro objetivo sean en todas partes las mismas. Sabemos que deben tomarse en cuenta las instituciones, costumbres y tradiciones de los diversos países y no negamos que haya países como Inglaterra, EE UU y tal vez Holanda donde los trabajadores puedan alcanzar su objetivo por medios pacíficos". Pero también reconocía que en la mayoría de los países del continente europeo "la fuerza será la palanca de nuestra revolución".

introduciendo nuevas formas de equilibrio social. Los mecanismos autodestructivos del capitalismo no adquirieron entonces la dimensión prevista por Marx, una circunstancia que propició una visión objetivista del proceso revolucionario donde el factor subjetivo sólo desempeñaba una función subsidiaria.

En cualquier caso, los problemas teóricos incumbían a una exigua minoría, algo que queda suficientemente corroborado por la escasa difusión de las revistas teóricas. *Die Neue Zeit*, órgano teórico del SPD, no contaba a principios de los años noventa del siglo XIX con más de 2500 suscripciones, de las cuales la mayoría pertenecía a la burguesía, mientras que su homólogo francés, *Le Devenir Social*, tenía una tirada que no rebasaba el millar de ejemplares.

En Francia, Jean Jaurès se encargó de llevar los postulados del marxismo a limites hasta entonces insospechados, recorriendo así el mismo camino que había emprendido Edouard Bernstein en el desarrollo teórico del revisionismo. En el prólogo a *Ètudes socialistes*, de 1901, Jean Jaurès fue lo suficientemente explícito cuando sostenía:

> Una clase que habiendo nacido en la democracia llevara su dictadura más allá de los primeros días de la revolución, en vez de someterse a las leyes de la democracia, no sería más que una partida de bandidos acampando sobre el territorio de la patria y malgastando sus recursos (…). Aquellos entre nuestros socialistas actuales que aún hablan de la *dictadura impersonal* del proletariado o que imaginan la toma del poder como un acto de violencia contra el orden democrático, retroceden a los tiempos en los que el proletariado era débil y le faltaban los medios políticos y organizativos para triunfar[19].

Sería Edouard Bernstein quien, a través de *Premisas del socialismo y objetivos inmediatos de la socialdemocracia* (1899), formulara las principales críticas a los fundamentos del marxismo

19 Jaurès, Jean (1901) *Études socialistes, Cahiers de la Quinzaine*, serie III, cuaderno 4.

revolucionario y esbozara, paralelamente, las bases de un esquema evolucionista donde cupiera un socialismo reformista. Sus críticas no iban encaminadas a abandonar las ideas de Marx, sino más bien a desarrollarlas y adecuarlas a una nueva realidad histórica, lo que para Bernstein suponía abandonar la teoría de la revolución. Semejante adaptación del marxismo a la nueva realidad social la argumentó de la siguiente forma en *Zur Theorie und Geschichte des Sozialismus* (1904):

> El socialismo no es una concepción teórica conclusa y cerrada. No podría serlo porque el objeto de su análisis es algo abierto, no concluso, algo que está en permanente desarrollo. El curso de este desarrollo le plantea siempre nuevos problemas, le abre cada vez más perspectivas. Así, muchas de las antiguas consignas pierden mucho de su sentido original, algunas etiquetas ya no coinciden con el contenido, los esquemas tradicionales no tienen cabida para las nuevas condiciones. Tarde o temprano, quiérase o no, cada cual se verá obligado a hacer un balance racional entre la nueva realidad y las correspondientes hipótesis de la antigua teoría. Tal revisión, realizada por los mismos interesados, es una muestra de fuerza interna y ningún partido progresista y en crecimiento podrá prescindir de ella[20].

El revisionismo de Bernstein fue rechazado en los Congresos de Hannover (1899) y Dresde (1903) del SPD, y en los Congresos de París (1900) y Ámsterdam (1904) de la II Internacional. La resolución condenatoria del Congreso de Dresde decía:

20 Bernstein, Edouard (1904 [2010]) *Zur Theorie und Geschichte des Sozialismus*, Nabu Press. La correcta idea argumental de Bernstein que recoge el texto tiene, sin embargo, una limitación grave: la legitimación que hace Bernstein de una política reformista y, por ende, de su teoría revisionista, que queda circunscrita, a diferencia del marxismo revolucionario, a la realidad de los países capitalistas desarrollados donde la clase obrera experimentaba sustanciosos avances, tanto sociales como en su nivel de vida. La izquierda revolucionaria insistiría en el concepto de imperialismo, pues sólo así podía entenderse la teoría revolucionaria y el concepto de agudización de la lucha de clases a escala mundial.

> El Congreso condena vigorosamente los esfuerzos revisionistas para cambiar nuestra táctica basada en la lucha de clases, y que ya ha sido probada con éxito, en el sentido de sustituir la consecución del poder político mediante la derrota de nuestros enemigos por una política de acomodación al orden existente. El resultado de esa táctica revisionista sería convertir a nuestro partido en uno de los que se contentan con la transformación de la sociedad burguesa en vez de uno que trabaja por la transformación lo más rápida posible del orden burgués existente en una sociedad socialista.

A pesar de que estas resoluciones condenatorias pesaran poco en la extendida práctica del movimiento socialista, no por ello causó menos revuelo la obra de Bernstein, ya que, junto con Liebknecht, Bebel y Kautsky, gozaba de gran prestigio teórico en las filas del socialismo. Desde 1883 tanto Kautsky como Bernstein fueron considerados por Engels como los más fieles seguidores de Marx.

La II Internacional, lejos de disipar el presagio del aforismo de Bernstein, según el cual "el movimiento lo es todo y lo que habitualmente recibe el nombre de fin no es nada", emprendió una fuga hacia adelante perpetuando una disociación entre teoría y praxis, de modo que el *atentismo revolucionario*, alimentado por una fraseología revolucionaria, sirvió de cobertura a la táctica reformista de los partidos socialistas. Estos, a su vez, necesitaban que la evolución de la sociedad trabajase en beneficio del advenimiento casi automático del socialismo.

Teniendo en mente esta realidad, el aforismo de Bernstein se ajustaba, por lo demás, a una justa valoración de la política del SPD –titubeante e incierta respecto al revisionismo– al atribuirle dos almas: "el alma inspiradora de las palabras del partido y el alma reformadora que dirige sus actos". La audacia de Bernstein no debe menospreciarse a la luz del pragmatismo que encierra la recriminación que le hiciera Ignaz Auer, el poderoso secretario del sindicato, acerca de la inconveniencia de plantear una lucha ideológica abierta; le indicaba que "estas cosas se hacen, pero no se dicen".

La aludida dualidad oportunista del SPD, que Bernstein trató de despejar restableciendo la unidad entre la teoría y la realidad, era *a fortiori* aplicable a la II Internacional. Ésta, a comienzos del siglo XX, sin haber logrado restañar las secuelas de la lucha ideológica, se vio inmersa en la búsqueda de nuevas alternativas a la exacerbación de los conflictos internacionales promovidos por un capitalismo que abandonaba definitivamente la fase de libre competencia tal y como había sido analizada en tiempos de Marx.

1.3. La lucha contra el revisionismo, aglutinante de la izquierda revolucionaria

Rosa Luxemburg, en su opúsculo de 1900, *Reforma social o revolución*, perfiló la crítica más comentada al revisionismo, al tiempo que trató de actualizar y desarrollar la teoría marxista. En dicho opúsculo Rosa Luxemburg planteó la existencia de un vínculo indisoluble para el marxismo entre reforma y revolución, porque:

> Para la socialdemocracia, la lucha práctica cotidiana dentro del sistema existente por reformas sociales, por la mejora de la situación del pueblo trabajador, por las instituciones democráticas, supone el único camino posible para dirigir la lucha de clases proletaria y para avanzar hacia la meta final, es decir, la conquista del poder político y la abolición del trabajo asalariado (…) la socialdemocracia concibe la lucha por las reformas como un medio, mientras que la revolución social es el fin[21].

Para Rosa Luxemburg la disyuntiva reforma o revolución, planteada abiertamente por Bernstein, no se reducía meramente a una opción entre dos tácticas posibles, sino al "ser o no ser" del socialismo. A su juicio, la meta final del socialismo era lo que distinguía al movimiento socialista de la democracia burguesa y del radicalismo burgués. Venía a ser lo que impedía que el

21 Luxemburg, Rosa (1977) *Escritos políticos*, Barcelona: Grijalbo, p. 45.

movimiento obrero realizara la vana experiencia de apuntalar el orden capitalista. Con estos argumentos y un detallado análisis de los modos de acumulación capitalista en una nueva fase de internacionalización del capital, pudo pronosticar, en contraposición a las teorías de Bernstein, el derrumbe histórico del sistema capitalista y la actualidad de la revolución socialista en Europa occidental[22]. Si tal teoría del colapso no adquirió los contornos augurados por Rosa Luxemburg y la embrionaria corriente revolucionaria en el seno del movimiento socialista, en cambio, si acertó cuando vaticinó la escasa consistencia que albergaban las teorías evolucionistas, y le cupo el mérito de haber sido la primera en entender clara y sistemáticamente la necesidad de una modificación sustancial de la estrategia y táctica del movimiento obrero de Europa occidental. Pues nadie mejor que ella, dada su doble condición de militante socialista en la socialdemocracia polaca y alemana, podía ofrecer una visión más globalizadora. En definitiva, Rosa Luxemburg propugnaba una ruptura con la rutina de las luchas electorales, las huelgas económicas y la propaganda abstracta en defensa del socialismo.

Este enfoque encontró en su época una gran receptividad entre destacados miembros de la socialdemocracia rusa. No puede decirse lo mismo de las teorías de Bernstein. Como señala Isaac Deutscher, la obra de Bernstein no causó ninguna conmoción entre los presos políticos rusos "ya que ninguno de ellos estaba en actitud de abandonar el camino de la revolución a cambio de una marcha a pie hacia el socialismo".

Hacemos esta puntualización, aparentemente anecdótica, porque es exponente de lo que estaba sucediendo, aunque ello fuera todavía imperceptible para los contemporáneos: sería precisamente a partir de este período –hacia 1905– cuando el desarrollo de la teoría marxista revolucionaria se desplazaría progresivamente de Europa occidental al Este europeo.

22 Colletti, Lucio (1978) *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo*, Madrid: Siglo XXI.

1.3.1. Desplazamiento del marxismo al Este europeo: reafirmación de la voluntad revolucionaria

Las nuevas condiciones objetivas en Europa, que entrañaban también una remodelación de la actitud del movimiento obrero hacia el Estado, no fueron ajenas a los motivos de este desplazamiento. Trataremos de enumerar sucintamente algunos de los factores que contribuyeron a este desplazamiento geográfico del marxismo, si bien, en general, se debió a que hacia 1905 el período de reformas y de evolución pacífica del capitalismo se habían agotado y el omnipresente reformismo carecía de orientaciones para responder a la nueva situación. Entre las nuevas características del período, Ernest Mandel las resume como sigue:

> El ascenso [del SPD] parecía tan irresistible que no sólo embriagaba a los convencidos, sino incluso a los adversarios. Como siempre la conciencia iba a remolque de la realidad. Todo este ascenso irresistible había sido reflejo del auge del capitalismo internacional, de la reducción secular del "ejército industrial de reserva" especialmente en Europa debido a la emigración, a una superexplotación creciente de los países coloniales y semicoloniales (…). A comienzos del siglo XX empezaban a agotarse los recursos que alimentaban esta atenuación temporal de las contradicciones socioeconómicas en Occidente. En adelante, pasaba a la orden del día la agravación de las contradicciones sociales (…). Una larga fase de mejora iba a ser sucedida por dos decenios de estancamiento, o incluso disminución de los salarios reales. La época de la evolución había terminado; iba a empezar la época de las revoluciones[23].

En primer lugar, todo parecía indicar que, a partir de 1905, la *vieja táctica probada* (*die alte bewehrte taktik*) de la socialdemocracia había perdido, al menos durante un tiempo, su carácter omnicomprensivo y, hasta cierto punto, aplicabilidad. Inicialmente, la

23 Mandel, Ernest, *op. cit.*, p. 35.

revolución rusa de 1905 dio motivos suficientes para que los socialistas reflexionaran sobre la posibilidad de potenciar la revolución social sin necesidad de esperar que la "inexorable" ley de la evolución histórica condujera algún día al colapso de la sociedad capitalista[24]. Esta circunstancia hizo que en los debates sobre el proceso revolucionario las consideraciones objetivas quedaran desplazadas por las subjetivas. De ello da fe el debatido tema de la *huelga de masas* que hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial acapararía la atención del SPD y de la II Internacional.

El enorme impacto que ejerció la revolución rusa de 1905 en los debates sobre la huelga general no pudo ser amortiguado considerándola una excepción, porque, con diferente intensidad, había sido precedida de las huelgas generales de Bélgica (1893 y 1902), Suecia (1902), Holanda (1903), Italia (1904), Finlandia (1905) y Austria (1905). En años posteriores, la revolución rusa de 1905 siguió ejerciendo una considerable influencia, aunque fuera remitiendo la inicial excitación que produjo en las filas socialistas. Como botón de muestra nos podemos ceñir al reguero de huelgas que salpicaron Francia hasta la gran huelga de los ferroviarios de 1910, las huelgas que conmovieron al gabinete de Lloyd George entre 1911-1912, la huelga general de Suecia de 1909 y la misma *Semana Trágica* de Barcelona de 1909. Además, quedó patente la importancia que fue cobrando la idea de huelga general frente a la actividad esencialmente parlamentaria de la mayoría de los partidos socialistas; el mito soreliano de la huelga general se impuso durante este período en las luchas obreras.

Pero volviendo al impacto que ejerció la revolución rusa, Parvus lo resumiría en 1906 en *Neue Zeit* con las siguientes palabras:

> No éramos más que cuerdas de un arpa eólica sobre la que soplaba el viento de la revolución[25].

24 Trotsky, León (2012) *Mi vida*, Buenos Aires: Ediciones IPS, p. 224.

25 Panaccione, Andrea (1980) *Historia del marxismo contemporáneo*, vol. 3, Barcelona: Avance, pp. 47-48.

Igual de elocuente de ese estado de ánimo resultó la carta de Víctor Adler a Bebel del 26 de diciembre de 1904:

> (…) para mí, el centro de gravedad se encuentra ahora en Rusia. Sencillamente me encuentro sometido a una tensión indescriptible, y opino que allí se debate nuestro destino, que, aunque no se decida, al menos se verá influenciado de forma decisiva.

Lógicamente, la revolución rusa no pudo sino encender los términos del debate sobre la huelga general, puesto que, después de treinta y cinco años, colocó el problema de la revolución social al orden del día. Además, combinaba elementos de la acción directa minoritaria con los de la acción de masas semiespontánea, situación que ofrecía una perspectiva de acción política posible y diferente a la actividad expresamente parlamentaria y reformista. Este optimismo propició también el florecimiento del sindicalismo revolucionario. Este adquirió notable fuerza, sobre todo, en aquellos países donde la socialdemocracia se hallaba débilmente implantada. En Francia, la Carta de Amiens de la CGT de 1906 fue el exponente más claro del sindicalismo revolucionario, pues en ella se declaraba entre otras cosas:

> (…) el movimiento aprueba la huelga general como el medio adecuado para lograr estos fines. El movimiento sindicalista opina que los sindicatos, que hoy son una organización de combate, serán en el futuro una organización para la producción y la distribución, y servirán como base a la reconstrucción social[26].

Sin quererlo, el tema de la huelga general desenterró la vieja polémica entre, por una lado, anarquistas y sindicalistas y, por otro, socialistas.

26 Rosenberg, Arthur (2022) *Democracia y socialismo*, Barcelona: El Viejo Topo, pp. 67 y ss.

En Alemania, la huelga de masas protagonizó las discusiones en los Congresos de Jena (1905), Mannheim (1906), Magdeburgo (1910) y Jena (1913). En el Congreso de Mannheim se llegó a una solución de compromiso que, en realidad, supuso una vuelta a la *vieja táctica probada*. Era una señal inequívoca de que el optimismo revolucionario de 1905 ya había amainado. Ahora bien, si antes los dirigentes sindicales, por boca de Legien, habían combatido la noción de huelga general como una "estupidez general", en adelante dejó de ser vituperable y se confirió a los dirigentes sindicales, en coordinación con el partido, la capacidad de proclamar una huelga general de acuerdo con su apreciación de la *correlación de fuerzas* y la situación financiera y organizativa para afrontar tal eventualidad. A pesar de que esta resolución atenuó la forma anterior –francamente hostil– de contemplar la huelga general, sin embargo, se impuso una línea de moderación que el *Leipziger Zeitung* resumiría constatando que "el revisionismo que hemos eliminado en el partido resucita con mayor vigor que nunca en los sindicatos".

Incluso Karl Kautsky, que hasta entonces se había comprometido a fondo en la lucha contra el revisionismo, a partir de 1910 mantuvo una postura moderada en torno a la huelga política y, poco a poco, aunque cautamente, y dentro de unos límites, iba acercándose a los postulados que antes había combatido. Trotsky lo caracterizaría con dureza al decir de él que:

> Kautsky entendía que su misión teórica magna estaba en conciliar el reformismo con la revolución. Su formación ideológica databa de la época reformista. La revolución era para él una perspectiva histórica muy confusa. Kautsky recogió el marxismo como un sistema acabado y completo y se dedicó a vulgarizarlo como un maestro de escuela. Este hombre no estaba cortado para los grandes acontecimientos[27].

27 Trotsky, León, *Mi vida*, p.224. Lenin, Vladimir Ilich, en *El Estado y la revolución*, de agosto de 1917, recoge extensamente las posiciones de la izquierda revolucionaria, así como las críticas al "revisionismo kautskiano". Concretamente, relacionado con la posición de éste hacia el Estado soviético, Kautsky, en su obra *Die Internationale und Sowjetrussland*, sugería que la Internacio-

Kautsky ocupó un lugar central en el debate sobre la huelga de masas, y en *Der politische Massenstreik* (1914), nos proporciona una visión retrospectiva de su desarrollo. La actitud de Kautsky hacia la huelga general quedó reflejada en 1910 en su polémica con Rosa Luxemburg, quien en 1906 dio a conocer sus puntos de vista en el famoso opúsculo *Huelga de masas, partido y sindicatos*. De esta polémica entresacamos las frases que, a nuestro juicio, resultan más significativas. Kautsky sostenía que:

> (...) en las presentes condiciones de Alemania sólo puedo concebir la huelga política de masas como un acontecimiento irrepetible en el cual la totalidad del proletariado del Reich se lanza con todas sus fuerzas, como a una lucha a vida o muerte, como a una lucha destinada a abatir a nuestros adversarios, o bien a trastornar, o al menos paralizar por años la totalidad de nuestra organización y de nuestras fuerzas.

A lo que Rosa Luxemburg replicaría:

> ¿Cómo puede tener cabida en modo alguno una tan grande, *final* y apocalíptica huelga de masas, ante la cual las más robustas encinas se desgajarán, la tierra temblará y las tumbas se abrirán, si la gran masa del proletariado no se halla preparada, educada, anticipadamente bregada por todo un largo período de huelgas de masas económicas y políticas? (…). Una huelga de masas de este calibre, en la que luche *la totalidad del proletariado*, y además *con todas sus fuerzas*, y *a vida o muerte*, sólo puede ser aquella lucha *final*, para dar el golpe de gracia al Estado de clase burgués. De este modo, la huelga política de masas resulta en Alemania continuamente diferida; primeramente, con la estrategia de desgaste, que es prometida

---

nal Socialista debería dar la bienvenida, e incluso asumir la jefatura, a todo levantamiento general que se produjera contra el régimen soviético. Para él, la dictadura soviética había llegado al máximo de reacción y, su sucesor, no podía ser peor. No obstante, esta actitud de Kautsky fue incluso recriminada por los propios mencheviques en el exilio y por los marxistas austriacos. Ver Schorske, Carl E. (1955) *The German Social-Democracy*, Cambridge: p. 114.

> para después de las elecciones al Reichstag del próximo año, y una vez efectuadas éstas, los resultados no colman en absoluto la idea previa de huelga de masas *final* y única, y empiezan a mencionarse los cielos lejanos de la revolución social[28].

Por el contrario, en la II Internacional el debate sobre la huelga general se saldó en el Congreso de Stuttgart de 1907 con una resolución larga y ecléctica en la que se recogían casi todas las aportaciones, pero sin comprometer a las secciones nacionales a ninguna acción concreta, precisamente cuando más urgía vincular la huelga general a las formas de lucha para contrarrestar la eventualidad de la guerra. Las propuestas eran tan heterogéneas que mientras Jules Guesde, Adler, Plejánov y Bebel mantenían que la guerra no exigía acción especial alguna por cuanto ésta sería en cualquier caso inevitable y una acción antibélica equivaldría al aplastamiento de las organizaciones obreras, Vaillant, Jaurès y Keir Hardie rechazaban el pacifismo de semejante lógica, cuyo resultado último sería la "defensa de la patria atacada"; por ello solicitaron, en vano, la adopción de la huelga general contra la movilización bélica.

Con criterios tan dispares el Congreso de Stuttgart evitó hacer una referencia directa a la huelga general o a la insurrección, aunque tampoco se excluían. Prosperó la propuesta de Lenin, Luxemburg y Mártov que señalaba que:

> Si amenazase con estallar la guerra, los trabajadores y sus diputados en el parlamento de los países implicados en el conflicto están obligados a emplear todos los medios posibles para impedir el estallido de la guerra (...). Si a pesar de todo la guerra llegase a estallar están obligados a trabajar por su pronta terminación y a luchar con todas sus fuerzas para aprovechar la crisis política y económica creada por la guerra para la movilización del pueblo y para acelerar así el derrocamiento de la clase capitalista[29].

28 Panaccione, Andrea, *op. cit.*, p. 49.

29 Joll, James (1983) *Historia de Europa desde 1870*, Madrid: Alianza Editorial, pp. 130-133, detalla más las diferentes propuestas. Ver también Brossat, Alain

Esta resolución de Stuttgart sobre la guerra, la crisis económica de 1907, la desafiliación sindical, la creciente burocratización del SPD, cada vez más supeditado al espíritu reformista de los sindicatos, la agravación de las tensiones internacionales, la derrota del SPD en las elecciones de 1907, así como las expectativas de formar un bloque electoral progresista con los liberales, fueron los elementos que propiciaron que Kautsky, desde una posición centrista, se alineara con la derecha del SPD para resguardar la *vieja táctica probada* de los embates de la izquierda revolucionaria. La corriente de centroderecha del SPD, encabezada por Kautsky, aglutinó a la mayoría, de manera que la izquierda revolucionaria quedó reducida a una minoría de individuos brillantes pero marginados. Trotsky observaría que

> los esfuerzos del ala izquierda para atraer al partido hacia una política más activa no tuvieron éxito. El centro, que dominaba, se dirigía más y más hacia la derecha, aislando a los radicales. Los conservadores, reponiéndose de los golpes recibidos en 1905, triunfaron en toda la línea (…). Nunca fue el espíritu de inercia, producido por el trabajo rutinario, tan fuerte en la democracia social alemana como en los años que precedieron a la gran catástrofe[30].

El triunfo de la *vieja táctica probada*, que reducía la actividad consciente del proletariado a la lucha sindical y parlamentaria, no fue una victoria duradera ya que, en los años venideros, tuvo que abrirse paso en condiciones difíciles y a cambio de continuas concesiones al poder establecido. En el terreno sindical, el partido se vio obligado a comprometerse a no proclamar huelgas políticas sin el consentimiento de los sindicatos; además, los sindicatos, en lugar de impulsar pruebas de fuerza y huelgas, se orientaron más bien a la negociación, a los acuerdos con los empresarios y, cuando fuera posible, a recabar el apoyo del gobierno. Los sindicatos se

(1976) *En los orígenes de la revolución permanente. El joven Trotski*, Madrid: Siglo XXI, pp. 8 y ss.

30 Trotsky, León, *Mi vida*, *op.cit.*, pp. 158-159.

integraron de esta manera en los engranajes del sistema y tras sí arrastraron al SPD.

Los socialdemócratas alemanes, como apunta Groh, "sufrían un proceso de integración negativa". Este se caracterizaba por la mejora progresiva de la condición obrera y por una creciente igualdad jurídica, por un lado, y por la prosecución de la explotación y de las medidas represivas, por otro. La faceta integradora impedía que la agresividad surgida de las condiciones de desafección alcanzara una dimensión tal que desembocara en acciones políticas o revolucionarias. Y, añade Groh,

> la táctica de los dirigentes obreros –en general, emprendida de forma no consciente– consistía en utilizar esta agresividad con vistas a la edificación de la organización obrera, lo que reforzó de manera decisiva el efecto de los elementos de integración (…). Los antagonismos de clase, en este proceso de integración negativa, lleno de contradicciones, conservaban toda su intensidad. Esta integración se apoyaba, en efecto, tanto en el carácter legal de la socialdemocracia, en la mejora de las condiciones económicas, en los avances lentos pero reales del sistema parlamentario y en el fortalecimiento de las organizaciones obreras, como en el rechazo de la igualdad política, la persistencia de la explotación económica, la falta de seguridad en el plano económico y la sensación de estar al arbitrio de los patronos *que deseaban seguir siendo los amos en su casa*[31].

1.3.2. Triunfo del centrismo en Europa occidental

Por lo que acabarnos de reseñar, el triunfo de la *vieja táctica probada* requería, por otra parte, un nuevo andamiaje para que

31 Groh, Dieter (1973) *Negative Integration und revolutionäre Attentismus. Die deutsche Sozialdemokratie am Voraband des Erstens Weltkrieges*, Berlin. También Kriegel, Annie (1986) *Las Internacionales obreras*, Barcelona: Orbis, pp. 65-66.

concordara con la época imperialista, lo que necesariamente implicaba una nueva forma de concebir el proceso revolucionario.

Walt W. Rostow observa que los capitalistas "empezaron a buscar la salvación [a la reducción de la tasa de plusvalía] en los mercados asegurados por la expansión imperialista, en la protección aduanera, en los monopolios y en las asociaciones de empresarios". Fue precisamente a esta realidad a la que tuvo que enfrentarse el movimiento socialista: la vieja bandera del *laissez-faire* había sido arriada.

A juicio de Kautsky, y de la mayoría de la II Internacional, el nuevo período requería la aplicación de una "estrategia de desgaste" en lugar de la "estrategia de asalto" que preconizaba Rosa Luxemburg y la izquierda revolucionaria. En contraste, los partidarios de la "estrategia de desgaste" aducían que ni en Alemania ni en Europa occidental existían condiciones para aplicar la "estrategia de asalto", aparte de considerarla contradictoria con toda la experiencia histórica del SPD. Kautsky argumentaba que si la revolución rusa de 1905 había fracasado ante la reacción de una clase dirigente bastante más débil que la alemana, resultaba todavía más impensable transferir esa misma estrategia a Alemania mientras el ejército más poderoso del mundo permaneciera intacto, el SPD no representara los intereses de la gran mayoría de la nación y el régimen existente no se hubiera enfrentado de manera decididamente hostil a las masas populares. A pesar de la coherencia que encerraban estas reservas –expuestas en *El camino al poder* (1909) de Kautsky–, muchos socialistas ortodoxos se preguntaban si este "radicalismo pasivo" –según expresión de Anton Pannekoek– sólo servía de cobertura para justificar la política de inacción que practicaba el SPD y que Rosa Luxemburg caracterizaría como un "retorno a las dos viejas poltronas del traqueteo parlamentario y sindical".

Leszek Kolakowski dedica un amplio espacio a las concepciones de Kautsky en *Las principales corrientes del marxismo II. La edad de oro* (1982). Resulta pertinente y clarificador reproducir algunas de sus observaciones. Con referencia a la actitud general de Kautsky, Kolakowski dice que [para él]

> la teoría socialista tenía que ser necesariamente creación académica, y no de la clase trabajadora, y debía ser introducida desde fuera en el movimiento obrero como arma en la lucha por su liberación. Esta teoría, después adoptada por Lenin, de la conciencia socialista implantada en el movimiento espontáneo de la clase obrera desde el exterior, es una consecuencia directa de la interpretación naturalista de la conciencia y de la interpretación darwinista de los procesos sociales en general.

Una derivación posterior de estas coordenadas kautskianas fue el conocido opúsculo de Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, de octubre de 1918, que finaliza con estas palabras:

> Para Europa, la enorme desgracia y el terrible peligro reside en que en ella no hay un partido revolucionario. Hay partidos de traidores (…) o de espíritus serviles, como Kautsky (…). Claro está que el poderoso movimiento revolucionario de las masas puede corregir este defecto (…), por eso hay que desenmascarar por todos los medios a los renegados tipo Kautsky, con lo que se apoyará a los grupos revolucionarios de proletarios auténticamente internacionalistas, grupos que existen en todos los países.

Pero antes de que se produjera este enfrentamiento tan violento, Rosa Luxemburg y Lenin ya descollaron como los principales contradictores de Kautsky. Criticaron en especial la visión fatalista que tenía del proceso revolucionario al concebirlo como "resultado de una situación sin salida, intolerable para la mayoría de la población", y no como un proceso consciente en el que el devenir histórico no se identifica necesariamente con las leyes objetivas del desarrollo capitalista, sino con el modo en que, a niveles cada vez más elevados, son afrontadas y resueltas en un sentido revolucionario las contradicciones generadas por dicho desarrollo.

Justamente, sería esta concepción fatalista de Kautsky la que se convirtió en el blanco de las críticas de la izquierda revolucionaria que, a diferencia de aquel, no entendía el proceso revolucionario

como un acto súbito, sino como un proceso consciente. Esta diferencia se complementaba con la evasiva de Kautsky respecto al destino del Estado burgués tras la revolución y su falta de pronunciamiento en torno al Estado proletario. Trotsky, refiriéndose a la actitud de Kautsky hacia la Revolución de octubre, decía en 1919:

> Durante décadas Kautsky promovió y defendió las ideas de la revolución social. Hoy, cuando la revolución ha llegado, se aleja atemorizado. Repudia el poder soviético de Rusia, se opone con hostilidad al poderoso movimiento del proletariado comunista de Alemania.

No obstante, conviene recordar que Kautsky todavía no se había erigido en claro adversario de la *dictadura del proletariado*, como sería el caso años más tarde con ocasión de su proclamación por el nuevo régimen soviético. Ahora bien, su actitud vacilante con relación a la suerte del Estado después de la revolución lo interpretó Lenin como "el punto de arranque de su posterior colaboracionismo". En realidad, Kautsky se consagró a utilizar la teoría revolucionaria al servicio de la política reformista.

El fatalismo optimista del proceso revolucionario, implícito en la concepción kautskiana, derivaba de la creencia en la posibilidad de dividir las fuerzas no socialistas por medio de alianzas coyunturales, de contemplar al Estado como una instancia neutra y de considerar al imperialismo como un bloque quebradizo donde la coalición del capital industrial con el capital financiero no era inevitable. Estas orientaciones fueron asumidas mayoritariamente por el SPD que, a partir del triunfo electoral de 1912, se volcó a la conquista de las *nuevas clases medias* a las que se atribuía la capacidad de impulsar un *nuevo liberalismo*. Las esperanzas que esta táctica depositó en una nueva era de reformas no se vieron confirmadas por los hechos; hasta la Primera Guerra Mundial, el SPD se vio abocado al estancamiento y al aislamiento a pesar de haber conquistado en 1912 el 34,8 % de los votos y haberse convertido, en consecuencia, en el partido más fuerte del Reichstag. Trotsky lo explicaría diciendo que el SPD:

> a falta de una actividad revolucionaria, como también de la posibilidad para un trabajo reformista (…) gastó sus energías enteras en levantar la organización, en lograr nuevos miembros (…), hacer nuevos periódicos y conseguir nuevos suscriptores. Condenado por décadas a una política de oportunismo de espera, tomó el culto de la organización como un fin en sí mismo.

Si hasta ahora nos hemos detenido en la trayectoria política e ideológica general que siguió el SPD durante los años inmediatamente anteriores a 1914, se debe a la importancia que revistió la vuelta a la *vieja táctica probada*, la forma de encuadrarla en una nueva concepción del proceso revolucionario y, por último, por la resonancia que siempre tuvo la orientación política del SPD en el conjunto del movimiento socialista. Todo ello permite desechar la extendida creencia de un derrumbe súbito y casi fortuito de la II Internacional con ocasión de la aprobación por el SPD de los créditos de guerra en el Reichstag el 4 de agosto de 1914. Precisamente, hemos tratado de demostrar lo contrario: la debacle final de la II Internacional se fue gestando durante un largo período, extremadamente contradictorio, al final del cual la balanza se inclinó definitiva y mayoritariamente a favor de las tesis reformistas.

1.3.3. La aplicación de la estrategia revolucionaria en el Este europeo

Finalmente, no podemos dejar de abordar un tercer factor que contribuyó notablemente a desplazar el marxismo hacia el Este europeo. En este caso también, la revolución rusa de 1905 sirvió como línea de demarcación a la hora de cuestionar la extendida concepción marxista según la cual la revolución social sólo podía estallar en los países industrialmente más avanzados. Desde luego, la Rusia zarista de principios de siglo, anatematizada como *la cárcel de pueblos* y el *baluarte de la más negra reacción*, no constituía el prototipo de sociedad industrializada capaz de conferir

al proletariado el papel dirigente en un proceso revolucionario. Sin embargo, los sucesos de 1905 desbarataron los esquemas marxistas al uso. Paradójicamente, el Partido Socialdemócrata ruso (POSDR) había llegado, según Trotsky, a la conclusión, incluso antes de 1905, de que un movimiento revolucionario victorioso colocaría el poder estatal en manos del proletariado. El razonamiento se basaba en "la insignificancia de la clase media democrática y en la concentración de la industria en unas pocas manos, factores que daban una importancia social inmensa a la clase obrera". Más aún, la paradoja, según Trotsky, no era sino aparente porque:

> El marxismo es sobre todo un método de análisis: no del análisis de textos, sino del de las relaciones sociales. ¿Es justo, en Rusia, que la debilidad del liberalismo capitalista signifique a todo trance la debilidad del movimiento obrero? ¿Es justo, en Rusia, que un movimiento proletario independiente no sea posible antes de que la burguesía haya conquistado la autoridad pública? Basta con plantear estas preguntas para reconocer el desesperado formalismo de pensamiento contenido en el intento de convertir un comentario histórico de Marx en un teorema secular[32].

En el abandono de este esquematismo marxista cobró especial relieve la reflexión teórica que extrajo León Trotsky de su propia experiencia revolucionaria de 1905. Precisamente aquel que, según Cole, "no era bolchevique ni menchevique, ni un término medio, sino un pensador independiente". En efecto, en su obra *1905. Balance y perspectivas* (1910), señalaba que la época vivida por Marx y Engels se había distinguido por la coexistencia de tareas encaminadas a consumar la revolución burguesa y aquellas propiamente socialistas vinculadas a la apertura de un período de revoluciones proletarias. Sin embargo, la coexistencia de estas tareas se hallaba teñida de la contradicción que socavaba

32 Trotsky, León (1971) *1905 Balance y perspectivas*, Paris: Ruedo Ibérico, tomo 2, p. 172. También Weber, Henri (1992), *Kautsky, Luxemburg, Pannekoek. La voie occidentale*, París: PUF.

a aquellas lastradas por el *ya no* y aquellas otras que chocaban con el *todavía no*. En cambio, el período inaugurado por la revolución rusa de 1905 se inscribía, según Trotsky, en la fase en que el sistema capitalista en su conjunto había entrado en declive, dado que el desarrollo internacional de las fuerzas productivas exigía ya una reorganización del modo de producción y su preparación consciente.

Este análisis global permitió a Trotsky no sólo esbozar la teoría de la *revolución permanente*, sino también realizar un salto cualitativo en la metodología marxista al eliminar la habitual separación mecanicista entre instancia política y económica. Quizás fuera así, como observa, p. ej., Andrea Panaccione, porque a comienzos de siglo tal división había perdido la virtualidad que todavía poseía en tiempos de Marx. Pero no cabe desdeñar la propia labor teórica de León Trotsky. Si se comparan sus escritos con los de otros marxistas rusos –por no citar a Vladimir I. Lenin– sorprende su desapego respecto a los escritos de Marx con relación a sus formulaciones o su autoridad respecto a la formación social rusa. Pocas veces aparecen en los escritos de Trotsky exégesis de los textos de Marx como sustitutivo a un análisis real. Y ello fue así porque entendía el marxismo como un instrumento de análisis y no como un *sistema cerrado*. Es más, al analizar la sociedad rusa se denota su consciencia de que Marx sólo había rozado la problemática de los países atrasados e ignorado la dinámica del desarrollo específico en los países subdesarrollados. Lógicamente, ello comportaba un desarrollo del análisis marxista –sobre el capitalismo como fenómeno mundial y sobre el retraso de Alemania– demasiado avanzado como para que los marxistas de su tiempo estuvieran dispuestos a aceptarlo.

Con la ayuda de esta nueva metodología destacó que la creciente internacionalización del capitalismo había creado una instancia superior a las diversas naciones-Estado: una economía mundial y el imperialismo. Esta concepción, sustentada en su teoría acerca del desarrollo desigual y combinado del capitalismo, le permitió apuntar el desfase en que incurrían aquellos marxistas *ortodoxos* que todavía defendían que una formación social no desaparece en el marco nacional antes de haber agotado todas sus

posibilidades. Lo que León Trotsky refutaba, ya en 1905, era una concepción etapista de la revolución. Según ésta, todos los países tenían que pasar inexorablemente por una revolución burguesa, y la consumación de las tareas históricas que la correspondían, antes de que el desarrollo de las fuerzas productivas y las consiguientes relaciones de producción les permitiera aun pensar en avanzar hacia la revolución socialista. En definitiva, vino a formular una nueva teoría y estrategia política para los países atrasados y, con ello, trastocó también las concepciones al uso sobre la relación –o, mejor dicho, no relación– entre países desarrollados y subdesarrollados. Prueba de esta incomprensión es por ejemplo el estupor que la revolución de 1905 causó en Kautsky:

> La verdad es que constituye un fenómeno peculiar el que sea precisamente el proletariado ruso quien deba indicarnos nuestro futuro (...); pues Rusia es el Estado más atrasado entre los grandes estados del mundo capitalista. Eso parece estar en contradicción con la concepción materialista de la historia, según la cual el desarrollo económico forma la base del político[33].

Por esta misma razón la revolución rusa de 1905 se presentó como una paradoja a ojos de los socialistas de la época, ante la cual o bien optaban por considerarla un accidente histórico una vez fracasada, o bien, reduciendo su trascendencia, la interpretaban a la luz de la *teoría de la sustitución*. Esta última versión, sustentada por Kautsky y Lenin, quitaba hierro a la naturaleza de la revolución rusa al plantear que el papel dirigente que no había podido asumir la propia burguesía fuera arrogado por la "democracia revolucionaria del proletariado y del campesinado", pero *sin trascender* los límites de una revolución burguesa avanzada.

En ese momento, las ideas de Trotsky de 1905 pasaron casi inadvertidas y, sin embargo, en el folleto de ochenta páginas, *1905. Balance y perspectivas*, que escribió en la cárcel después de la revolución, se encuentran condensadas las ideas y la

33 Kautsky, Karl, *El obrero americano y el ruso*, *op. cit.*, p.41.

orientación política de lo que luego se conocería bajo el nombre de *trotskismo*. En realidad, desde 1907 –y hasta la Revolución de Octubre– Trotsky no hizo ninguna aportación importante a la teoría política. Dedicó esos años –como confiesa en su autobiografía– a reelaborar sus análisis de la Revolución de 1905 y allanar teóricamente el camino para la próxima.

En síntesis, hemos expuesto los debates que en el espacio y en el tiempo recorrieron las diversas secciones e instancias de la II Internacional. Fueron debates que prefiguraban, incluso antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, la triple escisión del movimiento obrero internacional: socialdemócratas, centristas y marxistas revolucionarios. Una división que todavía pervive a pesar de la aparente lejanía temporal de estos planteamientos.

No fueron ni la Revolución de 1917 ni la III Internacional las que originaron tal escisión, sólo consolidaron lo que ya estaba en germen. En efecto, aun cuando los propios protagonistas no lo percibieran, las tres concepciones contrapuestas para el cambio social en occidente ya estaban plenamente esbozadas. Una concebía la acción extraparlamentaria –la huelga general de masas– como la palanca fundamental para llevar a cabo la revolución socialista y, naturalmente, veía en la *magnífica clase obrera rusa* a la nueva vanguardia del proletariado mundial. La otra concepción, en cambio, al poner de manifiesto las formas de lucha *frustradas y caóticas* de la atrasada sociedad zarista, contemplaba la vía al socialismo en occidente como el resultado de una sucesiva ampliación de las esferas de libertad e igualdad social en el marco del propio régimen de la democracia parlamentaria liberal. Al *centrismo* le cupo la difícil tarea de compaginar ambas concepciones, ancladas en las siguientes antinomias: oriente y occidente, estrategia de asalto y guerra de posiciones, estrategia de *doble poder* y estrategia de *conquistas parciales*, democracia parlamentaria y democracia consejista.

Bernstein tuvo la virtud de poner el dedo sobre la llaga cuando señaló que el marxismo de su tiempo –"en descomposición"[34],

34 Sorel, Georges (2019) *La descomposición del marxismo*, Buenos Aires: Godot, pp. 211-256.

según Georges Sorel, entre otros– se debatía en la imposibilidad de alcanzar una síntesis de su permanente oscilación entre el polo hegeliano y el polo blanquista, es decir, entre la dialéctica de las cosas y la violencia insurreccional a cargo de un reducido grupo de revolucionarios. Esta visión de Bernstein no fue accidental. Hizo estas apreciaciones tras su estancia en Inglaterra, donde asimiló las experiencias y doctrinas del movimiento fabiano. En efecto, en Inglaterra se rechazó pura y simplemente el marxismo como línea de acción; en Alemania, donde el grado de integración del movimiento obrero era menor, la integración negativa del movimiento obrero supuso la aceptación formal del marxismo y la adulteración progresiva del mismo; por último, en Rusia, donde la capacidad de integración del movimiento obrero era casi nula, encontramos el triunfo del marxismo revolucionario, aunque distorsionado por las peculiaridades de la sociedad rusa.

Esta triple división geográfica del movimiento obrero y las antinomias presentes en el mismo han sido una constante en la historia del movimiento obrero europeo a lo largo del siglo XX. Por lo que atañe a Trotsky, éste trató de superar las deficiencias del marxismo de su tiempo aplicando la *ley del desarrollo desigual y combinado* del capitalismo como modo de interpretar y superar la aludida triple división geográfica del movimiento obrero. El marxismo revolucionario también debe a Trotsky un esfuerzo serio encaminado a romper las supuestas antinomias doctrinales del marxismo y alcanzar una síntesis basada en la unidad de dos polos supuestamente contrarios. Para Trotsky se trataba de colocar a la *política* en el puesto de mando y que ésta estuviera mediatizada por la voluntad de emprender un proceso revolucionario. La expresión final de este esfuerzo fue el *Programa de Transición* que Trotsky terminó de elaborar en 1938.

Con arreglo a esta valoración, acaso no fuera tan exagerada la apreciación que Sidney Hook hiciera de León Trotsky:

> La versatilidad de su talento y la altura de sus proezas –como hombre de armas, escritor, creador, historiador, crítico y pensador político– justifican su caracterización como el Leonardo da Vinci del comunismo.

CAPÍTULO II .
GUERRA Y REVOLUCIÓN

La Prusse n'est pas un Etat qui possède une armée,
mais une armée qui occupe un Etat.
Mirabeau

2.1. Introducción

El estallido de la Gran Guerra el 2 de agosto de 1914 puso fin de forma abrupta y trágica a la extendida idea de un desarrollo continuo y pacífico del capitalismo. Con la excepción de una minoría revolucionaria dentro del movimiento obrero organizado, el conjunto de la clase obrera había ido creciendo bajo la órbita del reformismo y del parlamentarismo durante casi medio siglo de paz. Si bien se trataba de una *paz armada*, lo cierto fue que los conflictos bélicos de este período sólo afectaron a las colonias y a la periferia europea. Trotsky, en un artículo dedicado a Jean Jaurès, decía al respecto:

> La guerra no solamente ha colocado en un segundo plano a figuras individuales, sino a una época entera (…). A la guerra francoalemana y a la Comuna de París siguió un período de paz armada y de reacción política durante el que Europa, con excepción de Rusia, no conoció la guerra ni la revolución. Mientras que el capital se desarrollaba potentemente, desbordando los marcos de los Estados nacionales, y afluía de forma atropellada a todos los países y sometía las colonias, la clase obrera, por su parte, construía sus sindicatos

> y sus partidos socialistas. No obstante, toda la lucha del proletariado durante esa época estaba impregnada del espíritu del reformismo, de adaptación al régimen de la industria nacional o al Estado nacional. Tras la experiencia de la Comuna de París, el proletariado europeo no se plantea una sola vez prácticamente, esto es revolucionariamente, la cuestión de la conquista del poder político. (...) del mismo modo que los gobiernos nacionales fueron un freno para el desarrollo de las fuerzas productivas, los viejos partidos socialistas nacionales han sido el principal obstáculo para el avance revolucionario de las clases trabajadoras[1].

Qué duda cabe que Durante el período de *paz armada* el fantasma de la guerra asediaba repetidamente las mentes de los socialistas; pero, a pesar de ello, seguía prevaleciendo la creencia optimista de que el género humano había progresado de tal forma que el recurso a la fuerza –y sobre todo a la guerra– pertenecía a un pasado bárbaro al que ya no era posible retroceder.

Conviene recordar que en el Congreso de Stuttgart de 1907 ya había quedado patente la imposibilidad de impulsar una acción socialista homogénea y coordinada a escala internacional ante la eventualidad de una guerra. Aun cuando la mayoría de los delegados y delegadas había condenado unánimemente toda guerra de agresión, pocos pensaban que su propio país pudiera algún día llegar a ser el artífice o inductor de semejante acción. Por ese motivo, los debates giraron esencialmente en torno a la posibilidad menos remota de una guerra defensiva y sobre la actitud que en tal caso debían adoptar los partidos socialistas. Tal lógica constituía en sí mismo todo un síntoma; llevados a este punto, la línea de acción que se trató de perfilar quedó establecida en términos tan borrosos que, frente a las declamaciones retóricas de *guerra a la guerra*, fue abriéndose paso la idea pacifista de la resistencia pasiva y, con mayor fuerza aún, la eventualidad de la defensa de las conquistas democráticas y sociales, así como de las instituciones que las

1 Trotsky, León (1967) *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, Paris: Éditions de Minuit, pp. 25-26.

garantizaban, lo que naturalmente equivalía correr la suerte de la *patria amenazada*. Los partidos socialistas, en lugar de impulsar una política internacionalista, trataron de reconciliar el patriotismo jacobino condensado en el lema *la patria en peligro* con la defensa de las conquistas sociales. Y fue así, porque en la mayoría de los países industrializados el progreso económico-social –del "crecimiento económico constante" se había pasado a la fase de "desarrollo industrial pleno" según la definición de Walt W. Rostow– había reportado importantes mejoras en las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera[2], fenómeno que a juicio de los dirigentes socialistas estaba asociado a la validez de su política reformista. Por consiguiente, en caso de guerra, lo normal era que los intereses de la burocracia política y sindical del movimiento socialista coincidieran con el destino del Estado benefactor.

No hubo, pues, una contradicción insuperable entre patriotismo y reformismo. Precisamente, Marc Ferro, en su brillante exposición de los móviles psicológico-sociales que más contribuyeron a forjar una mentalidad patriótica, destaca como *leitmotiv* la defensa de la prosperidad nacional. Esta actitud, derivada de la rivalidad que generaba un desarrollo desigual, conllevaba considerar a las demás naciones circundantes como enemigas al acecho y en disposición de arrebatarles el bienestar. Los socialistas se vieron arrastrados por esa marea patriótica, pero en su caso operaba un elemento desconcertante: teóricamente se había excluido la posibilidad de una guerra.

2.2. La teoría kautskiana del superimperialismo

En efecto, durante años los dirigentes del socialismo reformista habían desechado las tesis *catastrofistas* sostenidas por revolucionarias como Rosa Luxemburg aduciendo que el imperialismo,

2 Ferro, Marc (2014) *La Gran Guerra 1914-1918*, Madrid: Alianza Editorial, pp. 17-81. Véase también lo señalado por Drachovitch, Milorad M. (1953) *Les socialismes français et allemand et le problème de la guerre, 1870-1914*, Ginebra: Librairie E. Droz, y Rosmer, Alfred (1936) *Le mouvement ouvrier pendant la guerre*, 2 vol., Paris: Librairie du travail.

como lo habían demostrado las crisis marroquíes, albergaba tendencias suficientemente fuertes como para provocar guerras, pero esas mismas tendencias estaban sobredeterminadas por el interés de los *trust* y cárteles en mantener la paz. Era la teoría del *superimperialismo* de Kautsky que añadía que, una vez repartidas las colonias, una guerra sólo acarrearía una catástrofe y la revolución. Kautsky, en su ensayo *El Imperialismo*, de 1914, desechó sus planteamientos anteriores al establecer en adelante una distinción entre la agresividad del capital financiero y la naturaleza no bélica del capital industrial. Este último, a su juicio, no se identificaba necesariamente con los intereses del capital financiero, ya que se desarrollaba mejor en condiciones de librecambio para la ampliación de sus mercados. Mediante esta distinción pudo sostener que los impulsos pacifistas en el campo burgués provenían del capitalismo industrial, pero también que el imperialismo, generador de conflictos, no encerraba en sí la única posibilidad de desarrollo del capitalismo como modo de producción. Esta teorización le permitió polemizar con las ideas contrarias de Rosa Luxemburg, Lenin y otros representantes de la izquierda revolucionaria al postular que el imperialismo no era ni la última fase ni el sepulturero que cavaría la propia fosa del capitalismo al inaugurar un período de guerras y revoluciones. Por el contrario, según Kautsky, era pensable que los grandes monopolios, antes de culminar el curso de la recíproca destrucción, encarasen la viabilidad de un entendimiento internacional, porque:

> Desde un punto de vista económico no queda excluido que el capitalismo conozca aún una nueva fase, la del traspaso de la política de cártel de la esfera económica a la de la política exterior, una fase de ultraimperialismo que, naturalmente, deberemos combatir con la misma energía que el imperialismo, pero cuya peligrosidad estaría en otra dirección, distinta de la del rearme y la amenaza a la paz mundial[3].

3 Citado por Salvadori, Massimo (1977) *Vía parlamentaria o vía consejista*, Barcelona: Anagrama, p. 109.

Lógicamente, la teoría kautskiana del imperialismo fue rechazada en términos duros por la izquierda revolucionaria. Así, por ejemplo, Lenin, en 1916, saldó cuentas con lo que denominaba revisionismo de Kautsky en su conocido folleto *El imperialismo, fase superior del capitalismo;* y en el prólogo a la edición de 1920 apostilló la teoría kautskiana como "la abjuración de todos los principios revolucionarios del marxismo que el mismo Kautsky había defendido por decenios y cuya fundamentación política está encarnada por un oportunismo orientado a ocultar la profundidad de las contradicciones del imperialismo y la inevitabilidad de la crisis revolucionaria".

Mediante su caracterización del imperialismo, Kautsky conseguía diferir la *estrategia del asalto* contra el capitalismo y, en su lugar, propiciar una táctica de alianzas con representantes del capitalismo industrial que a su juicio eran susceptibles de orientarse hacia un entendimiento internacional. Naturalmente, todo ello conllevaba una legitimación de la *vieja táctica probada*, una vez adaptada a la época imperialista. Para la izquierda revolucionaria, las contradicciones entre el capital financiero y el industrial –que para Kautsky podían incluso cobrar un carácter antagónico– representaba una ficción. En suma, un intento de reformar el curso indefectible del capitalismo.

En última instancia, los dirigentes socialistas siempre podían barajar la amenaza de una revolución social como recurso disuasorio. Jaurès resumía sus convicciones en tal sentido enumerando los tres imperativos que aseguraban una era de paz permanente:

> El trabajo común de los capitales inglés, francés y alemán; la solidaridad fraternal del proletariado internacional y el miedo de los gobiernos a que la guerra traiga la revolución[4].

Pero, lúcidamente, añadiría también el siguiente presagio:

4 Citado por Broué, Pierre (1971) *Révolution en Allemagne 1917-1923*, Paris: Éditions de Minuit, p. 79.

> (…) de una guerra europea puede surgir una revolución y las clases dirigentes harían bien si lo consideraran. Pero también puede ocurrir que desemboque –y por un largo período– en crisis contrarrevolucionarias, reacciones furibundas, nacionalismo exasperado, dictaduras agobiantes, monstruosos militarismos, una larga cadena de violencia retrógrada[5].

De hecho, el desconcierto y el temor a perder las conquistas sociales hicieron que los socialistas, a toque de clarín, partieran inopinadamente a la guerra... Esta disposición bélica contrastaba ciertamente con las gigantescas manifestaciones pacifistas de reciente memoria que tuvieron lugar al estallar la guerra turco-italiana de 1911, pero el signo de los años posteriores, el peso del nacionalismo militante, había logrado que los antagonismos nacionales apasionaran más a las masas obreras que las luchas sociales. ¿Acaso no tenía razón Jaurès cuando señaló en el Congreso extraordinario de la SFIO, en julio de 1914, que "el pueblo acostumbrado a ver cómo se agolpan las nubes de la tormenta... no sabe cómo reaccionar cuando se ve deslumbrado por el relámpago"?

Lejos quedaba el pronunciamiento del Congreso fundacional de la II Internacional contra la existencia de ejércitos permanentes. La resolución que Vaillant sometió a dicho congreso no sólo repudiaba los ejércitos permanentes como instituciones "incompatibles con cualquier régimen democrático y republicano", al ser una expresión de "la forma monárquica u oligárquica que reviste el dominio capitalista" e "instrumento de golpes de Estado reaccionarios y de represión social", sino, sobre todo, como herramienta de la maquinaria de conquista y, por ello, una causa en sí independiente de la guerra. La resolución abogaba por la sustitución de estos ejércitos por milicias populares. Con ello, según la resolución, no se eliminaba la guerra. Sería una ilusión pensar que la guerra pudiera erradicarse sin que antes fuera eliminado el propio sistema capitalista que lo engendraba.

Jean Jaurès arremetió contra el fatalismo que encerraba este razonamiento de Vaillant, también compartido por Bebel. "Se nos

5 Jaurès, Jean (2011) *Oeuvres de Jean Jaurès,* Paris: Fayard, vol. 2, p. 247.

dice –exclamaba– que es inútil luchar contra la guerra, dado que el capitalismo la convierte en algo inevitable. Pero también es una tendencia inherente al capitalismo incrementar de forma ilimitada la explotación y de prolongar indefinidamente la jornada laboral. Y todavía luchamos por la jornada de ocho horas con cierto grado de éxito". Según Jaurès, la Internacional no debía conformarse con declamaciones inconcretas sobre la forma de evitar la guerra. Las medidas para evitar la guerra deben exponerse con detalle y precisión con el fin de preparar a los trabajadores para un compromiso decisivo.

Por su parte, Karl Renner, en *Marxismus, Krieg und Internationale* (1917), alegaba que, en realidad, el voto favorable de los socialistas a los créditos de guerra no significaba una aprobación de la guerra, sino la simple constatación de que *la guerra es un hecho* y de que la única actitud realista ante la misma era la defensa del propio país. En otro artículo suyo, *Zur Krise des Sozialismus*[6], nos aporta una legitimación más pensada al decir que

> ante todo ya quedó atrás la época en que el proletariado era, además de las *clases* de la sociedad civil-burguesa, una minoría no esencial dentro del Estado. (…) el proletariado se ha convertido en la clase más numerosa en toda comunidad y, en muchos aspectos, hasta en su portavoz (…). Cuanto más progresa el proletariado tanto más se identifica con la comunidad en que vive. Todo peligro que amenaza a la comunidad amenaza en mayor grado a las clases trabajadoras y, por lo general, *precisamente* a ellas (...). Con la progresiva industrialización debemos tomar cada vez más en cuenta que el destino del proletariado de un país coincide con la suerte del Estado. En la actualidad, los proletarios ya advierten: *¡nosotros somos el pueblo, nosotros somos el Estado!* La teoría socialista tiene, por tanto, el deber apremiante de distinguir de una manera más precisa el Estado en cuanto conjunto del pueblo organizado

6 Renner, Karl (1916) "Zur Krise des Sozialismus", artículo recogido en *Der Kampf*, tomo IX, pp. 92-93.

(*organisierte Volksgesamtheit*) del Estado en cuanto institución de dominio (*Herrschaftseinrichtung*).

Mientras la minoría socialista revolucionaria achacaba este comportamiento *contra natura* de la clase obrera a la "traición de los dirigentes de la II Internacional", las clases dirigentes lo valoraban de forma reconfortante como muestra palpable de que el proletariado revolucionario no era sino un mito. En realidad, ambas conclusiones venían a ser sofismas. La primera, porque partía del equívoco de que, a pesar de los deslices reformistas, todavía existía en el seno de la II Internacional un nexo entre la teoría y la práctica, en cuyo caso podría hablarse propiamente de "traición"; pero esa fidelidad a los principios, como hemos tratado de demostrar, era ya una mera ficción. La segunda presunción resultaba igualmente errada como la historia posterior se encargaría de recordar.

Todavía el 31 de julio de 1914, el Buró Socialista Internacional lanzó un llamamiento de lucha contra la guerra. Era demasiado tarde[7]. La II Internacional había naufragado fragmentándose en partidos estrictamente nacionales. Y éstos, en medio del desconcierto y divisiones que no llegaron a hacerse públicas, iban prestando su apoyo a los objetivos de guerra de sus respectivos gobiernos. Los franceses e ingleses para combatir el militarismo y autoritarismo del Estado alemán, los alemanes para luchar contra la autocracia zarista, y así sucesivamente. Las dos grandes excepciones fueron los partidos socialistas de Italia y Rusia. Ambos se opusieron resueltamente a la guerra, pero eran partidos pequeños que por diversos motivos no habían desarrollado una política expresamente parlamentaria. Ahora bien, con los partidos socialistas de los países neutrales irían articulando un movimiento de oposición a la guerra que, de ser insignificante, se transformaría en una fuerza creciente cuya magnitud era proporcional

7 Balabanova, Angélica (1974) en *Mi vida de rebelde*, Barcelona: Martínez Roca, pp. 137-139, relata lo ocurrido en la citada reunión al tiempo que expresa su indignación al ver que Victor Adler y Jules Guesde la miraron "como si estuviera loca" cuando propuso la huelga general como medio de evitar la guerra y que los demás delegados no prestaron la menor atención a sus palabras.

al desvanecimiento de las esperanzas depositadas en una guerra corta. Sería también un movimiento que a lo largo de los años bélicos constataría la inviabilidad de reconstruir la II Internacional y los partidos socialistas en torno a supuestos revolucionarios e internacionalistas. La idea de una Internacional Socialista revolucionaria ya estaba en germen a partir de 1914.

2.3. Lenin y la bancarrota de la II Internacional

Entre los dirigentes bolcheviques, fue específicamente Lenin el que ya en 1914 dictaba el acta de defunción de la II Internacional al urgir la escisión entre revolucionarios y reformistas cuando inició una lucha ideológica y política de cuya dureza da testimonio el pensamiento leninista condensado en el opúsculo *El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional*. Escrito a finales de 1915 y publicado en enero de 1916, recoge las ideas fundamentales de otro artículo, *Las tareas de la socialdemocracia revolucionaria,* publicado en agosto de 1914. Allí caracterizó la política "oportunista" y "chovinista" con la que se identificaban los dirigentes socialistas para proceder a lo que, a su juicio, suponía el total abandono de los principios del marxismo revolucionario. El proceso seguido para acabar renunciando a lo que constituía la razón de ser del internacionalismo proletario fue expuesto por Lenin de la siguiente manera:

> El *quid* de la cuestión es que la época de guerras nacionales entre las grandes potencias europeas ha sido reemplazada por una época de guerras imperialistas entre ellas, y que el Manifiesto de Basilea reconoció este hecho por primera vez (…). Los que votaron los créditos de guerra y entraron a formar parte de ministerios y apoyaron la defensa de la patria en 1914-1915, han traicionado evidentemente al socialismo (…). Esta traición debe ser explicada (…). ¿Cuál es la esencia económica del defensismo en la guerra de 1914-1915? La burguesía de todas las grandes potencias hace la guerra para repartirse y explotar el mundo, y para oprimir a otras naciones. A un

> reducido grupo de la burocracia obrera, la aristocracia obrera y los compañeros de ruta pequeño-burgueses puedan tocarle algunas migajas de las grandes ganancias de la burguesía. El socialchovinismo y el oportunismo tienen la misma base de clase: la alianza de un pequeño sector de obreros privilegiados con *su* burguesía nacional contra las masas de la clase obrera: la alianza de los lacayos de la burguesía y la burguesía contra la clase que es explotada por ésta. El contenido político del oportunismo y del socialchovinismo es el mismo: colaboración entre las clases, rechazo de las acciones revolucionarias, aceptación incondicional de la legalidad burguesa, rechazo de la dictadura del proletariado, falta de confianza en el proletariado y confianza en la burguesía. El socialchovinismo es la continuación directa y la culminación de la política obrera liberal inglesa del millerandismo y el bernsteinismo (…). La unidad con los socialchovinistas es la unidad con la *propia* burguesía nacional, que explota a otras naciones; es la escisión del proletariado internacional. Esto no quiere decir que sea posible en todas partes una ruptura inmediata con los oportunistas; sólo quiere decir que esta ruptura ya está madura desde el punto de vista histórico, que es necesaria e inevitable para la lucha revolucionaria del proletariado; que la historia, al pasar del capitalismo *pacífico* al capitalismo imperialista, allanó el camino para esta ruptura. *Volentem ducunt fata. nolentem trahunt* [El destino guía al que se somete y arrastra al que se resiste][8].

Como se desprende de estas líneas, Lenin no albergaba ninguna confianza en la mayoría de los dirigentes de la II Internacional,

8 Lenin, Vladimir I (1983) *Obras Completas*, tomo 23, Moscú: Progreso, pp. 191-197. El concepto de "aristocracia obrera" que utiliza aquí Lenin no es nuevo. Como apunta Erik Hobsbawm en su introducción al opúsculo de L*enin Imperialismo y movimiento obrero: las raíces del oportunismo*, el concepto ya fue acuñado por Engels y, más extensamente todavía, por Sidney y Beatrice Webb en *Industrial Democracy*, por lo que no es extraño que Lenin ya lo incorporara en su famoso opúsculo *¿Qué hacer?* de 1902 familiarizado como estaba durante sus años de exilio con la situación de la clase obrera en Inglaterra.

lo que no deja de causar sorpresa teniendo en cuenta que el SPD representaba para él, todavía en 1914, la quintaesencia del marxismo. Ni siquiera Trotsky, el más europeo de los socialdemócratas rusos, había llegado a formular antes de 1917 una crítica tan sistemática y profunda a la orientación reformista y expresamente parlamentaria del SPD como Lenin y Rosa Luxemburg.

Este hecho hace ineludible detenernos en la exposición histórica a fin de retomar el desarrollo del pensamiento marxista que, en el capítulo primero, quedó ceñido a la polémica reforma o revolución antes de 1914. Y consideramos que es obligado por dos razones. Primero, porque 1914 constituye una fecha clave para calibrar las diferencias teóricas y prácticas que afloraron en el seno de la izquierda revolucionaria. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, porque permite comprender mejor la concatenación de supuestos teórico-políticos que sedimentarán en la Revolución rusa de 1917 y en la modelación de la III Internacional como partido mundial de la revolución. Nuestra pretensión no es, en absoluto, abordar *in extenso* todos estos supuestos, aunque sí en líneas generales lo que pueda facilitar una comprensión del desenvolvimiento del marxismo revolucionario. A modo de introducción, nada resulta más ilustrativo que comparar tal itinerario teórico-político con el que siguieron Lenin y Rosa Luxemburg.

2.4. La cristalización del marxismo revolucionario en el Este europeo

En páginas anteriores se expuso el desplazamiento del marxismo hacia el Este europeo. En efecto, la revolución rusa de 1905 y el rosario de huelgas generales en el conjunto de Europa durante ese mismo período habían realzado el valor del factor subjetivo como elemento determinante –al menos para el marxismo revolucionario– a la hora de concebir e impulsar el proceso revolucionario de los partidos socialistas de Europa occidental el 4 de agosto de 1914. Carl Emil Schorske traza incluso un paralelismo entre la noche del 4 de agosto de 1914 y aquel 4 de agosto de 1789 en que

la aristocracia francesa renunciaba a sus "propios principios de organización social".

El aludido desplazamiento geográfico del marxismo, imperceptible para los contemporáneos, se debió tanto a su estancamiento y perversión en occidente como al hecho de que el Este europeo, atendiendo a su retraso, no se había beneficiado de las mismas ventajas que el capitalismo dispensó a la clase obrera de Europa occidental. Es más, con arreglo a esta constatación, las relaciones entre ambos ámbitos geográficos se desenvolvieron también bajo el signo del malentendido y la ambigüedad.

Trotsky, siguiendo las concepciones iniciales de Parvus, había sostenido desde 1905 que la revolución mundial se iniciaría con una revolución rusa y que el centro de gravedad de la revolución se desplazaría de occidente al este europeo.

Ello comportaba, a la vez, una altivez y cierto desdén por parte del marxismo occidental hacia las cuestiones rusas, al igual que una dependencia y marginación del marxismo ruso con relación al de Europa occidental. No en balde se conceptuó a Rusia, dado su atraso, como "el patio trasero de la revolución europea"; además, la misma endeblez de la socialdemocracia rusa lo simbolizaba, algo que contribuyó a que sus luchas intestinas fueran consideradas como "tempestades en un vaso de agua" promovidas por la impaciencia e impotencia de los revolucionarios rusos. Alemania, por el contrario, seguía siendo considerada como el epicentro de la futura revolución, atendiendo tanto al desarrollo del capitalismo alemán como al vertiginoso crecimiento del SPD. Naturalmente, la revolución rusa de 1905 había desbaratado de alguna manera la hechura de concebir el proceso revolucionario europeo, particularmente por parte de la izquierda revolucionaria.

La aceptación recíproca de esta relación de desigualdad condujo a una creciente dependencia y, paradójicamente, también a una autonomización del marxismo ruso. Por un lado, desde Rusia se llegó a idealizar hasta tal punto la ortodoxia del marxismo alemán que, antes de 1914, ningún miembro de la socialdemocracia rusa pudo asumir plenamente el alcance político de las aceradas críticas con que Rosa Luxemburg había fustigado a la derecha y, sobre todo, al centro del SPD. Así, por ejemplo, Trotsky en una

carta dirigida a Kautsky afirmaba que "en cualquier caso, yo no he encontrado ni un sólo camarada –ni siquiera entre los bolcheviques– que se atreva a solidarizarse con Luxemburg"[9]. Por otro lado, paradójicamente de nuevo, no serían ni Rosa Luxemburg ni Trotsky –el más europeo de los socialistas rusos– quienes iban a romper definitivamente con el *socialpatriotismo* y el *oportunismo* de los partidos de la II Internacional en 1914, sino Lenin, precisamente aquel que podía conceptuarse entre los *menos europeos* de los socialistas rusos por cuanto cultivaba –como los populistas rusos– la idea de las particularidades *asiáticas* presentes en la formación social rusa. Así, también es incuestionable que Lenin, como hombre de partido, estaba más ligado al desarrollo autónomo del marxismo ruso que Trotsky. Este actuaba de *conciliador* y francotirador en las discordias internas de la socialdemocracia rusa, una posición que le confirió una mayor libertad y, a la vez, un mayor distanciamiento o despegue de la actividad y debates en el interior de Rusia. El estalinismo se encargaría posteriormente de recordar el pasado de Trotsky, es decir, su espíritu *conciliador* y *menchevique*. Tal acusación la recusó Trotsky en *Mi Vida* –su obra autobiográfica– alegando que

> (…) este episodio del bloque de agosto no falta en ninguno de los manuales *antitrotskistas* de los epígonos. Quiere presentarse el pasado a los ojos de los catecúmenos y analfabetos como si el bolchevismo hubiera surgido del laboratorio de la Historia armado y equipado de un golpe. La verdad es que la historia de la lucha entre bolcheviques y mencheviques está salpicada de incesantes aspiraciones de unión[10].

No obstante, sería simplista interpretar la diacronía en la ruptura con la II Internacional y con el *centrismo* kautskiano exclusivamente en estos términos. Es necesario encuadrar esas diferencias

9 Nettl, John Peter (1966) *Rosa Luxemburg*, Londres: Oxford University Press, tomo 1, p. 417.

10 Trotsky, León (2006) *Mi Vida*, Madrid: Debate, pp. 236-237. Cf. también lo que señala al respecto Broué, Pierre (1973) *El Partido bolchevique*, Madrid: Ayuso, pp. 59-96.

dentro de un marco global que permita explicar la forma en que se concebía teóricamente, y se expresaba políticamente, la dialéctica del proceso revolucionario mundial. Sólo así es posible entender la convergencia de perspectivas, así como las divergencias en el seno de la izquierda revolucionaria.

2.5. La naturaleza del imperialismo: aproximación a la elaboración de una estrategia para la revolución socialista mundial

Tanto Rosa Luxemburg, Lenin como Trotsky partían del supuesto común de considerar al proletariado ruso como la fuerza motriz o vanguardia del próximo estallido revolucionario. También coincidían en caracterizar al imperialismo como una *nueva fase* del capitalismo y no sólo como una *forma política* superable por el capitalismo, caracterización que sustentaba Kautsky. Por último, también coincidían en pronosticar que el imperialismo abriría un período de guerras y revoluciones que resquebrajaría los cimientos del capitalismo para abrir paso a las revoluciones proletarias. Sin embargo, dejando a un lado estas coincidencias, surgieron divergencias en la interpretación del ritmo, la naturaleza y la interrelación que guardaban los diversos sectores de la revolución mundial.

Lenin seguía aferrado, de algún modo, a una interpretación marxista clásica, según la cual el mundo se hallaba segmentado de forma molecular en naciones-Estado, entendidas como mercados nacionales de estructura relativamente cerrada y ordenados de forma jerárquica, conforme a las relaciones de dependencia fijadas de acuerdo con el mayor o menor grado de desarrollo del capitalismo. Lenin cimentaría su concepción del imperialismo sobre este modelo clásico, una yuxtaposición que le inclinaría a sobrestimar –influido por sus originarias concepciones acerca del desarrollo orgánico del capitalismo ruso– las luchas coloniales y de emancipación y, paralelamente, a subestimar las relaciones de interdependencia. De no haberse visto tan condicionado por estas coordenadas, le habría sido más fácil abandonar una visión excesivamente *catastrofista* para ver, también, las renovadas

posibilidades de desarrollo del capital monopolista en una era de constantes cambios tecnológicos para frenar la baja tendencial de la tasa de ganancia. Lenin, al enfatizar el desarrollo desigual del capitalismo, esquivaba entrar de lleno en la polémica relacionada con el *superimperialismo* de Kautsky, el *capitalismo de Estado* de Bujarin y teorías similares vinculadas a un análisis de las posibilidades de desarrollo del capitalismo en los países avanzados. Por ello, seguramente, sólo aborda esta faceta de forma muy genérica –y en negativo– a fin de adentrarse en el terreno más clásico y menos movedizo de los eslabones débiles de la cadena imperialista. La interpretación se asemeja, en este sentido, a la de Rosa Luxemburg, aunque haga un uso menos restrictivo de la dicotomía metrópolis versus colonias o semicolonias a la hora de concebir el proceso revolucionario.

Las conclusiones que extrajo Lenin de su enfoque fueron básicamente las siguientes: en primer lugar, que el imperialismo, una vez repartidas las colonias por las grandes potencias, se enfrentaba a una tendencia al "estancamiento y putrefacción" al no existir mercados adicionales por anexionar, lo que impedía que éstos actuaran de válvula de escape a la superproducción y al excedente de capital, puesto que, en términos relativos, en la metrópoli el excedente de capital tropezaba con un creciente estrangulamiento de la demanda interior y la inversión de capital con unas expectativas decrecientes de rentabilidad. En segundo lugar, como única salida a la crisis, tarde o temprano se abriría paso una guerra interimperialista con el fin de proceder a una remodelación en el reparto de mercados. En tercer lugar, la apertura de una época de crisis, guerras y revoluciones suponía la máxima agudización de las contradicciones internas del imperialismo y, por ende, la coyuntura más idónea para la irrupción de revoluciones proletarias. Sobre este último extremo Lenin seguía fiel a la concepción marxista clásica de la *revolución por etapas* y, por ello, combatió la idea de los Estados Unidos Socialistas de Europa, defendida por Trotsky en su artículo "La consigna de los Estados Unidos de Europa" (1916). En el mismo rechazaba la idea de un proceso revolucionario en cadena en el contexto europeo. Propugnaba, sin pensar que Rusia sería el caso, un proceso mucho más limitado

en el que no cabía excluir la posibilidad de realizar momentáneamente *la revolución en un sólo país*. Ahora bien, el razonamiento leninista excluía la posibilidad de construir el *socialismo en un sólo país*, según la formulación que Stalin daría posteriormente al término, haciendo de la necesidad virtud. Diversos textos de Lenin lo atestiguan como señala la documentada obra de Marcel Liebman[11].

Lo que hemos expuesto hasta aquí en relación a la concepción de Lenin sobre el imperialismo quedó condensado en su famoso opúsculo, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, publicado en 1916. Entresacamos los siguientes párrafos:

> Las gigantescas proporciones del capital financiero, concentrado en unas pocas manos, que ha dado origen a una red extraordinariamente vasta y densa de relaciones y vínculos y que ha subordinado a su férula no sólo a la generalidad de los capitalistas y patronos medios y pequeños, sino también a los más insignificantes, por una parte, y la exacerbación, por otra, de la lucha con otros grupos nacional-estatales de financieros por el reparto del mundo y por el dominio sobre otros países (…). El imperialismo es la época del capital financiero y de los monopolios, los cuales traen aparejada en todas partes la tendencia a la dominación y no a la libertad. La reacción en toda la línea, sea cual fuere el régimen político; la exacerbación extrema de las contradicciones en esta esfera también: tal es el resultado de dicha tendencia. Particularmente se intensifica asimismo la opresión nacional y la tendencia a las anexiones, esto es, a la violación de la independencia nacional (…) y, por consiguiente, también intensifica la resistencia[12].

11 Liebman, Marcel (1975) *Leninism under Lenin*, Londres: Jonathan Cap, pp. 361-362; aparte de reproducir los textos de Lenin donde éste afirma explícitamente la imposibilidad de construir el socialismo en un sólo país, subraya que esta idea era ajena a Lenin, "inconcebible" según palabras del revolucionario ruso. La defensa de la teoría del "socialismo en un sólo país" era la ideología de la derrota de la revolución socialista mundial, algo que Lenin jamás habría compartido.

12 Lenin, Vladimir I. (1970), *Obras Escogidas*, tomo 1, Moscú: Ed. Progreso, pp. 255 y 265.

El planteamiento de Rosa Luxemburg sobre el imperialismo presenta unas connotaciones más internacionalistas que las de Lenin. En primer lugar, porque no parte del esquema marxista clásico vinculado a la fase del capitalismo de libre competencia, sino que lo desarrolla adecuándolo a la nueva realidad del imperialismo. El internacionalismo del que haría gala Rosa Luxemburg tal vez queda mejor reflejado en el siguiente párrafo de su conocido *Folleto de Junius*, escrito en 1914:

> La política imperialista no es el producto de un sólo Estado o de unos cuantos Estados, sino el producto de un determinado grado de madurez en el desarrollo mundial del capital, un fenómeno internacional en sus orígenes, un todo indivisible, inteligible atendiendo al conjunto de sus nexos y del que ningún Estado puede unilateralmente sustraerse[13].

Sin entrar en las reflexiones de Rosa Luxemburg sobre las nuevas formas de reproducción ampliada del capital, sí se puede afirmar que Rosa Luxemburg concebía la crisis del capitalismo en términos de exacerbación de las luchas sociales, como un antagonismo creciente entre burguesía y proletariado, al margen e incluso a pesar de las divisiones nacionales. Dicho de otra manera, se basó menos en la ley de desigualdad, que divide de forma molecular y jerárquica a las naciones-Estado, y más en la superposición del capitalismo a escala mundial. Desde ese punto de vista, fue lógico que el nacionalismo le mereciera a Rosa Luxemburg una consideración más bien negativa, por cuanto lo estimaba un movimiento residual cuyo objetivo primordial consistía en desviar la atención de los intereses históricos del proletariado. El conflicto surgido entre Lenin y Rosa Luxemburg en torno al problema de la autodeterminación de las nacionalidades estaba ciertamente motivado por la diferente ubicación geográfica de ambos. Mientras Lenin operaba en una nación que oprimía a cientos de pueblos, era natural que, si quería aunar las fuerzas revolucionarias de todos esos

13 Luxemburg, Rosa (2006) *La crisis de la socialdemocracia*, Madrid: Fundación Federico Engels, pp. 98-99.

pueblos, tuviera que reconocer las aspiraciones nacionales de esos pueblos oprimidos por la autocracia zarista. Rosa Luxemburg, como polaca, trabajaba para la clase obrera de un pueblo oprimido y tenía que cuidar de que la lucha de clases emprendida por el proletariado polaco no fuera absorbida y falseada por las aspiraciones nacionalistas. Hasta tal punto fue así, que en la medida en que enjuició las divisiones nacionales tendía a hacerlo en términos muy restrictivos al enfocarlas desde el prisma de dos grandes bloques –con sus correspondientes divisiones internas– en conflicto: los países imperialistas de capitalismo avanzado y los países atrasados de carácter colonial o semicolonial. Así lo expuso Rosa Luxemburg en *La acumulación de capital*, su obra teórica más comentada y polémica:

> La acumulación capitalista necesita para su desarrollo un entorno de formaciones sociales no capitalistas; va avanzando en constante cambio de materias con ellas, y sólo puede subsistir mientras dispone de este entorno (…). De este modo, mediante este intercambio con sociedades y países no capitalistas, el capitalismo va extendiéndose más y más, acumulando capitales a costa suya, al mismo tiempo que los corroe y los desplaza para suplantarlos. Pero cuantos más países capitalistas se lanzan a esta caza de zonas de acumulación y cuanto más van escaseando las zonas no capitalistas susceptibles de ser conquistadas por los movimientos de expansión del capital, más aguda y rabiosa se hace la concurrencia entre los capitales, transformando esta cruzada de expansión en la escena mundial en toda una cadena de catástrofes económicas y políticas, crisis mundiales, guerras y revoluciones.
>
> De este modo, el capital va preparando su bancarrota por dos caminos. De una parte, porque, al expansionarse a costa de todas las formas no capitalistas de producción, camina hacia el momento en que toda la humanidad se compondrá exclusivamente de capitalistas y proletarios asalariados, haciéndose imposible, por tanto, toda nueva expansión y como consecuencia de ello, toda acumulación. De otra parte, en la medida

> en que esta tendencia se impone, el capitalismo va agudizando los antagonismos de clase y la anarquía política y económica internacional en tales términos que, mucho antes de que se llegue a las últimas consecuencias del desarrollo económico, es decir, mucho antes de que se imponga en el mundo el régimen absoluto y uniforme de la producción capitalista, sobrevendrá la rebelión del proletariado internacional, que acabará necesariamente con el régimen capitalista[14].

Estos párrafos, pertenecientes a su controvertida obra de teoría económica ya mencionada, señalan explícitamente que la rebelión de los países atrasados no estallaría tanto a raíz de las relaciones de desigualdad –como sostenía Lenin–, sino como resultado de la penetración del modo de producción capitalista y la consiguiente destrucción de las formaciones sociales no capitalistas. Sin embargo, la finalidad eminentemente polémica de esta obra –Rosa Luxemburg trató de demostrar la falacia que envolvía la idea de un desarrollo pacífico y continuado del capitalismo tal como lo sustentaran primero los revisionistas y, más tarde, los *centristas* del SPD– hizo que incurriera en ciertas extrapolaciones no exentas de ribetes de darwinismo social. Sobre todo, porque esbozó una perspectiva un tanto lineal y mecanicista cuando enjuiciaba en términos globales el desarrollo capitalista articulado en torno a los efectos de la penetración de formaciones sociales capitalistas en las que no lo eran.

Por otra parte, la perspectiva revolucionaria de Rosa Luxemburg arrojaba una lógica que contribuyó a sobrevalorar la lucha de clases internacional y a subestimar las luchas de emancipación nacional.

Como corolario, cabe añadir que el optimismo revolucionario de Rosa Luxemburg corría paralelo a sus concepciones organizativas, es decir, a la trascendencia que siempre otorgó al factor

14 Luxemburg, Rosa (1967) *La acumulación del capital*, México: Grijalbo, pp. 346, 455 y extractos del apéndice a la misma obra, "La acumulación del capital o en qué han convertido los epígonos la teoría de Marx. Una autocrítica", pp. 477-478.

subjetivo cada vez que se pronunciaba sobre el proceso revolucionario. Sus esquemas en este caso tenían un sello más internacionalista que la concepción leninista del partido, puesto que el modelo organizativo que preconizaba correspondía a la tradición del socialismo internacional o, para ser más exactos, del marxismo occidental. Así como los criterios organizativos de Lenin estaban determinados por la situación específica de Rusia, así también deben entenderse las concepciones de Rosa Luxemburg a la luz de la situación alemana cuando polemizaba con los bolcheviques al respecto. Por ello, cuando Lenin enfatizaba el ultra centralismo, Rosa Luxemburg ponía énfasis en la democracia y la flexibilidad organizativa. Cuando Lenin resaltaba la función dominante del revolucionario profesional, Luxemburg replicaba resaltando la iniciativa del movimiento de masas. Concepciones tan divergentes correspondían a contextos espaciales igualmente diferenciados. Los *revolucionarios profesionales* que Rosa Luxemburg encontraba en Alemania no constituían –como en Rusia– la mediación radical para cohesionar organizaciones locales dispersas en un sólo partido estatal. Muy al contrario. En Alemania, los *profesionales* eran los arribistas, los burócratas conservadores de los sindicatos, los señores del petrificado aparato del partido, los parlamentarios reformistas; en definitiva, todos aquellos que, a su juicio, se esforzaban por desmantelar todo proyecto y movimiento revolucionario en Alemania.

Si tenemos en cuenta el peso que Rosa Luxemburg confirió al factor subjetivo –quizás su principal aportación– y, sobre todo, a la dialéctica del engranaje del factor objetivo y el subjetivo, resulta fácil desechar tanto el supuesto *fatalismo* revolucionario como el supuesto *espontaneísmo* organizativo que generalmente se le atribuyen. En efecto, nada era más ajeno a Rosa Luxemburg que la idea de un derrumbe automático del capitalismo. Su disyuntiva de *socialismo o barbarie* sólo tenía sentido como indicación de que, en el caso de que no llegara a triunfar la revolución socialista, el sistema capitalista entraría en una fase de barbarie o reacción violenta ante la perspectiva de su destrucción. Pero, en cualquier caso, el derrumbe del sistema no sería automático, sino fruto de la

voluntad consciente y de la capacidad revolucionaria de la clase obrera.

2.6. El concepto de revolución permanente en el desarrollo desigual y combinado del capitalismo imperialista

La teoría de la revolución permanente de Trotsky, inspirada en las concepciones de Parvus, puede conceptuarse en rigor como el análisis teórico más acabado del marxismo revolucionario para entender el curso del proceso revolucionario en la época del imperialismo.

Por un lado, porque no incurre, como Lenin, en la incomprensión de concebir el imperialismo como una mera prolongación de la economía y política de los Estados nacionales considerados aisladamente –puesto que, bajo ese criterio, la economía mundial no vendría a ser más que la suma de economías nacionales–, sino que opera a la inversa, haciendo que la articulación del desarrollo desigual y combinado del capitalismo confiera a la economía mundial –considerada como un todo orgánico– una hegemonía sobre las economías nacionales. Trotsky lo expresaría de lo siguiente manera:

> (…) el capitalismo tiene la propiedad de extender continuamente su expansión, de superar las diferencias, de transformar las economías provinciales y nacionales cerradas sobre sí mismas en un sistema de vasos comunicantes, y de aproximar así, de igualar los niveles económicos y culturales de los países más avanzados y de los más atrasados. Sin este proceso fundamental no se podría explicar la nivelación relativa de Europa e Inglaterra primero, de América y Europa después, así como la industrialización de las colonias que hace disminuir la distancia entre la India y Gran Bretaña (…). Desarrollando ciertas partes de la economía mundial y frenando o retrasando otros sectores. Sólo la combinación de estas dos tendencias fundamentales –consecuencia las dos de la naturaleza del

> capitalismo– puede explicarnos el entrelazamiento vivo del proceso histórico.
>
> El imperialismo acentúa aún más *estas dos tendencias* a causa de la universalidad, la movilidad y la dispersión del *capital financiero*, esta fuerza viva del imperialismo. Con una rapidez y una profundidad jamás conocidas, el imperialismo liga en un todo a los diversos conjuntos nacionales y continentales, creando entre ellos una dependencia estrecha y vital, aproximando sus métodos económicos, sus formas sociales y sus niveles de desarrollo. Al mismo tiempo, el imperialismo persigue su objetivo con unos procedimientos tan contradictorios, haciendo tales alianzas, entregándose a tales *razias* en los países y regiones atrasados, que la unificación y la nivelación de la economía mundial se llevan a efecto con más violencias y convulsiones que en todas las épocas precedentes[15].

En cambio, por otro lado, la aplicación de la mencionada ley del desarrollo desigual y combinado evitó que cayera en el error opuesto de subestimar las peculiaridades nacionales como elemento esencial de todo proceso histórico. La dialéctica de la interpenetración de los contrarios –imperialismo versus nacionalismo– representaba a juicio de Trotsky el dilema irresoluble para el imperialismo, porque la contradicción entre la internacionalización de la economía capitalista y el mantenimiento –e incluso fortalecimiento– de las estructuras estatales nacionales era una fuente de inestabilidad permanente para el capitalismo. Con arreglo a este enunciado, Trotsky no defendió como salida un equilibrio inestable entre ambas tendencias, sino que optó por señalar que la nación-Estado constituía un anacronismo histórico cuyos perfiles serían una y otra vez cercenados por la internacionalización de la política y la economía. Así se entiende, entonces, que las peculiaridades nacionales no representaran en sí para Trotsky más que una combinación particular e históricamente dada de los

15 Trotsky, León (1977) *La Internacional Comunista después de Lenin*, Madrid: Akal, pp. 102-103.

rasgos fundamentales de la economía mundial o, para decirlo con sus propias palabras: "las peculiaridades nacionales son precisamente el producto más general, y aquel en que, por decirlo así, se resume todo el desarrollo histórico desigual"[16]. Tomando en consideración la cuestión nacional, Trotsky defendía el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades porque, si en términos objetivos lo consideraba un anacronismo, esa aspiración chocaba con los intereses del imperialismo en general, aunque no siempre. Como resultado, la defensa de una aspiración anacrónica, opuesta al imperialismo, permitía que las luchas de emancipación nacional trascrecieran para convertirse en luchas por el socialismo, único marco que a juicio de Trotsky permitía la libre expresión de los pueblos. Y ese marco lo concretaba primero en los Estados Unidos Socialistas de Europa.

Con la ayuda de esta nueva metodología y forma de concebir el proceso histórico rompió, también, el muro infranqueable que tanto los análisis de Lenin como los de Rosa Luxemburgo establecían entre países avanzados y atrasados. En este sentido suplió las lagunas de Marx relacionadas con el proceso de desarrollo de los países atrasados. A través de la aplicación de la noción de desarrollo desigual y combinado remarcaba que la tendencia a la interpenetración implicaba una relativización del atraso y del desarrollo. Expresado en términos políticos, equivalía afirmar que la tradicional distinción gradualista entre países *maduros* y *no maduros* para el socialismo resultaba harto insuficiente e inexacta. Pero se trataba de una relativización limitada, porque, a su juicio, un país atrasado, sometido al sistema capitalista, difícilmente podría salir de su atraso dada la inmensa superioridad industrial de las grandes potencias en el mercado mundial, la forma en que éstas atenazaban los mercados y, en consecuencia, la imposibilidad de que los países atrasados desarrollasen una industria a gran escala cuyos productos pudieran conquistar mercados ya saturados. La industrialización y la modernización de los países atrasados, hasta

16 Trotsky, León (2009) *La revolución permanente*, Madrid: Diario Público, p. 34. Véase también lo señalado por Avenas, Denise (1971) *Trotsky marxiste*, Paris: François Maspero, pp. 3-16.

alcanzar a los países desarrollados, sólo era viable abandonando el sistema capitalista. Pero esto entrañaba también enormes dificultades. Porque, por la misma razón que al proletariado ruso le fue más fácil tomar el poder, dado el atraso del país, en la misma medida le fue mucho más difícil dar los pasos necesarios para alcanzar una sociedad en transición al socialismo.

La paradoja de los países atrasados lo expresó Trotsky de la siguiente manera:

> Las leyes de la Historia no tienen nada en común con el esquematismo pedantesco. El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela, en parte alguna, con la evidencia y la complejidad con que lo patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados vénse obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del desarrollo combinado, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la combinación de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernos. Sin acudir a esta ley, enfocada naturalmente, en la integridad de su contenido material, sería imposible comprender la historia de Rusia ni la de ningún otro país de avance cultural rezagado, cualquiera sea su grado[17].

El estallido de la Revolución rusa en un país atrasado –el eslabón débil de la cadena imperialista– venía a confirmar la validez de la teoría de Trotsky al tiempo que puso en evidencia el enfoque mecanicista de la anterior interpretación marxista según la cual la revolución estallaría primero en los países más industrializados para luego afectar a los demás países. Al ejemplo ruso podría añadirse el caso de Hungría y Baviera, los territorios más atrasados del Imperio austrohúngaro y de Alemania respectivamente.

17 Trotsky, León (2017) *Historia de la Revolución rusa*, Madrid: Capitán Swing, vol. 1, p. 30.

Si Trotsky fue capaz de elaborar en el plano teórico el análisis más desarrollado y *deslumbrante* –según expresión de Bujarin–, tal constatación no implicaba que forzosamente garantizara unos resultados prácticos igualmente brillantes. Alain Brossat, por ejemplo, sostiene que Trotsky "al mismo tiempo que representa en el plano teórico el punto más avanzado del marxismo antes de 1917 (…), sacó las conclusiones más pobres de su descubrimiento teórico en comparación con Lenin y Rosa Luxemburg". Más exacto sería constatar que las conclusiones políticas que Trotsky extrajo de sus descubrimientos teóricos fueron pobres en la medida en que no tuvo la misma posibilidad de materializarlas que Lenin o Rosa Luxemburg al no estar activamente encuadrado en ningún partido hasta 1917.

En un plano más pragmático, en *La guerra y la Internacional* (1914), publicada a los pocos meses de haber estallado la Primera Guerra mundial, Trotsky exponía los objetivos del movimiento socialista; de hecho, fue la primera declaración de carácter antibelicista redactada por un socialista ruso. Partía del supuesto de que, en ese momento histórico, las alas de plomo del nacionalismo y del *socialpatriotismo* pesaban todavía demasiado sobre la conciencia de las masas como para que la guerra interimperialista se transformara en revolución. A tenor de esta consideración, propugnaba como primera medida la exigencia de una paz inmediata –sin anexiones ni indemnizaciones– que garantizara el derecho a la autodeterminación a las diversas nacionalidades oprimidas. Curiosamente, esta publicación de Trotsky y, en particular, su defensa del derecho de autodeterminación ejerció una influencia directa en el presidente Woodrow Wilson. Tres años más tarde sería recogida en la plataforma de paz de Wilson, los "Catorce Puntos".

Los objetivos inmediatos que Trotsky avanzaba en 1914 los encuadraba dentro de la perspectiva de una agudización de las contradicciones del imperialismo y la consiguiente radicalización de la clase obrera y sus direcciones. Más tarde, al celebrarse la conferencia de Zimmerwald, Trotsky, a diferencia de Lenin, no fue partidario de una ruptura inmediata con la II Internacional, pues era de la opinión de que el aludido proceso de radicalización no

había sino comenzado a manifestarse entonces. No obstante, la dinámica que incubaba la creciente agudización de las tensiones sociales le llevó a formular la actualidad de la revolución proletaria a escala mundial, porque:

> (…) la revolución internacional (…) es una cadena, aunque discontinua, de revoluciones nacionales, cada una de las cuales alimenta a las otras con sus triunfos y a la vez sufre con sus fracasos[18].

Nunca planteó la idea de una revolución simultánea a escala europea, aunque sí pensaba que la revolución podía estallar en algún *eslabón débil* de la cadena imperialista, si bien tal país no podría construir el socialismo a menos que el proceso revolucionario se extendiera a algún país altamente desarrollado. En 1914 ya se encuentra *in nuce* la crítica que Trotsky dirigiría años más tarde a aquellos dirigentes soviéticos que justificaron la posibilidad de construir el socialismo en un sólo país. La concepción revolucionaria de Trotsky fue argumentada de la siguiente forma:

> El carácter internacional de la revolución socialista, (…) es consecuencia inevitable del estado actual de la economía y de la estructura social de la humanidad. El internacionalismo no es un principio abstracto, sino únicamente un reflejo teórico y político del carácter mundial de la economía, del desarrollo mundial de las fuerzas productivas y del alcance mundial de la lucha de clases. La revolución socialista empieza dentro de las fronteras nacionales, pero no puede contenerse en ellas. La contención de la revolución proletaria dentro de un territorio nacional no puede ser más que un régimen transitorio, aunque sea prolongado, como lo demuestra la experiencia de la Unión Soviética[19].

18 Trotsky, León: *La revolución permanente, op. cit.*, pp. 35-36.

19 Párrafos extractados de la obra de Trotsky, León (1919) *El bolcheviquismo ante la guerra y la paz del mundo*, Valencia: Cercantes, pp. LXI-LXII y 178, 187-189.

2.7 La voluntad revolucionaria: el Partido revolucionario

No se puede pasar por alto la posición de la izquierda revolucionaria respecto a la naturaleza del partido capaz de organizar al movimiento de masas para instaurar un nuevo modelo de sociedad. Tanto Lenin, Rosa Luxemburg como Trotsky habían puesto de manifiesto la inadecuación del factor subjetivo para afrontar las nuevas exigencias de la historia. También aquí pueden rastrearse notables divergencias sobre la forma de dar salida a la inadecuación del factor subjetivo con respecto a las condiciones objetivas. En primer lugar, la forma de valorar la debacle de la II Internacional, pero también sobre la acción política y las modalidades organizativas.

Como ya quedó patente, Lenin consideró que la bancarrota de la II Internacional era atribuible a la "aristocracia obrera" –creada y alimentada por el imperialismo– que dirigía a las organizaciones obreras a costa, e incluso en contra, de los intereses del conjunto del movimiento obrero. Rosa Luxemburg, por su parte, identificó la decadencia de la II Internacional a la práctica legalista, al parlamentarismo y al conservadurismo de las direcciones socialdemócratas. Por lo que se refiere a Trotsky, éste aportó una visión propia –asociada a su peculiar enfoque teórico– para entender el derrumbe de la Internacional socialista. Lo expresó del siguiente modo:

> (…) el imperialismo alcanza sus fines empujando al proletariado dentro de una posición de *defensa nacional*, la cual para los trabajadores significa la defensa de lo que sus manos han creado (…). Los reformistas, que en principio esperaban resolver la cuestión social por el camino de los tratados de tarifas, ligas de consumidores y la cooperación parlamentaria de la social democracia con los partidos burgueses, estará ahora [1916] poniendo sus esperanzas en la victoria de las armas nacionales (…). El reformismo socialista se ha convertido actualmente en socialismo imperialista (...). Eludiendo la revolución, los reformistas fueron obligados a usar el mismo

> procedimiento de decadencia histórica que la burguesía liberal (…). La guerra presente señala el derrumbe de los Estados nacionales. Los partidos socialistas de la época que ahora concluye fueron partidos nacionales. Ellos fueron cogidos en el engranaje de los Estados nacionales (…). Frente a las declaraciones solemnes de sus Congresos se levantaron en defensa del Estado conservador, cuando el imperialismo, crecido en el suelo nacional, empezó a demoler las barreras nacionales anticuadas. Y en su histórico derrumbamiento los Estados nacionales han echado abajo con ellos los partidos socialistas nacionales también. No es el socialismo el que ha ido abajo, sino su forma externa histórico-temporal[20].

En otro plano, pero directamente relacionado con lo señalado anteriormente, se sitúan las divergencias de Trotsky con Lenin en torno a la naturaleza del partido entre 1903-1917. Ese enfrentamiento arranca de la escisión del Partido Socialdemócrata ruso y se consolida merced al optimismo que la revolución rusa de 1905 despertó en Trotsky acerca del potencial revolucionario y autoorganizativo de la clase obrera. De entonces datan también

20 Para un conocimiento más detallado del tema, véase la edición del *¿Qué hacer?* de V. I. Lenin a cargo de Strada, Vittorio (1977) *¿Qué hacer? Teoría y práctica del bolchevismo*, México: Ed. Era, seguido de las Actas del II Congreso del POSDR y escritos de Akimov, Axelrod, Bogdánov, Lenin, Martov, Riazanov, Plejánov, Trotsky, Vorovsky y Luxemburg. Norman Geras, en su artículo "Lenin, Trotsky and the Party", publicado en International, vol. 4, 2 (1977), matiza el concepto de "centralismo democrático" en Lenin. Según Geras, Lenin se refiere al hecho de que la conciencia revolucionaria sólo puede introducirse fuera de la esfera económica. Es decir, sólo desde el plano político, puesto que es la esfera que permite entender las relaciones que las clases sociales guardan entre sí en términos globales y no sólo aquellas que se establecen fragmentariamente en el plano económico, en el lugar de trabajo, entre patronos y trabajadores.
En realidad, la noción misma de introducir la conciencia socialista "desde fuera" no fue tampoco una idea original de Lenin. Mandel, Ernest (1978) en *Sobre la historia del movimiento obrero*, Argumentos, p. 135, señala al respecto que el programa de Hainfeld de la socialdemocracia austriaca (1899) decía textualmente que la "conciencia socialista es, por consiguiente, algo que debe introducirse desde el exterior en la lucha de clase proletaria"; asimismo el articulo "Akademiker und Proletarier" de Karl Kautsky publicado el 17 de abril de 1901 en *Die Neue Zeit*.

sus críticas a lo que él denominó "sustituismo" de la clase obrera por el partido. En efecto, según Trotsky, la concepción leninista del partido entrañaba una desconfianza hacia las iniciativas político-organizativas de la clase obrera, toda vez que se señalaba que el proletariado por sí mismo no podía rebasar una conciencia "trade unionista" y que, por tanto, sólo una vanguardia, entendida como la fracción más consciente y clarividente de los intereses históricos del proletariado, podía introducir "desde fuera" la ideología revolucionaria del socialismo y conducir a la clase obrera hacia el socialismo. De esta dicotomía en los niveles de conciencia del proletariado –conciencia *en sí* y conciencia *para sí*–, instancias que la propia ideología dominante se encargaba de reproducir, arrancaba la concepción leninista acerca de la función del partido. Para Trotsky no venía a ser sino una justificación del "sustituismo", porque lo que Lenin consideraba teóricamente como la razón de ser de una vanguardia consciente y disciplinada, para Trotsky, en última instancia, equivalía a una sustitución de los intereses del proletariado por los del partido, algo que entonces emparentaba a prácticas blanquistas o jacobinas. Así, en su artículo "Jacobinismo y socialdemocracia" de 1904, criticó duramente las concepciones organizativas de Lenin cuando escribió que:

> (...) preparar a la clase obrera para el dominio político y ejercitar en ella la capacidad de iniciativa y el hábito del control activo y constante de todo el personal ejecutivo de la revolución. Esta es precisamente la gran tarea política que se plantea la socialdemocracia internacional. Pero para los *socialdemócratas jacobinos*, para los impávidos representantes del sistema del sustitucionismo organizativo, esa enorme tarea político-social que es la preparación de la clase para el dominio estatal es sustituida por una tarea técnico-organizativa: la elaboración de un aparato de poder[21].

21 Citado por Strada, Vittorio (2017) en *Impero e rivoluzione. Russia 1917-2017*, 2017, Venecia: Marsilio, p. 443.

El enfoque organizativo de Trotsky –al menos antes de 1905– venía a señalar que las concepciones de Lenin sobre este particular se encontraban atrapadas por la misma lógica con que operaba la ideología burguesa para enajenar al proletariado de sus intereses de clase. Pues, bajo el capitalismo, la conciencia de clase del proletariado quedaba reducida a mera potencialidad, mientras que el nivel de conciencia real estaba en gran medida mediatizado por los valores impuestos por la ideología dominante. Consecuentemente, la resistencia obrera quedaba presa de una conciencia "tradeunionista", reivindicativa y fragmentada en las unidades fabriles, un nivel de conciencia que, además, desempeñaba un papel activo en la legitimación del capitalismo, toda vez que mantenía en tensión la espiral de la relación entre trabajo y capital. En definitiva, se trataba de un círculo vicioso que *podía* romperse históricamente en situaciones prerrevolucionarias, pero la tendencia objetiva no iba en esa dirección.

Con arreglo a estas consideraciones, Trotsky, sin negar la necesidad del partido revolucionario, aducía que cuanta mayor fuera la distancia que separaba al factor subjetivo del objetivo, tanto más natural era que aparecieran en el partido obrero *métodos* que de una u otra forma representan una claudicación frente a las gigantescas dificultades que emanaban del aludido desajuste histórico. En concreto, refiriéndose a la situación rusa, aportaba como ejemplos tanto la autonegación de la política de que hacían gala los "economicistas" como el "sustitucionismo" que, en el polo opuesto, practicaba el partido bolchevique. Ambas concepciones políticas y organizativas constituían a su entender dos modos erróneos de atajar y engañar el curso de la historia. Es más, en su obra de 1904, *Nuestras tareas políticas*, identificaba estas concepciones con el oportunismo. Conviene aclarar que Trotsky –a diferencia de Lenin– no entendía el oportunismo como un elemento ajeno y *traidor* al movimiento obrero, sino como una tendencia consustancial al mismo y que la propia clase obrera debía superar a través de su autoactividad.

De esta concepción, contraria a la preeminencia absoluta que Lenin otorgaba a una vanguardia minoritaria, consciente e infalible, derivaba una forma distinta de entender el centralismo

democrático. Merece la pena detenerse en la gestación de esta idea a fin de facilitar la comprensión de los puntos de vista que mantuvo y mantendría Trotsky en el terreno organizativo. A nuestro entender –y sin que existan formulaciones expresas en tal sentido– Trotsky aplicó también la ley del desarrollo desigual y combinado en el plano de la conciencia de clase y en lo que él entendía por *centralismo democrático*.

En lo que se refiere al carácter *centralizador* del partido obrero, dentro del socialismo no había posiciones contrarias al mismo, ya que se consideraba que constituía un atributo natural de un partido obrero que quisiera entablar la lucha política *pari passu* a la creciente centralización del capitalismo y del Estado *burgués*. Sin embargo, aceptada esta realidad, había diversas formas de entender el centralismo. Tanto Rosa Luxemburg como Trotsky lo entendían como *autocentralismo* y no como una prerrogativa de los órganos dirigentes del partido para imponer sus decisiones al conjunto de la afiliación.

Con arreglo a estas consideraciones, aplicables a lo que fue el partido bolchevique hasta la Revolución de Febrero de 1917, no parece procedente trasplantar, como se hace con excesiva frecuencia, los mismos criterios de centralización a todas las fases sucesivas de ese partido. Así, por ejemplo, el triunfo del partido bolchevique en octubre de 1917 se atribuye a su pasado que lo confirma como una organización clandestina, hermética, conspirativa, ultra centralizada y monolítica. Sin embargo, un autor tan documentado como Marcel Liebman, da a entender que tal visión no es exacta. El análisis histórico demuestra que la organización de corte leninista de 1917, en el curso de la revolución que transformó al Partido bolchevique en un modelo universal, sufrió profundos cambios. De forma casi similar a aquellos que había tenido que sufrir al calor de la marea revolucionaria de 1905. Tanto fue así, que la metamorfosis que registró el partido en 1917 hace altamente cuestionable la presunción de que se tratara del mismo partido. Por un lado, porque se trataba de un partido enteramente renovado –de cada veinte miembros sólo uno pertenecía al viejo partido– y, en adelante, las prácticas propias de la clandestinidad desempeñaron un papel muy secundario. Por otro lado, porque

prevaleció, quizás por primera vez, el criterio electivo a todos los niveles, así como la discusión pública de todas las cuestiones; la libertad de tendencias destruyó por completo el anterior monolitismo y las diversas corrientes gozaron de una representatividad proporcional en los diversos órganos de dirección, ya que todavía no había prosperado la idea de una dirección exclusivamente en manos de la corriente mayoritaria.

En torno al componente democrático que debía acompañar a la centralización organizativa, las divergencias entre Lenin y Trotsky –al menos hasta 1917– eran aún mayores. Pues no sólo barajaron criterios distintos respecto a la proporcionalidad que debían guardar centralismo y democracia en la fórmula *centralismo democrático*, sino también, en un sentido más amplio, con relación al significado mismo de la *democracia obrera*.

No obstante, sería erróneo sacar conclusiones cuyo objetivo fuera adscribir durante este período posiciones acabadas en el terreno organizativo a cualesquiera de estos representantes de la socialdemocracia rusa: lo juzgamos así, porque a lo sumo se les pueden atribuir tendencias que, desde una perspectiva como la nuestra, tienen una prolongación conocida y negativa, pero resultaría erróneo imputar las consecuencias finales a estas concepciones, por otra parte, también cambiantes.

También vale la pena detenerse en lo que entonces se entendía por el partido del proletariado. Lo que históricamente se entendía como un deseo de unificar al conjunto de la clase obrera en *un sólo partido* –una vez más el SPD representaba todo un paradigma– fue desfigurado como un deseo históricamente determinado para convertirse en un principio inconmovible válido para todos los tiempos. En 1902 venía a ser un deseo especialmente sentido por los socialistas rusos puesto que se veían obligados a desenvolverse en el marco restrictivo de la clandestinidad, pero asimismo en el de la proliferación de partidos obreros *minoritarios* y *dispersos*.

No parece necesario detenerse ahora en los efectos tan nefastos que desencadenaría la concepción de partido único del proletariado. Lo que aquí nos interesa subrayar es que, antes de 1917, no había ninguna formulación que respaldara tal idea, de la misma manera que tampoco había ninguna en sentido contrario. Lenin,

por ejemplo, nunca sugirió nada que se pareciera siquiera remotamente a un sistema de partido único.

Originariamente, al desarrollar la idea del *partido obrero* los socialistas hacían alusión al hecho de que tal partido fuera el exponente de los intereses del movimiento obrero y *únicamente* de la clase obrera. Pero la defensa de una línea de independencia de clase no fue algo sinónimo a que tal partido fuera el *único* portavoz de la clase obrera. Habría sido una traslación abusiva del deseo originario de tender hacia *el* partido revolucionario. Por ello, la posterior identificación de *vanguardia consciente de los intereses históricos del proletariado* con la noción de *partido único* es cuando menos altamente cuestionable. En síntesis, se pueden aducir tres razones contra semejante concepción. En primer lugar, porque equivaldría afirmar que semejante vanguardia es capaz de representar de una forma adecuada y total los intereses del proletariado sin necesidad de la crítica de otras organizaciones rivales. En segundo lugar, porque excluiría la posibilidad de que aparezcan otros partidos obreros capaces de interpretar de forma diferente los intereses de clase. En tercer lugar, porque negar el pluralismo desde la perspectiva del materialismo dialéctico implicaría en estricta lógica una *contradictio in terminis* respecto a las propias leyes de la dialéctica.

Rosa Luxemburg y Trotsky utilizaron el concepto de partido unitario, un término que no poseía una connotación de exclusividad ni aversión hacia el pluralismo socialista. Simplemente reflejaba una aspiración tendente a alcanzar el máximo de unidad y coordinación de las fuerzas obreras frente al creciente centralismo del Estado burgués moderno. Se trataba, por parte de ambos, de romper con el ultra centralismo leninista, que incubaba los gérmenes de la creación de una burocracia desconectada del movimiento obrero al tiempo que se autoproclamaba su legítimo representante.

De lo señalado hasta ahora no puede colegirse que Rosa Luxemburg o Trotsky se recrearan con la posibilidad utópica de que el partido revolucionario englobara al conjunto de la clase obrera. Desechado el ultra centralismo, tampoco aceptaban en el polo opuesto una concepción espontaneísta en cuyo caso la autoactividad de las masas invalidaría la razón de ser de todo

partido. Sus concepciones iban más bien encaminadas a acercarse a la plena autoactividad de la clase obrera, pero partiendo de la base de que el partido representa –desde el centro a la periferia de la conciencia de clase– círculos concéntricos que aumentan en número al tiempo que disminuyen en nivel de conciencia. Así pues, el centro, integrado por los elementos más conscientes, sería *transitoriamente* una minoría. La forma de romper esta situación históricamente dada de diversos niveles de conciencia residía en la utilización de métodos democráticos y unificadores capaces de combinar la desigualdad de cada uno de los círculos concéntricos con el fin de cohesionarlos en expresiones cada vez más elevadas de conciencia de clase.

Lógicamente, de esta transcripción fragmentaria se desprende que Trotsky se encontrara antes de 1917 mucho más próximo a las concepciones organizativas de Rosa Luxemburg, pues, como ella, propugnaba un partido de base amplia en consonancia con la tradición organizativa del marxismo occidental. En su controvertido escrito de 1904, *Nuestras tareas políticas*, condensó lo que entonces entendía como desenlace del *sustituismo*:

> (...) la organización del partido sustituye al partido en general; a continuación, el Comité Central sustituye a la organización; y finalmente un sólo 'dictador' sustituye al Comité Central (...). El partido debe buscar la garantía de su estabilidad en su propia base, en un proletariado activo y seguro de sí, y no en su estrato superior, al que la revolución (...) podría barrer súbitamente con su ala[22].

2.8. Hacia la III Internacional

Aun cuando la izquierda revolucionaria se hallara dividida en torno a múltiples temas antes y durante los primeros años de la Primera Guerra Mundial, las condiciones adversas derivadas de la propia conflagración mundial contribuyeron a que las

22 Trotsky, León (1971) *Nos taches politiques*, Paris: Denoël, p. 121.

coincidencias eclipsaran transitoriamente la verdadera dimensión de las diferencias, por muy importantes que éstas fueran, como se ha tratado de enfatizar en páginas anteriores.

La propia fragilidad inicial del movimiento antibélico, unido al panorama ya de por sí quebrantado que presentaba el movimiento socialista, confirma la trascendencia que llegaron a cobrar los imperativos de unidad y cohesión.

Así pues, si en 1914 la izquierda revolucionaria se había visto arrinconada y expuesta a un aislamiento prácticamente total, en 1915 la situación fue cambiando lentamente a favor de la minoritaria opinión antibélica. La identificación con los objetivos de guerra de cada Estado no fue sólo la práctica de los partidos socialistas, sino en particular de los sindicatos.

El cambio coincidió, como era de esperar, con el desvanecimiento de las esperanzas depositadas en una guerra corta y el inicio de una guerra de posiciones prolongada, costosa y exasperante. La guerra supuso algo más: una importante e irreversible mutación de Europa. Tanto la política, la economía, como la forma de concebir las relaciones sociales adquirió unas características nuevas como resultado de la militarización total.

Con el fin de asegurar el aprovisionamiento masivo y a largo plazo de municiones, hombres y materias primas bajo la amenaza y el agravante del bloqueo naval, la economía de los países beligerantes fue sometida a una intervención estatal de una envergadura tal que puede considerarse como el acta de defunción del viejo *laissez-faire*.

Sin embargo, este cambio no dejaba todavía de ser un vago presentimiento cuando los socialistas de algunos países trataron de reanudar los contactos internacionales. Por separado, pero sin resultados dignos de destacar, se habían reunido en Lugano y Copenhague los partidos socialistas de los países neutrales; en Londres los de los países de la Entente; y en Viena los de las potencias centrales. En tales circunstancias resultó infructífera toda tentativa orientada a convencer al Buró Socialista Internacional para que convocara una conferencia internacional. Formalmente, el Partido Socialista italiano había solicitado la reanudación de las actividades de la II Internacional, pero Emile Vandervelde, su

presidente, se había manifestado abiertamente contrario a semejante solicitud en línea con la opinión de la mayoría de los partidos socialistas de Europa occidental. No era posible sentarse en una misma mesa con los socialistas alemanes. Estos eran considerados *traidores*, pues al respaldar los objetivos bélicos de la monarquía guillermina, un régimen militar-autoritario, secundaban también una guerra de agresión al tiempo que traicionaban los principios del socialismo internacional.

A pesar de ello, en septiembre de 1914, los partidos socialista italiano y suizo, después de sondear las posibilidades, decidieron convocar en Lugano, al margen, pero no en contra de las instancias regulares de la II Internacional, una Conferencia Socialista Internacional en Zimmerwald para septiembre de 1915. Previamente, en una reunión conjunta de los partidos socialistas de Italia y Suiza, se había convenido fijar los términos de la convocatoria y los objetivos de la conferencia. No estaba en el ánimo de nadie crear una nueva Internacional, simplemente se trataba de hacer un llamamiento al proletariado mundial para que emprendiera una acción común en favor de la paz. A tal fin, también se acordó crear un centro que coordinara las actividades antibélicas y centralizara la información. Zinóviev, miembro del grupo bolchevique presente en la conferencia, hizo la siguiente apreciación crítica:

> Tomemos solamente como ejemplo la cuestión de la II Internacional: los promotores de la conferencia, los representantes de la mayoría, declaraban y todavía declaran su intención de no crear una III Internacional. *Avanti*, órgano de los italianos, y *Berner Tagewacht*, órgano de R. Grimm (jefe de los socialistas suizos), tratan de demostrar que la *comisión socialista internacional* elegida por la conferencia no tiene en lo más mínimo el objetivo de sustituir al viejo Buró Socialista Internacional, sino que, más bien, debe llevar a que este último se reconstituya. Pero los hechos tienen su propia lógica (…). Llegará el tiempo en que todos los socialistas sinceros coincidirán con nosotros en el grito: ¡La II Internacional ha muerto,

> envenenada por el oportunismo, viva la III Internacional, ¡liberada del oportunismo![23].

Con independencia de las intenciones, lo cierto fue que la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald puede considerarse como el antecedente inmediato de la III Internacional. Y, sin duda, dicha Conferencia tuvo una resonancia internacional muy superior a su representatividad. A ella acudieron 38 delegados y delegadas de once países, pero la mayoría de las delegaciones sólo representaban a corrientes minoritarias de sus respectivos partidos. El propio Trotsky recuerda, con cierto sarcasmo, los preparativos y la llegada de las delegaciones a la pequeña aldea suiza de Zimmerwald:

> La organización misma de la conferencia estuvo a cargo de Grimm, líder socialista de Berna, quien entonces se esforzó por elevarse por encima del nivel burgués de su partido y hasta de su propio nivel (…). Los delegados ocuparon, muy apretados, cuatro coches, y ganaron la montaña. Los viandantes miraban con curiosidad esta caravana extraordinaria. Los mismos delegados bromeaban, diciendo que medio siglo después de la fundación de la Primera Internacional era posible transportar todos los internacionalistas en cuatro coches. Pero no había ningún escepticismo en esta charla. El curso de la historia se rompe a menudo y es necesario hacer un nuevo nudo. Esto es lo que nosotros íbamos a hacer en Zimmerwald[24].

La Conferencia de Zimmerwald inició sus sesiones leyendo una declaración conjunta francoalemana que condenaba la guerra imperialista y la actitud de los socialpatriotas; terminó abogando por una paz inmediata sin anexiones y exhortando a todos los partidos socialistas a que lucharan en favor de la paz utilizando todos los medios a su alcance. Pero la declaración no especificaba ningún medio en concreto. Fue precisamente esta falta de concreción lo

23 Citado por Arthur Rosenberg, *op. cit.*, p. 70.
24 Trotsky, León, *Mi Vida*, *op.cit.*, p. 274.

que suscitó los debates más duros y, a través de estos, cristalizaron diversas tendencias que oscilaban entre el pacifismo y el derrotismo revolucionario.

Lenin y los bolcheviques formaron la *izquierda zimmerwaldiana* que, a diferencia de las demás corrientes, llamaba a todos los socialistas a romper con sus gobiernos y los *socialpatriotas* que, a su juicio, actuaban de guarda flancos de izquierda de la política belicista. También se dirigieron a las masas obreras para que emprendieran una lucha revolucionaria contra sus respectivos gobiernos capitalistas y, finalmente, instaron a la creación de una III Internacional.

Este llamamiento al derrotismo revolucionario y a la guerra civil, sometido a votación, recibió 12 votos a favor y 19 en contra. La mayoría de las y los delegados perseguía de forma ostensible metas más modestas: reanudar las relaciones internacionales del movimiento socialista, propagar y actuar en beneficio de una paz inmediata, atraer a los *centristas* y, en definitiva, recomponer la II Internacional.

Ni Trotsky, ni Rakovski, ni Henriette Roland-Holst, ni la mayoría de la delegación alemana se identificó con la *izquierda zimmerwaldiana*. Entre otras cuestiones, pensaban que la fundación de una nueva Internacional era prematura. Además, todavía albergaban la esperanza –que después resultó infundada– de que, con el tiempo, al menos los "centristas se asociarían a su proyecto de recomponer una II Internacional depurada de *social patriotas*". Entonces no les faltaban indicios alentadores en tal sentido, pues, en junio de 1915, *centristas* como Kautsky, Hasse y Bernstein se pronunciaron favorables a una paz inmediata. Al hacerlo se abstuvieron ciertamente de criticar la actitud pasada del SPD porque, a su modo de ver, al estar ya aseguradas las fronteras de Alemania, había llegado el momento de retomar el programa socialista.

Trotsky fue el encargado de redactar el manifiesto final al cerrarse las sesiones de la Conferencia de Zimmerwald. El manifiesto fue aprobado por unanimidad, a pesar de las serias reservas de Lenin. Como el dirigente bolchevique se encargaría de comentar poco después, esas reservas fueron superadas porque, con todo, la

conferencia supuso "un paso adelante en la lucha verdadera contra el oportunismo encaminado hacia la ruptura y la escisión".

El Manifiesto de Zimmerwald, al tiempo que condenaba una guerra imperialista que había convertido a Europa en "un gigantesco matadero de hombres", terminaba haciendo el siguiente llamamiento:

> En esta situación intolerable, nosotros, representantes de partidos socialistas, de sindicatos, o de minorías de estas organizaciones (…) no nos colocamos en el terreno de la solidaridad nacional con nuestros explotadores, sino que hemos quedado fieles a la solidaridad internacional del proletariado y a la lucha de clases; nosotros nos hemos reunido para reanudar los lazos rotos de las relaciones internacionales para despertar la conciencia de la clase obrera y llevarla a la lucha por la paz.
>
> Esta lucha es la lucha por la libertad, por la fraternidad de los pueblos y por el socialismo. Es necesario emprender esta lucha por la paz, por la paz sin anexiones, sin indemnizaciones de guerra[25].

El Manifiesto se publicó en la prensa socialista de Italia, Gran Bretaña y países neutrales. En Alemania, Francia y Rusia se distribuyó clandestinamente en forma de panfleto. No recibió, empero, respuesta alguna el emplazamiento que en el mismo se hacía al Buró Socialista Internacional y a los diversos partidos socialistas. Muy al contrario. Los dirigentes socialistas –según palabras de Camille Huysmans, secretario de la II Internacional– contemplaron la Conferencia de Zimmerwald como "una reunión de francotiradores socialistas desprovistos de tropa".

La conferencia también eligió una "Comisión Socialista Internacional" a la que se confirió tareas de coordinación. La elección de este organismo suscitó de nuevo opiniones encontradas, ya que mientras la *izquierda zimmerwaldiana* deseaba que

25 Rosmer, Alfred (1970) *Moscou sous Lenine, les Origines du communisme*, Paris: Francois Maspero, p. 23.

ésta reemplazara al Buró Socialista Internacional, la mayoría opinaba que debía servir de medio de presión destinado a romper la inactividad de la II Internacional. Además, dentro de la tendencia mayoritaria se perfilaron dos posturas. Una que propugnaba la conciliación general, una generosa *amnistía general,* y otra que deseaba la conciliación y recomposición de la II Internacional previa una profunda autocrítica de los *socialpatriotas*: Trotsky y Rosa Luxemburg se alinearon con la última postura.

En poco tiempo, la Conferencia de Zimmerwald pasó a engrosar el vocabulario de las grandes efemérides del socialismo. Asimismo, provocó un gran escándalo en las filas de los partidos socialistas por lo que supuso: un reto a la pasividad del Buró Socialista Internacional. Cabe agregar que la difusión del Manifiesto de Zimmerwald fortaleció a los núcleos antibelicistas con la misma intensidad que minó la unidad patriótica. Por ello, a partir de entonces, no resultó tan fácil como antes justificar la inactividad de la II Internacional alegando que este organismo no era un instrumento adecuado para tiempos de guerra.

En febrero de 1916, la Comisión Socialista Internacional, que después se constituyó en el núcleo fundacional de la III Internacional, decidió convocar a todos los partidos y sindicatos socialistas a una II Conferencia Socialista Internacional en Kienthal.

Las delegaciones asistentes a Kienthal –43 delegados y delegadas– fueron ligeramente más representativas que en Zimmerwald, aparte de reflejar una creciente radicalización en sus posturas. La llamada *izquierda zimmerwaldiana* no sólo logró cosechar un mayor número de votos –de doce pasó a contar con diecinueve–, sino que la mayoría de quienes asistieron se mostró menos reticente que antes a las propuestas revolucionarias y escisionistas. No obstante, la mayoría seguía prefiriendo no comprometerse todavía con una línea rupturista, ya que juzgaba que los partidarios de las resoluciones de Zimmerwald obtendrían una confortable mayoría en la próxima Conferencia Internacional que el Buró Socialista Internacional se vería obligado a convocar. En cualquier caso, los debates y el manifiesto aprobado en Kienthal traspasaron el

pacifismo al vincular confusamente la paz al objetivo de instaurar una sociedad socialista.

El Buró Socialista Internacional se vio, en efecto, obligado a convocar una Conferencia socialista internacional en Estocolmo el 15 de mayo de 1917. Pero en ella no se llegó a ningún resultado debido al estallido de la Revolución rusa de febrero y a los recelos mutuos que existían entre los socialistas de la Entente y los de las potencias centrales. A tenor de estos resultados tan pobres, el Comité Ejecutivo de Zimmerwald decidió convocar otra conferencia en Estocolmo el 5 de septiembre de ese mismo año. En esta ocasión no podían esperarse mejores resultados: los hechos iban a desbordar las intenciones.

2.9. La crisis de 1917: contexto de la radicalización

El período de siete meses que transcurrió entre Zimmerwald y Kienthal contribuyó sobremanera al aludido deslizamiento hacia posturas más radicalizadas.

En el plano militar, nuevas naciones entraron en guerra. Entre éstas se encontraba Italia. Se produjo en una fase en que la guerra de posiciones cedía paso a una oleada de grandes ofensivas militares acompañadas de nuevos sacrificios humanos, pero también de renovadas expectativas en torno a una victoria total que desembarazara a cada uno de los bloques contendientes de un creciente estrangulamiento y colapso económico.

En el plano político, las crisis ministeriales se sucedieron en los países beligerantes ante la disyuntiva de proseguir la guerra hasta el final o negociar la paz. Significaba que la inicial solidez de los gobiernos de *Unión Sagrada* empezaba a hacer agua desde el momento en que el entusiasmo patriótico se iba trastocando en cansancio; este nuevo clima de la opinión pública ejercía lógicamente una creciente presión a favor de una paz negociada. Estas presiones aniquilaron la monarquía rusa en marzo y desataron movimientos revolucionarios subterráneos que, en forma de perturbaciones sísmicas, afectaron a casi todo el resto de Europa en el curso del año 1917. Motines militares en Francia; creciente

actividad huelguística en Inglaterra; huelgas en Alemania por la falta de subsistencias, pero también motines militares y la presencia de los primeros consejos obreros; en Austria-Hungría tumultos similares por la falta de alimentos de primera necesidad; en las ciudades del norte de Italia violentas manifestaciones contra la guerra... Ni siquiera los países neutrales lograron escapar a la crisis general. La incapacidad de poner fin al conflicto a finales de 1916 supuso nada menos que el fin de la vieja Europa. La entrada de EE UU en la contienda fue algo más que un refuerzo, simbolizaba el ocaso de la vieja Europa y el inicio del siglo XX.

En Alemania fue donde la crisis política presentó estos síntomas alarmantes. En diciembre de 1915 veintidós parlamentarios del SPD abandonaron el Reichstag y otros veinte decidieron seguir el ejemplo de Liebknecht votando contra los créditos de guerra[26]. Los parlamentarios expulsados del Reichstag fundaron en marzo de 1917 el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD) junto con la izquierda revolucionaria alemana constituida en *Spartakusbund* –Liga Espartaco– en enero de ese mismo año. Desde su fundación, el USPD fue un partido de masas que rompió de cuajo la unidad del legendario SPD. Además, con 120 000 afiliados frente a los 170 000 del SPD, el USPD contó en sus filas con dirigentes socialistas tan prestigiosos como dispares. Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Haase, Ledebour, Bernstein y Kautsky se integraron, entre otros muchos, en el nuevo partido. En realidad, lo único que unía a un colectivo tan heterogéneo era el rechazo a la colaboración abierta y creciente que practicaba el SPD con los objetivos que animaban a la monarquía militar-autoritaria. Semejante colaboración no sólo refrendaba la militarización de la sociedad alemana –algo que los socialistas disidentes equiparaban a una

26 Braunthal, Julius (1967) *History of the International 1914-1943*, Londres: Thomson, Nelson y Sons, tomo 2, p. 57, suministra la siguiente relación cronológica de parlamentarios del SPD que votaron contra los créditos de guerra en el Reichstag:

agosto 1914	14
diciembre 1914	17
marzo 1915	22
agosto 1915	36 (35%)
diciembre 1915	43 (40%)

nueva *ley antisocialista*–, sino que también vaciaba de contenido el programa socialista.

Cabría añadir que la escisión socialista se produjo en medio de una extrema sensibilización de la opinión pública alemana por la espeluznante cifra de 260 000 bajas alemanas entre febrero y diciembre de 1916. Si a ello agregamos que la caída de la autocracia rusa en febrero de 1917 eliminó lo que había justificado la entrada de Alemania en la guerra, puede entenderse que los fundadores del USPD se consideraran los verdaderos herederos de la socialdemocracia alemana. Eran los que retomaban el espíritu del Programa de Erfurt, abandonado en 1914. Por tanto, la mayoría de los miembros del USPD se inclinaron a favor de la reanudación de la lucha por la democracia y el socialismo al tiempo que rechazaban las ideas revolucionarias de los espartaquistas acerca de la actualidad de la revolución socialista. También consideraban pasajera la división en las filas de la socialdemocracia alemana, pues una vez alcanzada la paz –pensaban– las aguas volverían a su cauce. Sin embargo, los hechos demostrarían que no iba a ser tan fácil.

En Francia, mientras el grupo que encabezaban Rosmer y Monatte –cuyo órgano de expresión fue *La Vie Ouvrière*– se desvinculaba del social patriotismo que también había contagiado al sindicalismo revolucionario francés; en el Partido Socialista francés, Jean Longuet formaba una tendencia *centrista* –con un creciente número de seguidores– que se desmarcaba del incondicional apoyo socialista al gobierno de *Unión Sagrada* de Clemenceau. Aunque no pretendía provocar una escisión, la tendencia de Longuet sí estaba dispuesta a presionar a favor de una paz negociada en el seno del Partido Socialista francés. Así, en la conferencia del partido, celebrada a finales de 1916, la votación sobre la continuación de la participación ministerial de los socialistas arrojó unos resultados harto significativos: 1 637 votos a favor y 1 372 en contra. El desenlace fue la dimisión de los ministros socialistas Guesde y Sembat en diciembre de ese mismo año.

En general, los gobiernos de *Unión Sagrada* empezaron a hacer agua a lo largo del año 1917. Dejando a un lado el impacto que produjo la Revolución rusa de febrero, lo que más contribuyó al

desgaste de la colaboración gubernamental de los socialistas fue el hecho de que el entusiasmo patriótico se trastocara en cansancio y que la opinión pública se volcara a favor de una paz negociada. En líneas generales –aunque muy desigualmente– el descontento en la base de los diversos partidos socialistas respecto a su dirección progubernamental dejaba de ser una cuestión de minorías y se convertía en una fuerza nada despreciable.

En el plano económico, la guerra eminentemente industrial imponía sus propios ritmos a los gobiernos con el fin de alcanzar niveles de máximo aprovechamiento de los recursos humanos y materiales, de forma que lo que para los gobiernos se traducía en un creciente intervencionismo estatal y la introducción por primera vez en la historia del capitalismo de la planificación económica en los países industriales, para la clase obrera significaba un descenso de los salarios reales ante la vertiginosa subida de los precios en 1916 y la escasez de subsistencias, traslados forzosos a raíz de las frecuentes reubicaciones industriales y deterioro de las condiciones de trabajo bajo el signo de la militarización a gran escala. Qué duda cabe que estas condiciones eran casi envidiables para las y los trabajadores rusos y los de Europa oriental donde vivir era no morir. De ello da fe el alarmante informe de la *ojrana* –policía secreta rusa– redactado a finales de 1916:

> El proletariado de la capital está al borde de la desesperación; se cree que la más pequeña explosión, debida al pretexto más insignificante, conducirá a revueltas incontrolables con decenas de millares de víctimas. Las condiciones de tal explosión están ya cumplidas; la situación económica de las masas, a pesar de la importante elevación de los salarios, está tocando la extrema miseria... Incluso aunque se estime que los salarios han aumentado en un ciento por ciento, el coste de la vida se ha elevado en un 300%. La imposibilidad de conseguir los productos, la pérdida de tiempo que suponen las horas de cola delante de los almacenes, la mortalidad creciente debida a las malas condiciones del alojamiento, al frío y a la humedad, resultante de la falta de carbón... Todas esas condiciones han creado tal situación que la masa de los obreros industriales

está dispuesta a dejarse llevar a los más salvajes actos de una revuelta de hambre[27].

Por último, en el plano social, los movimientos reivindicativos y huelguísticos volvieron a hacer acto de presencia al tiempo que los gobiernos –a fin de contener el creciente malestar– desplegaron un derroche de promesas sobre próximas reformas sociales y la configuración de un nuevo orden democrático-social una vez terminada la guerra. Aun así, la *paz social* de los primeros años bélicos se había roto definitivamente hacia 1917, circunstancia que en algunos países saltaba a la vista a través del desasosiego laboral y, en la mayoría de los países beligerantes, a través del reforzamiento de las medidas coercitivas en el terreno de la reglamentación y la disciplina laboral. Debido a ello, resulta extremadamente difícil ponderar la extensión y profundidad de dicha ruptura, puesto que en la mayoría de los países fue comprimida para adquirir un nivel todavía más explosivo al finalizar la guerra.

La disyuntiva que se planteaba el movimiento de Zimmerwald en 1917 con el estallido de la Revolución rusa de febrero y la fase final de la guerra –¿acabará la revolución con la guerra o la guerra con la revolución?– cobró una dimensión tal, que todo el período subsiguiente, de 1917 a 1923, giraría alrededor de la oleada revolucionaria que trastocó todo el orden europeo y mundial de forma irreversible. Una característica de estas revoluciones fue que constituyeron unas políticas conscientes, desconocidas hasta entonces por la historia.

La crisis revolucionaria fue inaugurada con la caída de la autocracia zarista sin que todavía hubieran cesado las hostilidades, y en Rusia se instaló el primer Estado obrero tras un proceso que duraría menos de un año. Ello confirmó lo que la izquierda revolucionaria había presagiado y anhelado al estallar la Primera Guerra Mundial: guerra y revolución eran fenómenos indisociables, pues a la guerra interimperialista sucedería una época de crisis

27 Citado por Ferro, Marc en *op. cit.*, pp. 308-309. Falta incluir lo dramáticas que fueron las bajas rusas: 7 700 000 a finales de 1916. Ver Wade, Rex A. (1917) *La Revolución rusa*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2017, p. 47.

y revoluciones. La confirmación de estas ideas no pudo sino dar un poderoso impulso a un movimiento revolucionario que, como una mancha de aceite, no tardó en extenderse. Primero, a los países derrotados –Alemania, Austria y Hungría– y, a continuación, amenazó socavar los cimientos de todos los países europeos. La Revolución rusa tuvo una importancia tal porque marcó un cambio en la historia europea y mundial por los procesos que activó, por las fuerzas que puso en movimiento y por las esperanzas que despertó por encima de los confines geográficos.

Las dimensiones que adquirió esta oleada revolucionaria sólo pueden compararse a la de la Revolución francesa. Como ésta, si bien con un carácter de mayor alcance, la Revolución rusa atravesó diversas fases hasta alcanzar su Termidor; desplazó un ordenamiento político, económico y social sustituyéndolo por otro nuevo; provocó una guerra civil y una intervención mancomunada de los ejércitos de los países adversos a la revolución; trató de difundir las ideas de la revolución por medio de la propaganda y el apoyo a los procesos y partidos revolucionarios de Europa, pero también a los extraeuropeos; generó como respuesta un violento movimiento de reacción y, por último, fue derrotado en todos los países salvo en la cuna de la revolución. Las similitudes, prescindiendo de todas las naturales diferencias, van incluso más lejos: como la Revolución francesa, la soviética vertebró toda la historia del siglo XX, originando una polarización social e ideológica todavía más vehemente, duradera y universal que aquella que despertaron los acontecimientos de 1789 a lo largo del siglo XIX. Con extrema clarividencia, en 1907, Rosa Luxemburg puso de manifiesto la ruptura entre el proceso histórico del siglo XIX y el del siglo XX:

> La revolución rusa tiene como tarea inmediata la eliminación del absolutismo y la constitución de un moderno Estado de derecho parlamentario-burgués. Formalmente se trata del mismo cometido que le estaba reservado en Alemania a la Revolución de marzo y en Francia a la gran Revolución de finales del siglo XVIII (...). La circunstancia decisiva es que entre aquellas revoluciones burguesas de Occidente y la actual

revolución burguesa del Este media todo el ciclo del desarrollo capitalista (…). El resultado de todo esto ha sido la muy notable y altamente contradictoria situación histórica en la que una revolución, burguesa por sus tareas formales, ha de ser llevada a cabo por un proletariado moderno y con conciencia de clase y además en un contexto internacional situado bajo el signo de la decadencia de la democracia burguesa. La burguesía no es ahora el elemento revolucionario dirigente como lo fue en las revoluciones del pasado en el Oeste, en las que las masas proletarias, mezcladas con la pequeña-burguesía, servían a la burguesía como fuerza de choque. En la presente revolución el proletariado dotado de conciencia de clase es el elemento dirigente e impulsor, mientras que los sectores de la gran burguesía juegan un papel en parte contrarrevolucionario en parte débilmente liberal (…). Y el proletariado ruso, que en esta medida está llamado a cumplir un papel dirigente en la revolución burguesa, aparece en la lucha no sólo libre de cualquier ilusión en la democracia burguesa, sino dotado además de una consciencia fuertemente desarrollada –de los propios y específicos intereses de clase y empeñado en un antagonismo enormemente agudizado entre capital y trabajo (…)–. En las revoluciones burguesas del pasado, en las que la educación política y la dirección de las masas revolucionarias estaba en manos de los partidos burgueses y en las que se trataba únicamente de derribar al antiguo régimen, la forma adecuada de la lucha revolucionaria era el combate en las barricadas de breve duración. Hoy (…) cuando la revolución, por su parte, se orienta tanto contra el viejo poder estatal como contra la explotación capitalista, aparece la huelga de masas (…) como el medio para socavar y derribar el viejo poder estatal y para poner coto a la explotación capitalista[28].

28 Luxemburg, Rosa (1977), *Escritos políticos*, México: Grijalbo, pp. 206-208.

CAPÍTULO 3
LA CRISIS REVOLUCIONARIA: LA REVOLUCIÓN RUSA

Ya ahora, en el gran movimiento socialista se manifiestan dos grandes tendencias diversas y posiblemente la lucha revolucionaria del siglo XX conducirá a lo que, *mutatis mutandis*, podrá llamarse escisión entre una Montaña y una Gironda socialdemocrática.
G. V. Plejánov, *Sochinenia,* XII, p. 65.

(…) a la Revolución de octubre hay que juzgarla a una distancia histórica aún mayor. Sólo gentes necias o de mala fe pueden acusarla de que en doce años no haya traído la paz y el bienestar para todos. Contemplada con el criterio de la Reforma o de la Revolución francesa, que representan, en una distancia de unos tres siglos, dos etapas en el camino de la sociedad burguesa, no puede uno por menos de admirarse que en un pueblo tan atrasado y solitario como Rusia se haya podido asegurar a la masa del pueblo, doce años después de la sacudida, un promedio de vida que, por lo menos, no es inferior al que se les brindaba en vísperas de la guerra. Ya esto, por sí sólo, es un milagro. Pero, claro está que el sentido y la razón de ser de la revolución rusa no es ahí donde hay que buscarlos. Estamos ante el intento de un nuevo orden social. Es posible que este intento cambie y se transforme, fundamentalmente tal vez. Es seguro que habrá de adaptar un carácter totalmente distinto sobre la base de la nueva técnica. Pero, pasarán unas cuantas docenas de años, pasarán unos cuantos siglos, y el orden social que rija remontará la mirada a la revolución de octubre como el régimen burgués de

hoy hace con la Revolución francesa y la Reforma. Y esto es tan claro, tan evidente, tan indiscutible, que hasta los profesares de Historia lo comprenderán; claro está que pasados unos cuantos años

León Trotsky, *Mi Vida*, pp. 610-611.

3.1. La paradoja de la Revolución rusa

La Revolución rusa, iniciada en febrero con el desmoronamiento del zarismo y la formación de un Gobierno Provisional, puede interpretarse superficialmente como un accidente histórico o una treta jugada por la historia al amparo de los reveses militares rusos y la desvinculación prolongada de la autocracia rusa de la sociedad[1]. Sin embargo, tales circunstancias actuaron más de acelerador que de generador del desenlace, pues desde hacía décadas se había abierto un proceso que fue erosionando el viejo orden. El grado de autonomización alcanzado por el Estado zarista con relación a la débil sociedad civil tuvo que estar, por fuerza, en proporción directa a la autonomización de su descomposición.

Trotsky desarrolló desde este punto de vista su interpretación de los acontecimientos rusos en su ya clásica obra *Historia de la Revolución rusa*, que terminó de escribir a finales de 1930. En la introducción el autor ya advierte que:

> (...) los supuestos sobre los que surgen la Revolución de Febrero y su suplantación por la de Octubre, tienen necesariamente

1 Trotsky, León, *Historia de la Revolución rusa*, *op.cit.*, vol. 1, pp. 42 y 50. Refiriéndose a los reveses militares rusos dice que "el ejército ruso experimentó en la guerra un número de muertos superior al de cualquiera de las demás naciones que tomaron parte en la matanza; sus víctimas ascendieron a dos millones y medio de muertos, o sea el 40% de las pérdidas sufridas por todos los ejércitos aliados juntos". Y, con referencia a la economía, que "durante el primer año de guerra, Rusia perdió cerca de 1/5 parte de sus fuerzas industriales. Un 50% de la producción total y cerca del 75% de la textil hubieron de destinarse a cubrir las necesidades del ejército y de la guerra. Los transportes, agobiados de trabajo, no daban abasto a la necesidad de combustible y materias primas de las fábricas. La guerra, después de devorar toda la renta nacional liquida, amenazaba con disipar también el capital básico del país".

> que estar informados por las condiciones históricas en que se formó Rusia, por su economía, sus clases, su Estado, por la influencia ejercida sobre ella por otros países. Y cuanto más enigmático nos parezca el hecho de que un país atrasado fuera el primero en exaltar al poder al proletariado, más tenemos que buscar la explicación de este hecho en las características de ese país, o sea en lo que lo diferencia de los demás[2].

A tenor de estas consideraciones, una de las peculiaridades que más resalta León Trotsky es la naturaleza del Estado zarista:

> El Estado autócrata absorbía una porción desmesurada del excedente de producción, es decir, vivía a expensas de las clases privilegiadas que se formaban entonces, y obstaculizaba así su desarrollo, ya muy lento de por sí (…). Está fuera de duda que, en relación con las clases privilegiadas rusas, el zarismo gozaba de una independencia mayor que la que disfrutó el absolutismo europeo surgido de una monarquía de clase (…). No fue el equilibrio de las clases dirigentes desde el punto de vista económico, como en occidente, sino por el contrario su debilidad social y su nulidad política las que hicieron de la autocracia burocrática un poder absoluto (…). El poder financiero y militar del absolutismo aplastaba y cegaba, no solamente a la burguesía europea, sino incluso al liberalismo ruso, arrebatándole toda esperanza de ser capaz de luchar con el absolutismo en igualdad de fuerzas y abiertamente. Este poder financiero y militar excluía, en apariencia, toda posibilidad de revolución rusa. Sucedió todo lo contrario. Cuanto más centralizado e independiente de las clases es el Estado, más se transforma rápidamente en organización absoluta, alzada por encima de la sociedad. Cuanto mayores son las fuerzas militares y financieras de una organización de este género, más puede prolongar con éxito su lucha por la existencia (…). De esta manera, el poder administrativo, militar y financiero del absolutismo, que le daba la posibilidad de subsistir a pesar

2 *Ibid.*, *op. cit.*, vol. 1, p. 20.

> del desarrollo social, lejos de impedir toda revolución como pensaba el liberalismo, hacía por el contrario de la revolución la única salida admisible, y esta revolución tenía que tener un carácter tanto más radical cuanto que el poder del absolutismo abría progresivamente el precipicio entre el poder y las masas populares arrastradas en el nuevo movimiento económico[3].

Si el Estado ruso reunía las características del despotismo asiático en su forma de amalgamar sectores semifeudales y reaccionarios con los de una burguesía débil –y temerosa tras la experiencia de 1905 de acometer con resolución sus propias tareas–, semejante mezcla, subordinada a un proyecto de desarrollo capitalista o de *europeización*, al tiempo que reflejaba la debilidad de la burguesía rusa, implicaba que el propio Estado se arrogaba la misión de impulsar un capitalismo de Estado *sui generis* como forma de atajar el desfase histórico de Rusia.

Alexander Gerschenkron sostiene que el Estado ruso, impulsado por sus miras militares, actuó de dinamizador del desarrollo económico; de ahí el carácter particularmente espasmódico que adquirió el desarrollo. Además, añade, el aparato estatal procuró el capital para la industrialización "con su poder obligatorio, y por medio de su política impositiva consiguió desviar las rentas del consumo a la inversión". Sin embargo, el autor relativiza este papel protagonista del Estado –válido para el período 1880-1905– en los años 1907-1914, pues entonces procedió a la privatización de los sectores considerados hasta entonces básicos (ferrocarril, siderurgia, minería). Aun así, no es menos cierto que reorientó su actividad hacia nuevos sectores industriales y financieros (Banca, industria petroquímica, eléctrica y electromecánica)[4].

Pero el Estado zarista, para acometer la misión de superar el desfase histórico, jalonado por el capitalismo financiero europeo y las propias necesidades derivadas de una política de potencia

3 Trotsky, León (2005) *1905. Resultados y perspectivas*, Madrid: Fundación Federico Engels, t. 1, pp. 23-26.

4 Gerschenkron, Alexander (1973) *Atraso económico e industrialización*, Barcelona: Ariel, pp. 25-41.

europea y de consolidación política interna frente a las fuerzas disolventes del liberalismo y el socialismo, se sumó a lo que para el Estado autocrático en particular venía a ser el vertiginoso ritmo de la segunda revolución tecnológica. Trotsky parece aludir a ello cuando, de forma poco explícita, habla del desarrollo capitalista "a la americana" en el sudeste ruso; ahora bien, en general, escamotea abordar la profundidad y extensión de este desarrollo capitalista singular en términos de *totalidad*. Cabe sospechar qué motivos políticos le impedían hacerlo, porque ello habría relativizado sus posiciones acerca de la debilidad de la burguesía rusa al polemizar con mencheviques y bolcheviques sobre la naturaleza de la revolución rusa.

La forma en que el Estado autocrático soldaba su naturaleza dual –o, mejor dicho, híbrida–, capitalista y semifeudal, entrañaba una mezcla tan contradictoria como explosiva, dado que, si se tienen en cuenta las exigencias de la época, semejante combinación tenía necesariamente que quedar expuesta a un desgaste infernal.

Entre 1906-1917 quedó patente que tal estado de cosas sólo podía mantenerse colocando una camisa de fuerza al conjunto de la sociedad rusa, una política de opresión que hizo de la autocracia rusa el régimen abominable por excelencia en toda Europa.

Si la burguesía rusa, numéricamente débil, vio dificultada la posibilidad de erigirse como clase con aspiraciones independientes a lo largo de sus ambivalentes relaciones con el zarismo, el movimiento obrero y campesino fue sometido a un régimen aún más oprobioso. Sin posibilidad de crear siquiera sindicatos –para la defensa de sus reivindicaciones más elementales–, todo descontento era canalizado a través de círculos clandestinos sobre los que se abatía el zarismo con saña. Como señala Isaac Deutscher, al reprimir el sindicalismo el zarismo fomentó involuntariamente la organización política revolucionaria. Una vez rota toda línea de resistencia, la política represiva condujo a la consagración de un régimen de sobreexplotación. En suma, no puede hablarse de una sociedad civil en Rusia.

3.1.1. Eslavismo versus occidentalismo en el movimiento obrero y campesino ruso

La misma naturaleza dual de la sociedad y el Estado autocrático ruso se proyectaba en las filas de los partidos y movimientos revolucionarios. Durante las últimas décadas del siglo XIX la oposición al zarismo era esencialmente populista, eslavófila, y los elementos de la *intelligentsia* revolucionaria rusa se agrupaban en torno al movimiento *Zemliá i Volia* (Tierra y Libertad). La actividad de este movimiento oscilaba entre el terrorismo y una orientación *hacia las masas populares*, entendida como un despertar de conciencias y, a la vez, como un aprendizaje de la verdadera esencia del pueblo ruso. El fracaso de ambas orientaciones escindió al movimiento. Se creó un grupo netamente terrorista, *Naródnaia Volia* (La Voluntad del Pueblo), que a lo sumo contaba con 60 miembros y unos 300 simpatizantes[5]; el otro grupo, que rechazó el terrorismo como forma prioritaria de lucha política, propugnaba en su lugar, desde posiciones muy diversas, profundizar en la orientación populista. Conocido bajo el nombre de *Chorni Peredel* (Reparto Negro), este grupo experimentó a lo largo de su efímera existencia divergencias entre populistas de diverso matiz y aquellos otros que trataron de desplazar del campo a la ciudad la actividad fundamental del grupo. Con independencia de estas divergencias, el populismo ruso tomó como modelo para la futura sociedad socialista rusa a la primitiva comunidad agraria rusa –*obchina*– de carácter precapitalista. En efecto, contempló la posibilidad –también barajada por Marx[6]– de que Rusia no tuviera que reco-

5 Sobre el populismo ruso, la obra de Venturi, Franco (1981) *El populismo ruso*, Madrid: Alianza Editorial, 2 tomos, es ya un clásico. Véase también lo señalado por Serge, Victor (2019) en *Memorias de un revolucionario*, Madrid: Traficantes de sueños; Cliff, Tony (1975) *Lenin. Building the Party*, vol.1, pp. 20 y ss.; Yaroslavski, Eugen *Historia del Partido Bolchevique*, Buenos Aires: Ed. Paris, s.f., tomo 1, p. 80. Especialmente interesante resulta la versión de una populista: Tvardovskaia, Valentina Alexandrovno (1978), *El populismo ruso*, Madrid: Siglo XXI.

6 Herzen, Alexander (1979) en *El desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia*, Siglo XXI, pp. 211-217, nos suministra las ideas que se daban en Rusia sobre la comuna rural en 1850. En pp. 97-98 aporta una perspectiva histórica sobre la división entre *occidentalistas y eslavófilos*, una toma de posición que

rrer la fase de desarrollo capitalista de Occidente. En este sentido, los neopopulistas caían en una profunda confusión teórica. No querían aceptar que Rusia no podía seguir siendo un idilio agrario en medio de un mundo capitalista. Tampoco fueron capaces de plantearse las consecuencias que la industrialización de Rusia tendría para el conjunto de la sociedad agraria. Esta contradicción agravó la polémica entre occidentalistas y eslavófilos a finales de siglo[7].

La corriente *occidentalista*, incubada en el seno del movimiento populista, emergió con extrema debilidad organizativa y programática, porque, orientada hacia un proletariado numéricamente débil en términos relativos y de reciente extracción rural, pero altamente concentrado en las ciudades industriales, careció de implantación social y, en consecuencia, del necesario nexo social para adecuar y desarrollar los esquemas del marxismo occidental a la formación social rusa. Por ello, el marxismo apareció como algo artificial y ajeno a Rusia, a pesar de que Bakunin y Belinsky –los hegelianos de izquierda rusos de la década 1840-50– estaban familiarizados con el marxismo desde el comienzo. Es más, en la década 1860-70 Tkachov se había declarado partidario de la teoría marxista y tanto Bakunin como Lavrov aceptaron el análisis marxista del sistema capitalista. Aun así, los principales mentores del marxismo ruso, Plejánov, Axelrod y Vera Zasulich[8], se limita-

---

data de la revolución de Pedro el Grande. Por un lado, se encontraba la antigua Rusia de las comunas libres y señoriales; por otro lado, la nueva Rusia integrada por la nueva nobleza, los descendientes de los boyardos, todos los funcionarios civiles y el ejército. Los componentes de la nueva Rusia abandonaron con sorprendente rapidez y sin oposición todas las viejas tradiciones; de esta manera se despojaron de las pesadas y agobiantes normas del régimen moscovita. Para mayor abundamiento de datos puede consultarse la obra de Alexander Vucincy (University of Chicago Press,1976) *Social Thought in Tsarist Russia. The Quest for a General Science of Society*, 1861-1910.

7 Rosenthal, Arthur (1977) *Historia del bolchevismo*, México: Pasado y Presente, p. 22. Véase en especial lo anotado por Ernest Mandel en su artículo "Los debates sobre la naturaleza y las perspectivas de la revolución rusa", *Inprecor*, abril de 1982. Boris Souvarine en *Staline. Aperçu historique du bolchevisme* (Champ Libre 1977), traza bien los orígenes del POSDR; es especialmente valiosa la bibliografía de los años veinte que aparece en pp. 65-66.

8 Getzler, Israel (1980) en "Georgi V. Plejánov: el fracaso de la ortodoxia", artículo que recoge el tomo 5 de *Historia del marxismo*, pp. 112-113, Barcelona:

ron a afirmar que a Rusia le correspondía todavía atravesar una etapa democrático-burguesa antes de que la clase obrera pudiera emprender objetivos socialistas.

Esta interpretación mecánica de la ortodoxia marxista del SPD, según la cual la etapa de desarrollo capitalista se presentaba como una *ley de hierro* de la historia, tuvo que chocar, por fuerza, con un singular modelo de desarrollo capitalista desconocido en Occidente. Trotsky hace referencia a las discusiones sobre las peculiaridades de la formación social rusa en los siguientes términos:

> (…) el eje de todas las discusiones y agrupaciones de la intelectualidad rusa a lo largo del siglo XIX giraba en torno el problema de las peculiaridades del desarrollo ruso (…). La eslavofilia y el occidentalismo daban al problema soluciones opuestas, pero igualmente categóricas. Luego, vinieron a ocupar su puesto los narodniki y los marxistas. Los primeros, antes de desvirtuarse de un modo definitivo bajo el influjo del liberalismo burgués, habían sostenido tenazmente y durante mucho tiempo la tesis de que Rusia se guía por derroteros históricos propios y peculiares, al margen del capitalismo. A este respecto, los narodniki venían a continuar la tradición eslavófila, aunque limpiándola de los elementos monárquico-clerical-paneslavistas e infundiéndole un carácter revolucionario

---

Bruguera, sostiene que "el insulto y el uso tedioso, repetitivo y quisquilloso de referencias históricas y de textos autorizados, en vez de datos empíricos relevantes para una Rusia en el umbral de la revolución, son un triste indicio de la paralizante incapacidad de Plejánov de reconsiderar su teoría de la revolución burguesa a la luz tanto de la revolución de 1905, como de las contribuciones creativas a la teoría revolucionaria marxista rusa por parte de Trotsky, Lenin y, en menor medida, Mártov". Curiosamente, ya en 1898, el propio Lenin expuso su opinión al respecto cuando afirmaba que "no consideramos, en absoluto, la teoría de Marx como algo perfecto e intangible; estamos convencidos, por el contrario, de que no ha hecho sino colocar la piedra angular de la ciencia que los socialistas deben desarrollar en todas direcciones, si es que no quieren quedar rezagados en la vida. Creemos que para los socialistas rusos es particularmente necesario desarrollar independientemente la teoría de Marx, porque esta teoría proporciona sólo los principios orientadores generales, que se aplican en particular a Inglaterra de un modo distinto que a Francia; a Francia de un modo distinto que a Alemania; a Alemania de un modo distinto que a Rusia" (*Obras Completas*, vol. 4, pp. 215-216).

> y democrático. En el fondo, las concepciones de la eslavofilia, con toda su fantasmagoría reaccionaria, lo mismo que las ideas de los narodniki, con todas sus ilusiones democráticas, no eran, ni mucho menos, puras especulaciones, sino que se apoyaban en ciertas peculiaridades indiscutibles y además profundas, aunque superficialmente interpretadas y mal ponderadas de la historia de Rusia. En su lucha contra los narodniki, el marxismo ruso, demostrando que las leyes que presidían la evolución histórica eran las mismas en todos los países, incurría con harta frecuencia en lugares comunes dogmáticos, propendiendo, como dice el refrán, a derramar al niño con el agua de la bañera[9].

Como se desprende de esta caracterización sumaria, ambas corrientes, *eslavófila* y *occidentalista*, se desenvolvieron bajo un clima de duras recriminaciones mutuas y desde un marco organizativo, social y político plenamente diferenciado. De forma contradictoria, expresaban la naturaleza tardía del capitalismo ruso y, paradójicamente, la existencia de un vigoroso movimiento socialista que, según palabras de Plejánov, hacían que el capitalismo y el dominio burgués estuvieran "destinados a marchitarse antes de haber florecido del todo". Pero, Plejánov, a diferencia de Trotsky, resolvía la contradicción de forma doctrinaria cuando señalaba:

> Unir dos fenómenos esencialmente distintos, como el derrocamiento del absolutismo y la revolución socialista, emprender la lucha revolucionaria en base a la suposición de que estos dos fenómenos coincidirían en la historia de nuestra patria, significa retrasar la llegada de uno y de otro[10].

En el umbral del nuevo siglo, tras el fracaso de la acción terrorista y el desmantelamiento de las organizaciones populistas ya citadas por la oleada represiva que se desató en los años 1890-1900, los

9 Trotsky, León, *Historia de la Revolución rusa*, *op.cit.*, vol. 1, p. 525. Véase también lo señalado por Wright Mills, Charles (1969) en *The Marxists*, Londres: Pelican, pp. 136 y ss.

10 Getzler, Israel, *op. cit.*, p. 91.

neopopulistas volvieron a adoptar como línea política "el movimiento hacia las masas" desde supuestos menos teñidos de romanticismo decimonónico y, a partir de 1901, contaron con el Partido Socialista-Revolucionario (S-R o *eserista*) como mediación organizativa. El nuevo partido, dirigido por la *intelligentsia* y orientado hacia el inmenso *hinterland* rural ruso, pero también hacia el *pueblo* en sentido genérico, abogaba de manera difusa por una república popular, federal y socialista. En el programa elaborado en 1903, los socialistas-revolucionarios planteaban que el proletariado y el campesinado ruso sólo podían ver satisfechas sus aspiraciones al quedar abolida la propiedad privada, instaurarse un gobierno popular libremente elegido y al procederse a la nacionalización de la tierra y la gran industria. Sin embargo, dentro del Partido Socialista-Revolucionario permanecieron cuadros dirigentes vinculados a las viejas tradiciones terroristas, todavía demasiado reacios a desprenderse de las mismas; éstos y otros miembros partidarios de la acción directa fueron también los defensores de la aplicación global del programa, razón por la que recibieron el apelativo de *maximalistas*. Esta fracción se separó del partido en 1906. Si esta fracción radical permaneció en el partido *eserista* durante unos años sin aceptar la disciplina, no ocurrió lo mismo con las otras dos fracciones de signo opuesto que se pronunciaron contrarias a no participar en las instituciones legales del zarismo. La primera escisión, la que animaba Kerenski –el grupo *trudovik*–, abandonó el partido en 1906 al optar por participar en las elecciones a la Primera Duma. La segunda escisión, de menor entidad, fue la de quienes se constituyeron en Partido Socialista Populista. Esta nueva formación política defendía la mediana y pequeña propiedad agraria, pues, con razón, entendía que las medidas de reforma agraria de Stolypin habían logrado segar la hierba bajo los pies del populismo al consolidar la pequeña y mediana explotación capitalista en el campo. Las medidas de Stolypin iban orientadas a eliminar las tierras comunales –*mir*– a fin de dividir al campesinado ruso y crear un dique de contención frente a lo que los gobernantes rusos siempre temieron: un movimiento similar al *Gran Pánico* de 1789 de la Revolución francesa.

No obstante, el grueso de los efectivos del Partido Socialista-Revolucionario –desde posiciones ciertamente heterogéneas y confusas– siguió teniendo como común denominador los análisis de la sociedad rusa que hicieran Mijailovski, Vorontsov y Nikolai-on (Nikolai Danielson). Las ideas de Mijailovski venían a teorizar la futura revitalización de las comunidades agrarias rusas, así como la posibilidad de llegar a una especie de socialismo agrario sin necesidad de imitar al capitalismo occidental. No se trataba sino de una reelaboración de las ideas de Herzen. Según este pensador, el fin de la Europa burguesa estaba próximo tras una guerra devastadora que instauraría el comunismo en el mundo. La señal partiría de Rusia donde el campesinado indicaría el camino a seguir a toda la humanidad. Y si Rusia gozaba de ese privilegio no era sino porque las comunidades agrarias rusas abocaban de forma natural en el socialismo y, por naturaleza, sostenían los eslavófilos, constituían el embrión de la futura organización federativa y cooperativa. En consecuencia, para los populistas de todas las variantes, desde los partidarios de la acción directa como Bakunin hasta los propagandistas evolucionistas como Chernyshevski y Lavrov, el denominado desarrollo burgués no es sinónimo de progreso, sino de regresión; por ello, la atrasada economía rusa venía a ser un ideal a perfeccionar. De ese modo, se lograría que se expandiera una civilización única que además evitaría los males del capitalismo en el supuesto de que las tierras pasaran a engrosar las comunas y las fábricas pertenecieran a los obreros. Los sucesores de este populismo exacerbadamente eslavófilo repudiaron el paneslavismo mesiánico, utópico y místico de Herzen al tiempo que conservaron el programa condensado en la fórmula *Tierra y Libertad*, y la necesaria mediación *hacia las masas*. Numerosos populistas siguieron también el ejemplo de Herzen yendo al exilio con el fin de combatir al zarismo desde occidente.

En cambio, ya en el umbral del nuevo siglo XX, Nikolai-on no abrigaba el mismo optimismo. Desde supuestos menos nostálgicos, en su obra *Historia del desarrollo económico de Rusia desde la emancipación de los siervos* (1893), concluía que el desarrollo capitalista estaba minando con rapidez la misma existencia de las comunidades agrarias, si bien, a renglón seguido, suministraba

una nota tranquilizadora al precisar que la debilidad del mercado interior y la inferioridad del capitalismo ruso en el plano mundial marcaban un límite al desarrollo capitalista autóctono de Rusia, lo que equivalía afirmar que quedaba descartada la generalización de relaciones capitalistas en el campo ruso.

Sin embargo, lo cierto fue que Rusia conoció un importante desarrollo económico a finales del siglo XIX. El Estado se convirtió en el principal cliente de la industria con el fin de atender a sus necesidades militares; las redes ferroviarias dieron un decisivo impulso a la industria metalúrgica; el desarrollo de los medios de transporte estimuló toda la producción y el comercio de un inmenso país, hasta entonces carente de un mercado nacional; al mismo tiempo, los trabajadores y trabajadoras se hacinaban en los centros industriales, y las masas campesinas, endeudadas, vivían en una miseria indescriptible.

3.1.2. Hacia una síntesis. El Partido Socialdemócrata ruso (POSDR)

El Partido Socialdemócrata ruso (POSDR), fundado en 1898 a imagen del SPD, encarnaba el socialismo *occidentalista* y, con arreglo a las consideraciones ya reseñadas, hasta 1902 se vio reducido a pequeños círculos de discusión; en realidad se trataba de círculos heterogéneos y dispersos que en muchas ocasiones se nutrían de miembros con concepciones netamente populistas. En general, los miembros de estos círculos no eran de extracción obrera. Ello no impidió que lograran incidir en los movimientos huelguísticos, aunque todavía no estuvieran capacitados para dirigirlos. Los cuadros dirigentes provenían de la *intelligentsia* –familiarizada con el marxismo occidental– del Bund judío y cuadros obreros procedentes en su mayoría de la zona báltica y polaca. La composición social del POSDR ponía de manifiesto el bajo nivel de conciencia política del obrero ruso, lo que, unido a la falta de libertades, no hacía sino reforzar el carácter hermético y minoritario de dichos círculos. Semejante aislamiento social se manifestaba contradictoriamente. Por un lado, los socialdemócratas rusos emprendían

intentos desesperados para salir de cierta marginación, pero estas tentativas se saldaban la mayoría de las veces con el desmantelamiento organizativo, la deportación y el exilio. La falta de continuidad organizativa y el localismo fueron las constantes del movimiento obrero ruso hasta 1905.

Por otro lado, la falta de centralización y cohesión organizativa reforzó tendencias de signo contrario, de repliegue organizativo, que abrieron paso a concepciones como las formuladas por Lenin en sus conocidos opúsculos titulados *¿Quiénes son los Amigos del Pueblo?* (1894) y *¿Qué hacer?* (1902).

A tenor de estas consideraciones no resulta difícil entender que el POSDR hiciera grandes esfuerzos por adecuar el marxismo a la realidad social rusa. Fue un proceso tortuoso que fue configurándose entre 1898 y 1903 en medio de encarnizadas polémicas. Desde luego, estas fueron más vehementes y amargas aún que aquellas que simultáneamente afectaban a los socialistas-revolucionarios. Naturalmente, estas polémicas eran también atribuibles a la forma en que la primera generación de marxistas rusos acentuó su dogmatismo *objetivista* como manera de distanciarse del *subjetivismo* populista. En este sentido, lo que más destaca es la forma en que los primeros marxistas rusos sobrevaloraron el peso del capitalismo y del liberalismo en Rusia, acaso con la misma intensidad con que menospreciaban el lastre de las peculiaridades del atraso. Un reflejo del menosprecio del atraso fue la orientación anticampesina o, en el mejor de los casos, la escasa atención que dispensaron a la cuestión agraria.

A la segunda generación del marxismo ruso –dentro de la cual Lenin y Trotsky ocuparon un lugar destacado– le correspondió la difícil tarea de superar una situación ideológicamente bloqueada por las extrapolaciones analíticas. En definitiva, fue el acicate para dar primacía al factor subjetivo –la voluntad de hacer la revolución– y para la elaboración de una teoría del desarrollo en los países atrasados, algo que el marxismo clásico no había desarrollado suficientemente. Tales limitaciones se tradujeron también en una paralización política del POSDR en momentos críticos: el movimiento huelguístico, desencadenado a mediados de la década

de los años 90, alcanzó una intensidad desconocida entre 1901 y 1902.

La primera crisis del POSDR estalló entre 1898-1900 al enfrentarse las posturas sostenidas por los *marxistas legales* con las del resto del partido. Los marxistas legales proponían la disolución de la organización socialdemócrata en Rusia porque, a su entender, carecía de sentido una organización obrera independiente en un país donde el principal cometido de los socialdemócratas era impulsar el desarrollo capitalista y apoyar a las fuerzas liberales en su lucha contra la autocracia. En síntesis, su lema era "la lucha política, para la burguesía liberal; la económica, para los obreros". En consecuencia, el POSDR debía transformarse en una organización parasindical con la doble finalidad de mejorar la condición obrera y velar para que la burguesía no acometiera medidas anti obreras. Tales concepciones fueron sustentadas por marxistas legales como Tugan-Baranowski, Struve y Berdiáyev; venían a ser el equivalente ruso al *socialismo de cátedra* y, en menor medida, al revisionismo alemán. Las concomitancias con el revisionismo alemán radican en el hecho de que, a pesar del atraso de Rusia, la convergencia con el liberalismo en la lucha contra el zarismo reportaría en el futuro una línea de evolución pacífica y gradual del capitalismo al socialismo, muy similar a la que Bernstein propugnaba para Europa occidental. La separación de los *marxistas-legales* del POSDR, lejos de reducir las tensiones internas no hizo sino ahondarlas. La controversia fue en realidad recogida, desarrollada y ampliada por los *economistas*. Estos ya no proponían la disolución del POSDR. Abogaban por la subordinación de los objetivos políticos a los económicos, lo que no sólo reflejaba una acomodación al nivel de conciencia y aspiraciones inmediatas de la clase obrera –aparte de suponer una sublimación de la espontaneidad–, sino también una declaración expresa de la imposibilidad de plantear objetivos socialistas en un contexto histórico o etapa de democracia burguesa. Así se expresaba *El Pensamiento Obrero*, órgano de los *economistas*:

> La lucha económica, la lucha con los capitalistas en el terreno de los intereses esenciales, cotidianos, y la huelga como medio

> de lucha: he aquí la divisa del movimiento obrero. Esta lucha es comprensible para todos, templa las fuerzas y establece la cohesión entre los obreros. Cada paso adelante que se da en el curso de la misma significa el mejoramiento de la existencia, es un medio que conduce a las victorias ulteriores. Es mejor que los obreros luchen sabiendo que combaten no para las generaciones venideras, sino para sí y para sus hijos[11].

Poco antes de la gran conmoción de 1905, revolución que trastocaría profundamente las perspectivas, el POSDR celebró su II Congreso en 1903, en Londres y Bruselas, que bien puede considerarse como el primero. Lo ocurrido en este histórico Congreso está ya ampliamente estudiado. Por ello sólo nos interesa destacar algunos aspectos relevantes del mismo para el tema que nos ocupa.

En la imposible reconciliación de dos posiciones políticas encontradas –la de mencheviques y bolcheviques[12]– volvía a reproducirse, bajo supuestos diferentes, la tradicional contraposición entre *occidentalistas* y *eslavófilos*. Los bolcheviques fueron los que con mayor rapidez pasaron de una inicial línea de defensa del *occidentalismo* frente a la desorbitada fuerza del populismo a una verdadera ofensiva consistente en arrebatar aspectos del programa populista con el fin de elaborar una estrategia revolucionaria adaptada a las condiciones rusas. Tal fue el caso de la cuestión agraria, la estructura de *revolucionarios profesionales*, la adecuación de una teoría a una praxis revolucionaria, la concepción de una insurrección armada de masas, la formulación del principio de autodeterminación nacional, aspectos que, como ya hemos señalado, el marxismo de corte occidental trasplantado a Rusia había descuidado.

11 Yaroslavski, Eugen, *op. cit.*, p. 67.

12 Broué, Pierre, en *op. cit.*, pp. 51 y ss., explica cómo la fracción minoritaria, los bolcheviques, consiguió la mayoría al votarse los Estatutos en el II Congreso del POSDR. Lo que la mayoría calificó como "estado de excepción" fue la situación creada cuando el Bund judío y los economistas abandonaron una segunda votación que confirió a Lenin y sus partidarios una mayoría en los órganos centrales del POSDR a pesar de que de hecho constituían una minoría.

La innovación más importante en el programa del POSDR fue la utilización expresa del término *dictadura del proletariado*[13]. Era la primera vez que semejante expresión figuraba en un programa socialista. Pero, por entonces, tal aspiración política no tuvo mayor trascendencia por cuanto, hasta 1917, tanto mencheviques como bolcheviques, siguieron apostando, desde planteamientos diferenciados, a favor de una democracia burguesa. A pesar de ello, los mencheviques se distanciaron ya en este Congreso de los objetivos que consideraron demasiado revolucionarios. En su lugar, propugnaron una política de alianzas con la burguesía democrática –orientación por la que se definieron claramente a partir de 1907–, el abandono del término *dictadura del proletariado* y, en especial, el rechazo de la estructura organizativa de *revolucionarios profesionales*. Con relación a este último aspecto, los mencheviques se mostraron partidarios de seguir el modelo organizativo del SPD alemán y de la II Internacional. Equivalía a crear un partido de masas amplio, orientado hacia la conquista de la mayoría de la sociedad utilizando los cauces parlamentarios. Sin embargo, sería inexacto pensar que los bolcheviques mantuvieron una concepción diametralmente opuesta a ésta, ya que ningún marxista ruso mínimamente serio podía concebir un partido obrero formado exclusivamente por una pequeña élite de revolucionarios.

Lenin aducía en defensa de sus postulados organizativos más restrictivos que, dadas las condiciones imperantes en la Rusia zarista, la pretensión menchevique de crear un partido de masas

13 La expresión *dictadura del proletariado* aparece por primera vez en una carta de Marx a Joseph Weydemeyer fechada en 1852 cuando dice que "la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado". El concepto recibe un tratamiento más explícito y terminante en la *Crítica al Programa de Gotha*, de 1875, formulado como plataforma para la unión de los dos partidos socialistas alemanes. Allí dice Marx que "entre la sociedad capitalista y la sociedad socialista se sitúa el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A esta transformación corresponde también un período político de transición durante el cual el Estado no puede ser más que la dictadura revolucionaria del proletariado". Sin embargo, el esquema institucional de esta dictadura y el monopolio de la dictadura por la organización política del partido no fueron ni insinuados ni siquiera presentidos por Marx. Para mayor abundamiento, Jean Y. Calvez (2006) *La pensée de Karl Marx*, pp. 493 y ss.

similar al SPD equivalía en la práctica a liquidar toda organización socialdemócrata en Rusia. Pero en un escrito de septiembre de 1907, Lenin no parecía descartar el esquema organizativo menchevique, con tal de que se dieran otras circunstancias políticas. En el aludido escrito dice explícitamente que:

> El error fundamental de los que hoy polemizan contra *¿Qué hacer?,* estriba en la absoluta disociación que establecen entre este trabajo y un determinado contexto, superado hace tiempo, del desarrollo de nuestro partido (…) *¿Qué hacer?* no es sino un resumen de la táctica y de la política de organización del grupo de *Iskra* entre 1901 y 1902 (…). El revolucionario profesional ha cumplido su misión en la historia del socialismo proletario ruso[14].

3.2. El Partido Socialdemócrata ruso y la Revolución de 1905

Aun cuando el programa aprobado por el II Congreso del POSDR permaneciera casi inalterado hasta 1919, la revolución de 1905 expuso al partido a su primera prueba de fuego. En efecto, como ya se señaló anteriormente, la revolución rusa provocó una profunda conmoción en el seno de la II Internacional. Habría que añadir que también sorprendió a la propia socialdemocracia rusa y, en particular, a los bolcheviques. La concatenación de los hechos ponía en entredicho la supuesta incapacidad de autoorganización de las masas que tanto Lenin como sus partidarios adjudicaban a aquellos que no estuvieran encuadrados en algún tipo de organización. Es más, a juicio de Lenin, los consejos obreros –soviets– surgidos de la revolución representaban algo así como un "comité central de

14 Liebman, Marcel, *op. cit.*, p. 31, observa que las ideas organizativas de Lenin antes de 1905, según palabras del propio dirigente bolchevique, estaban mediatizadas por la polémica con los *economistas*. Las ideas centralistas de Lenin tenían entonces una connotación exagerada, expresada así con el fin de combatir malformaciones crónicas en los hábitos organizativos de la socialdemocracia rusa.

la confusión", a pesar de que inmediatamente después, en marzo de 1906, modificara esta valoración. En 1906 teorizo una especie de *modus vivendi* entre partido y consejo obrero. Sin embargo, todavía tras 1905, Lenin extrajo las siguientes conclusiones:

> La peculiaridad de la revolución rusa consiste precisamente en que, por su contenido social, fue una revolución democrático-burguesa, mientras que, por sus medios de lucha, fue una revolución proletaria. Fue democrático-burguesa porque el objetivo inmediato que se proponía, y que podía alcanzar directamente con sus propias fuerzas, era la república democrática, la jornada de 8 horas y la confiscación de los inmensos latifundios de la nobleza, medidas todas ellas que la revolución burguesa de Francia llevó casi plenamente a cabo en 1792 y 1793. La revolución rusa fue a la vez una revolución proletaria, no sólo por ser el proletariado su fuerza dirigente, sino también porque el medio de lucha específicamente proletario, la huelga justamente, fue el medio principal para poner en movimiento a las masas y el fenómeno más característico del sinuoso desarrollo de los acontecimientos decisivos[15].

No obstante, y a pesar de estas conclusiones de Lenin, lo cierto fue que la aparición y rápida extensión de los soviets o consejos obreros como órganos de poder paralelos en Petrogrado, Moscú, Odessa y otras ciudades industriales, constituyó el hecho más sobresaliente, así como una forma organizativa que el movimiento socialista no había contemplado como posible hasta entonces.

Aun así, los consejos obreros nacidos de la revolución rusa de 1905 no fueron específicamente rusos, sino una forma organizativa que la clase obrera adoptaría en situaciones revolucionarias similares.

Igualmente, resulta probado que tanto los soviets de 1905 como los de 1917 surgieron y se desarrollaron durante bastante tiempo al margen de la hegemonía bolchevique. Es más, en un

15 Rosenberg, Arthur, *op. cit.*, p. 86.

principio, los soviets ni siquiera se planteaban como objetivo la conquista del poder político. Como observa Andreu Nin:

> Las funciones y el papel de los soviets se modifican según las circunstancias del momento. En un principio (…) no son más que simples comités de huelga; más tarde, se convierten en organismos representativos de toda la clase obrera; luego, en órganos de la insurrección y en embrión del poder; finalmente, con la victoria de la revolución proletaria, la forma soviética es la que toma precisamente la dictadura del proletariado[16].

La teoría del poder soviético apenas había sido esbozada en 1905, circunstancia que en parte explica el escaso alcance que la experiencia de los soviets de 1905 tuvo en Europa occidental. Pues así como el movimiento de masas de Rusia, en especial la huelga general, tuvo una gran resonancia en Europa, en cambio, la experiencia soviética pasó prácticamente desapercibida, incluso para representantes tan avezados como Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. Sólo el holandés Anton Pannekoek captó su trascendencia, tanto entonces como en el futuro.

Autores como Oscar Anweiler, al abordar el surgimiento de los soviets en Rusia, no pueden dejar de establecer un paralelismo histórico entre los consejos obreros rusos y organismos similares surgidos en otras situaciones revolucionarias. Hacen referencia a los consejos de soldados –"agitator"– de la Revolución inglesa, las comunas parisinas de la Revolución francesa y, naturalmente, la propia Comuna de París de 1871. Pero, hasta principios del siglo XX, lo ocurrido en París en 1871 no dejó de considerarse por los socialistas sino como una experiencia históricamente irrepetible. Fue precisamente León Trotsky, uno de los principales protagonistas de la experiencia soviética de 1905 y quien hasta 1917, como miembro del grupo de los mezhrayontsi[17], se sentía más afín

16 Nin, Andreu (1979) *La revolución rusa*, Barcelona: Fontamara, p. 52.

17 Yaroslavski, Eugen, *op. cit.*, p. 118, señala que otros miembros de este grupo eran Manuilski, Ioffe, Lunacharski, Yurenev y otros que desempeñarían un lugar preeminente en el futuro. Marie, Jean J. (1972) *El Trotskismo*, Barcelona: Península, pp. 18-19.

con los bolcheviques en el plano político y con los mencheviques en el plano organizativo, quien estableció un paralelismo entre la Comuna de París y la Revolución rusa de 1905 durante el tiempo que pasó en la cárcel a raíz de su condición de dirigente del Soviet de Petrogrado[18].

La posición de Trotsky respecto a los órganos soviéticos no la compartieron los bolcheviques. Estos mantuvieron una actitud expectante y equívoca. Así pues, mientras los mencheviques y socialistas-revolucionarios no vacilaron en prestar su ayuda y participación activa en los diversos órganos soviéticos –desde supuestos evidentemente diferenciados–, los bolcheviques, quizás con la excepción de Lenin, se mantuvieron distantes hasta que, al final, decidieron participar. La decisión fue adoptada con cierta renuencia, pues los bolcheviques pensaban que, de alguna manera, los soviets amenazaban la hegemonía política del partido en una situación revolucionaria. De forma significativa, P. Mendeléyev, en nombre de un grupo de agitadores y propagandistas bolcheviques, exigía que se adoptara una triple táctica con relación a los soviets:

- Los bolcheviques debían intentar autolimitar el consejo obrero a tareas sindicales.
- Si fracasaran, debían entregar al consejo obrero una declaración de principios que fijara su subordinación a la dirección del POSDR.
- Una vez conseguido esto, el consejo obrero debía disolverse en cuanto las circunstancias lo permitieran, puesto que, de lo contrario, su existencia como organización obrera junto al POSDR no sólo era innecesaria, sino nociva[19].

Fue el propio Trotsky, como señala Isaac Deutscher, quien se vio obligado a convencer a la dirección bolchevique de que "ningún

18 Anweiler, Oskar (1975) *Los soviets en Rusia*, Zero Zyz, pp. 79-84. El autor recoge el debate que se desarrolló en el periódico bolchevique *Novaja Zijn* en el otoño de 1905 sobre esta cuestión.

19 Knei-Paz, Baruch (1978) *The Social and Political Thought of Leon Trotsky*, Oxford U.P., p.210.

partido podía aspirar a la jefatura exclusiva. El soviet debía ser el organismo representativo amplio que incluyese todos los matices de opinión de la clase obrera, pues sólo así podría constituir una dirección unificada en la huelga general y en la situación revolucionaria que pudiera desarrollarse a partir de ésta". En efecto, en los escritos de Trotsky del período 1905-1907, recopilados bajo el título *V Zashchitu Partii*, aparece de forma recurrente la idea de que el partido es la organización de los trabajadores durante el período prerrevolucionario, pero, en una situación revolucionaria, deja de actuar como tal al transformarse en un *apéndice* de los trabajadores y del Soviet.

Habría que añadir que mientras los mencheviques concebían el soviet como plataforma para crear un partido y sindicato de masas a medio plazo y como organismo encargado de presionar a favor de objetivos radical-burgueses a corto plazo, los bolcheviques lo consideraban únicamente como un órgano de lucha para la consecución de objetivos inmediatos y subordinado a los criterios del partido. Para los socialistas-revolucionarios, el soviet vino a ser en la ciudad lo que la comuna agraria –*mir*– era en el campo. Todos los partidos obreros se vieron obligados a decantarse a favor de los soviets, más por las oportunidades que les brindaban que por convicción. Baste señalar que el Soviet de Diputados Obreros de Petrogrado agrupaba a unos 250 000 obreros.

Los soviets sólo llegaron a ocupar un lugar de primer orden en la nueva teoría del Estado obrero que los bolcheviques desarrollaron a partir de abril de 1917, incluso bajo el supuesto de que los soviets no se encontraran bajo la hegemonía política del partido. Fue a partir de abril de 1917 cuando Lenin maduró y puso en circulación la expresión de *todo el poder a los soviets*. Sin embargo, este cambio había exigido que Lenin se desprendiera previamente de la noción de que en Rusia sólo cabía emprender una revolución burguesa, incluso en el sentido de que ésta fuera realizada por el proletariado y el campesinado. Mas adelante tendremos ocasión de comprobar que las *Tesis de abril* de 1917 de Lenin fueron las que definitivamente hicieron que se decantara por la naturaleza socialista de la revolución rusa, lo que también contribuyó a borrar sus habituales divergencias con Trotsky.

El cambio operado en las ideas de Lenin vino determinado en buena medida por el propio curso de los acontecimientos, puesto que la experiencia que le proporcionó el período que se extiende de febrero a octubre de 1917 zanjó el triple desacuerdo entre Lenin y Trotsky. Sumariamente, el desacuerdo concernía tanto a la caracterización de la naturaleza de la futura revolución rusa, como a la función y naturaleza del partido y a la relación que guardaban los acontecimientos rusos con el desarrollo de la revolución rusa en el plano internacional. En *La revolución de octubre* Trotsky contrapone la perspectiva de Lenin antes de abril de 1917 a la suya en los siguientes términos:

> La perspectiva de Lenin puede exponerse brevemente del modo siguiente: la retrasada burguesía de Rusia es incapaz de consumar su propia revolución. La victoria completa de la revolución mediante la *dictadura democrática del proletariado y el campesinado* depurará al país de residuos medievales, imprimirá al desarrollo del capitalismo ruso el ritmo del capitalismo americano, reforzará al proletariado de la ciudad y del campo y abrirá amplias posibilidades a la lucha por el socialismo. Por otra parte, la victoria de la revolución rusa dará un poderoso impulso a la revolución socialista de Occidente, la cual no sólo protegerá a Rusia de los peligros de restauración, sino que también permitirá al proletariado ruso lograr la conquista del poder en un plazo histórico relativamente breve.

En cambio, Trotsky resume sus concepciones así:

> La perspectiva de la revolución permanente puede resumirse como sigue: la victoria completa de la revolución democrática en Rusia sólo puede concebirse bajo la forma de una dictadura del proletariado apoyada por el campesinado. La dictadura del proletariado, que inevitablemente pondrá a la orden del día no sólo tareas democráticas, sino también tareas socialistas, dará al mismo tiempo un poderoso impulso a la revolución socialista internacional. Sólo la victoria del proletariado de Occidente garantizará a Rusia contra una restauración

> burguesa y le proporcionará la posibilidad de llevar a cabo la edificación socialista[20].

Con arreglo a lo señalado, no debe inferirse que la coincidencia entre Lenin y Trotsky fuera absoluta a partir de abril de 1917. Las diferencias a partir de entonces no tuvieron el mismo alcance político, fueron más bien el resultado de puntos de vista en ocasiones divergentes que la propia revolución rusa fue creando. Una de las razones que explican semejante persistencia fue que, así como Trotsky se identificó con la nueva concepción leninista del partido, desde el momento en que Lenin reconoció la inevitabilidad de una liberalización del partido al tiempo que confirió importancia a la espontaneidad revolucionaria de las masas, nunca reconoció que su nueva concepción estratégica equivaliera a una transformación cualitativa de su teoría. Es decir, Lenin nunca llegó a comprender teóricamente lo que era la *revolución permanente*, aunque, a fin de cuentas, llegara a las mismas conclusiones.

Aun cuando las *Tesis de Abril* sorprendieran a los propios dirigentes del partido –por cuanto suscitaban opiniones adversas– Lenin interpretaba su viraje político en consonancia con sus concepciones anteriores. Afirmaba que, en conjunto, sus ideas y las de los bolcheviques habían sido confirmadas por la historia, a pesar de que "concretamente, las cosas han ocurrido de manera distinta de lo que podíamos (…) prever, de manera más original, más peculiar, más variada". En efecto, de nuevo, según sus propias palabras, describía la revolución en curso como "un entrelazamiento extremadamente original, nuevo, sin precedentes, de la revolución burguesa y de la revolución proletaria". O, más expresamente:

> Los acontecimientos han entrelazado la dictadura del proletariado y de los campesinos con la dictadura de la burguesía. La etapa siguiente es la dictadura del proletariado, pero el proletariado no está todavía suficientemente organizado ni esclarecido: es necesario abrirle los ojos. Es preciso organizar

20 Trotsky, León (1977) *La revolución de Octubre*, Barcelona: Fontamara, p. 240.

> en todo el país tales Soviets de diputados obreros y otros: lo exige la vida. No hay otro camino. ¡Esto es la Comuna de París! El Soviet de diputados obreros no es una organización de tipo sindical como lo quiere la burguesía. El pueblo lo ve de otro modo y mucho más acertadamente; lo ve como un órgano de poder, el pueblo ve que el camino para salir de la guerra es el triunfo de los Soviets de diputados obreros. Es este el tipo de Estado con el que es posible avanzar hacia el socialismo. Que un grupo tome el poder no significa gran cosa. La revolución rusa ha alcanzado ya una fase más alta: no puede haber otro poder que el de los Soviets, y eso es lo que teme la burguesía. Mientras los Soviets no tomen el poder, no lo tomaremos nosotros. Pero es necesario que una fuerza viva impulse a los Soviets a tomar el poder. De otro modo, no nos libraremos de la guerra que libran los capitalistas engañando al pueblo. Todos los países están al borde de la ruina; el pueblo debe darse cuenta de esto: no hay más salida que la revolución socialista. El gobierno debe ser derribado, pero no todos lo comprenden acertadamente. Mientras el gobierno provisional tiene el apoyo del soviet de diputados obreros, no se puede "sencillamente" derribarlo. Sólo se puede y se debe derribar conquistando la mayoría dentro de los Soviets. O marchar hacia adelante, hacia el poder exclusivo de los Soviets de diputados obreros y soldados, o hacia atrás, hacia la guerra imperialista; no hay otra alternativa. Kautsky negaba la posibilidad de una revolución durante la guerra. Los acontecimientos le han demostrado que estaba equivocado[21].

A tenor de estas afirmaciones de 1917, tan diferentes a las formuladas por él en 1905, es necesario descartar la visión distorsionada ofrecida por la historiografía estalinista según la cual los bolcheviques aparecieron ya en 1905 como los creadores y dirigentes de los

21 Lenin, Vladimir I., *Obras Completas*, Madrid: Akal, t. 25, pp. 70-71.

soviets[22]. El camino que recorrieron los bolcheviques hasta incorporar los soviets a su teoría del Estado fue mucho más complejo y accidentado. Tanto es así, que presumiblemente ni siquiera Trotsky tuviera antes de 1917 una visión plenamente perfilada sobre la forma de ensamblar la democracia soviética con la democracia parlamentaria.

Hemos insistido en las concepciones originarias que los diversos partidos obreros rusos sustentaron respecto a lo que a partir de 1917 se denominaría *democracia revolucionaria* o democracia obrera basada en los consejos obreros. Y lo hemos hecho porque así se comprende mejor el origen de las ideas *antiestatalistas* que Lenin formuló de forma acabada en *El Estado y la revolución*, de agosto-septiembre de 1917. A juicio de Edward H. Carr se trataba de una síntesis de anarquismo y jacobinismo, pues confiadamente señalaba que la dictadura del proletariado "es algo que no es propiamente un Estado; es ya un Estado en transición, no un Estado en sentido propio", ya que "comenzará a extinguirse inmediatamente después de su victoria". En sustancia, Lenin no hizo sino sacar las conclusiones que se derivaban de la consigna de *todo el poder a los Soviets*. En *Historia del Soviet*, escrito en 1905, Trotsky ya había esbozado una línea de pensamiento muy similar, como se desprende de las siguientes afirmaciones:

> La Rusia urbana constituía una base demasiado estrecha para la lucha. El Soviet trató de librar la lucha a escala nacional, pero nunca fue más que una institución petersburguesa (…) no cabe duda de que en el próximo estallido revolucionario tales Consejos de Obreros se formarán en todo el país. Un Soviet de Obreros de toda Rusia, organizado por un Congreso nacional (…) asumirá la dirección (…). La historia no se repite. El nuevo Soviet no tendrá que volver a conocer la experiencia de aquellos cincuenta días. Pero de ellos podrá deducir todo su programa de acción (…): cooperación revolucionaria con

22 Anweiler, Oskar, en *op.cit.* p.83, no sólo sostiene este mismo criterio, sino que va más lejos todavía al afirmar que "el principio consejista no tenía ningún lugar originariamente dentro del bolchevismo".

> el ejército, el campesinado y los sectores plebeyos de las clases medias; abolición del absolutismo; destrucción del aparato militar del absolutismo; disolución y reorganización parciales del ejército; abolición de la policía y del aparato burocrático; jornada de trabajo de ocho horas; entrega de armas al pueblo, sobre todo a los obreros; transformación de los Soviets en órganos de gobierno autónomo urbano revolucionario; formación de Soviets de campesinos para llevar a cabo la revolución agraria local; elecciones a la Asamblea Constituyente (…). Resulta más fácil formular un papel semejante que ponerlo en práctica. Pero si la revolución está destinada a vencer, el proletariado no puede dejar de asumir este papel. Realizará una acción revolucionaria como el mundo jamás ha presenciado[23].

Tendremos ocasión de ver cómo las líneas generales de la nueva teoría bolchevique del Estado quedaron perfiladas a lo largo de la Revolución rusa de 1917. Sin embargo, parece necesario señalar de antemano que la concepción de Lenin sobre el futuro régimen soviético trascendía lo estrictamente institucional. Según él, esta "democracia que *por primera vez* se convierte en democracia para los pobres... para la inmensa mayoría del pueblo", no debía sólo trastocar el sistema electoral ni tampoco quedarse en la mera conquista del poder por los soviets. La victoria de la revolución debía suponer una completa transformación de la vida pública, de forma que todo el pueblo adquiriera la ciudadanía real a través de su participación en el proceso decisorio y en la gestión administrativa. Dicho de otra forma: fundamentalmente debía producirse una progresiva desaparición de toda coerción política. Esto era lo que Lenin entendía por democracia consejista. En su escrito "Las tareas inmediatas del gobierno soviético", redactado en las mismas fechas que *El Estado y la revolución*, señalaba que "el carácter socialista de la democracia socialista, es decir, *proletaria*, en la forma en que se está aplicando, reside primero en el hecho de que los electores son el pueblo trabajador y explotado; los burgueses

23 Citado por Deutscher, Isaac (1970) en *El profeta armado*, México: ERA, pp. 145-146.

están excluidos. En segundo lugar, estriba en que quedan eliminadas todas las formalidades y restricciones burocráticas para realizar elecciones; el propio pueblo fija la fecha y orden de las elecciones, quedando, además, completamente libre para revocar a cualquiera que haya sido elegido".

Antes de abordar este importante aspecto, directamente relacionado con las orientaciones que la III Internacional irradió a los partidos comunistas recién creados, prestaremos cierta atención a las circunstancias históricas que concurrieron en la gestación de esta teoría revolucionaria, tan distinta del objetivismo marxista que elaboraba la *ortodoxia* de la socialdemocracia alemana. No en vano se lamentaba Kautsky en su obra de 1919, *Terrorismo y comunismo*, de que:

> En Rusia, y, en general, en todos los países dominados por una autocracia militar, la burguesía está educada en un temor cobarde al poder del Estado y en una confianza ciega en su protección. De ahí la flojedad del liberalismo ruso. La caída del poder del Estado, la desaparición de la protección militar, el paso del poder político a las manos del proletariado aterró de tal manera a la burguesía, que no estaba habituada a luchar enérgicamente, que cayó aniquilada y abandonó sin combate el terreno de sus adversarios (…).
>
> Al hacer de la mera voluntad de las masas la fuerza motriz de la revolución, arrojaron [los bolcheviques] por la borda las ideas marxistas, a cuyo triunfo antes habían colaborado en grado eminente. Y creyeron ponerse a bien con su conciencia científica y con la popularidad de Marx apoderándose de una frase de Marx, de la frase *Dictadura del proletariado*. Con estas palabras creían alcanzar la absolución de todos sus pecados contra el espíritu del marxismo[24].

24 Kautsky, Karl y Trotsky, León (1977) *Terrorismo y comunismo*, Madrid: Jucar, pp. 108 y 145.

3.2.1. Burguesía y parlamentarismo en Rusia

De paso, también constatamos que la Revolución rusa de 1905 puso a prueba tanto a la autocracia como al liberalismo ruso. En el curso de los acontecimientos, la autocracia zarista se vio forzada a publicar en 1905 un *ukas* que prometía la constitución de un cuerpo representativo de carácter consultivo. Tal proyecto seudoconstitucional, cuyas bases se hicieron públicas el 6 de agosto, conocido también como plan Bulygin, pretendía dar satisfacción a la reforma política que reclamaban insistentemente los *zemstva*[25] y, simultáneamente, alejar a los sectores más radicales con la introducción de un sistema electoral plutocrático.

La agravación de la situación política en el otoño de 1905 obligó al zar, a instancias del primer ministro Witte, a hacer nuevas concesiones de carácter más avanzado en su *Manifiesto de Octubre*. Vino a prometer una constitución que estableciera una asamblea legislativa elegida por medio de un sufragio ampliado y plenas libertades públicas. Con desgana manifiesta, el zar Nicolás II se había visto obligado a hacer concesiones que contradecían lo que siempre había tildado de "absurdos ensueños" del liberalismo ruso. La operación política sirvió para salvar a la autocracia, pero, en realidad, fueron la debilidad de los partidos obreros y populares, el carácter rudimentario del movimiento campesino, la lealtad de las tropas y las vacilaciones de la burguesía liberal lo que combinadamente hizo fracasar la revolución de 1905. El saldo fue espeluznante: 15 000 muertos, más de 18 000 heridos y 79 000 detenciones.

Después, la efímera experiencia parlamentaria entre 1906-1907 fue lo suficientemente aleccionadora como para que no cuajara en Rusia. Quedó patente que tanto la Primera como la Segunda Duma Imperial, elegidas por medio de un sistema electoral relativamente

25 Los *zemstva*, órganos de gobierno local surgidos del Estatuto de Gobierno Local de 1864 para actuar de puente entre la Administración central y local, se convirtieron rápidamente en plataformas políticas del liberalismo ruso, en formas embrionarias de un régimen constitucional. Semejante amenaza rampante hizo que el zarismo torpedeara toda tentativa de coordinación estatal de los *zemstva*.

democrático, sólo habían sido convocadas para contener la marea revolucionaria, pues fueron disueltas por el zar en cuanto pusieron en tela de juicio los pilares que sustentaban al régimen autocrático. Este *tour de force* mostró que, por regla general, la oposición era todavía demasiado débil para derrocar a la autocracia y que ésta a su vez no reunía aún las suficientes fuerzas y la necesaria autoridad como para prescindir de la oposición. Cuando el zarismo recobró confianza en sus propias fuerzas, tanto la Tercera como la Cuarta Duma Imperial tuvieron unas funciones y representación tan restrictivas que quedó eclipsada toda esperanza de que el zarismo se transformara gradualmente en una monarquía constitucional.

En efecto, el año 1907 fue el año del desquite del zar, dando entrada a un período de reacción que se prolongó hasta los primeros años de la Primera Guerra Mundial. Isaac Deutscher sintetiza magistralmente el panorama cuando afirma:

> Con el golpe del 3 de junio la autocracia quedó plenamente restablecida y se inició el reinado del terror de Stolypin. La Segunda Duma fue disuelta. Una nueva ley privó del sufragio a la masa del pueblo, y sólo después de eso fue elegida una nueva Duma. Los diputados socialdemócratas a la Segunda Duma fueron deportados a Siberia. Los partidos revolucionarios fueron aplastados, sus organizaciones y periódicos clausurados y millares de sus miembros asesinados. Los tribunales de guerra y los patíbulos dominaron el escenario político. Aun los liberales moderados, que hasta muy poco antes habían abrigado la esperanza de llegar a un acuerdo con el zar, fueron perseguidos y humillados. Miliukov se quejó amargamente: "Fuimos invitados a ocupar puestos mientras se pensó que contábamos con el apoyo de las fuerzas rojas... Se nos respetó mientras nos consideraron revolucionarios. Pero desde que resultamos ser un partido estrictamente constitucional, se nos ha considerado inútiles".

No resulta ocioso contrastar esta caracterización del período con datos estadísticos relacionados con el número de huelguistas y el

descenso en vertical de los efectivos de todos los partidos obreros durante el período 1909-1916. Algunos de estos grupos políticos, en especial el bolchevique, quedaron prácticamente borrados de la escena política. Las cifras que se detallan a continuación son, naturalmente, aproximativas, puesto que desconocemos la existencia de una estadística rigurosa y completa al respecto.

Año	Número de huelguistas	Bolcheviques	Mencheviques
1903	87 000	3 000, ambas fracciones	
1904	25 000		15 000
1905	2 750 000	12 000	14 000
1906	1 750 000	34 000	38 000
1907	750 000	46 000	38 174
1908	174 000	46 143	
1909	64 000		
1910	50 000		
1911	105 000		
1912	725 000		
1913	861 000		
1914	1 337 000		
1915	571 000		
1916	1 007 000	5 000	
1917 (I-II)	676 000	23 000	
1917 (N)		80 000	
1917 (VIII)		240 000	
1917 (x)		400 000	

Fuente: John L. H. Keep, *The Rise of Social Democracy*, p. 54.

3.2.2. La actitud de los partidos obreros ante el efímero constitucionalismo ruso

El POSDR, antes de verse de nuevo sumido en la clandestinidad, adoptó una actitud errónea y en ocasiones, ambigua con relación a la participación en las elecciones a la Duma. Así, por ejemplo,

respecto a la Primera Duma, los bolcheviques decidieron boicotear las elecciones por cuanto esperaban que un nuevo impulso revolucionario estallaría en la primavera de 1906. Este optimismo, teñido de fuertes ribetes insurreccionales, hizo que se interpretaran las elecciones como una maniobra destinada a "distraer y confundir a las masas populares". Los mencheviques acariciaron ideas similares, aunque, en su caso, semejante planteamiento quedaba anulado desde el momento en que dejaron a sus agrupaciones locales una amplia libertad de decisión. En cambio, los socialistas-revolucionarios adoptaron una postura similar a la de los bolcheviques.

Los resultados no pudieron ser más desastrosos. Así pues, cuando en 1907 se convocaron elecciones para la Segunda Duma, en 1907, a todos los partidos obreros les faltó tiempo para revisar sus errores anteriores y optar por participar en todas las circunscripciones electorales. En esta ocasión obtuvieron una resonante victoria. El POSDR alcanzó 65 diputados y los *eseristas* 34, lo que representaba aproximadamente un 25% del total de escaños. Pero se trataba de una victoria pírrica, ya que la Segunda Duma quedó disuelta al poco tiempo. El POSDR, sometido de nuevo a la disyuntiva de participar en las elecciones a la Tercera Duma, pero, esta vez, bajo una ley electoral de carácter acusadamente censitaria, se vio envuelto en una polémica disolvente. Tal polémica fue protagonizada en el seno de la fracción bolchevique por los partidarios del boicot (*otzovistas*) y por aquellos que, como Lenin, se inclinaban por combinar, en la medida de lo posible, métodos de lucha tanto legales como ilegales[26]. En cambio, la fracción menchevique del POSDR tomó la decisión de participar en las elecciones, si bien unos defendían hacerlo manteniendo intacta la organización mientras otro sector –tildado de *liquidacionista*– optaba por disolver la organización socialdemócrata en los partidos liberales en espera de tiempos mejores.

Como se desprende de lo reseñado, se trataba de un conjunto de opciones dispares que acabaron desgarrando internamente al POSDR, hasta tal punto que el año 1910 parecía presagiar una

26 Deutscher, Isaac, *op. cit.*, p. 168.

rápida extinción de la socialdemocracia rusa. Una visión retrospectiva permite concluir que el criterio de Lenin fue el más realista, porque, a pesar de las adversidades del momento, logró evitar que su fracción cayera en la desmoralización ante la falta de resultados prácticos, si bien –también es necesario recordarlo– fuera a costa de volver a reforzar la centralización, clandestinidad y sectarismo de los primeros tiempos. Según palabras de Lunacharski, el dirigente bolchevique hizo de nuevo alarde no sólo de su genio organizativo, sino de una personalidad que combinaba una intensa voluntad, una extrema coherencia y una firme convicción con una sutil flexibilidad. A este juicio cabe añadir que el instinto político de Lenin era menos tributario de la teoría que de su propia intuición de las exigencias históricas de Rusia, una característica de su personalidad que le valió ser considerado como uno de los genios del oportunismo político. Trotsky le caracterizaría como "el mayor utilitarista que jamás produjo el laboratorio de la historia". Sólo así cabe entender el desenvolvimiento de la táctica revolucionaria de Lenin, siempre apegada a "un análisis concreto de una situación concreta". Con frecuencia encajaba con una actitud que Napoleón acuñó con las palabras "*on s'engage et puis... on voit*", pues cada tarea venía a ser para Lenin un eslabón de una enorme cadena política universal.

3.2.3. Los privilegiados no se rebelan. Reforzamiento de la autocracia

El futuro inmediato de Rusia recayó, por tanto, por exclusión, en el Partido Constitucional Democrático (*cadete*). Éste se fundó tardíamente, en 1905, como expresión política del liberalismo ruso. Pero, contrariamente a lo que cabría esperar, los *cadetes* adoptaron una actitud de espera en la creencia de que, por la fuerza de la inercia, la autocracia se autotransformaría en una monarquía parlamentaria. Ya entonces la burguesía rusa mostró poseer la misma debilidad e inconsistencia que en el posterior período revolucionario de febrero a abril de 1917. Es ilustrativa la nota que el reaccionario Durnovo –el *pacificador* de Moscú de 1905– suministró

al zar acerca de un posible gobierno liberal en 1916. Entre otras cosas, decía textualmente que los liberales rusos "son tan débiles, se hallan tan divididos y, digámoslo francamente, son tan ineptos, que su triunfo sería tan efímero como inconsistente". Trotsky, por su parte, refiriéndose a este período de reacción (1907-1916), hizo la siguiente observación:

> Durante este período se acentúa todavía más la contradicción entre el zarismo y las exigencias de la Historia. La burguesía se fortificó económicamente, pero ya hemos visto que su fuerza se basaba en la intensa concentración de la industria y en la importancia creciente del capital extranjero. Adoctrinada por las enseñanzas de 1905, la burguesía se hizo aún más conservadora y suspicaz. El peso específico dentro del país de la pequeña burguesía y de la clase media que ya antes era insignificante, disminuyó aún más. La intelectualidad democrática no disponía del menor punto consistente de apoyo social.

Y llegaba a la siguiente conclusión política:

> La incapacidad de acción política de la burguesía se hallaba directamente informada por el carácter de sus relaciones con el proletariado y la clase campesina. La burguesía no podía arrastrar consigo a los obreros, a quienes la vida de todos los días enfrentaba con ella y que, además, aprendieron enseguida a generalizar sus problemas. Y la misma incapacidad demostraba para atraerse a los campesinos, atados como estaban a los terratenientes por una red de intereses comunes y temerosa de que el régimen de propiedad, en cualquiera de sus formas, viniese a tierra. El retraso de la Revolución rusa no era tan sólo, como se ve, un problema de cronología, sino que afectaba también a la estructura social del país[27].

27 Trotsky, León, *Historia de la Revolución rusa*, *op. cit.* vol. 1, pp. 36 y 38. Véase también de Liebman, Marcel, *op. cit.*, pp. 67-68, sobre la diferente valoración que mencheviques y bolcheviques hacían del liberalismo ruso: desde una moderada creencia en el carácter revolucionario de la burguesía rusa por parte de los mencheviques, hasta concebir a la burguesía como clase contrarrevolucio-

No fue accidental que en 1914 el liberalismo ruso concibiera el alineamiento de Rusia con las potencias de la Entente como su tabla de salvación. Los liberales pensaban, no sin cierta lógica, que las exigencias bélicas y la adecuación a los objetivos políticos de las potencias aliadas haría inevitable una democratización desde arriba del régimen autocrático, sin necesidad de verse obligados a coaligarse con sectores populares que, a buen seguro, no harían sino resucitar la hidra revolucionaria.

Esta idea no fue privativa de los liberales, pues, al estallar la Gran Guerra, casi todos los partidos obreros y populares de Rusia se vieron desbordados por el patriotismo y deslumbrados ante la expectativa de una inminente revolución burguesa realizada por la propia burguesía rusa. Con la sola excepción de los bolcheviques –aunque matizada–, tanto mencheviques, *eseristas*, trudoviques, así como el propio Kropotkin se sumaron, desde posiciones diversas, a la oleada patriótica que anegó durante los primeros meses bélicos a la sociedad rusa. Se concretó en una tregua social y en un pacto de colaboración con el régimen zarista materializado a través de la participación de los partidos obreros en los *comités industriales de guerra*.

Sin embargo, la guerra no hizo sino evidenciar aún más la gangrena del zarismo. Tras el primer entusiasmo popular, que movilizó a cerca de quince millones de hombres, ya en la primavera de 1915 sobrevino la primera gran derrota y desbandada del ejército ruso. A pesar de ello, y contra todo pronóstico, el zar no se avino a satisfacer las demandas de democratización, ni siquiera intimidado por los reveses militares. Tanto fue así, que el "bloque progresista" de la burguesía en la Duma[28], formado en 1915 para combatir la incapacidad de la administración del Estado para afrontar las exigencias bélicas, tuvo que, paradójicamente, sufrir la vejación de presenciar la disolución de la Duma: era una prueba evidente

---

naria desde la óptica bolchevique. Tal discordancia obedece al hecho de que los mencheviques extrajeron de la derrota de 1905 una visión más reformista: la posibilidad de un paso pacífico y gradual hacia el socialismo implicaba un acercamiento más estrecho a las posiciones del liberalismo ruso.

28 Venturi, Franco (1975) *El populismo ruso*, Madrid: Revista de Occidente, tomo 1, pp. 52-57.

de que había fracasado la tentativa liberal de formar un gobierno de coalición agrupando a todas las fuerzas de derecha que gozaran de la confianza del zar. Semejante fracaso contribuyó a que tanto conservadores como liberales gestaran la idea de una revuelta palaciega como forma de contrarrestar los manifiestos signos de desintegración del aparato estatal. Pero lo único que cabe inferir de la fuerza que cohesionaba a los liberales contra el zar es que no derivaba tanto de una oposición al atrincheramiento de Nicolás II a los moldes de la autocracia como de la desconfianza que les despertaba la germanofilia de la Corte.

La aprensión de que el zar firmara una paz por separado con Alemania, unido al derrotismo que ganaba adeptos entre la masa de combatientes, ponía en entredicho el papel de Rusia como potencia aliada de la Entente. Y, peor aún, sepultaba toda credibilidad respecto a un futuro democrático en Rusia, al tiempo que restaba confianza en las instancias gubernamentales. Así se entiende que cuando los liberales se hicieron con el poder en marzo de 1917 no se propusieran, como señala Marc Ferro, un cambio económico-social, sino tan sólo remozar el Estado y ganar la guerra[29].

3.3. Fase girondina de la Revolución rusa: la Revolución de Febrero

La rápida desintegración de la autocracia sorprendió a todos; no en vano el conjunto de la oposición se encontraba aún diezmada por la represión e hipnotizada por la fuerza secular del zarismo.

Simultáneamente, a finales de febrero de 1917, el espontáneo estallido de las masas, exasperadas por los sufrimientos de la guerra, desencadenó un rápido y complejo proceso revolucionario que, en pocos meses, puso de manifiesto la incapacidad de la burguesía rusa para acometer sus propias tareas históricas.

En efecto, al estallar la Revolución de Febrero se instalaron en el mismo Palacio Táuride dos centros de poder: por un lado,

29 Ferro, Marc (1997) en *La révolution de 1917*, Paris: Albin Michel, pp. 448-450, incluye en el apéndice documental el programa del "bloque progresista".

el *Comité de la Duma*, integrado exclusivamente por *cadetes* y octubristas que, debido a su diletantismo, falta de audiencia y representatividad, hicieron del mismo un órgano a remolque de la voluntad popular de Petrogrado; por otro lado, el Soviet de Diputados Obreros y de Soldados –creado a imagen del modelo soviético de 1905, con la salvedad de que en esta ocasión se encontraban representados por primera vez los soldados y también era mayor la presencia de fuerzas políticas en comparación con los independientes– se alzó en el verdadero centro de poder al recoger directamente las aspiraciones populares. Como botón de muestra de esta situación recogemos las palabras del ministro de Guerra, Guchkov:

> Por desgracia, el Gobierno Provisional no dispone de poder efectivo. Sus mandatos se llevan a cabo en la medida en que lo permite el Soviet de diputados obreros y soldados. El Soviet tiene los principales elementos del poder real como tropas, ferrocarriles, correos y telégrafos. Se puede decir que el Gobierno Provisional sólo existe en la medida en que el Soviet permite que exista. Sobre todo, en el campo militar sólo es posible dar órdenes que no contradigan decisivamente a las órdenes del Soviet[30].

Fueron particularmente enojosas para el Gobierno Provisional las diversas órdenes provenientes del Soviet, aunque, en especial, el

30 Trotsky, León, en *Historia de la Revolución rusa*, *op. cit.*, t. 1, p. 193, recoge estas palabras de una nota escrita por el ministro de la Guerra, Guchkov, al general en jefe Alekseev el 9 de marzo de 1917. El mismo autor afirma en la p. 199, que "el régimen de dualidad de poderes sólo surge allí donde chocan de modo irreconciliable las dos clases; sólo puede darse, por tanto, en épocas revolucionarias, y constituye, además, uno de sus rasgos fundamentales (..) Por su esencia misma, este estado de cosas no puede ser estable. La sociedad reclama la concentración del Poder, y espera inexorablemente a esta concentración en la clase dominante o, en el caso que nos ocupa, en las dos clases que comparten el dominio político de la nación. La escisión del poder sólo puede conducir a la guerra civil. Sin embargo, antes de que las clases rivales se decidan a entablarla, sobre todo en el caso de que teman la introducción de una tercera fuerza, pueden verse obligados a soportar durante bastante tiempo y aún a sancionar, por decirlo así, el sistema de la dualidad de poderes".

llamamiento "A los pueblos de todo el mundo" por cuanto empeoraba la participación rusa en la guerra.

Sin embargo, el Soviet se convirtió en mero órgano de control o apéndice del Gobierno Provisional si bien contó a lo largo de los meses de febrero a octubre con la suficiente influencia política como para que en rigor pueda hablarse de la existencia de una *dualidad de poderes*. Se produjo así la paradoja de que ambos poderes se sentían independientes al tiempo que mantenían unas relaciones de recelo y desconfianza mutuas. Por consiguiente, la paradoja vino a ser que el Gobierno Provisional, formalmente en posesión de un mayor poder estatal, no podía gobernar sin la aquiescencia del Soviet, y éste, detentador del poder real, había renunciado voluntariamente al ejercicio del poder estatal.

La misma formación del Gobierno Provisional era una buena prueba de esta contradicción: creado a principios de marzo como resultado de un acuerdo del Comité de la Duma con el Soviet de Petrogrado, casi todos los integrantes pertenecían a partidos burgueses, salvo Kerenski (trudovique y miembro del Soviet) que, a título personal, actuaba de puente entre ambos poderes desde el gobierno. El traspaso o delegación de poder al Gobierno Provisional sólo es posible interpretarlo a la luz de la composición política del Soviet de Petrogrado.

3.3.1. Los partidos obreros ante la dualidad de poder

Los mencheviques y *eseristas* eran las fuerzas hegemónicas en el Soviet de Petrogrado, pero ninguna de éstas se sentía "en el momento del auge de la revolución llamados a ser guías del pueblo, sino simplemente el ala izquierda del orden burgués". Al sostener que asistían a una revolución burguesa, sacaban como conclusión que el Gobierno Provisional también debía ser netamente burgués. Tal fue la razón por la que rechazaron la práctica ministerialista del socialismo occidental. Los bolcheviques, a su vez, durante los primeros días de la Revolución de Febrero, todavía seguían apostando a favor de la formación de un Gobierno Revolucionario Provisional, fieles a un esquema que Lenin ya había abandonado

como se desprende de sus *Cartas desde lejos*, escritas en Suiza en marzo de 1917. El 27 de febrero de 1917, el día posterior a la formación del Soviet de Petrogrado, el manifiesto bolchevique hacía el siguiente llamamiento:

> La tarea de la clase obrera y del ejército revolucionario es crear un Gobierno revolucionario provisional, que deberá ponerse al frente del nuevo régimen, del naciente régimen republicano. El Gobierno revolucionario provisional debe encargarse de establecer leyes provisionales que defiendan todos los derechos y las libertades del pueblo, confiscar las tierras de la Iglesia, los patrimonios reales y los de la nobleza, para dárselas al pueblo, instaurar la jornada de ocho horas y convocar la Asamblea Constituyente sobre la base del sufragio universal, directo e igual, con el procedimiento del escrutinio secreto[31].

Salvo la jornada de ocho horas, ninguno de los objetivos de los bolcheviques se salía del marco de las metas clásicas del liberalismo. Ahora bien, el documento es más interesante en otro sentido: indicaba la debilidad política y organizativa del partido bolchevique. Significativamente, a los pocos días, ante la rápida proliferación de los soviets y la consolidación de su poder, la dirección bolchevique, al tiempo que denunciaba al Gobierno Provisional como "un gobierno de capitalistas y terratenientes", urgía al Soviet de Petrogrado la convocatoria de una Asamblea Constituyente a fin de instaurar una república democrática. Semejante orientación contrastaba con la concepción reciente, ya señalada, según la cual el Gobierno Revolucionario Provisional debía estar integrado –sin mediación del Soviet– por una coalición de los principales partidos obreros. Sin embargo, este replanteamiento fue de nuevo revisado con el regreso de Stalin, Kámenev y Muranov de su exilio en Siberia el 15 de marzo. Los nuevos viejos dirigentes, en una conferencia del partido celebrada a principios de abril, en línea con los demás partidos obreros, propugnaban apoyar condicionalmente al Gobierno Provisional en tanto satisficiera las reivindicaciones

31 Ferro, Marc, en *op. cit.*, pp. 453-454, recoge la cita.

populares y garantizara las conquistas democráticas. Y, con relación a la guerra, también se sumaron a una posición defensista que Lenin criticó con dureza.

La vuelta de Lenin a Petrogrado el 3 de abril coincidió con la formulación de sus *tesis de abril* que suponían un cambio radical en la orientación política de los bolcheviques. Al subrayar la necesidad de otorgar todo el poder a los soviets, no hacía sino enunciar un postulado que derivaba, según Lenin, del hecho de que Rusia ya había trascendido la fase democrático-burguesa con un saldo negativo, porque mientras los soviets deseaban una paz inmediata, el Gobierno Provisional estaba demasiado asociado a los intereses vinculados a la guerra como para acceder a tal demanda; mientras los soviets deseaban y ejercían las libertades públicas, el Gobierno provisional se veía forzado a aceptarlas a fin de ganar tiempo para reconstruir el aparato estatal y restablecer la disciplina social; mientras los soviets apoyaban las reivindicaciones de obreros, campesinos y soldados, el Gobierno Provisional sólo estaba dispuesto a acceder a aquellas demandas que no vulneraran la propiedad privada. Tal era el balance que Lenin hacía de la situación de *doble poder*. Por consiguiente, a su juicio, el objetivo no podía ser otro que avanzar hacia la *segunda revolución*, y no sólo en Rusia, sino también en Europa occidental. Al propugnar la revolución socialista, el derrocamiento del Gobierno Provisional y la transferencia de todo el poder a los soviets Lenin provocó una especie de seísmo en las filas bolcheviques. Y así lo enunciaba:

> No una república parlamentaria –volver a ella desde los soviets de diputados obreros sería dar un paso atrás–, sino una república de soviets de diputados obreros, campesinos pobres y soldados, en todo el país, de abajo arriba[32].

Kámenev, en nombre del partido, consideraba que ésta y otras manifestaciones similares eran tan sólo la opinión de Lenin, en esencia porque:

32 Lenin, Vladimir I. (1977) "Tesis de abril" en *Obras Completas*, Madrid: Akal, t. 24, p. 438.

> En lo que respecta al esquema general de Lenin, nos parece inaceptable, ya que parte del supuesto de que la revolución burguesa está terminada y confía en la inmediata transformación de esa revolución en una revolución socialista[33].

3.3.2. Aplazamiento de las reformas y prosecución de la guerra

El Gobierno Provisional, sin participación socialista, se mostró incapaz de acometer una serie de medidas inaplazables. Estas eran fundamentalmente tres: proclamar una república democrática, convocar una Asamblea Constituyente y firmar una paz inmediata y justa. El gobierno optó continuamente por postergar todas las reformas sociales y políticas hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente, aplazada *sine die* con el fin de que no entorpeciera el esfuerzo bélico de Rusia. En realidad, tal argumentación no hacía sino encubrir el temor a una representación demasiado radical. Los nuevos gobernantes del país dieron así pruebas de una considerable miopía política, ante todo teniendo en cuenta que la Revolución de Febrero había dejado intacto, aunque poco operante, el viejo aparato estatal. Esta circunstancia y la escasa fuerza de los bolcheviques ofrecía al gobierno una situación aventajada. No obstante, sus temores también eran fundados El ejército se encontraba desagregado con el relajamiento, cuando no la ruptura, de la disciplina tradicional y su sustitución por unas nuevas relaciones entre la tropa y la oficialidad fijadas por el famoso *Prikaz* (orden) n.º 1 del Soviet de Petrogrado; a su vez, la policía se hallaba desarmada frente a un pueblo petersburgués armado; en numerosos casos las empresas estaban sometidas al control obrero como desafío al *lock-out* de la patronal; y, por último, un enjambre de campesinos estaba ya procediendo a las primeras ocupaciones de tierras al amparo del caos que reinaba en la administración

33 Sukhanov, Nikolai (1955) *The Russian Revolution, 1917*, Londres: Oxford University Press, p 289.

local[34]. Como se desprende de estos datos generales, la política dilatoria del Gobierno Provisional tenía como único fin esperar que remitiera la marea revolucionaria, convencida como estaba la burguesía de que conservaría el poder por mucho tiempo.

Entretanto, la prosecución de la guerra se convirtió para la burguesía rusa en la panacea capaz de restañar las heridas que sufría el cuerpo social actuando de fuerza aglutinante en torno a la defensa de la Rusia democrática. Aunque el gobierno escamoteara al pueblo sus objetivos de guerra –dada la sensibilidad que la opinión pública mostraba hacia los mismos–, una y otra vez hacía alusión a los "deberes de Rusia con respecto a los belgas y serbios, así como con respecto a los aliados".

Las organizaciones obreras, por su parte, estaban profundamente divididas en torno al tema de la guerra tras la Revolución de Febrero. Mientras la mayoría de los *eseristas*, la derecha menchevique y Plejánov pertenecían a la corriente *social patriota* o *defensores de la tierra*, los mencheviques internacionalistas, la izquierda *eserista* y la derecha bolchevique se declaraban partidarios de la plataforma zimmerwaldiana y de una paz negociada e inmediata sin anexiones ni indemnizaciones. Significaba que siendo imposible presionar a favor de una paz inmediata y estando igualmente descartada para Rusia la vía de concluir una paz por separado con las potencias centrales –porque habría supuesto dejar el camino abierto para que el militarismo alemán aplastara a las democracias occidentales–, sólo quedaba como alternativa continuar la guerra para defender las conquistas democráticas del pueblo ruso en tanto no se hubiera firmado una paz general.

En ese momento, la mayoría del partido bolchevique no otorgó mayor importancia a la actitud condescendiente de los socialistas rusos hacia la guerra. Fue una ligereza que Lenin atacó después

34 Dubrowski, Sergej (1929) en *Die Bauernbewegung in der russischen Revolution 1917*, Berlin: Paul Parey, p. 90, observa que en marzo se registraron 2 ocupaciones y 9 motines; 59 y 678 en mayo; 136 y 988 en junio; a partir de julio miles de soldados-campesinos multiplicaron las expropiaciones por toda la geografía del país. Véase también Shanin, Teodor (1983) *La clase incómoda. Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo (Rusia 1910-1925)*, Madrid: Alianza Universidad.

con vehemencia, ya que, a su entender, la guerra era precisamente la cuestión central que diferenciaba a los revolucionarios de los *social-patriotas* o, para ser más precisos, constituía la clave del proceso revolucionario ruso. Conviene subrayar de nuevo que Lenin estaba plenamente convencido de que una firme actitud antibelicista reportaría, tras un posible aislamiento inicial, el ascenso político de su partido. Y, en consonancia con este razonamiento, las *tesis de abril* no ofrecen ninguna duda sobre la orientación que debían adoptar los bolcheviques con relación a la guerra y el Gobierno Provisional:

> Ni el menor apoyo al Gobierno Provisional; demostrar la falsedad absoluta de todas sus promesas, principalmente de la renuncia a las anexiones (…). Reconocer que en la mayor parte de los soviets de diputados obreros nuestro partido está en minoría y, por el momento, en una minoría débil, frente al bloque de todos los elementos pequeño-burgueses y oportunistas, sometidos a la influencia de la burguesía y que llevan dicha influencia al seno del proletariado (…). Explicar a las masas que el soviet de diputados obreros es la única forma posible de gobierno revolucionario (…), nuestra misión sólo puede consistir en explicar los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptado especialmente a las necesidades prácticas de las masas. Mientras estemos en minoría, desarrollaremos una labor de crítica y esclarecimiento de los errores, propugnando, al mismo tiempo, la necesidad de que todo el poder pase a los soviets de diputados obreros[35].

La consigna leninista de *todo el poder a los soviets* no significaba todavía la dictadura del proletariado, sino el traspaso del poder al socialismo moderado, con el fin de desenmascarar ante las masas la política conciliadora y belicista de quienes todavía ostentaban la hegemonía en los soviets. Una vez agotada esta fase, que se traduciría en una hegemonía bolchevique en los soviets, sería posible,

35 Lenin, Vladimir I., *op. cit.*, t. 24, pp. 430-431

a juicio de Lenin, plantear ya directamente la necesidad de instaurar la dictadura del proletariado.

Con relación a la guerra, Lenin mantenía intacta su posición de 1914, que consistía, como se recordará, en alentar el derrotismo revolucionario y la transformación de la guerra mundial en una guerra civil generalizada que situaría a la revolución proletaria a la orden del día en el escenario mundial.

Del anterior párrafo de Lenin se desprende otro aspecto de suma importancia, cual es cómo alcanzar una mayoría bolchevique en los soviets. En tanto no se convocaran elecciones para una Asamblea Constituyente, los soviets constituían de hecho la única representación y organización democrática de Rusia. Sin embargo, cuando se reunió el Primer Congreso Panruso de los Soviets en Petrogrado, entre los días 3 y 24 de junio, la correlación de fuerzas no podía ser más desventajosa para los bolcheviques. El Congreso, representando aproximadamente a 400 soviets, arrojaba la siguiente distribución de fuerzas políticas: 285 *eseristas*, 248 mencheviques, 105 bolcheviques y 73 independientes[36]. Las y los delegados acordaron por mayoría seguir apoyando al Gobierno Provisional, aceptando esta vez incluso una amplia participación socialista. Por tanto, la propuesta bolchevique de transferir el poder a los soviets quedó en minoría. Y la votación final para cubrir los puestos en el Comité Ejecutivo Central Panruso de los Soviets (VTsIK) supuso otro revés bolchevique al quedar asegurada hasta un próximo congreso una dirección central en manos del socialismo moderado[37]. No obstante, es necesario relativizar la importancia del VTsIK. En primer lugar, por la dificultad que entrañaba imponer una centralización ante la presencia de fuertes tendencias autonomistas a escala local, en particular en las diversas

36 Carr, Edward. H., *op. cit.*, p. 107, especifica que el Comité Ejecutivo Central Panruso (órgano representativo del Congreso Panruso de los Soviets), elegido sobre una base proporcional, contaba con una holgada mayoría eserista y menchevique, pues del total de 250 miembros sólo había 35 que pertenecieran al partido bolchevique.

37 Mandel, David (1983) en *The Petrograd Workers and the Fall of the Old Regime. From the February Revolution to the July Days 1917*, Londres: Pangrave Macmillan, aporta un análisis documentado sobre el protagonismo del Soviet de Petrogrado entre febrero y julio de 1917.

nacionalidades. En segundo lugar, porque el Soviet de Petrogrado apareció siempre como el consejo popular más poderoso a la hora de determinar la hegemonía política dentro del marco soviético. En este sentido, se puede decir que el Soviet de Petrogrado, al igual que la Comuna de Paris tras el 10 de agosto de 1792, marcaba el ritmo de la revolución. Trotsky definió este estado de cosas con las siguientes palabras:

> No pecaremos de exageración si decimos que la Revolución de Febrero la hizo Petrogrado. El resto del país se adhirió (…). La revolución se llevó a cabo por la iniciativa y el esfuerzo de una sola ciudad, que representaba aproximadamente 1/75 de la población del país. Dígase, si se quiere, que el magno acto democrático fue realizado del modo menos democrático imaginable. Todo el país se halló ante un hecho consumado (...). Las revoluciones siempre han inferido grandes reveses al fetichismo jurídico de la *voluntad popular* y tanto más implacablemente cuanto más profunda, audaz y democrática es la revolución (…). La iniciativa de los centros urbanos no representa ninguna infracción del democratismo, sino su realización dinámica. Sin embargo, el ritmo de esta dinámica, en las grandes revoluciones, no coincide nunca con el de la democracia formal representativa (…). El Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado adquirió, naturalmente, una significación nacional. Los demás Soviets imitaron a la capital[38].

El período que va de febrero a octubre de 1917 presentó unas características muy similares a la etapa girondina de la Revolución francesa. Las siguientes frases de Rosa Luxemburg captan con suma agudeza el proceso ruso desde una perspectiva histórica.

> El primer período de la revolución rusa, desde su estallido en marzo hasta la insurrección de octubre, corresponde exactamente en su desarrollo general al esquema evolutivo tanto de la gran revolución inglesa como de la francesa. Es el proceso

38 Trotsky, León, *op. cit.*, p. 117.

> típico de todo primer gran enfrentamiento general entre las fuerzas revolucionarias surgidas en el seno de la sociedad burguesa y las cadenas de la vieja sociedad.
>
> Su desarrollo sigue naturalmente una línea ascendente: de los comienzos moderados a la radicalización cada vez mayor de los objetivos y, paralelamente, de la coalición de clases y partidos a la dominación exclusiva del partido más radical[39].

Como los girondinos, tanto la burguesía como los socialistas moderados rusos fueron partidarios de la guerra y, mientras no se resolviera la situación bélica, acordaron colaborar a tal fin y aplazar todo cambio económico-social hasta el cese de las hostilidades. Era inevitable el desgaste político del gobierno: un país acostumbrado a reformas desde arriba no podía comprender el aplazamiento del cambio.

3.4. Crisis gubernamental y gobierno liberal-socialista

La nota del ministro de Asuntos Exteriores, Miliukov, desató la crisis gubernamental. Alentado por la entrada de EE UU en la guerra el 23 de marzo, dio a conocer los objetivos bélicos del gobierno, claramente anexionistas. Como respuesta, en Petrogrado se produjeron manifestaciones espontáneas de soldados armados que exigían la dimisión del gobierno. Se trataba de una crisis de desgaste político y Trotsky observa que todo ello demostraba que:

> El gobierno de la burguesía liberal, con su rehén democrático, Kerenski, resultó ser un completo fracaso. Las *jornadas de abril* fueron la primera advertencia abierta que la Revolución de Octubre daba a la de Febrero[40].

39 Luxemburg, Rosa, *op. cit.*, pp. 557-558.
40 Citado por Anweiler, Oskar, *op. cit.*, p. 149.

Durante la segunda quincena de abril, la actitud de firmeza antibélica de los bolcheviques les reportó un importante avance a lo largo de las *jornadas de abril*: 1/3 parte del proletariado petersburgués seguía las orientaciones de éstos y, simultáneamente, se produjeron importantes adhesiones de agrupamientos obreros hasta entonces independientes. Pero aun así, el partido bolchevique seguía siendo una minoría. Así lo atestiguan las votaciones del Soviet de Petrogrado en torno a la eventual participación socialista en un futuro gobierno de coalición: el Comité Ejecutivo del Soviet votó favorablemente con 41 votos, 18 en contra y 3 abstenciones. Los votos en contra procedían naturalmente de los bolcheviques y mencheviques internacionalistas.

Tras dilatadas negociaciones con *eseristas* y mencheviques, el primer gobierno de coalición quedó formado el día 3 de mayo y estuvo integrado por 9 liberales y 6 socialistas. Las vacilaciones de los socialistas moderados derivaban del hecho de que mientras los *eseristas* carecían de un planteamiento claro respecto al poder político, pues para ellos lo esencial era acortar el camino para la convocatoria de una Asamblea Constituyente, los mencheviques, en cambio, se veían obligados a renunciar a sus viejos principios doctrinales si participaban en un gobierno de coalición junto con representantes de la burguesía. Finalmente, los mencheviques se inclinaron por la participación ministerial aduciendo que tal medida se adoptó excepcionalmente para garantizar el paso a una democracia parlamentaria, excepcionalidad dictada por las necesidades de la crisis y la defensa de la revolución. Así pues, frente a la pretensión bolchevique de que todo el poder pasara a manos de los soviets, los mencheviques contraponían su tesis de que "la toma del poder por los soviets de diputados obreros y soldados en este momento de la revolución debilitaría y pondría en peligro su fuerza y tal acción desplazaría antes de tiempo a todos los elementos de la población que aún podían servir a la causa de la revolución".

En consecuencia, los soviets, a juicio de los mencheviques, no podían asumir la función de órganos de poder. Debían seguir siendo órganos de control de la *democracia revolucionaria*, puesto que no representaban sino a una parte de la población. El afirmar

que el poder descansaba transitoriamente –hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente– en el Gobierno Provisional equivalía a seguir apostando por un sistema parlamentario –siguiendo el modelo marcado por el SPD–. Hemos tenido ocasión de comprobar cómo este planteamiento, todavía en junio, lo hizo mayoritariamente suyo el Primer Congreso Panruso de los Soviets con 543 votos a favor, 126 en contra y 52 abstenciones.

El primer gobierno de coalición no tardó en sufrir el mismo desgaste que su predecesor. Tanto eseristas como mencheviques se vieron atenazados por las fuerzas de derecha e izquierda. Tras el fracaso de la ofensiva francesa de la primavera seguida de la contraofensiva alemana, su gestión gubernamental quedó mediatizada por la presión que ejercían sobre ellos les potencias de la Entente con el fin de abrir un nuevo frente en el este.

Los preparativos para la ofensiva militar rusa quedaron ultimados en junio y fueron acompañados de un reforzamiento de la diluida disciplina militar –entre otras medidas, se reimplantó la pena de muerte– y, sobre todo, del deseo de erradicar la situación de *doble poder*. A este respecto, Kerenski se mostraba optimista al pronosticar la *muerte natural* de los soviets una vez que los socialistas hubieran acordado participar en un gobierno de coalición: a través de la unión personal quedaría eliminada la persistente disociación entre gobierno y soviets. En este sentido *eseristas* y mencheviques se mostraron inclinados a respaldar el plan de Kerenski consistente en trasvasar las competencias de los soviets a las dumas municipales. Pero los importantes y rápidos desplazamientos hacia la izquierda que se registraron en la base de los soviets a partir de abril desbarataron este plan. Tales oscilaciones hay que atribuirlas a la prolongación de la guerra, a los graves problemas de abastecimiento y a la congelación de toda reforma.

Este malestar se reflejó nítidamente e hizo eclosión en la manifestación de junio. Para medir las fuerzas, los bolcheviques tomaron la iniciativa de convocar una manifestación antigubernamental. El Congreso Panruso de los Soviets se pronunció contrario a tal iniciativa, desautorizándola, y convocó otra manifestación de apoyo al gobierno de coalición. Sin embargo, ésta cobró un cariz contrario al deseado. La mayoría de los manifestantes exigía la

dimisión de los ministros burgueses y la formación de un gobierno enteramente socialista.

Más tarde, las manifestaciones de carácter armado que desembocaron en las *jornadas de julio* –espontáneas y respaldadas por el partido bolchevique– tuvieron unas consecuencias aún más graves dado que coincidieron con el inicio del descalabro de la ofensiva militar rusa en Galitzia. En represalia, el partido bolchevique fue proscrito y parte de sus dirigentes detenidos bajo la acusación de instigar a la insurrección armada durante las *jornadas de julio* con el fin de hacerse con el poder en calidad de "agentes alemanes"[41].

3.4.1. Segundo gobierno de coalición: bonapartismo y contrarrevolución

Los proyectos contrapuestos sobre el ejercicio de la autonomía por las nacionalidades y el estrepitoso fracaso de la ofensiva militar rusa provocaron una nueva crisis ministerial que condujo el 24 de julio a la formación de un segundo gobierno de coalición, de mayoría socialista y con Kerenski desempeñando las funciones de primer ministro. La polarización política llegó a alcanzar en Rusia unas dimensiones tales que Trotsky calificó al nuevo "gobierno de salvación" de bonapartista, porque:

> Como sabemos, a principios de junio todos los ministros, por indicación de sus respectivos partidos, presentaron la dimisión, otorgando a Kerenski la facultad de constituir un nuevo gobierno. El 21 de julio se repitió este experimento en una forma más demostrativa. Los contrincantes imploraban el auxilio de Kerenski; cada uno de ellos veía en él una parte de sí mismo (...). El Soviet, dirigido por unos políticos que lo temen todo, no se atrevió a asumir el poder. No quedaba más recurso que buscar un gran conciliador, un intermediario, un árbitro (…). El kerenskismo carecía de la fuerza del bonapartismo, pero tenía todos sus vicios. No se elevaba por encima de la

41 Trotsky, León en "Lecciones de Octubre", *Obras Escogidas*, t. 1, pp. 39-40.

> nación, más que para desmoralizarla con su propia impotencia. Si verbalmente los jefes de la burguesía y de la democracia prometían, *obedecer* a Kerenski, en la práctica, el árbitro todopoderoso obedecía a Miliukov y, sobre todo, a Buchanan. Kerenski continuó la guerra imperialista, defendió la propiedad de los grandes terratenientes contra todo atentado, aplazó las reformas sociales hasta mejores tiempos. Si su gobierno era débil, ello obedecía a las mismas causas por las que la burguesía no podía poner en el poder a sus hombres. Sin embargo, a pesar de toda la insignificancia del *Gobierno de salvación*, su carácter conservador-capitalista crecía paralelamente con el acrecentamiento de su independencia[42].

Tras la abortada insurrección armada de julio, el descalabro de la ofensiva militar rusa, las agitaciones campesinas, la represión contra los bolcheviques y la formación de un nuevo gobierno de coalición, con mayoría socialista, fueron en conjunto factores que fomentaron la división y alejamiento de las fuerzas de la derecha. En efecto, dudaban acerca de la conveniencia de seguir colaborando con los socialistas, aunque la mayoría ya se hubiera decantado por propiciar la instauración de un Estado fuerte a través de un golpe militar contrarrevolucionario. En el extremo opuesto, los bolcheviques, disgregados y divididos por la represión, también se hallaban sugestionados por el espectro de la guerra civil. Entre ambas fuerzas, los socialistas moderados se desenvolvían en medio del desconcierto al frente de un gobierno que asistía a la progresiva desintegración del aparato estatal, al deterioro de la economía, a la falta de subsistencias y a una opinión pública que, de forma generalizada, manifestaba su cólera, particularmente la del campesinado y la que se manifestaba en las nacionalidades. Por tanto, no estaba descaminada la disyuntiva que, según el liberal Miliukov, se

42 En realidad, como apunta Oskar Anweiler, *op. cit.*, p. 301, las votaciones fueron sumamente confusas: mientras una primera votación arrojó 766 votos a favor y 688 en contra de proseguir una coalición con los liberales, en cambio, una segunda votación dio como resultado 595 votos en contra y 403 a favor.

planteaba entonces a Rusia: o dictadura kornilovista o dictadura del proletariado.

El gobierno fijó como antídoto la celebración de elecciones para la Asamblea Constituyente el 17 de septiembre, aunque casi nadie creyera ya en tal propósito. Así pues, el gobierno, para salir del *impasse* político, convocó a todas las fuerzas políticas a una Conferencia estatal que debía reunirse en Moscú el 12 de agosto. Dicha Conferencia, lejos de reforzar al gobierno, como se pretendía, no logró sino evidenciar aún más la creciente polarización del país.

Para la derecha, Kornilov, el recién nombrado comandante en jefe del Ejército simbolizaba la ley y el orden. Era la figura carismática capaz de erradicar el poder soviético.

Sin embargo, el temporal desplazamiento de la opinión pública hacia la derecha tras el fracaso de las *jornadas de julio* cambió bruscamente de signo con el fracaso del golpe militar que Kornilov realizó a finales de agosto. La amenaza que se cernía sobre el pueblo de perder las conquistas democráticas de febrero aglutinó a la izquierda, una tendencia que se acentuó con la caída de Riga y la posibilidad de un inminente avance de las tropas alemanas sobre Petrogrado. El gobierno sufrió entonces una nueva e irreparable crisis; los liberales decidieron abandonar definitivamente el gobierno, unos porque se solidarizaban con los proyectos de Kornilov y otros porque ya no deseaban responsabilizarse por más tiempo de la política conciliadora de Kerenski. Además, sobre éste recayeron sospechas de duplicidad con relación a los preparativos del golpe militar, una sospecha que motivó también la salida del gobierno de los socialistas moderados.

Kerenski, desprovisto de apoyos, asumió transitoriamente todo el poder político a través de la formación de un directorio integrado por políticos de segunda fila, lo que no hizo sino acentuar las tendencias bonapartistas. A principios de septiembre, la incertidumbre y la sensación de ingobernabilidad cundía entre la población del país.

Bajo este clima de incertidumbre, los socialistas moderados convocaron a todas las fuerzas políticas a una especie de *preparlamento* que recibió el nombre de Conferencia Democrática.

Este órgano político, de carácter meramente consultivo, lo integró una amalgama de representantes de soviets y de los órganos de gobierno local. Su finalidad era alcanzar una proporcionalidad favorable a los partidos coalicionistas, de suerte que se alcanzara también una fórmula que sentara las bases para un gobierno de amplia coalición, pertrechado además de la suficiente autoridad como para convocar elecciones a la Asamblea Constituyente, un acto que todos concebían como coronación de la revolución democrática.

La Conferencia Democrática arrojó votaciones bastante confusas, salvo en un punto: se declaró contraria a la reanudación de la colaboración gubernamental con los liberales[43]. Contrariamente a lo esperado, Kerenski desafió los resultados formando a principios de octubre la tercera y última coalición gubernamental, esta vez formada por seis liberales y diez socialistas. Este gobierno, a juicio de Trotsky, "ya no era capaz de nada; apenas nacido, entró en la agonía, esperando, con los ojos abiertos, a su sepulturero".

3.4.2. Tercer gobierno de coalición: situación prerrevolucionaria y ascenso del partido bolchevique

El Partido bolchevique fue la organización que más se benefició de la ola de radicalización que desencadenó la sublevación militar de Kornilov a finales de agosto. Desde la clandestinidad, y durante la misma intentona contrarrevolucionaria, los bolcheviques decidieron apoyar tácticamente al gobierno de Kerenski apareciendo así ante la opinión pública como los defensores más convincentes de las conquistas democráticas; bajo el lema de *paz, pan y tierra* siguieron reclamando la inmediata convocatoria de la Asamblea Constituyente, así como la consolidación de los órganos soviéticos.

La estrella del bolchevismo registró un vertiginoso ascenso. A finales de agosto contaba, por primera vez, con una clara mayoría en el Soviet de Petrogrado, pocos días después en el Soviet de

43 Trotsky, León (1972) "La revolución desfigurada", p. 38, en *Obras de León Trotsky*, México: Juan Pablos, t. 2.

Moscú y en un número no desdeñable de soviets locales. También en agosto, Trotsky y el grupo de los *mezhrayontsi* se integraban en el partido bolchevique[44]. Finalmente, en septiembre, la unidad de acción entre *eseristas* de izquierda, mencheviques internacionalistas y bolcheviques era casi total. Asimismo, se puede afirmar que el partido bolchevique se había convertido por primera vez en un verdadero partido de masas cuyas iniciativas encontraban eco incluso en los distritos rurales. Tan importante trasvase de fuerzas se produjo ante el estupor de muchos miembros de la *vieja guardia* bolchevique, todavía incapaz de calibrar las consecuencias derivadas de la conquista de la mayoría en los soviets. Lo reflejaban las interminables discusiones que Lenin se vio obligado a sostener dentro del partido entre agosto y septiembre para defender la conveniencia o, según él, la "imperiosa necesidad" de emprender la insurrección armada como salida a la inestable, insostenible y transitoria situación de "dualidad de poder"[45]. Es más, una relevante mayoría del Comité Central del partido bolchevique se inclinaba todavía por participar en el *preparlamento* de Kerenski, puesto que entendía que ello llevaría a un sistema parlamentario, a un perfeccionamiento de la revolución democrática y, por consiguiente, a una etapa de preparación para la revolución socialista. En suma, se oponía a lo que consideraba una *aventura putschista* de Lenin. Era tanto más sorprendente, por cuanto numerosos soviets ya se habían decantado a favor de un gobierno que fuera la expresión fiel de la voluntad soviética.

Esta situación claramente prerrevolucionaria en Rusia y la gestación de una situación similar en diversos países europeos, afianzaron la convicción de Lenin de que se estaban "pisando los umbrales de una revolución proletaria internacional" y que la revolución proletaria en Rusia ya no podía ser aplastada con la misma facilidad por la Europa capitalista, ya que, según el dirigente bolchevique, ésta carecía de la suficiente solidez y autoconfianza. Por ello enfatizó que:

44 Serge, Victor (1972) *El año I de la revolución*, Madrid: Siglo XXI, pp. 44.47.
45 Trotsky, León, *Lecciones de Octubre*, *op. cit.*, pp. 46-47.

> Obtenida la mayoría en los soviets de ambas capitales (…) los bolcheviques pueden y deben tomar en sus manos el poder del Estado (…). Sólo nuestra victoria en las capitales arrastrará a los campesinos detrás de nosotros (…). La crisis ha madurado. Ahora está en juego todo el porvenir de la revolución rusa (…). Todo el porvenir de la revolución obrera internacional por el socialismo está en juego. La crisis ha madurado[46].

Trotsky, por su parte, en la polémica que sostuvo con los bolcheviques de derecha, decía lo siguiente:

> No era cierto que debiesen mediar largos años entre la revolución burguesa y la revolución proletaria; no era cierto que la escuela del parlamentarismo constituyese la única o la principal escuela preparatoria para la conquista del poder; no era cierto que la vía que llevaba al poder pasara necesariamente por la democracia burguesa. Se trataba de abstracciones inconsistentes, de esquemas doctrinales, cuyo solo resultado se reducía a encadenar a la vanguardia, a hacer de ella, por mediación del mecanismo estatal *democrático*, la oposición, la sombra política de la burguesía[47].

Hemos tenido ocasión de comprobar cómo, antes de producirse la Revolución de Octubre, se habían consumado en Rusia todas las posibles variantes gubernamentales salvo aquella que confiriera todo el poder a los soviets. El problema de la insurrección adquirió entonces un significado radicalmente distinto al que le habían conferido algunos bolcheviques durante las *jornadas de julio*. Lenin ya puso de manifiesto esa diferencia en julio cuando señaló que:

> El verdadero error de nuestro partido en los días 3 y 4 de julio, puesto ahora de manifiesto por los acontecimientos, consistió en que (…) consideraba aún posibles las transformaciones

46 Lenin, Vladimir I. (1977) "Los bolcheviques deben tomar el poder en sus manos" en *Obras Completas*, t. 27, pp. 125 y ss.

47 Trotsky, León, *Lecciones de Octubre*, *op.cit.*, p. 104.

> políticas por la vía pacífica, mediante la modificación de la política de los Soviets, cuando, en realidad, los mencheviques y los socialrevolucionarios, gracias a su espíritu de conciliación, se hallaban ya tan atados a la burguesía y ésta se había convertido hasta tal punto en contrarrevolucionaria, que no se podía ni siquiera pensar en una solución pacífica[48].

Se cumplían así los requisitos determinantes de una situación revolucionaria, expuestos por Lenin en su obra de 1920 *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*: "sólo cuando los *estratos inferiores* no se muestran dispuestos a tolerar lo viejo, y *los estratos superiores* se muestran incapaces de seguir por los viejos cauces, sólo entonces puede triunfar la revolución. Puede también expresarse diciendo que la revolución es imposible sin una crisis nacional general que afecte a explotados y explotadores". De esta caracterización de lo que es una situación revolucionaria puede inferirse que, de acuerdo con los postulados de Lenin, no se consigue ganar la dirección de las masas por medio del adoctrinamiento, *creando* una falta de conciencia, sino apelando a una conciencia *latente*.

Directamente relacionado con estas palabras está el juicio que cabe extraer del cambio de actitud de Lenin respecto a la fuerza de la *espontaneidad* revolucionaria. La opinión más extendida ha sido similar a la de Daniel Guerin, para quien el espíritu del leninismo suponía que "habría soviets, sin lugar a duda, pero bajo el control del partido obrero cuya misión histórica era dirigir al proletariado"[49]. En cambio, a juicio de M. Liebman, no fue un lapsus que Lenin apenas mencionara al partido en *El Estado y la revolución*, pues, en septiembre, refiriéndose a la insurrección, declaraba que ésta, para tener éxito, no debe depender de un partido durante el ascenso revolucionario del pueblo, sino de la clase avanzada. Esta valoración parece más acertada porque el desencadenamiento de la Revolución de Octubre puede interpretarse tanto como

48 Citado por Trotsky, León en *Historia de la Revolución rusa*, *op. cit.*, t.2.

49 Guerin, Daniel (1970) *Anarchism from Theory to Practice*, Nueva York: Monthly Review Press, p. 87.

resultado de la toma del poder por el partido bolchevique *como* porque los estratos más avanzados de las masas forzaran al partido a adoptar una actitud decidida con relación a la conquista del poder. No en vano, en el VI Congreso del partido celebrado en agosto de 1917, el dirigente bolchevique Podvoiski confesaría que "nos vemos obligados a emplear la mitad de nuestro tiempo calmando a las masas. La radicalización de las masas ya se había puesto de manifiesto durante meses y se había concretado en la masiva multiplicación de soviets, cada vez más celosos de su autonomía e incluso independencia. Lo mismo cabría decir de los comités de fábrica"[50].

Si Lenin y Trotsky coincidían en caracterizar la situación de Rusia como revolucionaria, y si ambos conferían a la insurrección un carácter apremiante, no es menos cierto que esa coincidencia solapaba una diferencia de enfoque trascendental: ¿en nombre de quien se realizaría la insurrección? Así como Lenin estaba dispuesto a involucrar al partido en la iniciativa, Trotsky, por el contrario, era partidario de que la toma del poder se realizara en nombre del II Congreso de los Soviets de toda Rusia.

Conviene tener en cuenta que la conquista del poder a través de un acto insurreccional formaba parte del programa histórico del POSDR. Y también venía a ser una de las notas que diferenciaban el marxismo ruso de la ortodoxia del SPD; no tanto por su mera formulación programática como por la voluntad expresa de recurrir a la misma. El POSDR seguía así fielmente lo que Marx había señalado cuando decía que ningún régimen social, y ninguna clase que lo represente, ha cedido voluntariamente el puesto a una nueva clase ascendente, ni ha abandonado el escenario histórico sin una lucha encarnizada. Kautsky, por el contrario, en "La concepción materialista de la historia", modificaba sustancialmente esta afirmación de Marx, porque, según sus palabras:

50 Liebman, Marcel, en *op. cit.*, p. 208, señala que, a comienzos de julio, cuándo los comités de fábrica ya seguían la línea del partido bolchevique, los mencheviques detentaban todavía el 55,5% de los delegados a la conferencia estatal de los sindicatos frente al 36,4% de los bolcheviques.

> Con un Estado democrático (el Estado burgués actual), con una democracia consolidada, la lucha armada ya no tiene ninguna función en la solución de los conflictos sociales. Estos conflictos se resuelven por vía pacífica, con la propaganda y con el voto. Incluso la huelga masiva, como medio de presión de la clase obrera, tiene cada vez menos importancia[51].

En 1920, Trotsky, en respuesta, escribe en *Terrorismo y comunismo* que:

> Los políticos rutinarios, incapaces de abarcar en su complejidad, en sus contradicciones y discordancias internas el proceso histórico, se han figurado que la historia prepararía simultánea y racionalmente, por todos los lados a la vez, el advenimiento del socialismo, de suerte que la concentración de la industria y la moral comunista del productor y el consumidor hubiesen podido evolucionar y madurar con los arados eléctricos y las mayorías parlamentarias. De aquí, la adopción de una actitud puramente mecánica frente al parlamentarismo, que, a ojos de la mayoría de los políticos de la Segunda Internacional, indicaba el grado de preparación de la sociedad para el socialismo, del mismo modo que un manómetro señala la presión del vapor. Nada hay más absurdo, sin embargo, que esta representación mecánica del desenvolvimiento de las relaciones sociales (...). La Historia, empero, no otorga al partido de la revolución social una mayoría parlamentaria formal. En otros términos, no ha transformado a las naciones en Clubs que votan solemnemente, por mayoría de votos, la revolución social. Por el contrario, la revolución violenta ha llegado a ser una necesidad, precisamente porque las exigencias ineluctables de la historia no podían ser satisfechas por el mecanismo de la democracia parlamentaria (...). No hay esperanza de conquistar pacíficamente el poder mientras la burguesía conserve todos los instrumentos de dominación. Es triple locura la

51 Kautsky, Karl (1927) *Der materialistische-Geschichtsauffassung*, Berlin: JHW Dietz Nachf, vol. 2, pp. 474 y ss.

> esperanza de llegar al poder por el camino que la misma burguesía señala y atrinchera simultáneamente: por la democracia parlamentaria[52].

Lenin, por su parte, en *El Estado y la revolución*, contraatacaba también la negativa de la socialdemocracia alemana de admitir los principios de la dictadura del proletariado y la naturaleza de clase de todo Estado. Según él, ello les "ha impedido que siquiera se plantearan convenientemente en la teoría (sin hablar de resolverlo en la práctica) el problema de la insurrección armada"[53]. Al mismo tiempo se vio precisado a explicar, con el fin de salir al paso de las críticas que suscitó la defensa de la insurrección armada, que frente a las concepciones blanquistas o *putschistas* la insurrección armada venía a ser, en determinadas condiciones, para el marxismo revolucionario, una necesidad política y un arte que requería una preparación política y militar por parte del partido. En su *Carta a los camaradas*, de septiembre de 1917, Lenin establecía la siguiente diferencia entre blanquismo y marxismo en lo referente a la insurrección:

> Un complot militar pertenece al blanquismo puro si no está organizado por el partido de una clase determinada; si sus organizadores no han apreciado justamente el momento político en general y la situación internacional en particular; si no cuentan con la simpatía (demostrada con hechos) de la mayoría del pueblo; si en el curso de la revolución no ha destruido las ilusiones y las esperanzas de la pequeña burguesía en cuanto a la posibilidad y la eficacia del acuerdo entre las clases; si los organizadores del complot no han conquistado la mayoría, en el seno de los órganos de la lucha revolucionaria, *provistos de plenos poderes* o, al igual que los Soviets, con un lugar importante en la vida de la nación; si no hay

52 Trotsky, León (2008), *Terrorismo y comunismo. Réplica a Karl Kautsky*. Madrid: Akal, pp. 164 y 179-180

53 Lenin, Vladimir I., "El marxismo y la insurrección", *Obras Completas*, tomo 34, pp. 250 y ss.

> en el ejército (en tiempos de guerra) una determinada hostilidad frente al gobierno que prolonga una guerra injusta, contra la voluntad del pueblo; si las consignas de la insurrección (*Todo el poder para los soviets*, *La tierra para los campesinos*, *Propuesta inmediata a todos los Estados beligerantes de una paz democrática*, *Anulación inmediata de los tratados* secretos, *Abolición de la diplomacia secreta*, etc.) no cuentan con una amplia difusión y con la mayor popularidad; si los obreros avanzados no están convencidos de la situación desesperada de las masas y asegurados del apoyo de los campesinos (apoyo demostrado por un importante movimiento campesino, o por la sublevación de gran envergadura, contra los propietarios y el gobierno que los defiende); si la situación económica permite esperar realmente una solución favorable de la crisis, por medios pacíficos y por vía parlamentaria[54].

La oposición que encontró este insistente llamamiento a la insurrección armada en el comité central del Partido bolchevique provenía prácticamente de los mismos sectores que antes se habían enfrentado a las tesis de abril. En definitiva, significaba que numerosos bolcheviques de la vieja guardia seguían apostando más por una democracia parlamentaria radical que por una transformación socialista. Esta forma de pensar era, naturalmente, aún más concordante con la mentalidad menchevique. Mártov diría que "un partido socialdemócrata debe participar en una insurrección armada, debe hacer a las masas un llamamiento al levantamiento... pero no puede preparar un levantamiento si desea permanecer fiel a su programa a fin de no convertirse en un partido de *putschistas*[55]. Pero, lo que venía a ser consustancial al planteamiento político menchevique, una derivación del carácter burgués que conferían al proceso revolucionario en curso, en el caso de los bolcheviques el análisis que hicieron de los acontecimientos dio

54 Lenin, Vladimir I. "Carta a los camaradas" en Obras completas, Madrid: Akal, 1976, t. 27, p. 321.

55 Citado en la obra citada de Tony Cliff, vol 1, p. 195. La cita de Mártov es del V Congreso del POSDR celebrado en Londres en 1907.

lugar a dos interpretaciones diferentes: una que esperaba que la Asamblea Constituyente arrojara unos resultados favorables para instaurar la dictadura democrática de obreros y campesinos, y cuyo cometido sería básicamente emprender las tareas burguesas inconclusas; la otra interpretación, por el contrario, estaba vinculada a la necesidad de llevar a cabo la insurrección armada para proclamar la dictadura del proletariado, sin que ello supusiera en absoluto que se tuviera una idea clara del papel que se asignaría a la Asamblea Constituyente. El propio Trotsky confiesa que fue presa de esta incertidumbre al apuntar que:

> (…) los bolcheviques, que no veían salida alguna por la senda de la democracia formal, tampoco renunciaban todavía, por su parte, a la idea de la Asamblea Constituyente (…). No era posible prever con absoluta certeza si el ulterior desarrollo de los acontecimientos crearía condiciones favorables para la victoria completa del proletariado. Pero fuera de la dictadura de los Soviets y antes de esta dictadura, la Asamblea Constituyente debía ser la conquista suprema de la revolución[56].

Ya estaba presente una de las antinomias vinculada a la Revolución de Octubre.

3.5. La Revolución de Octubre

El curso de los acontecimientos favoreció el planteamiento de Lenin. Una vez que el Partido bolchevique –con fisuras y vivas polémicas– aprobó preparar la insurrección, la cuestión de quien había de ser el agente quedó finalmente establecido: que fueran los soviets y no el partido como inicialmente lo había propuesto Lenin. Tal vez fuera Trotsky, en calidad de presidente del Soviet de Petrogrado y *ex officio* responsable del Comité Militar Revolucionario, quien defendiera con más insistencia la necesidad

56 Trotsky, León (2007), *Historia de la Revolución Rusa*, t. 2, Fund. F. Engels, p. 272.

de que la insurrección fuera realizada en nombre y de acuerdo con el II Congreso Panruso de los Soviets, porque, según sus propias palabras, así "el levantamiento aparecería ante el mundo no como la obra de un sólo partido, sino como una empresa mucho más amplia". Aparecen ya aquí los indicios de algo que ni Lenin ni Trotsky siquiera barruntaron: la posibilidad de que surgiera un conflicto entre la legalidad soviética y la dictadura de partido. Ambos hacían gala de la idea de que la democracia obrera, por ser infinitamente superior a la burguesa, no plantearía tal conflicto de competencias. Así lo expuso con optimismo Trotsky en 1920:

> Mientras el régimen parlamentario, hasta en la época de su desenvolvimiento *pacifico* y seguro, no reflejaba más que bastante groseramente el estado del espíritu del país, y, en los días de tempestades revolucionarias, ha perdido por completo la facultad de seguir la lucha y la evolución de la convivencia política, el régimen de los Soviets establece un contacto infinitamente más estrecho, más orgánico, más honrado con la mayoría de los trabajadores. Su significación más importante no es reflejar estáticamente la mayoría, sino formularla dinámicamente. Dentro ya de la dictadura revolucionaria, la clase obrera rusa ha dado a entender con ello que, en período de transición, no construye su política sobre el arte inconsistente de rivalizar con partidos camaleones, para arrancarles algunos votos campesinos, sino de pleno acuerdo con el proletariado en la administración del país, hecha conforme a los verdaderos intereses de los trabajadores. Y esta es una democracia bastante más profunda que la parlamentaria[57].

Resulta obligado entender el proceso que llevó a identificar la democracia soviética con un sistema de partido único.

La Revolución de Octubre fue, desde luego, obra de una minoría en comparación con la de Febrero, pero al realizarse en nombre del II Congreso Panruso de los Soviets recibía el respaldo de unos

57 Trotsky, León (2020), *Terrorismo y Comunismo*, Valencia: Ediciones Int. Sedov, p. 36.

veinte millones de trabajadores y el reconocimiento complaciente del campesinado del inmenso *hinterland* ruso. Aun así, pocos creían que el nuevo régimen fuera algo duradero; los más optimistas hablaban de un período de tres meses que a lo sumo podría prolongarse hasta seis meses[58]. En 1919, dos años más tarde, el corresponsal del *New York Times*, Robert Wilson, publicó un libro con el significativo título de *La agonía de Rusia*. En él se podían leer frases como ésta:

> Desde el punto de vista económico, la supervivencia del régimen soviético es imposible, y desde el punto de vista político, un absurdo.

A su vez el economista liberal Ludwig von Mises declaraba en 1920 que "se pondrá de manifiesto que el lugar de una forma anárquica de producción ha sido ocupado de forma aberrada por la acción de un aparato irracional. Las ruedas girarán de vacío".

Las clases medias rusas contemplaron la Revolución de Octubre como un golpe de mano de un puñado de *doctrinarios fanáticos* secundado por un terrible movimiento anárquico de la plebe inculta, y semejante movimiento no podía durar mucho. En las cancillerías europeas se barajaron ideas muy similares a éstas.

Había motivos suficientes para pensar así. Ya en los primeros días, la casi totalidad de los funcionarios públicos se ausentaron de sus puestos de trabajo, los bancos cerraron, los periódicos protestaron contra el "golpe de fuerza bolchevique" y exhortaban a la población a no obedecer las órdenes de "una banda de aventureros políticos que ha usurpado el poder"; el partido socialista-revolucionario lanzó un llamamiento al país anunciando la creación de un Comité de Salud de la Patria y de la Revolución, invitando a todos los verdaderos demócratas a agruparse en dicho Comité con el fin de combatir a los *usurpadores*; Kerenski se puso al frente de un cuerpo de caballería compuesto por cosacos del general Krasnov para marchar sobre Petrogrado; los *cadetes*, tras la toma

58 Smith, Stephen A. (1983) *Red Petrograd: Revolution in the Factories 1917-1918*, Nueva York: Cambridge University Press.

del Palacio de Invierno, quedaron en libertad, consiguieron armas y se apoderaron de las Escuelas militares; en Moscú la situación era aún peor; el *Vikjel* –la Confederación general de obreros ferroviarios, a cuyo frente se hallaba un comité donde predominaban elementos antibolcheviques– envió un ultimátum al gobierno bolchevique que, en caso de ser desatendido, significaría la huelga general y la guerra civil. El ultimátum decía entre otras cosas lo siguiente:

> Se ha encendido una guerra fratricida. El Gobierno de Kerenski ha sido incapaz de mantener el poder. El Consejo de los Comisarios del Pueblo que acaba de formarse en Petrogrado apoyándose en un sólo partido no puede ser reconocido y sostenido por todo el país. Ese gobierno sólo puede ser creado mediante un acuerdo mutuo de los partidos democráticos.

Los primeros decretos del Consejo de Comisarios del Pueblo (Sovnarkom) legitimaron la existencia del nuevo régimen al abolir el derecho de propiedad de los terratenientes y sancionar las ocupaciones de tierras de los campesinos, al hacer un llamamiento a los pueblos a favor de la paz, establecer el control obrero sobre la producción[59], consagrar el derecho de las nacionalidades a la autodeterminación y señalar que el Sovnarkom se erigía en gobierno revolucionario, sujeto a la confianza de los soviets, únicos y supremos depositarios del poder revolucionario. El decreto sobre el Sovnarkom establecía también la importante salvedad de que esta legitimación era provisional hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente. En cualquier caso, la legislación y los decretos emanados del nuevo régimen soviético tuvieron en general un carácter más simbólico y propagandístico que real, dado que el gobierno carecía de fuerza para ejecutar las medidas legislativas. Trotsky nos ofrece el siguiente testimonio de la actividad gubernamental de aquellos días:

59 Trotsky, León (2009) *Lenin*, Buenos Aires: IPS., pp. 283 y 286-287.

> Desde el momento en que se derribó el gobierno provisional, Lenin actuó como si fuese el gobierno, tanto en las cosas importantes como en las menores. No teníamos aún instrumentos gubernamentales; faltaban contactos con el campo; los funcionarios saboteaban; el Vikjel cortó la comunicación telefónica con Moscú; no teníamos dinero ni ejército. Pero Lenin lo creó absolutamente todo por medio de estatutos, leyes y mandatos en nombre del gobierno. (…). El gobierno, que posteriormente experimentó frecuentes renovaciones parciales, desarrolló un trabajo febril dictando sin cesar disposiciones oficiales. Cada sesión del Consejo de los Comisarios del Pueblo presentaba al principio el aspecto de una improvisación legislativa en gran escala. Todo debía comenzarse por el principio, construirse desde los cimientos. No podíamos ofrecer *precedentes* porque la historia no los proveía. La información más insignificante chocaba con mil obstáculos por falta de tiempo. Las preguntas se multiplicaban a medida que crecía la urgencia revolucionaria, esto es, en un caos increíble[60].

Uno de los problemas más acuciantes para el nuevo gobierno era saber hasta qué punto se extendía la revolución a otras partes del país. En Moscú, tras cinco días de lucha, se consolidó el poder soviético, lo que, en definitiva, reforzaba el triunfo de la insurrección de Petrogrado. Desde estas dos ciudades más importantes del país, la revolución se extendió primero, con particular rapidez, a la Rusia central. El proceso fue desigual y lo mismo puede decirse de la resistencia que ofrecían las viejas clases dirigentes, si bien ésta nunca fue tan encarnizada como en Moscú. No obstante, un mes después de la insurrección de Petrogrado buena parte del país se encontraba ya bajo el control del poder soviético.

El país vivía en general en un marco de libertades democráticas plenas, al menos durante los primeros meses –la luna de miel de la revolución, según Alfred Meyer–, algo que reconocen incluso autores poco sospechosos de simpatizar con la Revolución de Octubre. Tanto fue así, que hicieron acto de presencia fuertes tendencias

60 Trotsky, León (2009), *Lenin*, Buenos Aires: CEIP, p. 280.

centrípetas que amenazaban socavar el futuro del régimen soviético; tendencias que, por otra parte, y como reacción, generaron su contrario: una creciente centralización del poder soviético en manos del Estado y del partido. Un proceso que la guerra civil no hizo sino multiplicar.

Sin embargo, antes de que se produjera esta mutación, se puede afirmar que, todavía en octubre, no se tenía una idea clara del papel que había de desempeñar un gobierno bolchevique y, menos aún, la forma que había de revestir la dictadura del proletariado.

Para muchos bolcheviques la Revolución de Octubre debía circunscribirse al derrocamiento del Gobierno Provisional de Kerenski y a su sustitución por otro gobierno, también provisional, que profundizara las conquistas de febrero y allanara el camino para la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Para otro importante sector bolchevique, dentro del cual descollaron Lenin y Trotsky, el planteamiento era diferente: conscientemente se aferraron a la idea de consumar una revolución socialista, si bien opinaban que sólo cobraría virtualidad a condición de que la revolución rusa se extendiera a los países capitalistas avanzados. Mientras tanto, lo fundamental era ganar tiempo. Prueba de ello es que hasta junio de 1918, y entonces sólo por la presión que ejerció la guerra civil, no se procedió a la socialización de la gran industria. Inmediatamente después de la Revolución de Octubre, Rosa Luxemburg se percató de esta inconsistencia de Lenin y Trotsky e hizo un presagio que cobró visos de realidad en años venideros:

> La reforma agraria de Lenin ha creado en el campo una nueva y poderosa capa popular de enemigos cuya resistencia será mucho más peligrosa y tenaz que la de los terratenientes de la aristocracia[61].

La consolidación de la pequeña propiedad agraria no era sino una manifestación más de medidas de oportunismo político adoptados sin demasiada reflexión bajo el impulso dramático de los acontecimientos. Trotsky lo atestigua diciendo que "aquellas sesiones

61 Luxemburg, Rosa, *Escritos políticos*, *op. cit.*, pp. 566-567.

del Consejo de Comisarios del Pueblo, renovado en parte gran número de veces durante la primera época, eran cuadros magníficos de improvisación legislativa. Había que acometerlo todo desde el principio. No podía pensarse en buscar precedentes, pues la historia no los conocía"[62].

Los hechos más significativos acaecidos entre octubre y la primavera de 1918 llevan el sello inconfundible de las dos concepciones que sustentaron los bolcheviques sobre la Revolución de Octubre, a las que ya nos hemos referido, así como de una creciente colusión entre partido y Estado[63]. En efecto, uno de los problemas más complejos que tuvo que afrontar el partido bolchevique tras la conquista del poder fue determinar su función dentro de la estructura soviética. Hasta entonces toda la actividad del partido se había ceñido a la conquista del poder estatal, pero nunca se había detenido a pensar cómo debía organizarse el Estado proletario. Todo tuvo que improvisarse. La falta de cuadros para la administración del nuevo Estado, como observa Leonard Schapiro[64], supuso la incorporación masiva de los mejores bolcheviques al aparato central y local de los soviets. La estimación de Thomas H. Rigby es elocuente: en el congreso del partido de 1919, 2/3 partes de los delegados ostentaban cargos en las instituciones soviéticas[65].

3.5.1. Democracia obrera pluripartidista

La primera crisis gubernamental irrumpió poco después de que se constituyera el Sovnarkom, una crisis que también conmovió al propio partido. Bolcheviques como Kámenev, Zinóviev, Rikov, Miliutin, Noguín y otros dimitieron como comisarios del pueblo y en su calidad de miembros del comité central, aunque,

62 Trotsky, León (2012) *Mi Vida*, Buenos Aires: CEIP, pp. 347 y ss.

63 Carr, Edward H (1970), *1917 Antes y después*, Anagrama, pp. 231 y ss., dedica todo un capítulo a este tema; resume buena parte de las interpretaciones dadas a este fenómeno.

64 Schapiro, Leonard (1971) *The Communist Party of the Soviet Union,* London: Random House, p. 246

65 Rigby, Thomas H. (1968) *The Communist Party Membership in the USSR, 1917-1967*, Nueva Jersey: Princeton University Press, p. 75.

poco después, se retractaran de ello. Defendían la idea de que si el gobierno revolucionario se erigía en nombre de los soviets, éste debía ser un gobierno de coalición socialista que representara la fuerza proporcional de todos los partidos obreros en el sistema soviético. De no ser así –argumentaban– un gobierno bolchevique "sólo podría mantenerse en el poder por medio del terror político". A esta consideración democrática –"abstracta", añadirían Lenin y Trotsky– la mayoría del Comité Central del partido anteponía la defensa de los objetivos revolucionarios frente a un gobierno de amplia coalición, pues "anularía la hegemonía bolchevique y diluiría los objetivos perseguidos".

La mayoría del partido bolchevique, al tiempo que juzgaba un monopolio bolchevique del poder como incompatible con la democracia soviética, también entendía que una coalición gubernamental sólo podía negociarse en el caso de que quedara asegurada la hegemonía bolchevique. Era evidente que en la mente de numerosos bolcheviques había arraigado el temor de que un gobierno de amplia coalición rebajara los objetivos revolucionarios a un patrón burgués y que la futura Asamblea Constituyente investiría a un Cavaignac ruso para luego entronizar una república burguesa *avant la lettre*.

La exigencia bolchevique ponía en entredicho, ya desde los inicios, la virtualidad de la democracia soviética. Esta se concebía como una democracia de clase y, como tal, una que respetaba a los partidos y corrientes políticas vinculadas a las aspiraciones populares. A tenor de estas consideraciones, el monopartidismo, en principio, no entraba en absoluto en el horizonte de los bolcheviques y en su forma de concebir la gestión del Estado proletario. En octubre, Lenin se imaginaba que la democracia soviética se encauzaría normalmente siguiendo los siguientes criterios:

- Elección pacífica de los diputados por parte del pueblo
- Lucha pacífica de los partidos en el seno de los soviets
- Verificación práctica del programa de los diferentes partidos
- Paso pacifico del poder de un partido a otro

Sin embargo, la realidad fue que a partir de la primavera de 1918 el régimen soviético iba deslizándose paulatinamente hacia un sistema político basado en el monopolio político del partido bolchevique. En rigor, puede decirse que sólo a partir de 1919, cuando sobrevino la crisis de las instituciones soviéticas, fue cuando el partido asumió un papel rector al reforzar su autoridad frente a los órganos soviéticos. En 1920 Zinóviev podía declarar que "cualquier trabajador consciente debe comprender que la dictadura de la clase obrera sólo puede llevarse a cabo mediante la dictadura de su vanguardia, esto es, por medio del Partido Comunista".

Poco a poco comenzaron a vislumbrarse tendencias jacobinas que no tardarían en adquirir perfiles teóricos. Se aducía, haciendo todavía de la necesidad virtud, que la dictadura del partido estaba justificada desde el momento en que ésta *representaba objetivamente* los intereses de las masas más allá de su madurez subjetiva. El resultado no podía ser otro que el desplazamiento paulatino de esas mismas masas de todas las instancias de poder y su suplantación por cuadros del partido bolchevique. Con su sinceridad habitual Lenin ya advertía en marzo de 1919 que:

> (…) los Soviets, siendo por su programa órganos de administración ejercida por los trabajadores, sean en la práctica órganos de administración para los trabajadores ejercida por el sector avanzado del proletariado, y no por las masas trabajadoras. En este aspecto tenemos planteada una tarea que no puede ser llevada a cabo más que con un largo trabajo de *educa*ción. En el presente, esta tarea ofrece para nosotros dificultades inmensas, porque, como ya he tenido ocasión de señalar más de una vez, el sector de obreros que gobiernan es excesivamente, increíblemente escaso. Debemos obtener refuerzos[66].

66 Lenin, Vladimir I., *Obras Completas*, t. 38, pp. 181-182. Massimo L. Salvadori en la obra colectiva junto a Lucio Magri y Lisa Foa, *Vía parlamentaria o vía consejista* (Anagrama, 1977), p. 64, estima con razón que este texto de Lenin expresa la "misión típicamente jacobina que ya entonces asignaban los bolcheviques al partido en el poder. La esencia de este jacobinismo era una relación autoritaria y pedagógica con las masas en la dirección del monopartidismo al monolitismo".

Sin embargo, nunca planteó el sistema de la dictadura del proletariado como un sistema monopartidista.

Al margen de estas consideraciones *ex post facto*, la primera fase del régimen soviético estuvo caracterizada por la voluntad de ensanchar la base política del mismo y por el deseo de afianzar definitivamente el régimen soviético frente a concepciones parlamentarias.

Las negociaciones que los bolcheviques entablaron con los socialistas-revolucionarios y los mencheviques tenían una triple finalidad. Por un lado, desbaratar la formación de un amplio bloque antibolchevique; en segundo lugar, propiciar la ruptura definitiva entre las fracciones de izquierda y derecha de ambos partidos; y, por último, si se daban los supuestos anteriores, basar el régimen soviético en el pluripartidismo. Todos los objetivos enumerados iban pues encaminados a ensanchar la base social del nuevo Estado y a profundizar la línea divisoria entre partidos que defendían la legalidad soviética y partidos partidarios de una democracia parlamentaria.

Según Trotsky, los socialistas-revolucionarios de izquierda se encargaron de actuar de puente entre el Sovnarkom y los demás partidos socialistas, ya que:

> (...) los mencheviques y los socialistas-revolucionarios de derecha habían roto sus relaciones con el Congreso de los Soviets, considerando imperativa una coalición con los grupos antisovietistas. Dada esta situación, no podíamos hacer otra cosa que indicar a los socialistas-revolucionarios de izquierda la conveniencia de atraer a los de la derecha hacia una combinación con el elemento triunfante. Mientras ellos se ocupaban de realizar esta imposible tarea, nosotros asumíamos la responsabilidad integra del gobierno, y la lista de Comisarios del Pueblo se compuso íntegramente de bolcheviques[67].

Con el fracaso de estas negociaciones, a mediados de diciembre se creó un gobierno de coalición de bolcheviques

67 Trotsky, León, *La revolución de Octubre*, *op.cit.*, p. 86.

y social-revolucionarios de izquierda, pues tanto mencheviques como otras fracciones social-revolucionarias se autoexcluyeron al no reconocer que la soberanía del pueblo residiera en los soviets y al vetar la inclusión de Lenin y Trotsky en un futuro gobierno de coalición pactado. No obstante, la participación gubernamental de los *eseristas* de izquierda permitió que el nuevo régimen se granjeara el apoyo del campesinado, aparte de tener también asegurada una mayoría en el Congreso y el Comité ejecutivo panruso de los soviets. Este último extremo hacia practicable la idea de Lenin de que el Sovnarkom sólo gobernaría en nombre de los soviets en tanto gozara de la confianza de éstos[68].

3.5.2. Democracia soviética frente a democracia parlamentaria: elecciones, constitución y disolución de la Asamblea Constituyente

Casi simultáneamente se celebraron las elecciones para la Asamblea Constituyente de acuerdo con las fechas preestablecidas por el gobierno de Kerenski, a pesar de las reticencias de Lenin que prefería posponerlas a una fecha posterior[69]. La lectura de los resultados electorales justificó ampliamente todas las aprensiones de Lenin. Estos fueron los resultados:

	Votos	Escaños
Socialrevolucionarios rusos	15 848 004	299
Socialrevolucionarios ucranianos	1 286 157	81
Coalición de socialistas ucranianos	3 556 581	39
Total votos Socialrevolucionarios	20 690 742	429
Bolcheviques	9 844 637	168

68 Deutscher, Isaac., *op. cit.*, pp. 301-319. Rigby, Thomas H. en *Lenin's Government; Sovnarkom 1917-1922* (1979, Cambridge University Press), suministra una visión de conjunto del funcionamiento institucional soviético. Véase también Orlando Figes (2010) *La revolución rusa (1891-1924)*, Barcelona: Edhasa.

69 Carr, Edward H. (1972), *Historia de la revolución bolchevique*, Madrid: Alianza, p. 126; también Serge, Victor, *op. cit.*, p. 138.

Mencheviques	1 364 826	18
Otros socialistas	601 707	4
Cadetes	1 986 601	15
Grupos conservadores	1 262 418	2
Grupos nacionalistas	2 620 967	77

Los resultados otorgaban a los partidos socialistas 3/4 partes de los escaños. También reflejaban, como se desprende de los votos emitidos a favor del partido social-revolucionario, el enorme peso del campesinado ruso. Este hecho hizo que la Asamblea Constituyente cobrara una importancia vital, pues se identificaba su convocatoria con el reparto de tierras.

Por ésta y otras circunstancias, nada más conocerse los resultados, la sociedad rusa se dividió en dos campos enfrentados: en uno se alinearon las fuerzas políticas que exigían la inmediata convocatoria de la Asamblea Constituyente y, en el otro, los partidarios de aplazarla con el fin de que, cuando se reuniera, votara autodisolverse una vez reconocida la legitimidad soviética.

Nos interesa sobremanera resaltar la valoración que tanto bolcheviques como socialistas moderados hicieron de los resultados electorales. De tales valoraciones no sólo se desprende lo que cualificaba al régimen soviético y lo que definitivamente descartaba toda aspiración parlamentaria, sino también permite aquilatar la correlación de fuerzas real entre las distintas opciones políticas.

Lenin dio a conocer su posición el 26 de diciembre a través de su escrito *Tesis acerca de la Asamblea Constituyente*. Este escrito, aparte de afirmar la superioridad de la democracia soviética con relación a la "democracia parlamentaria burguesa", indicaba que los resultados de las votaciones no reflejaban la verdadera voluntad del pueblo, entre otras razones porque los *eseristas* aparecían ante el electorado en listas únicas, cuando en realidad estaban ya escindidos en dos partidos. A su juicio, las elecciones reflejaban una voluntad deformada del electorado, por esta razón y porque el censo electoral se había confeccionado antes de la Revolución de Octubre. Además, encarar el problema de la Asamblea Constituyente, con independencia de la lucha de clases y de la ya iniciada guerra civil, era colocarse en el campo burgués.

Marcel Liebman amplía esta última aseveración al decir que la Asamblea Constituyente fue una "asamblea de notables" que, debido a su origen y aspiraciones, justificaba todas las esperanzas que en ella depositaba el campo conservador. Así pues, si la confrontación entre los soviets y la Asamblea Constituyente correspondía, en el plano de los principios, a la distinción entre democracia revolucionaria y democracia parlamentaria, en el terreno de la realidad política y social implicaba el antagonismo de dos mundos encontrados: la burguesía y sus aliados, por un lado; y el proletariado y sus seguidores por otro. Con arreglo a todas estas consideraciones, la solución a la crisis política, según Lenin, sólo podía vislumbrarse mediante la convocatoria de nuevas elecciones, pero sólo para que estos nuevos representantes de la Asamblea Constituyente, más a la izquierda, firmaran el acta de disolución tras reconocer que la soberanía popular residía en los soviets y tras condenar la contrarrevolución.

Más tarde, los bolcheviques encontraron una línea de argumentación más convincente para disolver la Asamblea Constituyente: los núcleos industriales habían votado mayoritariamente a favor de los bolcheviques, y puesto que estos mismos núcleos siempre habían arrastrado tras sí a los demás sectores, las elecciones legitimaban en realidad la hegemonía bolchevique[70].

No todos los bolcheviques se pronunciaron así. Una minoría, encabezada esta vez por Nikolai Bujarin, trató de solventar la disyuntiva entre soviets y Asamblea Constituyente al proponer una salida ecléctica: la convocatoria de elecciones para una Convención revolucionaria que coexistiera con el régimen soviético. Se trataba de una propuesta poco consistente que claudicó cuando Lenin afirmó rotundamente que "desde luego que los intereses de esta Revolución proletaria y campesina están por encima de los derechos formales de la Asamblea Constituyente".

Los social-revolucionarios de izquierda compartían los criterios barajados por los bolcheviques. En cambio, las otras fracciones social-revolucionarias, centro y derecha *a grosso modo*, se

70 Así lo afirma Victor Serge en *El Año I de la Revolución*, p. 141, y en *Vie et mort de León Trotsky*, p. 87.

dividieron entre los que se disponían a coaligarse en un amplio frente antibolchevique bajo el lema de "Defensa de la Asamblea Constituyente", y una minoría que todavía juzgaba posible llegar a una solución de compromiso. Los mencheviques, cuyo peso político había menguado ostensiblemente, oscilaban desde una posición de aparente neutralidad entre los bolcheviques y sus adversarios incondicionales. A rasgos generales, tanto mencheviques como social-revolucionarios de centro y derecha seguían atrincherados en la defensa a ultranza de un régimen parlamentario, pues, a su entender, era el único que representaba a todas las clases de la sociedad rusa.

La oposición anti-bolchevique no tardó en crear un Comité de Defensa de la Asamblea Constituyente que emprendió diversas acciones de presión en varias ciudades rusas. Esta coalición antibolchevique, políticamente heterogénea, inició sus actividades al tiempo que irrumpieron las primeras llamaradas de la guerra civil tras la firma de un armisticio por 28 días entre Rusia y las potencias centrales.

Puede afirmarse que esta primera fase de la guerra civil, sin intervención exterior, se cerró en enero al quedar sofocados los núcleos de resistencia armada al régimen soviético en vastos territorios del este y sur de Rusia. Como resultado, la revolución se extendió al Ural, Don, Kuban, Ucrania, Besarabia, Crimea y Siberia. Sin embargo, fue una victoria efímera, puesto que, ya en enero, el ejército rumano ocupaba de nuevo Besarabia y en febrero los alemanes invadían los países bálticos, Finlandia y Ucrania; en marzo, con mayor virulencia, estalló una guerra civil que tuvo una larga e imprevista duración; hasta 1921 no sé disiparon las amenazas que se cernían sobre el régimen soviético.

En enero fue disuelta la Asamblea Constituyente por medio de un comunicado lacónico. Lo leyó un marinero que anuncié haber recibido instrucciones para clausurar la reunión "porque la guardia estaba cansada". Esa misma noche apareció el decreto de disolución de la Asamblea Constituyente que Lenin redactó en los siguientes términos:

> Las clases trabajadoras aprendieron por experiencia que el viejo sistema parlamentario burgués estaba caduco y era absolutamente incompatible con el objetivo de alcanzar el socialismo, y que no eran instituciones nacionales, sino únicamente instituciones de clase (como son los soviets) las que podían vencer la resistencia de las clases poseedoras y colocar los cimientos de la sociedad socialista[71].

Previamente, bolcheviques y social-revolucionarios de izquierda se habían retirado de la Asamblea Constituyente cuando ésta se negó a reconocer la soberanía de los soviets. En esta ocasión, la declaración que leyeron los bolcheviques había sido redactada por Lenin. Se decía entre otras cosas:

> Deseando no contribuir ni por un sólo minuto a ocultar los crímenes de los enemigos del pueblo, declaramos que nos retiramos de la Asamblea Constituyente y que confiamos al poder de los Soviets la decisión definitiva acerca de la actitud que han de adoptar con relación a la parte contrarrevolucionaria de esta Asamblea[72].

71 Lenin, Vladimir I., *Obras Completas*, t. 35, pp. 110-11.

72 *Ibidem*. El diario *El Sol* dio la siguiente información:
"Petrogrado 21 (9m). El sábado por la tarde fue disuelta la Asamblea Constituyente. La sesión comenzó el 18 de enero a las 8 de la mañana y duró hasta el día siguiente a las 4 de la mañana. Después de los discursos fue propuesto el debate sobre la moción relativa a la declaración de los Derechos obreros, moción que fue presentada por el gobierno.
La proposición fue rechazada por 273 votos contra 140 y todo el grupo maximalista abandonó la sala. Los socialistas revolucionarios de la izquierda propusieron entonces un debate sobre la paz.
Esta proposición fue también rechazada y los revolucionarios de la izquierda evacuaron la sala, donde quedaron los socialistas revolucionarios de la derecha quienes discutieron la proposición de enviar delegados a los países beligerantes para preparar la cuestión de la paz general.
Entonces entraron los marinos, quienes les expulsaron.
Parece poco probable que la Constituyente entera vuelva a reunirse. Los maximalistas y los revolucionarios de la izquierda parece que tienen el proyecto de reunirse en Convención en Petrogrado el 21 de enero (Radio)".

Tseretelli, viejo dirigente menchevique, expuso con clarividencia la postura de su partido cuando afirmaba:

> No es socialista quien incita el proletariado a conseguir sus últimos objetivos sin haber antes pasado por la democracia que le permitirá hacerse poderoso. ¿Habéis tomado en vuestras manos la producción? –preguntó dirigiéndose a los bolcheviques– ¿Habéis conseguido organizarla? Las tierras que tomen los campesinos irán en realidad a manos de los *kulaks*, campesinos ricos que cuentan con herramientas y maquinaria. Con vuestras negociaciones de paz habéis jugado los destinos del socialismo y de la democracia rusa a la carta arriesgada de la revolución europea. Pisoteáis las libertades de la democracia burguesa, por cuya consecución íbamos a la horca. La revolución corre el peligro de caer aplastada bajo su propio peso (…). ¡Nada de dictaduras de una minoría, o iremos a caer en la anarquía que traerá la reacción! Concretamente: república democrática, sufragio universal, expropiación sin indemnización de las propiedades de los terratenientes, restablecimiento del control y regularización de la producción por el Estado, jornada de 8 horas, seguros sociales para los trabajadores, restablecimiento de las libertades democráticas, derecho de las nacionalidades, lucha en favor de la paz[73].

La disolución de la Asamblea Constituyente reforzaba la idea de Antonio Gramsci según la cual lo esencial de la Revolución rusa fue la instauración del Estado de los consejos, "todo lo demás era contingente"[74]. En efecto, todo parecía confirmar semejante afirmación, ya que el acto de disolución pasó casi desapercibido en el país y, al cabo de unos días, el III Congreso Panruso de los Soviets

73 Citado por Serge, Victor en *El Año I de la Revolución*, p. 151 .

74 Gramsci, Antonio (1970), *L'Ordine Nuevo*, Einaudi, pp. 37 y 374. Gramsci, que otorgó un valor universal a la experiencia consejista "no sin una buena dosis de idealización", manifestó en 1926 su preocupación por la falta de democracia en el seno del partido bolchevique, pero, a diferencia de Rosa Luxemburg, no estableció una correlación entre democracia consejista y democracia dentro de los partidos obreros.

se proclamó heredero natural de la Asamblea Constituyente y sancionó la disolución de esta. La ruptura con el pasado ya era definitiva. A juicio de Lenin ya no había lugar a compromiso alguno entre la revolución socialista y la revolución democrático-burguesa. El régimen soviético era el único depositario de la soberanía popular y, en consecuencia, correspondía al III Congreso Panruso de los Soviets iniciar los trabajos encaminados a elaborar la Constitución del nuevo Estado. Esta fue finalmente aprobada el 3 de julio de 1918 por el V Congreso Panruso de los Soviets. Pero, el III Congreso Panruso de los Soviets ya había aprobado el histórico documento de la Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado, así como una resolución provisional sobre la constitución de una federación de repúblicas soviéticas[75].

Con la disolución de la Asamblea Constituyente se cerró el período de improvisación revolucionaria que, en el tiempo, coincidió con la derrota de la improvisación revolucionaria en Alemania. La vía quedó abierta a un proceso turbulento cuyo sello jacobino fue adquiriendo perfiles cada vez más nítidos a medida que iban desdibujándose las esperanzas depositadas en un próximo levantamiento del proletariado de Europa occidental.

75 Carr, Edward H. (1968) en *Estudios sobre la revolución*, Madrid: Alianza, pp. 141-167, aborda extensamente los problemas de carácter constitucional que tuvo que afrontar la Rusia soviética durante los primeros años.

CAPÍTULO 4.
LA FASE JACOBINA:
LA OLEADA REVOLUCIONARIA (1918-1921)

> Mientras el régimen parlamentario, hasta en la época de su desenvolvimiento *pacífico* y seguro, no reflejaba más que bastante groseramente el estado de espíritu del país y, en los días de tempestades revolucionarias, ha perdido por completo la facultad de seguir la lucha y la evolución de la convivencia política, el régimen de los Soviets establece un contacto infinitamente más estrecho, más orgánico, más honrado con la mayoría de los trabajadores. Su significación más importante no es reflejar estáticamente la mayoría, sino formularla dinámicamente. Dentro ya de la dictadura revolucionaria, la clase obrera rusa ha dado a entender con ello que, en período de transición, no construye su política sobre el arte inconsistente de rivalizar con partidos camaleones, para arrancarles algunos votos campesinos, sino de pleno acuerdo con el proletariado en la administración del país, hecha conforme a los verdaderos intereses de los trabajadores. Y ésta es una democracia bastante más profunda que la parlamentaria.
>
> L. Trotsky, *Terrorismo y comunismo*, p. 187.

Y, la *teoría de la conspiración*:

> A las acusaciones de jacobinismo que le lanzaron los mencheviques en el Congreso de 1903, a propósito de su concepción autoritaria del partido, Lenin respondía tratándoles de girondinos, y reivindicando para él y los suyos el título de *Jacobinos de la Revolución proletaria*. La organización y la

táctica bolchevique no son, por lo demás, sino adaptaciones rusas, perfeccionadas y llevadas al límite, de la organización y de la táctica jacobinas. A pesar de la condescendencia un poco desdeñosa que inspira la Revolución francesa a los bolcheviques, a pesar de la repugnancia que les inspiran estas comparaciones poco estimulantes para su porvenir, se ven obligados a confesar la influencia ejercida por la organización jacobina sobre la organización bolchevique. Más de una vez las enseñanzas de este trágico período de nuestra historia han guiado a Lenin; a menudo, la analogía de las situaciones ha acentuado la analogía de las soluciones; pero en ningún momento, en ninguna circunstancia, la influencia del precedente histórico ha sido tan completa como en lo que concierne a la organización del partido bolchevique, a sus procedimientos de conquista y de ejercicio del Poder.

Han sido los jacobinos quienes han mostrado a Lenin cómo la utilización de los principios democráticos permitía establecer la dictadura económica y política más aplastante, con la ayuda de un partido seleccionado entre una minoría activa, disciplinada y resuelta. El arte de fabricar mayorías gracias a la cohesión de los organismos elegidos, tal es la base de su potencia. Es esta cohesión la que permite invocar la ficción de una voluntad colectiva para legitimar los actos más despóticos, para imponer al país la voluntad del hombre o del pequeño grupo de hombres que dirigen al partido.

La organización bolchevique presenta una acentuación sistemática de los procedimientos jacobinos, que explican las condiciones locales: extensión del país, falta de homogeneidad de las poblaciones, espíritu anárquico, particularmente desarrollado entre los intelectuales, y despotismo tradicional del poder. A todos estos factores ha venido a juntarse la influencia de la experiencia histórica. Lenin quiere acelerar el desarrollo de la Revolución, *brûler les étapes*; llegar lo antes posible a la fase jacobina. De esta manera se encontrará siempre delante, sin correr el riesgo de que le desborden los acontecimientos, evitando la suerte de todos aquellos a quienes las revoluciones han

arrojado fuera de sí cuando pretendieron detenerlas
o no supieron seguirlas.
Henri Rollin, *La Revolución rusa II. Del marxismo al nacionalismo*, pp. 15 y 16.

4.1. La Internacional Comunista y la oleada revolucionaria (1918-1921)

La guerra creó las condiciones para que la revolución socialista se convirtiera en una amenaza real al orden establecido. Nada más firmarse el armisticio el 11 de noviembre de 1918, el proceso revolucionario parecía estar recorriendo el camino inverso al de 1905. Esta vez el marxismo revolucionario se desplazaba del Este a Occidente, siguiendo la línea de menor resistencia. Los signos alarmantes en tal sentido se dieron a conocer primero en los países vencidos –Alemania, Austria, Hungría–, pero los síntomas eran demasiado evidentes como para ser desconocidos en los países vencedores. Además, no se trataba de una amenaza circunscrita a Europa, pues en los pueblos coloniales la efervescencia revolucionaria también daba señales de vida.

Indudablemente, la Revolución de Octubre actuó de catalizador. Nunca como en la inmediata posguerra fue tan grande el entusiasmo que despertaron los acontecimientos rusos en la mente de las clases trabajadoras. Y nunca fue tan grande el movimiento revolucionario espontáneo de las clases trabajadoras como en los últimos meses de 1918. Quizás sólo pueda parangonarse con un desconocimiento similar acerca del complejo proceso revolucionario ruso y la no menor complejidad que habría de revestir un idéntico proceso revolucionario en Europa occidental. Pero en medio del frenesí que contagiaba al primer Estado obrero y el derrumbe de los Imperios centrales, nadie pensaba en los obstáculos. Al contrario. La proclamación de los Estados Unidos Socialistas de Europa sería cuestión de meses o, en el peor de los casos, de unos años.

El fracaso de la primera oleada revolucionaria, de naturaleza esencialmente espontánea, no se interpretó como tal desde la asediada fortaleza del nuevo Estado obrero. Europa occidental, como

Rusia, tenía que conocer tarde o temprano su *Febrero*, sus *Jornadas de Julio*, e incluso su *Kornilov*, antes de conocer su *Octubre*. Lo único que había cambiado en 1919 eran los plazos y la estrategia, no la inevitabilidad del derrumbe del capitalismo como resultado de la acción de masas. El mismo I Congreso de la Internacional Comunista recogía este planteamiento: remarcaba la actualidad de la revolución proletaria exaltando la superioridad de la dictadura del proletariado con la misma intensidad que denostaba la democracia formal sustentada por el régimen parlamentario burgués. Ese mismo congreso fundacional atacó con extrema dureza a las tres corrientes *social-traidoras* que frenaban y se oponían a la espontánea acción revolucionaria de masas del movimiento europeo, pero, hecho significativo, no se hacía casi referencia a la necesidad de crear partidos comunistas.

La noción jacobina del estallido más o menos generalizado de una guerra civil revolucionaria como resultado de la exacerbación de las contradicciones del sistema capitalista, inspirada en la Revolución de octubre y respaldada por la nueva Internacional Comunista y el Estado soviético, estaba tan arraigada que puede asociarse a la idea jacobina de *guerra revolucionaria*. Sin embargo, tal guerra de liberación social debía ser obra de las propias clases trabajadoras de cada país. No fue extraño que el avance del Ejército Rojo sobre Polonia se detuviera en 1920 a las puertas de Varsovia; su cometido no era una guerra de conquista, aun cuando se escucharan voces en tal sentido, sino actuar de auxiliar a requerimiento de las revoluciones en curso. Ya era suficiente con que los partidos obreros de occidente recibieran la demostración de que el sistema capitalista no era invencible. Pero occidente, tras la derrota de la revolución alemana en enero de 1919, no conoció hasta finales de 1920 sino la efímera existencia de las Repúblicas Socialistas de Hungría y Baviera, así como un reguero de huelgas generales que al no contar con el apoyo de las organizaciones socialistas, no se plantearon la toma del poder. En cambio, el despliegue huelguístico si logró que no se produjera una intervención masiva de las potencias de Europa occidental contra la Rusia soviética.

En 1920, al celebrarse el II Congreso, para el estado mayor de la Internacional Comunista era evidente que Europa occidental sólo

había experimentado la descarga eléctrica, fulgurante e instantánea, de la crisis revolucionaria, así como el rápido cortocircuito de la misma a cargo de los partidos y sindicatos reformistas. En consecuencia, esta vez la derrota no se achacó a la falta de condiciones objetivas, sino a la carencia de factores subjetivos. O, dicho de otra manera, se debió a la falta de una voluntad revolucionaria organizada y consciente para llevar a cabo un proyecto revolucionario consciente. Así fue la Revolución de Octubre y así tenían que ser todas las revoluciones sociales del siglo XX. Este razonamiento hizo que el II Congreso de la Internacional Comunista diera una prioridad casi absoluta a la creación de organizaciones comunistas, similares a la bolchevique y en disposición de ganarse a las ingentes masas obreras que estaban encuadradas en los partidos y sindicatos reformistas. Fruto de esta concepción fueron las 21 condiciones para ingresar en la III Internacional. El movimiento obrero de Europa occidental vio cómo sus dirigentes llamaban a la puerta de la III Internacional y cómo se rompió la frágil unidad del movimiento socialista. Y aunque las formaciones comunistas fueran minoritarias en casi todos los países, a principios de 1921 la III Internacional parecía representar un gran poder. En Alemania, Francia, Italia, Noruega, Bulgaria y Checoslovaquia disponía de partidos legales de masas; en Finlandia y Polonia los partidos eran ilegales o semilegales, pero gozaban de gran ascendiente.

Las 21 condiciones dictadas por la III Internacional, entendida como partido mundial de la Revolución, reflejaban el rigor del *comunismo de guerra* que vivía la Rusia soviética. A través de los constantes llamamientos a la fidelidad de los principios, a la disciplina y a la centralización, el II Congreso de la Internacional Comunista trató de poner orden en sus filas. Por un lado, se trataba de combatir les corrientes ultraizquierdistas, virulentamente antiparlamentarias y contrarias al trabajo en el seno de las organizaciones reformistas por cuanto todavía vivían la posibilidad de que se reprodujera la espontaneidad revolucionaria de 1918-1919. Igualmente, se concebía peligrosa la corriente *centrista*, empeñada ya entonces en alcanzar un entendimiento mayor con las organizaciones reformistas, elaborar una estrategia revolucionaria

propia para Europa occidental y, en definitiva, depender menos del modelo bolchevique.

Al reunirse el III Congreso de la Internacional Comunista, en junio de 1921, no se había producido ninguna guerra civil revolucionaria, el capitalismo estaba a punto de alcanzar una nueva estabilidad y el movimiento revolucionario se encontraba en pleno reflujo. A ello contribuyó en cierta medida el repliegue indeseado de la Rusia soviética a causa de la guerra civil y el subsiguiente repliegue voluntario, en rigor obligado, para atender el frente interno en ruinas.

Además, el fracaso de la huelga con ocupación de fábricas en Italia en septiembre de 1920 y la huelga general checoslovaca de diciembre de ese mismo año, así como, por último, la debacle de la insurrección de marzo de 1921 en Alemania suministraba datos inequívocos de que la conquista inmediata del poder no estaba a la orden del día. Para tal eventualidad, ahora aplazada a fechas más lejanas, se requería contar con la mayoría del movimiento obrero organizado, lo que significaba iniciar un trabajo sistemático con y en las organizaciones reformistas. Y varió la óptica. Se contempló todo como una tarea de integración en lugar de la anterior óptica de absorción.

Así se abrió el camino al IV Congreso de la III Internacional, celebrado en diciembre de 1922. Allí quedó configurada la línea de *frente único*, una política de apertura a las organizaciones socialistas, y de *unidad en la acción*, pero los recelos eran demasiado sólidos para que diera buenos resultados. En buena medida, los recelos estaban justificados: el nuevo curso de la Internacional Comunista iba acompañado del propósito de *bolchevizar* a los partidos comunistas y de la exigencia de una mayor subordinación a Moscú. Y, desde allí, se pensaba que era necesario dirigir al movimiento comunista con el fin de planificar lo que éste no había sido capaz de hacer: preparar la *Revolución de Febrero* de Europa occidental. Fue un borrador que, a partir de 1923, sufrió tales revisiones termidorianas que cayó pronto en el olvido. La III Internacional se fue convirtiendo también en un mero apéndice de la política exterior de un Estado obrero que ya estaba poniendo

en circulación la posibilidad de construir el *socialismo en un sólo país*.

Por último, cabe añadir que, en 1920, cuando ya se presagiaba el reflujo de la crisis revolucionaria en Europa occidental, la III Internacional se planteó seriamente la posibilidad de trasvasar el escenario revolucionario de occidente a oriente. El Congreso de los Pueblos Orientales, reunido en Bakú en septiembre de 1920, recogía la noción de que "Oriente es la fuente que alimenta al imperialismo mundial. Cuando se subleve Oriente y tienda la mano al Occidente socialista, el imperialismo quedará cercado y la hora de la victoria habrá sonado para el socialismo universal". Pero tampoco se impulsó un proceso revolucionario en Oriente. El Estado soviético adoptó una actitud conciliadora con Gran Bretaña y sus intereses coloniales, todo ello para apaciguar a los políticos ingleses. Se utilizó la amenaza de propiciar la revolución en Oriente Medio como instrumento de regateo en los tratos diplomáticos con Gran Bretaña: la finalidad era evitar una política británica más hostil hacia Rusia.

La III Internacional incurrió en el doble error de establecer un calendario y esquema revolucionario demasiado optimista para Europa occidental y de sobrevalorar la crisis del capitalismo. Todo ello resulta cierto; más aún desde una visión retrospectiva. Pero ¿cómo experimentó Europa occidental la posguerra?

Con la firma del armisticio el 11 de noviembre de 1918 el mundo occidental parecía entrar en una nueva era. La Gran Guerra, larga, costosa, sangrienta y exasperante tocó a su fin. Los países vencedores, en el delirio de la victoria, alimentaron la esperanza de que una edad de oro o, al menos, una era de paz perpetua sucedería a los horrores del pasado bajo la égida del programa wilsoniano y la Sociedad de Naciones. Sin embargo, la desmovilización y la paz no arrastraron sino aquel "peligro perpetuo" del que hablara Nietzsche. En efecto, tanto la burguesía como las clases trabajadoras, por no mencionar a las clases medias, salieron decepcionadas de la guerra. Una sensación de provisionalidad asaltó las mentes de los hombres ante el conjunto de cambios y problemas que había acumulado la Primera Guerra Mundial. Así pues, el mundo, lejos de sentir el alivio de una paz recobrada, siguió viviendo a la

sombra de una guerra latente; el destino de una Europa en ruinas se ponía constantemente en entredicho a pesar de los diversos tratados de paz. El período 1918-1923 fueron años turbulentos de crisis sociales que conmovieron los cimientos de todos los Estados europeos.

Quizás el fenómeno más significativo –aparte de la Revolución de Octubre– fuera que dejó de existir una economía capitalista mundial similar a la que prevaleció antes de 1914. La desmembración de los grandes espacios económicos, la creación de nuevos y, con frecuencia, minúsculos Estados, unido a los desajustes que provocó la guerra en los tradicionales circuitos financieros y comerciales, hizo que la economía capitalista mundial se debatiera en medio del paréntesis que supuso la reconstrucción y la reconversión económica, entre un vano deseo de volver al liberalismo económico de la preguerra y una intensa demanda de socialización.

Y destacamos el hecho de que una vuelta al liberalismo económico fuera un vano deseo, porque, además de que tal liberalismo de preguerra ya venía a ser en sí altamente cuestionable, eran más fuertes las tendencias encaminadas a modelar un capitalismo de cuño monopolista, amparado en prácticas proteccionistas fomentadas por el problema del pago de las deudas de guerra, la intensificación de la competencia y la reacción que suscitó la articulación de un nuevo modelo económico mundial cada vez más centrado en EE UU y Japón.

La creciente exigencia de socialización, resultado de la crisis del liberalismo económico, la instauración de un nuevo modelo social en Rusia, la creciente intervención estatal durante los años bélicos y la esperanza de las clases trabajadoras de que al fin se implantaría una democracia social, fue a su vez contrarrestada por el miedo y la voluntad de importantes sectores empresariales de desmantelar al máximo las prácticas dirigistas del Estado. Lógicamente, se trataba de tendencias y contra tendencias que cristalizaron en combinaciones desiguales, contradictorias e inestables entre 1918 y 1929, con la excepción de EE UU y Japón donde esas mismas tendencias hicieron acto de presencia, pero de forma mucho más amortiguada, al menos hasta 1929.

Además, en el continente europeo se manifestaron signos tendentes a recuperar la hegemonía europea en la economía mundial mediante la rápida incorporación –como EE UU– de nuevos procesos y técnicas mecánicas, así como mediante una reordenación de la organización del trabajo y de la estructura empresarial. Hacemos referencia a la *racionalización*, a la instalación de cadenas de montaje, al *taylorismo*, a la prosecución y fortalecimiento de la concentración y centralización industrial, todo ello imprescindible, por otra parte, para la generalización de las costosas inversiones en nuevas ramas industriales vinculadas a la segunda revolución tecnológica. Sin estas innovaciones no hubiera sido posible que Europa reconstruyera y desarrollara en tan poco tiempo su devastada economía. No obstante, la puesta en práctica de todas estas medidas requería un clima de relativa estabilidad social al igual que cierto intervencionismo estatal como lo admitían los propios economistas liberales.

En cualquier caso, fracasó la tentativa de restaurar la hegemonía europea, porque, lejos de retornar al sistema de preguerra, la economía se desarrolló sin una dirección coherente y los fracasos de la política nacional de los principales países se insertaron en el desastre internacional de la depresión. No cabe duda de que el desfavorable clima social repercutió negativamente en la vida económica incidiendo en la inestabilidad financiera, en el recurso a la inflación, en los desajustes monetarios y, en general, en los diversos ciclos dentro de la onda larga que abarca los años 1914-1939. Fue un período de relativo estancamiento económico y que puede subdividirse en los siguientes ciclos cortos: 1919-1920, ciclo especulativo, de signo ascendente, asociado a la reconstrucción y con fuerte inyección de capital americano; 1920-1922, bache depresivo concomitante a una crisis de reconversión; y, finalmente, antes del *crac* de 1929, un prolongado período de expansión económica entre 1922 y 1929 vinculado a la *racionalización*. Naturalmente, tales oscilaciones de la coyuntura económica también estuvieron sujetas a la reordenación de las relaciones de interdependencia entre las metrópolis y las colonias o semicolonias, una vez que los movimientos anticolonialistas surgidos a principios de los años veinte se encontraban ya bajo control.

Lo que apuntamos como tendencias en el plano económico puede, con ciertas cautelas, trasvasarse al plano político. Y no es sorprendente que pueda procederse así, porque a partir de 1918 la clásica disociación decimonónica entre instancia política y económica había quedado aún más desdibujada a pesar de que la política guardara por regla general cierta autonomía. Los hechos vienen a confirmar esta aseveración.

En aquellos países donde la intervención estatal durante la guerra había sido más intensa, donde la movilización social en demanda de reformas sociales adquirió mayor amplitud e intensidad, allí se procedió a configurar el embrión de un *Estado del bienestar* como antídoto a la revolución social. También es cierto que tal proyecto político-social se plasmó o bien siguiendo el modelo del liberalismo/conservadurismo social, lo que suponía el desmantelamiento de las prácticas dirigistas –no todas, desde luego– a cambio de reformas sociales de mayor o menor amplitud, o bien con arreglo al modelo sustentado por el socialismo reformista –por primera vez al frente de los gobiernos de diversos países–, que equivalía mantener una buena dosis de intervencionismo estatal unido a amplias reformas sociales, todo en proporción directa a la intensidad de la crisis social. La acción política del gobierno británico de Lloyd George y la del gobierno francés de Clemenceau, gobiernos surgidos de las denominadas elecciones *khaki* [elecciones fuertemente influenciadas por sentimientos de guerra o posguerra], corresponde al primer modelo. Suponía concertar reformas sociales desproporcionadas con relación a sus habituales líneas programáticas. En cambio, la política emprendida por los gobiernos socialdemócratas de Alemania, Austria y Suecia simbolizaban el segundo modelo. Parece evidente que las diferentes opciones o modelos estaban determinados por la propia estructura económico-social de cada país, por la condición de país vencedor o vencido, por la correlación de fuerzas sociales y, *last but not least*, por el espectro del comunismo.

No obstante, en conjunto, estos fueron modelos político-sociales coyunturales teñidos por el signo jacobino de la inmediata posguerra. O, si se prefiere, expresado en términos más precisos, ambos modelos venían a desempeñar el papel de reacción

compensatoria al espíritu jacobino inaugurado por la Revolución de Octubre; y subrayamos el carácter episódico de ambos *modelos-respuesta*, porque tanto en Inglaterra como en Francia –a pesar del efímero gobierno laborista de Ramsay MacDonald de 1924 o los gobiernos radicales franceses de 1924-26– los conservadores monopolizaron hasta 1930 el poder político una vez alejada –o para alejar– la amenaza de revolución social. Por lo que al modelo del socialismo reformista se refiere, éste fue también de muy corta duración; tanto en Alemania como en Austria los socialistas fueron desahuciados del poder en 1920 y también allí recayó la política en manos de gobiernos de centroderecha hasta la crisis económica de 1929. No podemos por menos que reproducir lo que en este sentido apuntaba uno de los máximos analistas económicos de la III Internacional. Eugen Varga, que posteriormente cayó en desgracia, decía lo siguiente en un folleto traducido al castellano con el título de "La decadencia del capitalismo":

> La rebelión elemental de las masas durante e inmediatamente después de la guerra ha tenido por resultado el abatimiento definitivo de la burguesía en Rusia, su abatimiento momentáneo en Hungría, en Finlandia y en Baviera, y un quebrantamiento grave de su poder en todos los países europeos beligerantes.
>
> En esta situación peligrosa, la burguesía ha realizado un movimiento de retirada grandiosa. Obedeciendo a la presión de las masas, puso cara de querer entregarle el poder al proletariado o de compartirlo con él. Hizo los mayores sacrificios para mantener el sistema capitalista. En cierto número de países, hasta renunció momentáneamente a la explotación, para poder salvaguardar la condición misma de esta explotación, es decir, su dominio de clase. Puso el Gobierno en manos de los lideres obreros reformistas. Realizó todas las reivindicaciones políticas tradicionales del proletariado; supresión de la monarquía y de la alta cámara, sufragio universal en todas las instituciones políticas, derecho de asociación y de reunión, libertad de prensa, etc. Realizó, al mismo tiempo, las

> viejas reivindicaciones sociales del proletariado: jornada de 8 horas, seguros sociales, readmisión en las empresas de todos los soldados desmovilizados, control obrero sobre la producción (Consejo de Empresas, etc.). La burguesía hizo también las mayores concesiones en cuestión de salarios. Apaciguó la rebelión de las masas con la creación de *Comisiones de socialización*, con pretendidos preparativos para una reforma agraria (…). Sólo un pequeño número de dirigentes de la burguesía se daba cuenta claramente de que ésta, como clase, realizaba un movimiento de retirada de una histórica importancia (…). Sería una absurda ceguera querer negar el hecho de la estabilización económica y política del capitalismo en contraste con la situación en el curso de los primeros años de posguerra. Pero sería también completamente falso querer sobrestimar los resultados económicos y políticos de la estabilización (…). Pero lo que importa es que el capitalismo del período de posguerra no es una simple restauración del capitalismo de anteguerra. Es un capitalismo modificado (…). En resumen: en lugar de la estabilidad y del superimperialismo pacífico anunciado por los reformistas, comprobamos la mayor división, la mayor inestabilidad en el capitalismo actual, tanto en su infraestructura económica como en su superestructura política, social e ideológica. Los antagonismos se agravan y conducen en línea recta a una nueva guerra imperialista, sea a una guerra de los imperialistas contra la URSS, sea a una guerra de los imperialistas entre si, para un nuevo reparto del mundo (una mezcla de ambos es igualmente posible)[1].

Con independencia del carácter circunstancial que revistieron estas políticas del período correspondiente a la "reconstrucción política y económica", sí debe subrayarse la importancia que adquirió en toda Europa el derrumbe de las monarquías militar-autoritarias y la generalización de la democracia parlamentaria. También se generalizó la forma de gobierno republicana, el sufragio universal, el voto femenino, un sistema electoral de tipo proporcional y el

1 Varga, Eugen, *La Decadencia del Capitalismo*, folleto, p. 32.

principio de autodeterminación nacional. Sin embargo, el sistema de la democracia parlamentaria sólo llegó a funcionar realmente en los países avanzados, precisamente en aquellos donde ya existía una tradición democrática. En los demás países, la democracia zozobró frente al nacionalismo extremo y las desigualdades sociales que arrojaba su atraso. Así, en toda Europa centro-oriental se crearon un conjunto de nuevos Estados nominalmente democráticos y cuya misión era doble: por un lado, actuar de Estados-tapón en el *cordón sanitario* que separaba a Europa occidental de la Rusia soviética y, por otra parte, actuar de garantes del equilibrio de fuerzas acordado en el continente europeo, equilibrio que descansaba en una política de contención a un hipotético futuro expansionismo de Alemania. La debilidad de estos regímenes democráticos obedeció a estas coordenadas, pero también a su estructura agraria y al escaso arraigo de la burguesía. Con excepción de Checoslovaquia –el país más industrializado de Europa del este– todos estos países cifraron su estabilidad en una reforma agraria más o menos profunda, pero la política cayó en manos de la *intelligentsia* urbana, de mentalidad nacionalista y populista, cuyas aspiraciones políticas se canalizaron a través de partidos políticos extremadamente fraccionados por el personalismo y el clientelismo, a veces cortocircuitado, como en el caso de Bulgaria, por un extremo agrarismo anti urbano. La inestabilidad de todos estos países queda elocuentemente reflejada a través del sombrío panorama de regímenes autoritarios y reaccionarios de entreguerras: golpe de Estado de Pilsudski en Polonia en 1926, dictadura del almirante Horthy en Hungría en 1920, sistema electoral corrupto *ab initio* en Rumania, dictadura de Zog en Albania en 1925, golpe de Estado de 1923 en Bulgaria, dictadura militar de Pangalos en Grecia en 1925, régimen personalista de Kemal Atatürk en Turquía y, por último, en los pequeños Estados bálticos: Valdemaras-Smetona encabezaron un golpe de Estado en Lituania en 1926, Ulmanis en Letonia en 1934 y Päts en Estonia en 1939 después de un período de extrema inestabilidad parlamentaria en los tres países. No fue más esperanzador el panorama político en los países de la periferia europea. Salvo los países escandinavos, tanto Italia, España como Portugal vivieron sujetos a un clima de

profunda inestabilidad política y social que abrió paso a dictaduras militares más o menos prolongadas. En 1925 el fascismo estaba ya consolidado en Italia, en España reinó la dictadura del general Primo de Rivera de 1923-1929 y, en Portugal, el general Carmona implantó también una dictadura militar tras la insurrección radical de 1926.

Desde luego, fue en el plano social donde la posguerra se presentó nítidamente diferenciada del pasado. En la mayoría de los países de Europa occidental se estableció la jornada laboral de 8 horas, se dio un importante impulso a la incorporación de la mujer al mundo del trabajo y a su equiparación con el hombre, se generalizó la prestación de los seguros sociales, se consolidó y reconoció el poder de los sindicatos obreros en la negociación de los convenios colectivos y se permitió que éstos actuaran dentro de las empresas. Ya entonces se dieron los primeros pasos para lo que luego recibiría el nombre de Estado del bienestar.

Este capítulo, dedicado al período jacobino de la inmediata posguerra, se centrará primero en lo que se entiende por jacobinismo soviético y cómo lo transmitió la III Internacional a Europa occidental. Tal estructura expositiva tiene su razón de ser. Se trata de seguir la corriente de este espíritu jacobino –de Europa del este a occidente– con el fin de entender mejor la concatenación de los hechos. Proceder en sentido inverso sería ir a contracorriente y, en consecuencia, no entender la interrelación que se daba entre el este y el oeste.

4.2. De la necesidad de la virtud a la virtud de la necesidad en el Estado proletario

Si la disolución de la Asamblea Constituyente encontró poco eco en la sociedad rusa, en cambio, sí logró lanzar a los socialistas moderados al campo de la contrarrevolución antibolchevique, a la guerra civil y a una encarnizada lucha ideológica. La escisión entre bolcheviques y socialistas moderados se vio plenamente plasmada en la orientación que la III Internacional adoptó hacia los partidos socialistas con las 21 condiciones del II Congreso. Otto

Bauer, entre otros pensadores socialistas, estimaba que ésta fue la consecuencia más grave de la Revolución de Octubre y en vano orientaría sus esfuerzos para lograr una reconciliación entre el socialismo moderado de la II Internacional y el marxismo revolucionario que encarnaba la III Internacional. La fundación de la Internacional 2½ fue la expresión de esta tentativa durante el período de entreguerras.

En la Rusia soviética se inició un período jacobino cuyas tendencias se fueron acentuando a medida que se prolongaba la guerra civil y el *comunismo de guerra*. Y es precisamente a estos condicionamientos históricos a los que haremos alusión a fin de entender cómo se interrelacionaba –y luego proyectaba– el proceso revolucionario ruso con el de Europa occidental en general.

La guerra civil fue devastadora en términos materiales.

La catástrofe que la guerra civil supuso en el plano económico lo ilustra fehacientemente la selección de algunos indicadores estadísticos: los salarios reales de los obreros no alcanzaban el 30% de los correspondientes al nivel de 1914; la producción industrial sólo representó 1/5 parte de los índices de preguerra; el retroceso a técnicas de producción preindustriales, el deterioro de los medios de transporte y de los bienes de equipo crearon una situación exasperante. Así lo refleja también el vertiginoso descenso de obreros industriales:

1918	2 486 000
1919	2 035 000
1920	1 480 000
1922	1 243 000

Efectivamente, para el nuevo Estado soviético lo más grave fue la aniquilación física de buena parte del proletariado y su agotamiento como clase consciente. No debe sorprendernos que Nikolai Bujarin hablara durante el VII Congreso del partido bolchevique, celebrado en marzo de 1918, de "la desintegración del proletariado" en términos alarmantes.

Puede decirse que el proceso histórico que transcurre entre enero de 1918 y marzo de 1921, el período que va desde la disolución

de la Asamblea Constituyente hasta la celebración del X Congreso del partido bolchevique, el levantamiento de Kronstadt y la introducción de la Nueva Política Económica (NEP), produjo una concatenación de condiciones que actuaron sin excepción en un sentido implacablemente hostil al funcionamiento de la democracia consejista[2]. Liebman fija en 1918 el inicio de la rápida degeneración de los órganos soviéticos, la desovietización a nivel central y local. Así, por ejemplo, el Congreso Panruso de los Soviets que debía reunirse cada tres meses –como lo venía haciendo en octubre de 1917 y en enero, marzo y julio de 1918– fue espaciando sus reuniones de forma tal que, a finales de 1918, ya sólo fueron anuales. Se iba afianzando lo que Bujarin y Preobrazhenski denominaron "una dictadura proletaria militarista". Sin embargo, la dictadura del proletariado revistió a lo largo de este período una variedad de formas, aunque las circunstancias históricas hicieran que apareciera predominantemente bajo la forma más severa y revestida de sus manifestaciones más draconianas. Fue el precio que los bolcheviques tuvieron que pagar por realizar unas transformaciones demasiado radicales con relación a la deficiente infraestructura del país y a las condiciones adversas impuestas por la guerra civil y la hostilidad del mundo exterior. Además, en una formación social atrasada como la rusa donde el campesinado fue reafirmando su peso social de forma creciente a medida que la guerra civil fue deteriorando el aparato industrial del país y creando una grave crisis de subsistencias, era inevitable el dislocamiento de las relaciones sociales.

Esta trayectoria, artificial y provisionalmente corregida de forma coercitiva a través del *comunismo de guerra*, condujo inevitablemente a la decapitación del sistema soviético y a la consolidación de la dictadura del partido dada la encarnizada determinación

2 Liebman, Marcel, *op.cit.*, p. 354, hace alusión a que no hubo en realidad una dictadura del proletariado por el proletariado *como tal*. No obstante, con el paso del tiempo y la creciente insatisfacción, fue difícil desembarazarse de esta ficción para la legitimación *ideológica* del régimen soviético. La burocracia soviética, según el mismo autor, fue de inmediato la negación del gobierno proletario y, paradójicamente, su garante, porque sus intereses estaban vinculados a la abolición del capitalismo y en su seno ocupaban importantes posiciones elementos de origen proletario.

de los bolcheviques de permanecer en el poder a pesar de su impopularidad. Este fue el resultado final de esta fase jacobina, una situación que Trotsky reflejó nítidamente en 1920 con las siguientes palabras:

> Más de una vez se nos ha acusado de haber practicado la dictadura del partido en lugar de la dictadura de los Soviets y, sin embargo, puede afirmarse, sin miedo a equivocarse, que la dictadura de los Soviets no ha sido posible más que gracias a la dictadura del partido. Gracias a la claridad de sus ideas teóricas, gracias a su fuerte organización revolucionaria, el partido ha asegurado a los Soviets la posibilidad de transformarse, de informes parlamentarios que eran, en un instrumento de dominio del trabajo. En esta sustitución del poder de la clase obrera por el poder del partido no ha habido nada casual, e incluso, en el fondo, no existe en ello ninguna sustitución. Los comunistas expresan los intereses fundamentales de la clase trabajadora. Es muy natural que, en una época en que la historia pone a debate la discusión de estos intereses en toda su magnitud, los comunistas se conviertan en los representantes reconocidos de la clase obrera en su totalidad[3].

Ahora bien, este proceso –inevitable y real desde un análisis retrospectivo– no fue contemplado así por los propios dirigentes bolcheviques en 1918. Lo interpretaban todo como un mal menor de carácter transitorio. Fue básicamente el fracaso de extender la revolución social rusa a los países capitalistas avanzados de occidente lo que potenció el proceso de consolidación de la dictadura de partido, el reforzamiento de las tendencias centralizadoras y burocráticas en el seno del régimen soviético, un cúmulo de circunstancias que permitió que quedaran configuradas todas las condiciones para que la fase jacobina se transformara en *Termidor*.

Sucintamente trataremos de poner de relieve los factores que a nuestro juicio jalonaron este proceso jacobino. A guisa

3 Trotsky, León *Terrorismo y comunismo. Réplica a Karl Kautsky*, *op. cit.*, p. 218.

de introducción resulta de interés reproducir una parte de las "Tesis sobre el bolchevismo" que en 1934 redactó el Grupo de Comunistas Internacionalistas de Holanda:

> 21. El principio básico de la política bolchevique (conquista y ejercicio del poder por la organización) es jacobino; la grandiosa perspectiva política bolchevique es jacobina; su realización práctica en el transcurso de la lucha de la organización bolchevique por el poder es jacobina; la movilización de todos los medios y de todas las fuerzas de la sociedad capaces de subvertir el absolutismo, la utilización de todo método susceptible de llevar a buen término ese proyecto, las maniobras y los compromisos del partido bolchevique con toda fuerza social que pudiera ser utilizada, aunque fuera por un instante y en el sector menos importante... Todo ello es espíritu jacobino. Por último, la concepción esencial de la organización bolchevique es también jacobina, pues consiste en la creación de una organización rígida formada por revolucionarios profesionales que se convierte en instrumento obediente de una dirección omnipotente[4].

A tenor de esta caracterización genérica que, a nuestro modo de ver, supone, como se viene haciendo habitualmente, una traslación abusiva a los orígenes de todas las peores connotaciones del estalinismo, no se puede sino llegar a la siguiente conclusión: el régimen soviético nació viciado y no podía ser de otro modo. En cambio, una interpretación histórica más matizada permite entender el proceso de otra forma: con todas las imperfecciones, el régimen soviético aspiraba instaurar una democracia obrera pluripartidista, una sociedad sin clases y un sistema de libertades plenas en un sentido real y no formal. Especular acerca de la validez de uno u otro criterio tiene hoy una fuerte carga ideológica, pero, aun así, resulta obligado hacer una reflexión histórica para elucidar

4 Pannekoek, Anton, Korsch, Karl y Mattick, Paul (1976) *Crítica del bolchevismo*, Barcelona: Anagrama, p. 33.

cuando menos la complejidad que reviste toda caracterización del régimen soviético.

Comencemos enumerando los principales factores que a nuestro juicio sustanciaron el jacobinismo bolchevique.

En primer lugar, el recurso a la fuerza y la restricción de la democracia soviética. En segundo lugar, la paz de Brest-Litovsk como primer dique de contención a la extensión de la Revolución rusa. En tercer lugar, los mecanismos centralizadores derivados de la guerra civil y del *comunismo de guerra*. En cuarto lugar, la fundación de la III Internacional y la reanudación de la perspectiva de un nuevo ascenso revolucionario en Europa occidental, primero, y en los países coloniales y semicoloniales de oriente, después.

4.2.1. El recurso a las medidas coercitivas

El recurso a la fuerza se emparentó sistemáticamente a la violencia que genera en la práctica histórica toda revolución social. Así, los bolcheviques invocaron con insistencia el terror que desplegaron los jacobinos con el fin de defender los logros de la Revolución francesa. Trotsky, uno de los dirigentes soviéticos que no escatimó el uso de medidas coercitivas si así lo demandaban las circunstancias históricas –como de hecho sucedió–, afirmaba al respecto lo siguiente:

> La revolución no implica *lógicamente* el terrorismo, como tampoco implica la insurrección armada. ¡Solemne vulgaridad! Pero, en cambio, la revolución exige que la clase revolucionaria haga uso de todos los medios posibles para alcanzar sus fines: la insurrección armada si es preciso; el terrorismo, si es necesario. La clase obrera, que ha conquistado el Poder con las armas en la mano, debe deshacer por la violencia todas las tentativas encaminadas a arrebatárselo. Siempre que se halle en presencia de un complot armado, de un atentado, de un levantamiento, su represión será despiadada. ¿Es que Kautsky ha inventado otros procedimientos? (…). La cuestión de las formas y del grado de la represión no es seguramente una

> *cuestión de principio*. Es problema de medida para conseguir el fin. En una época revolucionaria, el partido que ha arrojado del poder o que no quiere admitir la estabilidad del partido que dirige y lo prueba sosteniendo una furiosa lucha contra él, no se dejará intimidar por la amenaza de encarcelamientos en cuya duración no cree. Sólo por este simple hecho decisivo se explica la frecuente aplicación de la pena de muerte en la guerra civil[5].

Seria ocioso enumerar toda suerte de pronunciamientos de los dirigentes bolcheviques acerca de la legitimidad del uso de la violencia de masas frente a la contrarrevolución. Uno de los argumentos más empleados por Lenin en torno a esta cuestión quedó nítidamente reflejado en su declaración del 1 de diciembre de 1917 donde expuso las razones que le impulsaron a proscribir el partido *cadete*:

> Cuando la clase revolucionaria lucha contra las clases poseedoras, que ofrecen resistencia, ella debe aplastar esa resistencia; y nosotros aplastaremos la resistencia de los poseedores con esos mismos medios con que ellos aplastaron al proletariado: no se han inventado otros medios[6].

Directamente relacionado con el empleo de medidas coercitivas se hallaba el recorte de las libertades democráticas. Ya en diciembre de 1917 quedó restringida la actividad del partido *cadete* acusado de haber instigado directamente a la contrarrevolución armada; pero, hasta agosto de 1918, siguió publicando sus órganos de prensa. Por la misma razón, los *eseristas* que se habían embarcado en el activismo terrorista contra lo que afirmaban ser

5 Trotsky, León, *op. cit*., p. 152. Mandel, Ernest (1980) en *El pensamiento de León Trotsky,* Barcelona: Fontamara, pp. 74 y ss., reconoce que Trotsky sostuvo hasta 1923 una concepción errónea, tanto en la teoría como en la práctica, sobre la dictadura de partido, una posición "sustitucionista" que él mismo tanto había criticado a Lenin y que afortunadamente abandonó en 1923. Una muestra de esta actitud errónea fue el discurso que Trotsky pronunció ante el X Congreso del Partido Comunista ruso en 1921.

6 Lenin, Vladimir I., *Obras Completas*, t. 28, Madrid: Akal, pp. 11-12

una "usurpación bolchevique", "anarquía sangrienta" o "golpe de fuerza de los agentes del Kaiser", también sufrieron la clausura de sus periódicos y la detención de sus miembros. Todavía en enero de 1918 Otto Bauer decía en carta dirigida a Karl Kautsky:

> Al expulsar a los cadetes de la Constituyente, Trotsky ha seguido simplemente el ejemplo de los independientes [ingleses] y es bastante más moderado que los jacobinos. Al cerrar los periódicos de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques, se comporta con ellos exactamente como Kerenski con relación a los diarios bolcheviques, cuando Chernov y Tsereteli eran ministros[7].

La posición de Otto Bauer no es sorprendente. Nunca estuvieron sus simpatías del lado bolchevique, pero entendía, como Mártov –al que no escucharon la mayoría de los mencheviques–, que la revolución proletaria sólo podía haber dejado de ser una "insurrección bolchevique" si no hubiera sido tan grande la irresponsabilidad política de la mayor parte de los mencheviques y social-revolucionarios. Esta es una faceta que los historiadores pasan por alto con excesiva frecuencia.

Como señalamos, hasta agosto de 1918 no fueron suprimidos los últimos órganos de la burguesía y pequeña burguesía. Los órganos de prensa de los mencheviques no desaparecieron hasta 1919 y los de los anarquistas y maximalistas siguieron publicándose hasta 1921. La prensa de los social-revolucionarios de izquierda siguió imprimiéndose hasta 1923. Puede afirmarse que todos los partidos socialistas moderados –social-revolucionario de derecha y de centro, así como menchevique– siguieron desenvolviéndose hasta 1921 dentro de un marco de legalidad oscilante. Si el Comité Ejecutivo Panruso de los Soviets excluyó por decreto del 14 de julio de 1918 a los social-revolucionarios de derecha (abiertamente favorables a la contrarrevolución) y a los mencheviques

7 Citado por Getzler, Israel en "Octubre de 1917: el debate marxista sobre la revolución en Rusia", incluido en *Historia del marxismo. La época de la III Internacional (1)*, t. 7, *op.cit.*, p. 75.

de los órganos soviéticos, esta medida englobó también a los social-revolucionarios tras su fracasado golpe de Estado de julio de 1918. También es cierto que ese mismo órgano revocó a los pocos meses todas estas medidas: el 30 de noviembre de 1918 se levantaron todas las restricciones a los mencheviques y el 25 de febrero de 1919 a los social-revolucionarios. El cambio de actitud coincidió con los congresos de ambas formaciones políticas que acordaron apoyar el sistema soviético y combatir la contrarrevolución armada. El entendimiento fue efímero. Al celebrarse el VIII Congreso del Partido bolchevique, el tono de reconciliación cambió bruscamente de signo, de modo que el VII Congreso Panruso de los Soviets, celebrado en diciembre de 1920, fue el último que admitió, sin derecho a voto, a delegados mencheviques y contrarrevolucionarios. Finalmente, los primeros meses de 1921 –los más críticos para el régimen soviético desde el verano de 1918– fueron los más funestos, pues cerraron el paso a toda oposición legal o semilegal. La crisis política general hizo que los bolcheviques primaran la coerción, la unidad y la disciplina.

El Partido bolchevique, presa de sus divisiones internas, forzó el fiel de la balanza a favor de una política coercitiva. Lógicamente, de ello se resintió la democracia interna del Partido bolchevique. En efecto, el X Congreso del Partido, que se reunió en marzo de 1921 tras la sublevación de Kronstadt y la introducción de la Nueva Política Económica (NEP), prohibió expresamente, aunque excepcionalmente, la formación de fracciones y tendencias en el seno del partido y en los soviets. Pero, curiosamente, fue a partir de entonces cuando se desarrolló con más intensidad que nunca la oposición organizada dentro del partido, y los debates internos adquirieron la misma virulencia que las polémicas que suscitaron las negociaciones de Brest-Litovsk en el invierno de 1918.

Durante todo este período Trotsky mantuvo una posición jacobina *ortodoxa*, en especial cuando, en contradicción con sus postulados anteriores y posteriores, argumentaba que, bajo ciertas circunstancias históricas, el partido tenía que sustituir a la clase obrera en el ejercicio del poder. Cargó, por tanto, con la

responsabilidad y el error de defender la militarización de la sociedad rusa[8] y la dictadura del partido. Desde lejos, Rosa Luxemburg fue de las y los pocos representantes de la izquierda revolucionaria que ya entonces se percató de la trayectoria del régimen soviético. Con su habitual sinceridad decía:

> Pero con la represión de la vida política en el país en su conjunto, la vida en los soviets ha de hacerse necesariamente cada vez más tarada. Sin elecciones generales, sin una libertad sin restricciones de prensa y de reunión, sin una libre lucha de opiniones, la vida se extingue en toda institución pública, se convierte en una mera apariencia de vida en que tan sólo la burocracia sigue siendo el elemento activo[9].

A partir de la primavera de 1918, en el plano institucional surgieron las primeras fricciones entre el Sovnarkom y el Comité Panruso de los Soviets. Se trataba de una controversia sobre las competencias de poder que se prolongó hasta diciembre de 1919. Con independencia de que la Constitución soviética confiriera todos los poderes al Congreso y al Comité Ejecutivo Panruso de los Soviets (el parlamento soviético que concentraba poderes ejecutivos y legislativos), tales atribuciones fueron cada vez más nominales que reales. Ya en el VII Congreso Panruso de los Soviets, celebrado en diciembre de 1919, Kámenev se lamentaba de esta situación cuando afirmaba que:

> Sabemos que a causa de la guerra fueron sacados en masa los mejores trabajadores de las ciudades, y a veces surge por ello una situación en que resulta difícil en este o aquel territorio formar un soviet y crear las bases para su trabajo regular (…) las asambleas plenarias de los soviets como órganos políticos languidecen a menudo, ya que la gente se ocupa con trabajos

8 Mandel, Ernest, *op. cit.*, pp. 75-80. También, Deutscher, Isaac, *op. cit.*, pp. 446 y ss.

9 Luxemburg, Rosa (1961) *The Russian Revolution*, Martino Fine Books, edición a cargo de Bertram D. Wolfe, Ann Arbor, pp. 76-77.

> puramente técnicos (…) las asambleas soviéticas generales tienen lugar pocas veces, y cuando se encuentran reunidos los diputados sólo es para recibir un informe, oír un discurso, etc.[10].

La tendencia centralizadora de las instituciones estatales fue progresivamente invadiendo todos los ámbitos de poder, en cambio, la estructura soviética –hasta entonces relativamente amplia y descentralizada, período regionalista conocido en ruso como *oblastnichestvo*– languidecía al tiempo que la mayoría de sus atribuciones las absorbían nuevos órganos de dirección soviéticos, cada vez más reducidos y asociados al Partido bolchevique a través de la unión personal,

Lenin siguió con atención y desagrado este proceso de formación de la dominación burocrática en la sociedad soviética. Denunció el fenómeno en general, aunque pensaba, como muchos otros dirigentes, que se trataba de una tendencia inevitable pero susceptible de corregirse[11]. De hecho, la totalidad de los bolcheviques albergaba la esperanza, cuando no la convicción, de que todo cambiaría una vez que terminara la guerra civil y el *comunismo de guerra*. Fueron esperanzas fútiles dado que la burocratización institucional y el posterior afianzamiento del estalinismo no hicieron sino enterrar definitivamente toda posibilidad de restablecer la democracia soviética. El equivalente al paso de Termidor a un régimen bonapartista fue la plena consolidación del estalinismo en la URSS, un régimen que descansó en un aparato estatal represivo cuyos resortes fundamentales fueron la burocracia, el ejército y la policía.

A juicio de Trotsky, lo que se vino a denominar Termidor soviético tuvo su origen en 1924 y en 1927 fijó el inicio de la subsiguiente fase bonapartista[12]. La fecha de 1924 no parece demasiado

10 Citado por Oskar Anweiler, *op. cit.*, p. 257.

11 Una exposición de la lucha que emprendió Lenin contra la burocracia soviética puede encontrarse en la obra de Mosche, Lewin (1967), *Le dernier combat de Lénine*, Paris: Éditions de Minuit.

12 Trotsky, León (1977) *Escritos*, t. VI, vol. 1, Bogotá: Pluma, p. 278. El autor entiende por bonapartismo soviético "la consolidación de la revolución

afortunada a juzgar por lo que sucedió en la URSS a partir de la introducción de la NEP y la acentuación del monopartidismo. A nuestro juicio, la derrota en 1920 de las concepciones jacobinas de Trotsky, consistentes en proseguir el *comunismo de guerra* y la *militarización* de la sociedad rusa, marcaron la transición de la fase jacobina a la termidoriana a despecho de las conveniencias cronológicas de Trotsky.

¿Qué se entendía por Termidor soviético? En *El Estado obrero, termidor y bonapartismo*, escrito que Trotsky redactó en febrero de 1935, están condensadas las diversas interpretaciones que se dieron al término. Por vía de analogía, si el Termidor francés no liquidó las conquistas básicas de carácter netamente burgués de la Revolución francesa, sino que más bien apareció como un acto de reacción –no se trataba por tanto de una contrarrevolución– que traspasó el poder del radicalismo burgués-jacobino de la Convención a manos del sector jacobino más moderado y conservador, de la misma manera puede decirse que el Termidor soviético no alteró la naturaleza de clase del Estado obrero soviético. Es por ello que Trotsky opinaba retrospectivamente que fue errónea la forma en que los círculos de la Oposición concebían el Termidor soviético. Lo entendían como "la primera etapa de la contrarrevolución burguesa dirigida contra la base social del Estado obrero". Por su parte, la fracción Centralismo Democrático declaraba en 1926 que el Estado obrero había sido liquidado porque el retraso en la industrialización, el avance de los *kulaks* –campesinos ricos– y del *nepman* –los *nuevos burgueses*–, la ligazón entre éstos y la burocracia y, finalmente, la degeneración del partido habría

---

obrero-campesina a través del aplastamiento de su programa internacional, su partido dirigente, sus soviets (...) no sólo preserva las conquistas de la Revolución de Octubre contra la contrarrevolución feudal-burguesa, sino también contra las demandas de los obreros (...), aplasta al ala izquierda (...) crea una nueva aristocracia (...). El bonapartismo, por su propia esencia, no puede mantenerse durante mucho tiempo; una esfera en equilibrio sobre el vértice de una pirámide invariablemente rodará hacia un lado o hacia otro (...). El inevitable colapso del *bonapartismo estalinista* cuestionará inmediatamente el carácter de Estado Obrero de la URSS. Una economía socialista no se puede construir sin un poder socialista. El destino de la URSS como Estado socialista dependerá del régimen *político* que surja para reemplazar al bonapartismo estalinista".

progresado tanto que se hacía imposible volver a la vía socialista sin que mediara una nueva revolución social. Los mencheviques hablaban también de *degeneración termidoriana* pero sin precisar la naturaleza social del Estado soviético.

El desconcierto que originaba la multiplicidad de definiciones no era menor entre los adversarios del bolchevismo. Lo atestigua la siguiente relación, en absoluto exhaustiva, de caracterizaciones que merecía el régimen soviético: *Staatsslaverei* –esclavitud de Estado– para Kautsky, *dictadura pretoriana asiática* para el menchevique Potrésov, *combinación bonapartista* para Mártov, *socialismo despótico* para Otto Bauer, mera *contrarrevolución* para Axelrod...

Mas elaborada era la reflexión de Trotsky. A su modo de ver, el Termidor soviético, como el de 1793, significaba, con arreglo a una analogía, que

> no es superficial, ni accidental, un desplazamiento del poder hacia la derecha, totalmente análogo a Termidor, aunque los ritmos fueran más lentos y adoptaran formas más encubiertas [porque] la conspiración de la burocracia soviética, dirigida contra la izquierda, pudo mantener durante las etapas iniciales un carácter relativamente poco sangriento por la única razón de que se ejecutó mucho más sistemáticamente y a fondo que la improvisación del 9 Termidor[13].

A lo largo de su vida, Trotsky sostuvo invariablemente que el Estado soviético no había dejado de ser un Estado obrero, a pesar de que éste se encontrara profundamente *deformado* por la dictadura burocrática. Y, en este sentido, no dejó de combatir aquellas posiciones que hablaban de la restauración del capitalismo en la URSS en forma de capitalismo de Estado dirigido por una "dictadura de la burocracia sobre el proletariado". Aducía contra tales caracterizaciones que se basaban en categorías idealistas kantianas, circunscritas al estrangulamiento de las libertades democráticas y a la omnipotencia de la burocracia.

13 *Ibidem*, p. 268.

A su modo de ver, semejante lógica operaba con axiomas formales que no se detenían en explicar de forma global las raíces sociales y los límites de clase de la dominación burocrática. En efecto, para Trotsky no se trataba de una restauración capitalista en la URSS, sino de un Estado obrero burocráticamente degenerado. En un principio pensó, como Lenin, que la *úlcera burocrática* podía corregirse con la industrialización, la progresiva educación y la creciente participación de la sociedad rusa en las instancias de decisión del Estado. Cuando se cerró esta vía, Trotsky propugnó la necesidad de emprender una revolución *política* contra la burocracia con el fin de restablecer la democracia obrera. Tal consideración estaba anclada en la idea de que la URSS, al seguir asentándose sobre una base social obrera, pues no se había producido una contrarrevolución, no tenía por qué experimentar una nueva revolución *social*. Así lo puso de manifiesto Trotsky en un escrito del 1 de octubre de 1933:

> Los señores sociólogos *kantianos* (pedimos disculpas a la sombra de Kant) a menudo llegan a la conclusión de que una dictadura *real*, es decir, conforme a sus normas ideales, existió sólo en los días de la Comuna de Paris, o en el primer período de la Revolución de Octubre hasta la paz de Brest-Litovsk o, a lo sumo, hasta la NEP (…), pero en sí misma la Comuna no era todavía la dictadura del proletariado (...). No es más afortunada la referencia a la primera época de la Revolución de Octubre. No sólo hasta la paz de Brest-Litovsk, sino hasta el otoño de 1918, el contenido social de la revolución se limitaba a un cambio agrario pequeñoburgués y al control obrero de la producción. Esto significaba que en la práctica la revolución no había superado los límites de la sociedad burguesa (…). Tan sólo en el otoño de 1918 la elemental marea de soldados y campesinos retrocedió un poco hacia sus límites naturales y los obreros tomaron la delantera con la nacionalización de los medios de producción. Tan sólo se puede hablar de la instauración de una verdadera dictadura del proletariado a partir de ese momento. Pero incluso aquí hay que guardar muchas reservas. En estos años iniciales la dictadura estuvo limitada

> a los límites geográficos del viejo principado de Moscú y se vio obligada a librar una guerra de tres años en todo el radio que parte desde Moscú hacia la periferia. O sea que hasta 1921, precisamente hasta la NEP, lo que hubo fue una lucha por implantar la dictadura del proletariado a escala nacional[14].

Si hemos adelantado estos aspectos que corresponden al período posterior al jacobino lo hacemos para ofrecer un marco interpretativo que engarce este período jacobino con los posteriores.

4.2.2. La polémica en torno a guerra revolucionaria o defensa revolucionaria del Estado soviético: la paz de Brest-Litovsk

El segundo aspecto que sustanció la fase jacobina del régimen soviético fue la idea de propagar la experiencia de la Revolución de Octubre a Europa occidental, porque, como ya indicamos en páginas anteriores, no se concebía la culminación de la revolución socialista en un país atrasado como la URSS a menos que ésta se extendiera a un conjunto de países industrialmente avanzados. Sin embargo, la paz de Brest-Litovsk creó un verdadero *cordón sanitario* a lo largo de las menguadas fronteras del nuevo Estado soviético, como también hizo que naufragaran las esperanzas depositadas en un inmediato estallido revolucionario en Europa occidental de una dimensión tal que, al menos en algunos de estos países, lograra instaurarse la dictadura del proletariado. Con independencia de este revés –de hecho, constituyó un potente freno a la expansión de la revolución rusa–, lo cierto fue que el contexto internacional fue más complejo de lo que puedan dar a entender los hechos fácticos. Por esa misma razón resulta enormemente ilustrativo seguir los tormentosos debates que suscitaron las negociaciones de Brest-Litovsk en el Partido bolchevique y en el Partido social-revolucionario de izquierda, pues de éstos se desprenden no sólo valoraciones diferentes acerca de las perspectivas

14 Trotsky, León, *Escritos*, *op. cit.*, p. 258.

revolucionarias, sino también las bases de la futura política exterior de la URSS.

Las negociaciones de Brest-Litovsk, inauguradas el 27 de diciembre de 1917 *–públicamente ante todo el mundo* como reto a la diplomacia secreta– se reanudaron a principios de enero de 1918, pero para encallar pronto en un punto muerto. No fue extraño. Los estragos y el cansancio de cuatro años de guerra total redujeron el ímpetu de las potencias centrales a la exposición de un *hambre genialmente organizada* que exigía imperiosamente o bien importantes y rápidas victorias militares o bien la inmediata negociación de una paz justa y lo menos deshonrosa posible. Esta disyuntiva, presente en la delegación alemana de Brest-Litovsk, aunque al final prevaleciera el criterio militarista, se hizo más acuciante a principios de enero al conocerse los brotes huelguísticos en diversos puntos de Alemania y Austria, así como los Catorce Puntos del presidente Woodrow Wilson encaminados a lograr una *paz justa y duradera*.

En efecto, los síntomas de cansancio y desmoralización no tardaron en manifestarse a través de amplios movimientos huelguísticos: Ya en enero, las huelgas conmovieron a Berlín, Kiel, Hamburgo, Düsseldorf, Kassel, Leipzig, Halle, Viena y Budapest. Además, en Berlín, Viena y Helsingfors aparecieron órganos consejistas (Arbeiterräte) similares a los soviets. En Francia también se originó un movimiento huelguístico en enero de 1918. En Lyon, St. Etienne y el departamento del Loira, así como, finalmente, en París, donde se convocó la huelga en solidaridad con el llamamiento a la paz hecha por el Sovnarkom a los trabajadores de los países aliados; las huelgas eran las primeras movilizaciones sociales después del amotinamiento del ejército francés en Soissons el 20 de mayo de 1917. Todo ello se tradujo en la ruptura de la política de *Unión Sagrada*, una vez que la conferencia del Partido Socialista francés (SFIO), celebrada en Paris a principios de octubre de 1918, aprobó por 1526 votos a favor y 1212 en contra una resolución favorable a la aceptación de las propuestas de paz del gobierno soviético, los 14 Puntos del presidente Wilson y la negativa a votar más créditos de guerra. Asimismo, cambió la composición política de los órganos directivos del Partido socialista con el ascenso de

la corriente encabezada por Longuet, de carácter pacifista y hasta entonces minoritaria. Todavía no supuso una política favorable a propiciar la revolución social, como era el caso de la corriente revolucionaria de Ferdinand Loriot, todavía muy minoritaria[15].

Estas noticias se acogieron con excesivo entusiasmo en Rusia, de manera que muchos bolcheviques sobrevaloraron las perspectivas revolucionarias al entablarse las negociaciones de Brest-Litovsk. Lenin, para reforzar la táctica dilatoria de Trotsky en las negociaciones, le envió el 3 de febrero el siguiente telegrama:

> La Rada de Kiev [el gobierno provisional ucraniano] ha caído. Todo el poder está en Ucrania en manos de los soviets (…). En Finlandia, la situación de los contrarrevolucionarios burgueses no tiene perspectivas, y la irritación de los obreros contra ellos es enorme. En el territorio del Don 46 regimientos cosacos (…) se han declarado en favor del gobierno y luchan contra Kaledin. Hay gran entusiasmo entre los obreros de Petrogrado por la constitución de un consejo obrero en Berlín. Según ciertos rumores Karl Liebknecht está en libertad y aparecerá pronto en cabeza del gobierno alemán. Mañana se discutirá en la sesión del soviet de Petrogrado un saludo a los consejos obreros de Berlín y de Viena[16].

No obstante, Lenin se dedicó a apaciguar los ánimos más exaltados al afirmar que confundir los síntomas revolucionarios con una verdadera situación revolucionaria en Alemania era caer en "la peor de las fraseologías". Y no le faltó razón. El movimiento huelguístico y los órganos soviéticos recién creados desaparecieron como por encanto y, en su lugar, las potencias centrales volvieron a declarar el estado de guerra invadiendo los países bálticos,

15 Trotsky, León (1967) en *Le mouvement communiste en France (1919-1939)* (1967) Paris: Éditions de Minuit, p. 579, tuvo a Loriot, Rosmer, Monatte y Péricat como "camaradas de Francia" de los bolcheviques rusos. Todos ellos formarían el Comité por la III Internacional. Ferdinand Loriot sería más tarde (1921-22) secretario general del PCF.

16 Löwy, Adolf Georg (1972) (1972) *El comunismo de Bujarin*, Barcelona: Grijalbo, recoge el texto del telegrama.

Finlandia y Ucrania. En su avance las tropas austroalemanas apenas encontraron resistencia. El ejército ruso se había derrumbado y los campesinos no estaban dispuestos a volver al frente para librar una *guerra revolucionaria*. A pesar de ello, el Partido bolchevique experimentó entonces la más virulenta lucha interna en torno a la disyuntiva de *guerra o paz*.

Lenin barajó el criterio más pragmático al propugnar la firma de una paz inmediata bajo cualesquiera condiciones que impusieran las potencias centrales. Para él, lo importante era ganar tiempo[17] y salvar así al recién instaurado régimen soviético. En cambio, la fracción *belicista* del partido no solo estimaba ignominiosa la firma del *Diktat* de Brest-Litovsk, sino que incluso lo veía como antesala a la revolución mundial, en un tono un tanto quiliástico, pues venía a ser algo así como una especie de Armagedón del proletariado. Puede decirse que a partir de entonces la política exterior soviética se orientó en un sentido *dual* al impulsar en términos equivalentes la revolución mundial y el interés nacional de la URSS, al tiempo que se negaba que ambos ejes fueran excluyentes como sostenían –no sin cierta razón– los *belicistas* o *comunistas de izquierda*[18]. Todavía en vida de Lenin esta frágil síntesis estuvo sometida a múltiples tensiones sin que en líneas generales se rompiera. No puede decirse lo mismo a partir de 1924, en particular después de que se teorizara la posibilidad de construir el socialismo *en un sólo país*, pues ya entonces llegaron a prevalecer las consideraciones de seguridad nacional en contraposición a las internacionalistas.

17 Trotsky, León, *Terrorismo y comunismo*, *op.cit.*, p. 237.

18 Los *comunistas de izquierda* disponían de una organización paralela, así como de su propio órgano de expresión *El Comunista* que siguió publicándose hasta mediados de marzo. El programa político de esta fracción, además de dar prioridad a la revolución europea, abogaba por la socialización total de la economía en Rusia y por todo aquello que luego constituiría el comunismo de guerra. Entre sus miembros figuraban Bujarin, Piatakov, Yaroslavski, Radek, Preobrazenski, etc. Para una exposición más detallada, véase Victor Serge, *op. cit.*, pp. 255 y ss.

Aun cuando la "teoría de la tregua" de Lenin[19] quedara en minoría, la ofensiva alemana y la simultánea amenaza de Lenin de dimitir de todos los puestos de responsabilidad surtieron el esperado efecto aglutinador en las votaciones al respecto en el Comité Central del Partido bolchevique.

En el otro extremo, los *comunistas de izquierda*, partidarios de sostener una guerra revolucionaria contra Alemania, invocaban el recuerdo de la guerra revolucionaria que la Francia revolucionaria emprendió en 1792. Esta posición, mayoritaria antes de la aludida ofensiva alemana, la compartieron unánimemente los social-revolucionarios de izquierda, hasta tal punto que la posterior firma del tratado de Brest-Litovsk supuso la ruptura de su colaboración gubernamental con los bolcheviques. A este espíritu belicista respondió el llamamiento –redactado por Trotsky, y con frecuencia atribuido erróneamente a Lenin– de "La patria socialista en peligro" del 21 de febrero, una proclama angustiosa que llamaba a la resistencia armada contra un enemigo que se encontraba a las puertas de Petrogrado. Las resonancias jacobinas de este llamamiento no precisan mayor comentario.

Una tercera corriente del partido bolchevique defendía una vía intermedia. Su lema lo condensaban las palabras "ni guerra ni paz" y, entre sus portavoces, se encontraban Trotsky, Joffe, Kámenev y otros, si bien en las votaciones no se daba una estricta disciplina en sus filas. En esencia, su posición consistía en ganar tiempo con el fin de que madurara la revolución alemana, lo cual implicaba alargar lo más posible las negociaciones en la creencia de que el mando militar alemán no se aventuraría a iniciar una ofensiva militar[20]. Los hechos demostraron luego que esta apuesta fue errónea por lo que sus miembros acabaron finalmente alineándose con Lenin. Hay que reconocer que este plegamiento se efectuó con reticencia, dado que el argumento final justificativo de tal cambio de voto no fue tanto la ofensiva alemana como la perspectiva de un

19 La perspectiva la refleja el propio Vladimir I. Lenin en "El CC del PCR y la paz de Brest-Litovsk", *Obras Completas*, t. 14, anexo. Edward H. Carr la interpreta con ecuanimidad en *Estudios sobre la revolución*, p. 143.

20 Trotsky, León (2020), *La revolución desfigurada*, Valencia: Germinal, pp. 71-72, y en *Mi Vida*, *op. cit.* p. 399.

partido escindido, una contingencia que a juicio de la tendencia hacía impracticable una guerra revolucionaria. La obra de Trotsky, *La revolución de Octubre*, la escribió el autor durante e inmediatamente después de ultimadas las negociaciones de Brest-Litovsk, y en ella se puede leer:

> Después de nuestra absoluta imposibilidad para defendernos de los ataques del enemigo, hecho que se hacía trágicamente visible a todo el pueblo y a todos los pueblos de la tierra, la aceptación de la paz sería comprendida como acto de imposición, obra de una dura ley de correlación de fuerzas. Hubiera sido pueril tener como base de nuestros actos la moral abstracta de la Revolución. El problema no era sucumbir con honor, sino sobrevivir para una futura victoria. La Revolución Rusa quiere vivir, debe vivir, y para ello debe rechazar toda batalla superior a sus fuerzas[21].

Lenin salió vencedor, pero el Partido bolchevique se encontró al borde de la escisión en los meses siguientes cuando los *comunistas de izquierda* y los social-revolucionarios de izquierda se reafirmaron cada vez más en la creencia de que la paz de Brest-Litovsk era "peor que la peor de las guerras". Esta opinión ya la expresó el Comité Regional de Moscú el 24 de febrero al dirigir una moción de censura al Comité Central del Partido donde se negaba a aceptar las cláusulas del tratado al tiempo que anunciaba sus intenciones escisionistas:

> El Comité Regional de Moscú, juzgando bastante probable en un futuro próximo la escisión del partido se ha propuesto agrupar a todos los revolucionarios consecuentes, a todos los elementos comunistas en lucha contra los partidarios de una paz separada y contra los elementos moderados del movimiento comunista. Creemos que sería conforme a los intereses de la revolución internacional el estar dispuestos al sacrificio del poder de los Soviets, que esté en camino de convertirse

21 Trotsky, León., *La revolución de Octubre*, *op. cit.*, p. 128

> en un poder puramente formal. Continuamos creyendo, como hemos creído siempre, que nuestra tarea fundamental consiste en extender a todos los países las ideas de la revolución socialista y, dentro de Rusia, en la aplicación enérgica de la dictadura y en la represión implacable de la contrarrevolución burguesa[22].

La firma del tratado de Brest-Litovsk el 3 de marzo de 1918 resultó realmente humillante y catastrófica; el país perdió con las amputaciones territoriales el 40% de su producción industrial, el 90% de su producción de combustibles, el 60-70% de su producción metalúrgica y el 45% de su trigo. En cuanto a las pérdidas territoriales, no sólo fueron desmembrados de Rusia los países bálticos, Polonia, Ucrania y el Cáucaso, sino que, en el trascurso de pocas semanas, las tropas alemanas ocuparon Finlandia[23], las turcas el Cáucaso, las austriacas Odessa, las rumanas Besarabia y las japonesas Vladivostok para adentrarse en Siberia. A estos movimientos envolventes habría que añadir el desembarco de tropas expedicionarias anglo-francesas en Murmansk y Arkangelsk con el fin de contrarrestar los avances de las potencias centrales. El cuadro no podía ser más desesperanzador. Así nos lo describe Trotsky:

> La primavera y el verano de 1918 fueron extraordinariamente difíciles para nosotros. Ahora era cuando empezaban a tocarse las consecuencias todas de la guerra. A ratos, parecía como si todo se desmoronase, como si no hubiera nada sobre qué apoyarse. No estábamos seguros de que aquel país

22 Citado por Serge, Victor (1972) *El Año 1 de la revolución rusa*, Madrid: Siglo XXI, p. 231.

23 La revolución soviética de Finlandia comenzó a mediados de enero con la proclamación de la República Popular de Finlandia. Durante los meses siguientes el país vivió una sangrienta guerra civil que se cerró en mayo de 1918 con la instalación de un gobierno "blanco" apoyado por los alemanes. Cf. la obra de Smith, Clarence Jay (1958) *Finland and the Russian Revolution 1917-1922*, Atenas; John H. Hodgson (1967), *Communism in Finland. A History and Interpretation*, Princeton; David G. Kirby (1979) *Finland in the 20th Century*, London; Palmer, Carsten y Mankinen, Raimo (1973) *Finlands Röda Garden. En bok om klasskriget 1918*, Göteborg. Jean Jacques Fol (1977) *Accession de la Finlande a l'independence*, París.

> agotado, devastado, desesperado, tuviera fuerzas bastantes para sostener el nuevo régimen ni siquiera para salvar su independencia frente a cualquier invasor. El país carecía de víveres. Carecía de ejército. Los ferrocarriles estaban completamente desorganizados. El aparato del nuevo Estado empezaba mal apenas formarse. Por todas partes apuntaban, como focos de pus, las conspiraciones[24].

Si Rusia, aparte de verse rodeada de fuerzas hostiles, quedó reducida a su mínima expresión, no es menos cierto que la paz de Brest-Litovsk produjo otro efecto: disipó toda posibilidad de alcanzar en Europa una paz sin vencedores ni vencidos. Efectivamente, Brest-Litovsk fue entendido de inmediato como un acto de fuerza que malograba todos los esfuerzos encaminados a lograr una paz negociada. Semejante giro en el escenario internacional fue aprovechado por los bolcheviques para recabar ayuda de la Entente, una decisión que de nuevo soliviantó a los *comunistas de izquierda*, siempre opuestos a solicitar ayuda de cualesquiera de los bloques imperialistas. En esta ocasión también se impuso la *teoría de la tregua* de Lenin. Así, hasta el estallido de la revolución alemana en noviembre de 1918 y la posterior marea revolucionaria que afectó a la mayoría de los países europeos, Rusia tuvo que atender –desde una posición de extrema debilidad y aislamiento– a las exigencias que reclamaba una guerra civil que, ya en abril de 1918, desató la sublevación de la legión checa en los Urales.

Antes de abordar la guerra civil y el *comunismo de guerra*, conviene destacar que la celebración del VII Congreso del Partido bolchevique, celebrado en marzo de 1918, evitó la escisión del partido al incorporar buena parte de las proposiciones de los *comunistas de izquierda*. En primer lugar, y significativamente, el partido pasó a llamarse Partido Comunista (bolchevique) ruso (PC(b)R), un cambio de nombre que Lenin ya había propuesto en vano en abril de 1917. En segundo lugar, se procedió a la elaboración de un nuevo programa para el partido; éste, a grandes rasgos, prefiguraba lo que había de ser el *comunismo de guerra*, pero también revisaba la

24 Trotsky, León, *Mi Vida*, *op. cit.*, p. 404.

estructura organizativa, de modo que se dieron los primeros pasos hacia una extrema centralización con la creación de nuevos órganos, tales como el Politburó, Orgburó y Secretariado del Comité Central; como contrapartida, el Congreso trató, sin resultado, de activar la vida de los soviets y de la base del partido aplicando mecanismos democratizadores que contrarrestaran la creciente burocratización. Sin embargo, la nueva forma de engranar el centralismo democrático fue funesta, porque en lugar de afianzar la democracia en el seno del partido, no hizo sino reforzar las tendencias burocráticas como lo pondría de manifiesto la Oposición Obrera, de forma confusa, y el grupo Centralismo Democrático, de manera más coherente, al celebrarse el IX Congreso del PCR en 1920[25]. Vemos, pues, como el jacobinismo centralizador afectó la propia estructura de un partido que en la práctica ya funcionaba como partido único. Pese a ello, las exigencias centralizadoras de la guerra civil hipnotizaron a los dirigentes bolcheviques hasta el punto de que les impidió detectar a tiempo el fenómeno de la burocratización e introducir los necesarios correctivos. Por ejemplo, es reveladora la manera en que el propio Trotsky subestimaba los signos de burocratización entre 1918-1921 y el desdén que sentía hacia los que, como Stalin, se estaban labrando esferas de influencia en el sistema soviético[26].

Este análisis no es gratuito, aunque, justo es reconocerlo, intervinieron otros factores adicionales, entre los cuales no cabe despreciar la creciente pasividad de los trabajadores y trabajadoras rusas unida al peso social del campesinado-propietario que no

25 Además de la obra de Kollontai, Alexandra (1975) *La Oposición Obrera en la URSS*, Barcelona: Anagrama, existe en castellano una recopilación de los principales documentos de la Oposición Obrera en Fritz Kool y Erwin Oberländer, *Documentos de la Revolución Mundial. Democracia de los trabajadores o dictadura de partido*, t. 1. El grupo Centralismo Democrático surgió durante el IX Congreso del Partido bolchevique en oposición a la excesiva centralización y el empleo de métodos autoritarios. Entre sus portavoces se encuentran Smirnov, Osinsky y Saprónov. La fracción denominada Oposición Obrera se configura en el otoño de 1920 en torno a Alexandra Kolontai y Shliapnikov; esta agrupación reclamaba el control sindical de la producción, la proletarización del partido y la eliminación del sistema de cooptación dentro del partido.

26 Véase, p. ej., la obra de Reinman, Michel (1982) *El nacimiento del estalinismo*, Barcelona: Crítica, en particular p. 14.

dejaba de acrecentarse. Combinadamente, los factores señalados fomentaron la creciente autonomización del Estado soviético y del partido con relación a la clase que decían representar. Es más, el resultado final fue paradójico: el PCR llegaría a representarse objetivamente a sí mismo. Un miembro de la Oposición Obrera, Shliápnikov, lo expresó irónicamente con ocasión del XI Congreso del PCR, en 1921:

> Vladimir Ilich dijo ayer que el proletariado, como clase, no existía [en Rusia]. Permítaseme felicitarle por ser la vanguardia de una clase inexistente[27].

4.3. Comunismo de guerra y guerra civil

La guerra civil actuó de multiplicador de las tendencias jacobinas. Medidas como la creación de un Ejército Rojo centralizado y rigurosamente disciplinado, la implantación del *terror*[28] y la acentuación del monopartidismo[29] confirieron al Estado obrero

27 Citado por Liebman, Marcel, *op. cit.*, p. 310.

28 El Partido bolchevique, con el inicio de la guerra civil y la intervención extranjera, se rindió ante el signo del período recurriendo al terror. El Partido superó todas las dudas que tenía el respecto tras la serie de atentados que tuvieron lugar contra los dirigentes bolcheviques: intento de asesinar a Lenin el 1º de enero de 1918, el asesinato de Volodarsky en junio, el atentado frustrado contra la vida de Trotsky a principios de agosto y, a finales de ese mismo mes, el asesinato de Uritski y el grave atentado que casi costó la vida de Lenin. Edward H. Carr en *op. cit.*, p. 168, confirma que septiembre de 1918 "marcó el punto de inflexión a partir del cual el terror, hasta entonces esporádico y desorganizado, se transformó en un deliberado instrumento político". Véanse también las diversas interpretaciones historiográficas dadas al uso de la violencia y el terror en Ronald Grigor Suny (2017) *Red Flag Unfurled. History, Historians and the Russian Revolution*, Londres: Verso.

29 Aparte de las obras dedicadas al Partido bolchevique, de las que ya hemos dado cuenta, tiene un interés especial la obra de Getzler, Israel (2002) *Kronstadt 1917-1921. The Fate of a Soviet Democracy*, Cambridge University Press, por cuanto nos suministra un detallado análisis de cómo funcionaba la democracia soviética multipartidista en Kronstadt, bastión bolchevique, y cómo tal democracia obrera fue suplantada en 1920 por una creciente centralización y control que acabó estrangulando el sistema multipartidista en un núcleo tan consciente y pluralista. Fue lo que impulsó la insurrección de Kronstadt en 1921 y que desde allí se reclamara una *tercera revolución*.

un marcado sesgo totalitario, una tendencia que, por otra parte, no estaba del todo ausente en todos los países beligerantes.

Trotsky apareció a lo largo de toda la guerra civil como el defensor más ardiente de medidas centralizadoras y compulsivas, incluso después de que hubieran desaparecido las condiciones de excepcionalidad impuestas por la guerra civil, como lo demostró su defensa de la militarización del trabajo. Así pues, quien habría de encabezar la Oposición de Izquierda en la URSS a partir del otoño de 1923, se mantuvo al margen de los diversos movimientos oposicionistas, lo cual, de forma elocuente, atestigua que Trotsky se dejó guiar hasta 1923 más por *razones de Estado* y por consideraciones de *eficacia administrativa* que con arreglo a sus propias convicciones. Desde que dimitió como Comisario de Asuntos Exteriores –para no firmar la paz de Brest-Litovsk y demostrar así a los alemanes que Rusia abandonaba su línea intransigente–, en su calidad de Comisario de Guerra y Marina y como Presidente del Consejo Supremo de Guerra, pese a la oposición que manifestaban hacia su persona ciertos sectores de la *vieja guardia* bolchevique, observó escrupulosamente la disciplina y acuerdos mayoritarios del partido. En la mente de la *vieja guardia* no figuraba tanto el pasado *menchevique* de Trotsky como la idea de que un rival tan peligroso pudiera convertirse en el Bonaparte soviético. No obstante, la lucha política por el control de las instancias más influyentes del partido se emprendía soterradamente, aunque el atentado, que en agosto de 1918 alejó a Lenin de una intensa actividad política, avivó la lucha por la conquista de esferas de influencia. Todavía resulta difícil determinar con exactitud los pormenores de esta lucha por el poder, si bien Isaac Deutscher da cuenta de algunos aspectos que confirman este extremo a lo largo de los años 1918-1921:

> (…) la rivalidad entre Stalin y Trotsky (…) se hacía patente (...) incluso en la dirección de la guerra civil, y había nacido de un antagonismo casi instintivo de temperamentos, antecedentes, inclinaciones políticas y ambiciones personales. En esta rivalidad Stalin desempeñó el papel activo y ofensivo (…). Trotsky no cobró conciencia de la rivalidad sino lentamente,

> y no fue sino con renuencia como empezó a reaccionar y a verse envuelto en ella. Hasta entonces, la vigorosa personalidad de Lenin había mantenido la rivalidad en el trasfondo y ésta no había adquirido una significación más amplia, pues todavía no se identificaba con ningún conflicto claro de líneas políticas e intereses. En 1922 empezó a producirse la identificación. Como administrador del aparato del partido, Stalin, apoyado por el momento por Lenin, vino a representar a la autoridad en su manifestación extrema, para hacer valer sus pretensiones y obtener obediencia. Un profundo conflicto de líneas políticas e intereses empezó a cobrar forma, a absorber el antagonismo personal e incluso a concentrarse en éste, hasta que el antagonismo personal quedó eclipsado y sin embargo intensificado por el conflicto más general[30].

Quizás resulta difícil entender este antagonismo si antes no se precisan las condiciones que lo fomentaron. Aparte de los fenómenos ya reseñados –aislamiento de Rusia, pasividad y desmoralización del proletariado, creciente oposición del campesinado hacia el bolchevismo, guerra civil– el propio partido bolchevique experimentó una desmesurada inflación afiliativa: 23 000 miembros en enero de 1917, 240 000 en octubre de 1917, 390 000 en 1918, 350 000 en 1919, 611 978 en 1920; 732 521 en 1921; 381 400 en 1923 (se realizó la primera purga del 25% de arribistas), 350 000 en 1924... Una parte importante de ella provenía de otras formaciones políticas, era de aluvión, de talante arribista, demasiado inclinada a acatar acríticamente las decisiones de partido con el fin de hacer carrera política. La mayor riada de militantes entró precisamente cuando Stalin se hizo cargo de la Secretaría General del partido, puesto creado en 1922 y al que los demás miembros de la dirección política no llegaron a prestar demasiada importancia. En cualquier caso, los entresijos de los nombramientos y de las decisiones adoptados en el Politburó (integrado por Lenin, Trotsky, Kámenev, Bujarin y Stalin) no fueron de conocimiento público, ni siquiera llegaron

30 Deutscher, Isaac, *op. cit.*, pp. 62-63.

a filtrarse al conjunto del partido. Y, cuando fueron conocidos, fue ya a finales de 1922, en pleno período termidoriano.

Una de las medidas más características y controvertidas de la fase jacobina soviética fue la creación del Ejército Rojo. Trotsky aparece aquí como su principal inspirador y organizador[31]. Decimos que la creación de un ejército regular, centralizado, disciplinado y basado en el reclutamiento obligatorio, con la incorporación de oficiales profesionales provenientes del ejército zarista y la abolición del sistema electivo para la designación de oficiales, fue una cuestión controvertida porque suponía erradicar los soviets de soldados al igual que las milicias obreras y campesinas. Era una concepción diametralmente opuesta a la que los bolcheviques habían tenido por propia de un Estado obrero. O, parafraseando la idea de dictadura proletaria que sustentaba Bujarin, ésta "no es una república parlamentaria con todos sus adminículos, sino un Estado-comuna sin policía, sin ejército permanente, sin funcionariado".

La profanación que Trotsky hacía de esta idea configuró la denominada *oposición militar*, en su mayoría integrada por *comunistas de izquierda*. En realidad, a pesar del encono que revistieron los debates militares en el partido, particularmente a partir de 1920, no puede asignarse a Trotsky una idea contraria a las milicias obreras. Una vez más, fueron las circunstancias históricas y los criterios de urgencia y eficacia los que dictaron su actitud hacia las cuestiones militares. Contemplaba el retorno al sistema de milicias como un objetivo que se pondría en práctica tan pronto como Rusia fuera industrializándose; ahora bien, a título experimental, creó destacamentos de milicias, incluso antes de que el país hubiera alcanzado el deseado nivel de desarrollo. Hacia 1930 las 3/4 partes del ejército tenía la estructura de milicias, una situación que bajo la presión de la II Guerra mundial volvió a revisarse, ya de forma definitiva y a favor de un ejército permanente y centralizado.

31 Cf. Trotsky, León (1976) *Escritos militares*, Paris: Ruedo Ibérico, 2 tomos; Deutscher, Isaac, *op. cit.*, pp. 435-450; Pierre Naville en la ponencia que presentó al CIQAMLT con el título "Trotsky, la politique militaire et l'Armée Rouge" resalta la actividad de Trotsky en el plano militar.

Volviendo al período del *comunismo de guerra* y guerra civil, puede decirse que la concepción jacobina de Trotsky sobre el ejército reviste interés no tanto por el éxito alcanzado como por sus implicaciones de carácter general. En primer lugar, el Ejército Rojo fue asumiendo funciones que llegaron a abarcar el conjunto de la vida del país. Esta tendencia se inició en abril de 1918 al adquirir la crisis de subsistencias un carácter dramático. Al ejército se le encomendó aplicar el sistema de requisas en el campo, velar por el cumplimiento de las tasas máximas y, en general, asegurar el funcionamiento de una economía de guerra. Como consecuencia, se implantó la *dictadura de los abastecimientos* que no hizo sino agudizar esa especie de Vendée que durante la primavera de 1918 se estaba librando en el campo entre los *kulaks* y el campesinado pobre. Así, mientras los *kulaks* eran arrojados al campo de las fuerzas antibolcheviques, las y los campesinos pobres se alistaron por regla general en los *ejércitos de avituallamiento* que impulsaba el Ejército Rojo. En segundo lugar, a medida que el Ejército Rojo salía victorioso de la contienda civil, Trotsky defendió la opción de la *militarización del trabajo* como forma de reconstruir la economía del país y, sobre esa base, ir cubriendo la fase de *acumulación socialista*, imprescindible para un país asediado y atrasado que se proponía sobrevivir. Trotsky cometió el grave error de pensar que los métodos que habían surtido un efecto tan positivo en tiempos de guerra podían aplicarse de forma aún más generalizada y sistemática durante el posterior período de reconstrucción. En este sentido compartió el desatino de muchos bolcheviques que veían en el *comunismo de guerra* la encarnación de muchos rasgos del futuro sistema comunista, cuando, en realidad, no resultaba ser sino una trágica caricatura de este. No cabe duda de que tal sistema abolió las desigualdades sociales, pero lo hizo –como apunta lúcidamente I. Deutscher– "uniformando hacia abajo los niveles de vida y universalizando la pobreza". En línea con estas coordenadas, Trotsky presentó el 16 de diciembre de 1919 sus *Tesis sobre el trabajo general obligatorio en conexión con el sistema de milicias*. Al día siguiente, al publicarse éstas en *Pravda*, a pesar de su carácter reservado, contribuyó a levantar una oleada de protestas. Dentro del partido, la propuesta de Trotsky, en un principio compartida

por Lenin, sufrió una tremenda derrota. Había sobrestimado la entrega de las y los trabajadores rusos cuando ya era indudable que amplios sectores del país reclamaban una vuelta a la normalidad. La mayoría del Partido bolchevique, opuesta al proyecto de Trotsky, se hizo eco de la opinión pública al propugnar medidas que atenuaran el rigor del *comunismo de guerra*. Sin embargo, estas medidas no equivalían todavía a una vuelta a una economía de mercado yuxtapuesta a un capitalismo de Estado.

De forma sorprendente, Trotsky, al verificar la creciente hostilidad que el campesinado y amplios sectores obreros sentían hacia el régimen, propuso, con un año de antelación, una política económica similar a la Nueva Política Económica de 1921.

Fue una iniciativa que no tardó en retirar, sobre todo cuando se le acusó de abogar por una restauración del *mercado libre* como lo hacían los mencheviques. Como señaló su amigo Ioffe, Trotsky demostró no poseer la perseverancia en la clarividencia, en particular cuando ser clarividente significaba quedarse sólo.

Al abandonar el proyecto de liberalización económica, Trotsky volvió a defender con renovada confianza el *comunismo de guerra* y la *militarización del trabajo* hasta el extremo de argumentar a favor de la estatalización de los sindicatos[32]. Efectivamente, era la primera vez que alguien se atrevía a hablar abiertamente a favor del trabajo forzado[33]. Aducía en defensa de este criterio que, si

32 Deutscher, Issac (1971) en *Los sindicatos soviéticos*, México: ERA, pp. 37-69, destaca que los sindicatos fueron impulsados por los bolcheviques para marginar a los Comités de fábrica que, en general, tendían a concebir las cuestiones económicas desde el punto de vista de cada fábrica y no con arreglo a consideraciones globales. Sobre el debate sindical en la URSS durante el período del comunismo de guerra, véase el artículo de Andrés Hegedüs en *Historia del marxismo. La época de la III Internacional (II)*, pp. 113-134. La ponencia de Francesco Benvenuti, "Dal comunismo di guerra all NEP: il dibattito sui sindacati", presentada al CIQAMLT, suministra una visión documentada del tema. Resalta el hecho de que la debilidad organizativa de los sindicatos rusos, relativamente recientes y bastante debilitados por la continua hemorragia de sus miembros en los frentes, no aparecieron como algo que entrañara una gran responsabilidad política. Sobre la posterior visión sindical de Trotsky puede consultarse una recopilación titulada *Sobre los sindicatos*, Ed. Pluma, Buenos Aires 1974.

33 Bunyan, James (1967) *The Origin of Forced Labor in the Soviet State, 1917-1921*, Baltimore: John Hopkins Press.

antes las trabajadoras y los trabajadores habían sido explotados, los sacrificios que el Estado obrero demandaba ahora a toda la ciudadanía tenían una naturaleza y finalidad diferentes: ahora se sacrificaban en provecho propio.

Trotsky sacó de este sofisma la conclusión de que bajo el régimen soviético no habría lugar a establecer una diferencia entre los intereses del Estado y los que defendían los sindicatos. Por ello, a su juicio, era lógico que los sindicatos se transformaran en un apéndice del Estado centralizado y, en el caso de que se produjera un antagonismo, Trotsky no dudó en propugnar la destitución de los representantes sindicales electos, como ya lo había hecho con el sindicato de ferroviarios. De nuevo salió derrotado y se llegó incluso a prohibirle que hablara en público sobre temas sindicales. Años más tarde reconocía que sus concepciones acerca del lugar que debían de ocupar los sindicatos en una democracia obrera eran erróneos; alegó que se había dejado guiar en el pasado por "una óptica estrecha que partía de consideraciones puramente económicas"[34]. Aun cuando esta idea jacobina extrema saliera derrotada, debe tenerse en cuenta que existía una gran confusión sobre el papel que debía asignarse a los sindicatos en un Estado obrero, puesto que era ciertamente la primera vez que se abordaba tal cuestión dentro de una formación social no capitalista. De hecho, la mayoría de las y los bolcheviques concebían la subordinación de los sindicatos al Estado como un supuesto indiscutible; lo que ya no estaban tan dispuestos a aceptar era su total absorción por el Estado, dado que éstos debían poseer una autonomía relativa con el fin de satisfacer las reivindicaciones *consumistas* de los trabajadores y trabajadoras, participar en la planificación económica y ejercer presión sobre el Estado para la mejora de las condiciones de trabajo. En cambio, la Oposición Obrera propugnaba el control de la economía por los sindicatos con el fin de restaurar la democracia obrera que la burocracia soviética acabó estrangulando; es más, proyectaban una futura sociedad socialista donde los sindicatos reemplazarían a un Estado que siempre incubaba tendencias burocráticas.

34 Trotsky, León, *Mi Vida*, *op.cit.*, pp. 491 y ss.

El debate transcurrió entre enero y marzo de 1920, y su trasfondo resulta sumamente relevante, porque, por primera vez, exigía una caracterización precisa de la naturaleza del Estado soviético. En este plano Trotsky aparece como el defensor de un Estado extremadamente centralizado y desgajado de la sociedad civil. Quizás fue así porque entendía que una formación social atrasada como la rusa –una sociedad en transición hacia el socialismo– requería, en tanto no se propagara la revolución socialista a occidente, un Estado fuerte encargado de forzar durante un largo período los ritmos de desarrollo económico, incluso aunque esto supusiera subordinar las consideraciones democráticas a este objetivo.

A lo largo de todo este período, al forzar métodos coercitivos en lugar de persuasivos, Trotsky no llegó a discernir el alcance real de los procedimientos burocráticos que él mismo estaba patrocinando. No es extraño que el propio Stalin le tachara años más tarde, cuando emprendió en 1927 la industrialización acelerada y la colectivización forzosa en el campo, de ser el "patriarca de los métodos burocráticos".

Lenin, por el contrario, fue mucho más cauto cuando consignó a los sindicatos una legitimación real y una función contrapuesta al Estado. Lo hacía porque, a su entender, el Estado soviético era un Estado obrero con deformaciones burocráticas[35]. Tal definición le permitió no sólo conjugar métodos persuasivos y coercitivos, sino equilibrar, ya entonces, los intereses cada vez más contrapuestos de

35 Lenin, Vladimir I., *Obras Completas*, vol. 34, p. 292. En el mismo volumen, p. 326, bajo el título "La crisis en el partido", Lenin dice expresamente que "con relación a la discusión del 30 de diciembre debo corregir un error mío: Dije: *El nuestro no es en realidad un Estado obrero, sino un Estado obrero y campesino* (...). Volví a leer la reseña de esa discusión y comprobé que yo estaba equivocado (...). Debí decir: *un Estado obrero es una abstracción. Lo que en realidad tenemos nosotros es un Estado obrero con esta particularidad: primero, que lo que predomina en el país no es una población obrera, sino campesina; y, segundo, que es un Estado obrero con deformaciones burocráticas*". Esta corrección de Lenin que transcribimos no es una cuestión carente de importancia. Posteriormente, cuando la lucha política adquirió mayores proporciones, los adversarios de Trotsky se acogieron a la caracterización de la URSS como *Estado obrero y campesino*, es decir, a la versión equivocada de Lenin, pues ésta se compaginaba mejor para defender la teoría del *socialismo en un sólo país* y sus concomitancias políticas.

las y los obreros y campesinos a través del abandono del *comunismo de guerra* y la introducción de la NEP.

Los portavoces de la Oposición Obrera se identificaron curiosamente con Trotsky en la caracterización de la sociedad soviética al conferir una prioridad casi absoluta a las y los obreros industriales y, por consiguiente, a la industrialización del país, lo cual equivalía mantener el régimen de *comunismo de guerra*. La diferencia sustancial con Trotsky radicaba en que la Oposición Obrera desechaba los métodos coercitivos y abogaba por una amplia democracia obrera. Pero, obviamente, dado el escaso peso social de las y los obreros industriales, semejante proyecto resultaba utópico sin coerción o, cuando menos, poco practicable.

El debate sindical y la derrota de las posiciones jacobinas de Trotsky marcaron el final de un período y el inicio de otro *termidoriano* que se encuadra en una fase de reflujo de la marea revolucionaria que afectó a Europa occidental. En consecuencia, la última parte de esta exposición –centrada hasta ahora en el bolchevismo como exponente de un período marcado por la guerra y la revolución– se consagrará a analizar las tentativas de reexportar el marxismo revolucionario y la revolución socialista del Este europeo a occidente.

"La trayectoria del marxismo revolucionario" es una obra que recorre la historia del pensamiento y de los grandes debates en el seno del movimiento socialista desde 1880 a 1920, tanto en el terreno internacional como en el Estado Español. En ese sentido, y para facilitar su recepción, hemos optado por dividir su publicación en dos tomos. Este primer tomo, titulado **"La trayectoria del marxismo revolucionario: el plano internacional (1880-1920)"**, trata los grandes debates en la II Internacional, con nombres como **Lenin, Rosa Luxemburgo, Trotsky, Kautsky o Bernstein**, hasta llegar a la constitución de la Internacional Comunista. Los debates sobre la guerra, el imperialismo o la estrategia obrera son tratados sin maniqueísmos, explicando las condiciones históricas que facilitaron la aparición de diversas posiciones en el seno de los grandes partidos obreros.

Estamos ante una obra que aborda los problemas en profundidad, pero escrita con una voluntad divulgativa que hace accesible un período extremadamente rico en debates políticos dentro del movimiento obrero.

Sylone viento sur

9 781234 567897